



LUZ A. PINZÓN

Mala

COMPAÑÍA

Mala compañía

Dime con quien andas

Luz A. Pinzón

Primera edición: abril 2020

Copyright © 2020 por Luz A Pinzón
portada © 2020 por BeatyArmy
Imprint: Publicado independiente.
Todos los derechos reservados.

Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, distribuida o transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, incluyendo fotocopias, grabación u otros métodos electrónicos o mecánicos, sin la previa autorización por escrito del autor, excepto en el caso de citas breves para revisiones críticas, y usos específicos no comerciales permitidos por la ley de derechos de autor.

Esta obra es de ficción. Los nombres, personajes, lugares, instituciones, eventos e incidentes son producto de la imaginación del autor o usados de una manera ficticia. Cualquier parecido con la realidad es pura coincidencia.

Contenido

[Derechos de autor](#)

[Capítulo 1](#)

[Capítulo 2](#)

[Capítulo 3](#)

[Capítulo 4](#)

[Capítulo 5](#)

[Capítulo 6](#)

[Capítulo 7](#)

[Capítulo 8](#)

[Capítulo 9](#)

[Capítulo 10](#)

[Capítulo 11](#)

[Capítulo 12](#)

[Capítulo 13](#)

[Capítulo 14](#)

[Capítulo 15](#)

[Capítulo 16](#)

[Capítulo 17](#)

[Capítulo 18](#)

[Capítulo 19](#)

[Capítulo 20](#)

[Capítulo 21](#)

[Capítulo 22](#)

[Capítulo 23](#)

[Capítulo 24](#)

[Capítulo 25](#)

[Capítulo 26](#)

[Capítulo 27](#)

[Capítulo 28](#)

[Capítulo 29](#)

[Capítulo 30](#)

[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41](#)

[Capítulo 42](#)

[Capítulo 43](#)

[Capítulo 44](#)

[Capítulo 45](#)

[Capítulo 46](#)

[Capítulo 47](#)

[Capítulo 48](#)

[Capítulo 49](#)

[Capítulo 50](#)

[Capítulo 51](#)

[Capítulo 52](#)

[Capítulo 53](#)

[Capítulo 54](#)

[Capítulo 55](#)

[Capítulo 56](#)

[Capítulo 57](#)

[Epílogo](#)

[Extra 1](#)

[Extra 2](#)

[Agradecimientos](#)

[Acerca del autor](#)



Capítulo 1

Siempre me ha inquietado la forma en la que se relacionan las personas. Muchos no se percatan sobre la manera mágica en la que encuentran sus compañeros o amigos. Las relaciones empiezan sin mucho esfuerzo porque el universo parece alinearse para que sean amigos. Supongo que es algo bueno, que alguien te ayude en ese tema. Sin embargo, no estoy interesada en que el destino determine con quien debo estar y mucho menos que sea igual a mí. Prefiero la diversidad, y por diversidad quiero decir, personas que no son como la sociedad quiere que sean.

Un claro ejemplo es mi amigo Michael. Su familia es un desastre, tiene dos hermanas mellizas que tienen la reputación más baja de la escuela. Él por su parte, tiene el rostro más angelical que haya visto en mi vida y un cuerpo de infarto. Esas son sus buenas cualidades, ya que si me pongo a enumerar las malas, tendría que usar un cuaderno más grande. El principal y que más problemas le ha dado es la droga. No estoy segura de que tipo consume, pero lo deja en un estado tal, que a veces tengo que llevarlo a rastras hasta un sitio en que lo dejen quedarse a dormir. Su segundo defecto es que es mujeriego. Pasa de chica en chica como si fuera un deporte y lo peor, es que muchas lo buscan a él específicamente a pesar que saben su historia. Es como un imán para las desesperadas o las que tienen baja autoestima. Michael ha intentado cortejarme en el pasado, supongo que al negarme lo hizo comprender que siempre podríamos ser buenos amigos y ya. Aunque no puedo confiarme, él es capaz de cualquier cosa. El tercer defecto: irresponsabilidad. Le importa poco sus deberes o lo que alguien le pida que haga. Tiene la típica respuesta grosera y displicente si osan enfrentarlo.

Mi amiga Maira es mi confidente. Es buena escuchando pero muy mala para hablar. No participa en ninguna actividad física si no es obligada y nunca se le ha escuchado la voz en un salón de clases.

Lo gracioso es que no somos relegados. Tenemos encanto para las masas estudiantiles. No puedo entender la razón. Quizás es por Michael, quien es el alma de la fiesta y de una u otra

manera, el que las arruina. Hay otros conocidos a los cuales no los considero parte del grupo pero que intentan pertenecer: Elena que es la chismosa del barrio; nadie sabe algo antes que ella. Ricardo, el traficante de tareas; supongo que ya ha hecho una fortuna a costa de sus propios compañeros y Steven, el chico estrella de fútbol pero bruto para todas las materias. Creo que no va ganando ni ética, que sólo tienes que escuchar y hacer unos escritos que reflejen lo aprendido.

Y por último yo. Describirme a mí misma es un poco más difícil que a ellos. Tendría que empezar por mi nombre, el cual tiene una historia graciosa. El borracho médico de mis padres anunció que tendrían un varón, por lo tanto, pintaron mi habitación de azul y la decoraron con un tema deportivo. No quiero decir que eso no sirva para las niñas o que las mujeres no juguemos con pelotas, pero supongo que cuando mi madre dio a luz y el obstetra dijo que era una niña, la sorpresa y decepción de mi padre hizo que no volviera a pensar en hijos. Además del cuarto, ellos ya tenían un nombre escogido: Antony; ya que a mi madre le encantaba el nombre de mi padre y sólo hizo una pequeña variación para no tener dos Antonios en casa. Así que, para no tener que empezar todo otra vez, y por la premura de llamarme de alguna manera, cambiaron el Antony por Antonia.

Tal vez al no tener hermanos crecí tratando de alejar a las personas o es posible que fuera por sentirme rechazada en el mismo momento de mi nacimiento. No lo sé. El asunto es, que a pesar de que mis amigos son de personalidades tan diferentes, parece que soy yo quien tiene el poder de mantenerlos unidos. Es la familia que he encontrado. La familia que he escogido.

Capítulo 2

—Tonia —me llama Michael—. No me digas que estás hablando sola de nuevo, creí que yo te había curado.

Ruedo los ojos.

—Ja, primero tú no eres doctor y segundo, no hay nada malo en mí.

—¡Tienes razón en eso! —dice mirándome de arriba abajo con una insinuante mirada.

—Ya para por favor. Sabes que estoy fuera de tus posibilidades —le digo golpeándolo en el hombro. Michael parece ignorar mi comentario.

—¿Crees que no me gustan las pelirrojas? ¿Las atractivas pelirrojas? No sé si te lo había dicho, pero creo que tu trasero es alucinante.

—¡Eres un desvergonzado! —le digo entre risas. Sé que lo dice en serio, pero la mejor manera de contrarrestar sus ataques de galantería es hacerle creer que es gracioso. Eso parece sacarlo de casillas —. Será mejor que volvamos a clase antes que el señor Hernández se dé cuenta de nuestra ausencia.

—Sabes que me importa un comino si ese viejo estreñido me pone falta. Prefiero pasar un rato más afuera.

—Bien. Supongo que te veré al rato.

—Claro, corazón. Sigo esperando el día que caigas rendida en mis brazos.

—El infierno tendría que congelarse primero. —Eso lo hace reír. Esa sonrisa que hace que las chicas se derritan.

Aun no entiendo por qué no tengo sentimientos hacia él. Hemos pasado casi toda nuestra vida juntos. Desde primer grado. Esa es una de las razones por la que somos amigos. No creo que si me hubiera conocido recién, hablara conmigo.

Entro en el aula de matemáticas. El señor Hernández es nuestro profesor más noble —por no decir estúpido— de toda la institución. No le ve problema a nada, excepto a las malas calificaciones, pero de resto, cualquier actitud insubordinada la pasa sin decir una palabra. Eso debería hacer que los alumnos lo amaran, pero nada podía con Michael Rivera y si él decía que no le agradaba, automáticamente su opinión se volvía la regla.

—Señorita Nieto, la estaba esperando para resolver ese problema del tablero —dice sin siquiera mirarme. Me extiende el marcador.

—No sé nada sobre ese tema. Acabo de llegar —me excuso vagamente.

—¿Es consciente que ha llegado tarde a todas mis clases, señorita Nieto?

—Sí, señor. Lo hago a propósito —le contesto mientras miro a mis compañeros que celebran mi actuación.

—Entiendo que no le guste mi clase pero igual debe asistir o la reprobaré —dice en una actitud impropia de él.

—No me diga que planea perder su valioso tiempo de verano para hacerme venir a recuperar —digo con altanería. En general ningún profesor quería continuar viniendo por un estudiante.

—¡Por supuesto! No voy a dejar que los jóvenes pasen a su último grado sin que sepan

resolver esa ecuación. Así solo fuera usted, señorita Nieto. Sin embargo, me temo que va a ser un grupo más grande. No veo al señor Rivera. ¿Lo ha visto?

—No, señor —le respondo con la moral desinflada. Esto es algo que no tenía previsto. Perder las vacaciones de verano por no asistir a clase de matemática es el peor castigo que puedo recibir.

—Es una pena. Si lo ve, dígame que a esta altura del periodo no hay nada que pueda hacer por la materia. Es la misma noticia para usted señor Sánchez —dice mirando a Steven.

El señor Hernández vuelve al tema. Supongo que luego de esa escena en la que terminé siendo apaleada por un anciano de sesenta años, las burlas no se van a hacer esperar en el momento que salga del aula. *Bien, estoy condenada.*

—Tienes que reconocer que el señor Hernández nunca se había enfrentado a un estudiante y salió bien librado, sobre todo porque eras tú—me dice Maira cuando salimos del salón.

Que bien, la primera discusión ganada y tenía que pasarme a mí. ¿Por qué no me quedé con Michael?

—¡Qué fastidio! Tenía planes para el verano. Quería ir a esa cabaña con Michael, Steven y su grupo de fútbol.

—Supongo que luego de hoy, no va a ir ninguno —dice con un hilo de voz.

—Eso no me hace sentir mejor, Maira.

—No estaba tratando de animarte —dice asertiva. Es cierto, Maira cuando habla, siempre dice la verdad aunque duela.

—Vas a ser la única del grupo con vacaciones ¿qué piensas hacer? —Trato de cambiar el tema para relajarme. Ya la noticia me tiene al borde de gritar.

—No lo sé, no he pensado en nada aún. Es probable que mis padres quieran dividir mi tiempo, ya sabes, jugar a cuál de los dos es más generoso para mi cumpleaños. ¡No te imaginas cuánto odio el divorcio!

—Pero ¿qué importa? Te van a dar doble regalo y competirán por tu atención.

—No lo entiendes porque tus padres siguen juntos. ¡Es un asco!

—Mis padres sólo se soportan. Supongo que están esperando que me vaya a la universidad para que el golpe sea tenue.

—¿Crees que se divorcien? —pregunta con genuino interés. El tono sería diferente si fuera Elena, ella lo haría de forma insensible y con ansias de que responda rápido.

—No lo sé. Ahora mismo no quiero pensar en eso. Simplemente quería tener una conversación que no resultara triste.

—Si quieres temas animados, están en la compañía equivocada —Así es Maira, melancólica al cien por ciento.

—Debe existir algo en tu vida que no sea malo.

—¿Mis notas? —pregunta como si quisiera saber si su promedio por arriba de cuatro era algo bueno.

—Sí, tus notas mi querida nerd. Conozco pocas personas que saquen tus calificaciones a pesar que no digan una palabra en clase.

—Yo soy mejor escuchando que hablando —sin duda alguna.

—¿Nos vemos en el café esta noche? Creo que Michael va a llevar a su nueva presa, creo que mencionó que está por entrar a la universidad.

—Lo intentaré. Mi madre quiere que cuide a mi hermano porque es posible que un hombre la lleve a cenar —dice y hace un mohín.

—Suerte con eso.

—Sé que no te interesa.

—Me alegra que me conozcas —le digo mientras me despido.

No sé por qué me gusta fingir que no me interesa, quisiera hacer preguntas y conocer un poco mejor a Maira. Pero arruinaría mi máscara de chica ruda.

Capítulo 3

Uno a uno van llegando al café. Por lo general soy la que llega primero para guardar la mesa. Nunca llego a tiempo pero mis amigos llevan la impuntualidad a otro nivel. La segunda en llegar es Elena. Me saluda con dos besos en la mejilla y trata de sacarme toda la información sobre la clase de matemáticas. Ella muere por los detalles.

—Entonces ¿el profesor te sentenció a pasar las vacaciones en la escuela?

—¡Duh! Es lo lógico Elena. No hemos asistido y nuestras notas son pésimas. Además, tú siempre logras enterarte de todo. No entiendo tu interés en mi versión de la historia.

—¡Oye! Si voy a ser periodista algún día, tengo que saber diferenciar entre los chismes que corren en los pasillos de la simple verdad. Así que no puedo quedarme con versiones de personas externas si tengo la posibilidad de preguntarle a la directa perjudicada.

Directa perjudicada... ¡Como si necesitara un recordatorio!

Me rindo, con Elena no es fácil. Ella tiene esa cara precisa para darte ánimo a contar lo ocurrido. Termino la historia justo cuando llega Michael con su nueva novia, así que Elena se muerde la lengua y se resigna a esperar hasta más tarde.

—Chicas, les presento a Milly, mi novia —dice con un tono que usa para las primeras citas. Intento mantener mi cara de póquer y saludarla con amabilidad.

Ella alza su mano y la sacude en el aire con timidez. Es preciosa, tengo que decirlo; cabello rubio, labios gruesos y una cintura que me sorprende que sostenga la parte superior de su cuerpo. Sin embargo, es diferente al tipo que busca Michael. Por lo general, sus víctimas son casi tan libertinas como él. Pero Milly se ve tierna y tranquila. Una alerta se enciende en mi cerebro, esto es un problema.

—Milly, ellas son Elena y Antonia. No confíes en nada que diga Elena y procura desaparecer si Antonia está enojada. Es muy explosiva.

¡Vaya! Gracias.

Ella sólo sonrío. Intento que no me caiga mal, pero ya mi mente está buscando defectos. Uno, es muy flacucha. Dos, no parece sincera. Tres, ¿qué clase de persona no dice hola cuando te presentan a un grupo? Milly nota que la miro de arriba abajo y se ofrece a traernos café.

—Es linda —dice Elena—. ¿Cómo se conocieron? Es decir, se ve mayor que tú y no es del tipo de chica que frecuentas.

Eso hace sonreír a Michael: —¿Tengo un tipo de chica?

—Sí, las entusiastas por el sexo o por la droga. Y ella claramente, no lo es.

—¡Elena! —la regaño—. ¿Por qué no lo gritas un poco más fuerte? No queremos publicidad negativa, ¿recuerdas?

—Primero que todo, la que grita eres tú y segundo, todo el barrio sabe la razón por la que él mantiene con los ojos rojos o tirado en la calle en condiciones precarias.

Milly vuelve con tres expresos. Ella repasa nuestros rostros buscando una respuesta para el ambiente tenso. Michael le alcanza un asiento y veo como la ayuda a acomodarse. *¿Michael acaba de ser caballeroso con una chica? Creo que soy yo la que está en las drogas ahora.*

Steven llega y nos saluda, eso me ayuda a recuperarme y poder cerrar mi boca, ya que mi mandíbula por poco toca la mesa. Michael le presenta a la dulce Milly y Steven queda alucinado. Michael lo golpea para que vuelva a la tierra y ni se le ocurran ideas de quitarle a su «princesa».

—¿Así que has conquistado a nuestro amigo? ¿Cuánto llevan saliendo? —pregunta Steven con morbosa curiosidad. Su tono no es sincero, parece celoso.

Milly ríe bajo: —Nos conocimos en el transporte público. Michael me defendió de un hombre que intentó tocarme —su mirada va hasta su reciente héroe—. Es todo un caballero.

WTF caballero y Michael en la misma oración.

—La he invitado a la cabaña a la que iremos en verano —anuncia Michael.

Steven pone una mano en el hombro de su amigo pero yo me adelanto para darle la noticia.

—En cuanto a eso —le gano por poco a Steven que me mira con impaciencia por mi interrupción—, tendremos que asistir a clases de verano con el señor Hernández, ya no hay nada que hacer por la materia. Y tú en especial, tendrías que revisar si te deja. Ya que no vas nunca a su clase. —No sé porque me causa satisfacción arruinarle sus planes.

Michael me mira con cara de pocos amigos. Está enojado. Parece por su mirada que quisiera matarme y enterrarme bajo tierra. Su mano empieza a temblar, lo que hace seguido cuando su cuerpo empieza a resentir la abstinencia. Necesita un trago o su droga.

—Creí que habías dicho que eres un estudiante ejemplar —dice Milly con dolor por la mentira.

Bufo. Mi burla hace que el temblor aumente.

—Es un buen estudiante en lo que le gusta. —Elena intenta arreglar mi desastre.

—¿Qué te gusta? —pregunta Milly.

Michael desvía su mirada de mí a ella, mientras le toma la mano: —La verdad no soy buen estudiante. Pero me gusta la filosofía, es la única que me llena de alguna manera.

—¿Por qué mentiste? —Su pregunta está llena de reclamo. Mi fuero interno sonrío.

—Tú vas a entrar a la universidad mientras a mí me falta todo un año. Además, no creo que mis calificaciones me ayuden para conseguir entrar en la que quiero.

¿Quién es él y que ha hecho con Michael? Él nunca da explicaciones.

—¿Has mentido en algo más? —Veo una lágrima salir de su patético rostro.

Duda en responder y eso incomoda a Milly: —Lo lamento, pero creo que necesitaré tiempo para decirte esto y no quiero que sea en frente de ellos.

—¿Por qué? —pregunto casi sin dejarlo terminar.

Steven y Elena me miran con la boca abierta. Saben que no soy una buena persona, pero nunca me había comportado como una perra delante de las chicas de Michael.

—Ellos lo saben...

—Sí. Es más, lo aprueban. Sé que es diferente contigo. —Los puños de Michael se cierran con furia. La que va dirigida a mí pero no se atreve a volverme a mirar porque debe permanecer tranquilizando a su amiguita. Me va a hacer pagar por mi actitud, pero al final me dará las gracias por salvarlo de una mojiyata.

—Dímelo de una vez, creo que quiero irme a casa.

—Si te digo, querrás correr a casa.

—Me estás asustando.

—Es mejor que la llesves a casa, Michael. Podrán hablar en el camino —dice Elena entrometiéndose.

—Sí, mejor— apoya Steven y me hace una mirada de «apoya la idea».

—Creo que no deberías perder el tiempo con ella, Michael. Nunca entenderá nuestro estilo

de vida.

—¡Cállate, Antonia! —me grita. Me deja en shock, él nunca lo había hecho antes. ¿Acaso se ha enamorado de esa muerta de hambre?

—Debo irme —dice Milly sollozando—. Gracias por la invitación. —No entiendo el agradecimiento, no ha sido una buena noche.

Michael se levanta con ella y la alcanza. Le dice que la va a acompañar y salen del café. No sin antes, lanzarme su mejor mirada de «maldita estúpida».

—¿Qué rayos fue eso? —pregunta Elena.

No sé, no quiero hacer introspección ahora. Necesito contárselo a Maira.

Capítulo 4

—Entonces ¿son celos? —Maira lanza su primera pregunta luego de una hora de descripción detallada del encuentro con Milly.

—¿Qué? Claro que no. Michael no me atrae de esa manera. Simplemente quería librarlo de un trago amargo. Ellos no tienen futuro.

—¿Sabes a que me recuerdas? Las cenas de Navidad de los últimos años con mis padres. Cada uno tratando de avergonzar a la pareja del otro. Es mortificante —dice con expresión de angustia—. Es igual a lo que hiciste ahí.

Sólo la imagen de que Michael y yo tuviéramos peleas de ex esposos me hace dar arcadas.

—No necesariamente debe gustarte —continúa—, es posible que te sorprendió el cambio y no te gusta adaptarte a lo nuevo. Has estado con él desde que tenían siete años, supongo que te sientes como su hermana. Y las hermanas son terribles con las pretendientes. Aunque...

—Si ya sé. Nunca me había portado de esa manera —digo evitando que ella termine su frase.

Hace dos años que Michael me había prometido que sin importar las circunstancias de la vida, siempre iba a estar pendiente de mí y cito «nunca podría encontrar una amiga como tú, Tonia». Nunca lo pensé de otra manera, y sí, me consideraba parte de su familia, ya que las verdaderas hermanas que tiene son un completo desastre.

Sabía que éramos amigos porque aguantaba sus caprichos, no discutía por sus vicios y no me importaba que lastimara a otras chicas mientras no estuviera directamente relacionada con el grupo. Pero ahora, con Milly, estaba rompiendo todas las reglas que habíamos seguido por años... Parecía que ya no iba a necesitarme en su vida.

—Te quedaste callada, ¿quieres algo de tomar? ¿Escuchar música? ¿Salir a fumar un poco? Creo que tengo algo de cerveza en la nevera también.

Justo lo que necesito, Alcohol.

Asiento y nos dirigimos a la cocina. Maira vive con su padre, así que el buen hombre mantiene surtida su despensa de distintos tipos de bebidas. Entre ellas, cerveza. Supongo que con eso ganaba puntos conmigo.

—No estoy enamorada de él —suelto de pronto. Maira me mira con sospecha.

—Yo no te lo pregunté, pero gracias por confirmarlo —dice entre dientes—. Además es lo mejor ¿sabes? porque Elena vive babeando por él.

—Lo sé. Y ni siquiera me molesta que ella lo mire así. La que me molesta es Milly.

—Por tu descripción es parecida a mí: flacucha, tímida, de pocas palabras.

—No te atrevas a compararte. Ella finge que es tierna. Tú no. Eres como eres. Tímida pero mordaz, y eso es lo que me hace ser tu amiga.

—Lo que te hace quererme ¿no es así?

—Oye, no he dicho querer —digo a la defensiva.

—De verdad que tienes problemas —dice con tristeza—. No puedes decirme que me quieres a mí, con la que no tienes ningún riesgo. No me imagino si decidieras ir a por un chico.

—Yo no tengo material para conservar chicos.

—Cierto, tú solo robas novios y luego los desechas a las dos o tres noches —dice tranquila. Eso me hace poner roja de la ira.

—¿Acaso me estás llamando zorra? Te recuerdo que no los conservo porque siento que ya están usados y no me gustan las migajas.

—Entonces ¿para qué se los quitas a sus novias? —su tono sigue plano, no entiendo como no muestra emociones a pesar que yo estoy a punto de perder la cabeza.

—¡Eso sólo ha pasado tres veces! —exploto y tiro la cerveza a una pared. El sonido de los vidrios quebrándose sobresalta a Maira.

—¡Nooo! Mi padre llegará pronto. Tienes que limpiar.

—Ni creas que voy a limpiar. Vine a contarte mis problemas y lo que haces es insultarme. Me voy de aquí antes que me hagas romperte la cara —digo y me hago camino hasta la puerta y la azoto cuando salgo.

Paso todo el fin de semana desconectada de ellos. Supongo que debo disculparme con Maira y quizás con Michael. Pero si empiezo con las disculpas, alguien podría mencionar que también le debo una a Milly y eso sí que no iba a pasar, ni porque me pusieran agujas en todo el cuerpo. Reviso mi celular y veo que tengo tres llamadas perdidas. ¿En qué momento pasó esto? He estado todo el tiempo pendiente de ese aparato infernal. Dos de ellas, eran de Maira y otra de Michael. Decido que debo enfrentarme a la ira de ambos y tratar de controlar mi temperamento. Llamo primero a Maira. Ella se disculpa como si tuviera la culpa.

—Que no... fui yo quien se comportó mal contigo. Te dejé una mancha en la pared y vidrios por todo el lugar.

—¡Dios! Es cierto. Pase quince minutos limpiando la pared y creo que ahora ese pedazo se ve más claro que el resto. Por suerte mi padre no se fija en ese tipo de cosas.

Pasamos un rato al teléfono hasta que ella me avisa que su madre ha llegado de visita. Eso la hace despedirse de inmediato. Resignada, marco el número de Michael.

—Hola —lo saludo intentando trasladar a mi tono de voz lo que siento.

—Tonia este no es un buen momento —dice cortante—. No sabes lo que haces ¿verdad? Te gusta arruinar relaciones de las personas, eso lo sé, pero nunca lo habías hecho conmigo. Pensé que era especial para ti, pero ya veo que no.

—Mike, la verdad no sé qué me pasó.

—¿Sabes para que te llamé ayer? Para maldecirte por lo menos diez minutos. Creo que apunté todos los insultos que pude recordar, incluso hice algunas combinaciones que tendría que patentar. Estoy furioso. Y en este momento no hay nada que puedas hacer para reparar el daño.

—¿Te dejó? —pregunto intentando adivinar. Nunca había sentido ese tipo de pena en su voz.

—Por supuesto que lo hizo. Es una chica lista. Apenas supo que iba a estar con alguien que se pierde cinco de las siete noches de la semana por estar borracho o drogado hasta las nubes, me miró con decepción y me dijo que no la volviera a llamar.

Eso no lo esperaba. En algún momento de esta mañana, quería pensar que esa chica era más comprensiva con el asunto de la droga.

—Era lo mejor Michael. Si seguías con ella, la ibas a lastimar.

—¿Cómo si te importara sus sentimientos! Tú la despreciaste mucho antes que te dijera su nombre, y ni te atrevas a decir que no, vi tu cara.

Odiaba ser obvia.

—¿Estás borracho? —pregunto porque parece estar muy comunicativo. Si estuviera sobrio me habría mandado a comer de lo que no se come.

—¿Te importa? —me reta.

—No, sólo quiero confirmarlo.

—Estoy con Pedro —dice. Pedro es su distribuidor de droga.

—Ahh. ¿Qué estás consumiendo esta vez?

Oigo que le pregunta a Pedro y vuelve al teléfono.

—Dijo algo como Heroína, creo.

¿Es en serio? Está escalando.

—Voy para allá —digo de inmediato—. Espérame ahí.

—Si vienes tienes que comprar, eso lo sabes. Además no te quiero ver, quiero estar solo.

Cuelgo. No voy a escuchar sus excusas. Me pongo una chaqueta y salgo de casa sin dar explicaciones a mis padres. Supongo que ya no las esperan. Mi desesperación por correr por Michael hace que olvide que no me arreglé el cabello y que mi cara tiene el mismo maquillaje de ayer. Así que debo parecer una piñata golpeada.

Capítulo 5

El sitio donde se reunían con Pedro era un bar de mala muerte situado en un callejón. La entrada tiene una escalera hacia el sótano y una puerta reforzada custodiada por un tipo fornido sin ningún sentido del humor. Michael frecuenta constantemente este lugar y algunas de esas veces me había traído, lo que supongo que es algo a mi favor, ahora que estoy llegando sola.

Me acerco a la puerta y toco tres veces. Una voz me sorprende desde el otro lado.

—¿Desea algo? —pregunta.

—Mucha diversión y descontrol —contesto la contraseña del lugar.

La puerta se abre y el guardia extiende su mano para pedir mi pago. Todos los que entran al sitio deben comprar por lo menos esa droga. Éxtasis. La he probado dos veces y he tenido buenas experiencias, sobre todo porque no tengo que preocuparme por mi horrible vida mientras estoy en ese estado. Le entrego un billete y él me da una bolsa con dos pastillas. Tengo que tomarme una delante de él, así que rompo la bolsa y simulo que pongo una en mi boca. Esto es algo que Mike me enseñó hace algunos años, la agilidad de dedos para ocultar pastillas en medio. Tiene un uso aplicado para que sea yo quien decida si quiero elevarme o no. Trago y abro la boca para que revise que he cumplido con mi parte. Se hace a un lado y me da la bienvenida.

Necesito encontrar a Michael antes que alguien note que no estoy drogada y piensen en correrme del sitio. Además, tengo que estar preparada para el momento que encuentre a Mike; si lo que dijo es cierto, va a estar en un estado catatonico, medio paralizado y con sus emociones frías. No me gusta la forma en la que él reacciona a la droga, se vuelve como un zombi, aunque estoy consciente que ya es parte de él, y desengancharse es como un intento de suicidio.

Al primero que veo es a Pedro. Es un hombre bajo, corpulento que tiene complejo de bien parecido. Es de esos que desde la distancia se puede intuir que da problemas. Su temperamento es cambiante, efervescente y sus niveles de violencia le han llevado a ser detenido al menos tres veces. En cuanto a moda, es una joyita. Se cree innovador y sus combinaciones de traje logran hacer escandalizar a más de uno, aunque nadie es capaz de decirlo en voz alta porque no quiere amanecer en el hospital. La verdad sea dicha, se ve guapo y sin estilo propio; por ejemplo, usa lentes oscuros en un lugar como este. ¡Cuánto mal gusto!

Lo saludo con la poca amabilidad que me queda. Él me mira con preocupación y me ofrece de su mercancía para que pueda relajarme. Niego, no puedo drogarme hoy. Necesito encontrar a mi amigo antes de que cometa una estupidez.

—¿Ha visto a Michael? —inquiero.

Pedro se sube los lentes. Veo sus ojos perdidos, ni siquiera estoy segura si me ha reconocido.

—Mike, sí. Lo vi hace unos minutos. Creo que iba a subir con Cielo, nuestra chica contorsionista. Es mi mejor adquisición de hace muchos años.

Cierto, Pedro también es proxeneta. Le agradezco y camino en medio de la pista de baile, hasta un pasillo que tenía otro guardia.

—Necesito hablar con Michael Rivera —explico.

—El señor Rivera no está en el área privada. Hace poco lo vi en la barra.

—Gracias —digo y salgo de nuevo hacia la entrada.

La barra del bar es un icono arquitectónico bizantino, no sé qué tenía que ver ese arte en un lugar como este. A la mayoría de los clientes les causaba curiosidad tener que beber en medio de tanto símbolo religioso. Supongo que a otros les parecía que de alguna manera redimían sus pecados y los desahogaban al mismo tiempo.

Veo el cabello de Michael alborotado. Sus manos en el rostro y su postura derrotada, me prepara para lo que viene. Calculo más o menos cuando empezó a drogarse y me doy cuenta que me mintió respecto a la cantidad. Si fuera como lo describió, estaría con la mirada fija al frente y sin percatarse de su alrededor. Sin embargo, ahí está, consciente que estoy aquí; me siento despacio y trato de no tocarlo. Siento una extraña electricidad cuando me acerco poco a poco.

—Te dije que no vinieras —me dice deteniendo mi mano. Sus ojos tienen ese aspecto salvaje que me hace estremecer.

—No te iba a dejar aquí solo en ese estado. Soy tu mejor amiga.

—¿No me digas? ¿Eras mi mejor amiga ayer? Porque la verdad no te reconocí.

—Sé que aún no lo vas a reconocer, pero acabo de salvarte de una gran decepción. Ese tipo de chica se te puede meter en la piel y llevarte por un camino desconocido. Te iba a exigir cambiar para estar con ella y alejarte de nosotros.

—¿Así que fue por ti? ¿Por no perder a tu mejor amigo?

—¿Qué? No. Te aseguro que fue sin egoísmo.

Su risa retumba con la música de fondo. Se está burlando de lo que acabo de decir. La sangre empieza a subir por mis mejillas, dejándome completamente roja.

—¿Te das cuenta de la ironía? —pregunta. No entiendo lo que quiere decir.

—¿Ironía?

—Todo los que me conocen, la escuela, el barrio... saben que tipo de persona soy. Es un estigma que me va a perseguir mientras siga ahí. ¿Entiendes?

—No.

—Te estoy diciendo que no quiero ser así otra vez. ¿Te parece saludable que me consideren el mujeriego, idiota, drogadicto y mala influencia?

—¿Todo esto por Milly?

—¡Todo esto por mí! —grita con rabia.

El aturdimiento me deja sin habla. ¿Acaso está diciendo que quiere alejarse de esta vida? De lo maravilloso que hemos pasado por tanto tiempo. Y pensar que a veces, creía que la que no era sincera en totalidad era yo.

—Ella era mi salida, mi salvación. Pensé que si alguien así podía amarme, iba a dejar este camino.

—¿Por qué preocuparse por tu camino cuando no has empezado a vivir la vida? Este es el momento de divertirse y no pensar en encaminar tu vida por donde quieren tus padres o la sociedad —digo tratando de animarlo—. Quizás en un par de años podemos pensar en eso.

—Pensar en tener una vida —dice ensimismado.

—Exacto. Algo que sea desde el profundo de tu interior, no por una chica.

—Entonces si te dijera que te quiero a ti, pero que debemos cambiar para conseguir un futuro y tener una camada de hijos ¿no lo pensarías ni un poquito? —dice recuperando su tono coqueto.

—No bromees con esto. Quiero apoyarte por lo que estás atravesando. Y no sé si estabas enamorado o qué. ¿Estabas enamorado?

—No sé —responde ofendido—. Me gusta, creía que tendría algo especial. No he tenido un sentimiento así desde hace casi diez años.

—Eras un niño hace diez años.

—Exacto, sentimientos puros de un niño de siete años que conoció a su mejor amiga pelirroja. Eso me hace sonreír. Lo abrazo llevando mi cuerpo hacia él. No se resiste pero tampoco me lo devuelve.

—Entonces ¿Estoy perdonada?

—No, no creo que pueda perdonarte hasta que ella vuelva conmigo.

—¡Por todos los cielos! Ella no va a volver contigo.

—Entonces nunca te perdonaré —declara dejándome fría.

Capítulo 6

Si alguien me hubiera preguntado qué iba a hacer el domingo por la noche, nunca habría contestado que estaría afuera de la casa de la noviecita de mi amigo intentando descifrar cual puede ser la frase que rompa el hielo y no me tire la puerta en la cara. ¿En serio estoy haciendo esto por Michael? Si bien me había dado un ultimátum, no tenía que hacerlo hoy y mucho menos en persona. Una llamada también podría ser efectiva.

¿A quién engañas? Una llamada no resuelve nada.

De alguna manera, Michael pensaba que ella podía ser un cambio positivo en su vida. *¡Positivo! Debe estar bromeando.*

Me acerco hasta la puerta arrastrando los pies. *¿Qué carajos voy a decirle? Oye disculpa por lo de la otra noche, no sabía que Michael te necesita como el aire en sus pulmones...*

Toco el timbre con aprensión. Si tan sólo hubiera cerrado mi boca el viernes, no tendría que verla hoy. Oigo unos pasos acercarse y abre la puerta un poco, solo veo medio rostro.

—Hola —saludo. Supongo que es su madre.

—¿En qué puedo ayudarla, jovencita? —pregunta con un tono de molestia. Seguro no reciben visita un domingo a las nueve de la noche.

—Estoy buscando a Milly. ¿Puedo hablar con ella?

—¿Es amiga de Milly? —pregunta escéptica. Me mira de arriba abajo tratando de comprender como su hija puede estar con alguien como yo.

Eso me enfurece. Juro que no grité porque Michael me mataría. Pero ese tipo de mirada no se le debe hacer ni al mendigo de la calle.

—No, soy amiga de un amigo. Le tengo un mensaje.

—Bien, pero no puede demorarse. Es tarde —dice mientras se retira un poco de la puerta y grita el nombre de su hija.

Me pregunta si deseo pasar pero me niego. Esta conversación debe mantenerse por fuera del rango de la casa y así, si algo sale mal, puedo salir corriendo con facilidad.

Milly aparece un minuto después con cara amable. Sin embargo apenas me ve, su rostro refleja que no soy bienvenida. A pesar de sus sentimientos, es una chica educada y disimula lo suficiente hasta que su madre se va y estamos solas.

—¿Qué haces aquí?

—Te aseguro que vengo en paz —digo despacio—. Quiero disculparme.

—No es necesario. En cierta manera me hiciste un favor. —Su tono no es convincente, se escucha el dolor en cada palabra.

—Lamento como me comporté, yo... bueno no estoy acostumbrada a que Michael mire a alguien como lo hace contigo.

—¿Qué quieres decir? Si tan sólo me viste por media hora. Y Michael y yo no nos demostramos afecto. No podría hacerlo delante de extraños.

—Bueno... soy la mejor amiga ¿lo sabes? Conozco a tu chico desde que tenía siete años, créeme, él te considera especial.

Eso la hace soltar un suspiro y luego veo que está a punto de llorar.

—Siento mucho haberte tratado así. Y me duele haberle hecho daño a Michael, está destrozado sin ti.

—¿Qué quieres que te diga? —pregunta en un susurro—. Yo no estoy a favor de su forma de vida, no puedo estar con alguien alcohólico y drogadicto. Mis padres me matarían o les daría un infarto.

—Lo está dejando —le digo aunque en parte es mentira. Michael dijo que ella podría ser su salvación, no que ya estuviera implementando los cambios—. Quiere ser el hombre que tú necesitas. Por favor, habla con él. Sigue siendo el chico que te defendió de un abusador.

—Entonces dile que cuando lo deje puede buscarme —dice limpiándose la cara.

Es dura, tengo que admitirlo.

—No sé si pueda hacerlo solo. Necesita algo de motivación.

—Ya le estoy dando una, no puedo hacer nada más por él.

—Milly...

Ella se gira hacia la puerta, dando por terminada nuestra charla.

—Lo lamento Antonia, pero para mí no hay tonalidades grises en este asunto. O está sobrio o no lo está.

—Por lo menos dile eso, habla con él y dile eso. Él te necesita. —Odio mi voz de súplica.

Ella se detiene un momento; veo su duda.

—Si requiere apoyo, puedo dárselo. Pero nada más. No voy a tener una relación con alguien que necesita estar entrando a un centro de rehabilitación.

Es un progreso.

—Muchas gracias. Es muy amable de tu parte.

—Claro, Mike es un buen chico, merece algo mejor que esa vida.

Justo en el corazón, perra. ¡Ja! No merece esta vida, ¿acaso nos ves sufriendo?

Finjo la sonrisa intentando que todo lo que ya he hecho no se desplome. Ella responde con la misma timidez y se despide.

—Espera, tal vez, tú y yo podríamos iniciar de nuevo.

—Me gustaría —responde y su mirada se ilumina un poco.

Bien, otro asunto solucionado. Por lo menos la única que tiene que tragarse su desprecio por la otra voy a ser yo. Odio a las tipas como ella, buenas hasta los huesos.

Me despido y corro hasta mi casa. Necesito contarle a Michael lo que pasó, seguro debe estar ansioso por esa información. Cuando llego a mi cuarto, cierro con llave a pesar de que mi padre me grita que no me ha visto en todo el día. Mis padres tienen la necesidad de ver mi cara por lo menos una hora los fines de semana. Le digo que no tardo y me apresuro a marcar el número de Mike.

Contesta de inmediato.

—¡Tonia!

—Tengo buenas noticias...

Le cuento nuestra conversación con detalle. El hace unos «umms» y «amms» cada vez que Milly intentó negarse, pero al final, parece complacido del resultado.

—Es algo bueno, ¿no es así?

—Sí, pero... ella quiere que el cambio sea inmediato. ¿Cómo voy a hacer eso?

—No lo sé, y tampoco te lo recomiendo. Puedes tener serias consecuencias. Y ni pensar en meterte en rehabilitación, estamos finalizando materias y hay que recuperar matemáticas.

—Cierto.

—Entonces ¿me perdonas o no? —digo casi como si fuera un reclamo. El silencio en la línea me indica que notó mi mala disposición.

—Te lo digo cuando hable con ella —dice y cuelga.

¡Ahggg hombres!

Capítulo 7

Michael

Cuelgo el teléfono después de evadir varias veces la pregunta de Antonia. No la voy a perdonar tan fácilmente o por lo menos no le diré cuando lo haga. Necesita un buen escarmiento por portarse como una lunática. Esa chica en serio tiene muchos problemas que no quiere afrontar.

Llego a la cama sin inconvenientes, aún tengo un poco de mareo. Últimamente el alcohol parece estarme afectando más rápido que de costumbre. Quizás debería dejar de tomar por una noche. ¡Eso! mañana no tomaré y trataré de evitar pasar las vacaciones en la escuela, ya es demasiado humillante que Milly lo sepa y no me quiero imaginar cuando mis hermanas se lo cuenten a mamá. Ellas estarán felices de evitar cruzarse conmigo en sus días libres.

Mi celular suena, he recibido un mensaje de whatsapp, abro la aplicación sin expectativa. Seguramente es Steven o Elena o Lola o Claudia o Stefy o ...

Me sorprendo cuando veo el nombre, es Milly. Quizás Tonia sí logró convencerla después de todo.

Milly: *Supongo que tomaste muy en serio cuando te dije que no quería hablar contigo y por eso mandaste a tu amiga. Pues te advierto que tampoco quiero tratar con ella.*

No estoy seguro por qué, pero me hace sonreír. *No quiere hablar conmigo pero me envía mensajes.*

Michael: **Te aseguro que yo no la mandé. Simplemente ella estaba tratando de salvar su trasero. Se dio cuenta que me importas mucho y que voy a vetarla de mi vida por lo que te hizo.**

Milly: *¿Dejarías de ser amigo de ella por lo que pasó el viernes?*

Michael: **Haría lo que fuera por ti, cariño.**

Se tarda en contestar, lo que me genera una creciente ansiedad.

Milly: *De verdad no puedo estar contigo si no estás sobrio. No quiero eso en mi vida. Es este momento debes ser sincero conmigo y decirme si vas a hacerlo o no. Y te advierto, no digas intentar. Intentar no vale.*

¿Intentar no vale? ¿Cómo piensa que voy a dejar todo así de la noche a la mañana? Tendría grandes efectos secundarios.

Michael: **Creo que ya mencioné que haría lo que fuera por ti. Y efectivamente, si me apoyas, voy a salir de eso.**

Milly: *Bien.* Responde inmediatamente.

Michael: **Entonces, ¿volvemos?**

Milly: *Es muy prematuro, Mike. Pero te aseguro que nos veremos tres noches en la semana y el fin de semana. Si veo que te comprometes, podemos intentarlo.*

Ese mensaje me hace saltar de la cama. Cinco días sobrio. Va a ser un reto. ¿Soy capaz de alejar la bebida y las drogas por una semana entera? *¡Por lo más sagrado! ¿Tengo la fuerza de voluntad?*

Michael: Estoy ansioso, cariño <3

Milly: *Seremos amigos esta semana ¿entiendes?*

Michael: Claro

Milly: ¿Mike?

Michael: ¿Sí?

Milly: *Hablo en serio. No quiero que trates de seducirme o algo parecido.*

Michael: Seré un santo, ya verás.

Milly: *Gracias.*

Michael: ¿Cuándo te veré?

Milly: ¿*Te parece bien el martes?*

Michael: Perfecto.

Sin duda necesito el lunes para trabajar a mi mente psicológicamente. *No puedo tomar, no puedo drogarme, no puedo tomar ni drogarme, no puedo tomar ni embriagarme.*

¿En serio voy a hacer esto por una chica o muy en el fondo quiero hacerlo por mí?

Capítulo 8

Me desvelo esa noche viendo la tele, intentando evitar el murmullo abrumador de mi mente cuando me disponga a dormir. Me repito por décima vez Divergente. Así que intento validar los argumentos de Verónica Roth para mi vida. Ella piensa que los humanos pueden estar divididos en cinco facciones, bien, eso es posible; además que hay empleos determinados para cada uno, eso no me gusta.

Lo siguiente que hago es comparar las actitudes de mis amigos con la película para clasificarnos según lo que plantea.

Bien, por quien empiezo.

Me doy cuenta que Maira es la más sencilla de clasificar; ella sería una excelente miembro de Verdad o posiblemente Sabiduría.

Ahora, Elena... Ella no clasifica en Cordialidad ni en Abnegación. Podría ser Verdad pero ella no distingue de la realidad a la ficción en el momento que cuenta un chisme. No le interesa si lo que publica le hace daño a alguien. No puedo decir que clasifique para Sabiduría porque debe mucho más créditos académicos que nosotros. ¿Intrepidez? No, ella no levanta ni su propia basura para correr detrás de un tren. ¿Entonces cuál? Creo que volveré a ella después.

Steve: fácil. Un total intrépido.

Michael: Bueno, él es inteligente o lo era hasta que llegamos a secundaria. Antes de eso ocupaba los primeros lugares del salón. Supongo que se dio cuenta que si seguía haciendo eso no podría ser popular y se convertiría en el nerd de la clase. Creo que eso se lo dije yo. *¡Por todos los cachorros del mundo! ¡Soy una mala influencia!* Además de Sabiduría, Michael también podría ser parte de Intrepidez, no por nada tiene esos músculos de infarto. Hasta se parece un poco a Cuatro, *debería seguir diciéndole así, sin que él lo sepa por supuesto.* Y ahora podría ser parte de Cordialidad si sigue con la señorita cuerpo de sirena. ¡Vaya! Michael sería el divergente.

Ricardo: Lo dejaré en Sabiduría sólo porque ha sido muy inteligente al hacer un gran negocio en la escuela. Es próspero y nadie parece enfrentarlo.

Bien, Elena de nuevo... ya pasé por todas las facciones ¿qué pasa si no clasificas en ninguna? Cierto, Elena es una chica sin facción. Eso me causa cierta satisfacción.

El pitido de mi celular me saca de mi estado de ensoñación. Lo levanto y reviso quien es... Michael.

Michael: *Eres una genia, Tonia. Supongo que lo que le dijiste fue más efectivo de lo que creía.*

En parte me gusta que haya hecho algo bien por una vez en mi vida, pero por otra, me disgusta mucho que él vuelva a tener algo con ella.

Antonia: *¿Te va dar una oportunidad?*

Michael: *Sí. Pero tengo que portarme bien, ya sabes, estar sobrio por una semana.*

Antonia: *Una semana es poco tiempo.*

Michael: *Agradécele a la deidad en la que creas por eso. Pudo haber dicho que me probaría por tres o más meses. ¿Te imaginas? Moriría.*

Antonia: ¿Piensas dejarlo?

Cuando lo envió siento un poco de rabia. Michael se va a alejar de su vida por ella. Quizás es un cambio positivo para los demás, pero para mí, es una condena al lavado mental que le hacen a las personas para que sigan el mismo camino; estudiar, graduarse, encontrar una pareja, casarse, trabajar ocho horas diarias por 365 días al año y morir.

Michael: *No del todo. Por lo menos no así.*

Antonia: No podrás engañarla por mucho tiempo.

Michael: *¿De qué lado estás?*

Antonia: Del tuyo, siempre estoy del tuyo. Pero no sabes las consecuencias que puedes tener al decirle que lo vas a dejar y no hacerlo.

Michael: *¿Qué dices? ¿Qué voy a arruinar su vida?*

Antonia: Vas a arruinar la tuya imbécil :P

Michael: *Tonia... no espero que me comprendas, sólo quiero apoyo.*

Antonia: ¿Qué necesitas?

Michael siempre encuentra la forma de ablandarme, ¿acaso tendrá que ver que sienta que me necesita?

Michael: *Que te guardes tus comentarios.*

Ha vuelto el chico rudo.

No respondo, ya es tarde y mi mal genio me haría decirle de qué va a morir.

Mañana va a ser un día de mier...

Capítulo 9

Todo iba bien en la semana hasta que llegó el miércoles. De alguna manera Michael había logrado ver a Milly el martes en la noche sin derrumbarse. Pero hoy en la mañana, ya no es el mismo muchacho sonriente y despreocupado que le importaba poco las reglas de la escuela. No se ha bañado, aún tiene el pantalón del pijama y su cabello es un completo desastre. Se ve tembloroso y de mal humor. De alguna manera en esas pocas horas, su condición de abstinencia ha empeorado.

—¿Qué diablos te pasa? —oigo que le pregunta Steve.

—¿Qué diablos te importa —responde mientras sus manos toman su cabeza como si necesitara sostenerla.

—Estás llamando la atención y sabes que una anotación más en tu hoja de vida y no te permitirán continuar aquí.

—¿Acaso es un delito estar poco arreglado? Hoy no tenía ganas de asistir siquiera. Deberían agradecerme que aparezca aquí.

—¿Agradecerle? —dice una voz desde su espalda. Al darse vuelta, ve a la directora—. Señor Rivera, acompáñeme por favor. —Ella se da la vuelta y Michael la sigue cabizbajo.

El día simplemente empeora.

—Antonia —me llama Elena desde el otro lado del pasillo.

—Hola Elena.

—¿Qué le pasa a Mike? Nunca lo había visto tan mal. Tiene ojeras, vomitó en el césped de la entrada y juro que estaba teniendo una alucinación porque pasé por su lado y se veía ido.

—¡Vaya! Esto es peor de lo que imaginaba.

—¿Qué quieres decir? ¿Acaso está consumiendo algo nuevo? ¿Algo más fuerte?

—No, es todo lo contrario. Lo está dejando. Debe llevar cinco días sin consumir. Habría pensado que esos síntomas demorarían más en aparecer.

—¿Lo está dejando? ¿Quién lo convenció? —pregunta curiosa.

—¿Quién crees?

—¡Ohh! —Su boca forma una O—. Milly.

—Sí. Tengo que admitir que esa chica es difícil de tratar. Clasifica las drogas como malas y punto. Así que Michael le prometió que lo dejaría. Pudo haber empezado bajando las cantidades, pero ¿dejarlo? No sé, no creo que lo logre. La heroína no es algo fácil de dejar.

—Oye... Si Mike quiere dejar las drogas deberías alegrarte por él. Además tú no consumes, no entiendo tu enojo.

—Mi enojo no es por las drogas, es porque quiere cambiar por ella. No por él, ni por mí... por ella.

Elena achica los ojos con sospecha y toma mi mano.

—No sabía que lo amabas.

—¿Qué? No lo amo. Es mi mejor amigo y lo quiero de la manera que es. No quiero que cualquier zorra venga a cambiarlo.

—Para mí, ella intenta ayudarlo.

—¿Por qué la defiendes? Pensé que Michael te gustaba.

Da dos pasos atrás como si la hubiera sorprendido en algo ilícito.

—Es atractivo, me gusta verlo caminar y cuando tiene poca ropa en la clase de natación o cosas así, pero no podría pensar en algo con él por sus hábitos dañinos. Yo quiero estudiar e irme de este pueblo. Y alguien como él, sería un ancla.

—¿Cómo te atreves a decir eso? —Me doy cuenta que empiezo a temblar y empuño mis manos.

—Entiendo si tú no lo quieres ver así. Sé que no piensas ir a la universidad, ni hacer una carrera. Seguramente te quedarás con él siempre. Siendo su nana. Pero eso es algo que yo no haré, lo siento.

—Vete de aquí antes que te quite cada cabello —digo furiosa.

—Tenemos la misma clase, así que te tocará controlarte.

¿Controlarme? Esa palabra no está en mi diccionario.

Arremeto contra Elena con fuerza desmedida, tomando su larga melena castaña y llevándola hacia el suelo. Ella grita de dolor. Los demás estudiantes corren a nuestro encuentro haciendo un círculo y animando la pelea. Un mechón de su cabello cede cuando la arrastro, así que su cabeza se azota con el duro pavimento de nuevo. Me subo sobre ella, y la golpeo dos veces en su rostro. Lo siguiente que siento es que me levantan y tiran de mí para que la deje. Steve toma mis manos y me abraza dejándome sin salida.

—¡Suéltame! Esa estúpida tiene que pagar por lo que ha dicho.

—No te voy a soltar Tonia. Deja a Elena en paz —su voz es autoritaria y me sacude para que deje de moverme.

Otros chicos llegan a auxiliar a Elena, quien está sangrando por la nariz. La cargan y se la llevan a enfermería.

—¿Qué está pasando aquí? —aparece un profesor. Los demás espectadores desaparecen en un segundo—. Señorita Nieto, venga conmigo.

Steve me suelta. Lo enfrento con cara de pocos amigos e ignoro el llamado del profesor. Sigo hacia mi siguiente clase. Sé que esto lo voy a pagar, pero es algo que ahora mismo no me importa.

Capítulo 10

Me dieron una semana de suspensión y matrícula condicional. Me lo tomé bien, especialmente por esas mini vacaciones, el problema es que mis padres no les pareció tan poca cosa como a mí. Me castigaron y no me dejaron salir en toda esa semana. Me las ingenié para hacer algunas cosas, por ejemplo, enviar a Michael un poco de heroína con Pedro. Sabía que no lo iba a lograr así tan fácil y antes que sufriera un ataque de ansiedad, prefiero que esté preparado por si se siente tentado. Se lo conté a Maira y ella estuvo totalmente opuesta a mi gran idea. «Eso no lo ayuda para nada» me dijo, «se supone que deberías apoyarlo en sus decisiones, no tomarlas por él».

A ver... déjame pensarlo... No, claro que no. Mike me necesita así como soy.

Aunque tengo que decir que no me ha llamado desde ese día. Eso fue el jueves y hoy ya es sábado. Decido que es momento de llamarlo.

—Mike —saludo.

—Antonia —contesta y su tono es cortante.

—¿Qué pasa?

—Dímelo tú, se supone que eres un ser humano pensante y puedes razonar antes de hacer disparates.

—No sabía que te importara tanto Elena... Te juro que la golpee sólo por defenderte.

—No estoy hablando de Elena, quien por cierto, le toca llevar parche en el ojo gracias a ti. Conociéndote puedo afirmar que no te has disculpado.

¿Disculpado? No gracias, ya he llenado mi cuota anual de disculpas y apenas vamos en junio.

—No me voy a disculpar, sería decirle que tiene razón, que tú eres un ancla.

—Sé lo que dijo, lo has repetido toda la semana.

—Entonces, ¿de qué hablas? ¿Qué fue lo que hice sin pensar?

—¿Qué hiciste el jueves en la tarde? —pregunta con ironía.

—Nada, estoy castigada ¿recuerdas?

—Pero parece que puedes usar el teléfono.

Claro, sí que está enojado por eso.

—Soy una buena amiga, no muchas te habrían enviado algo así por si te sientes mal, por si no lo puedes soportar. Te recuerdo que eso es costoso. Agradece que mis padres no me llevan las cuentas de lo que gasto o estaría en un lío serio.

—A ti todo te parece una broma ¿no? Te digo que quiero cambiar, dejar eso y ¿qué haces? Llamas a mi proveedor y compras por mí. No sólo tengo que dejar esta adicción, sino que tengo que alejar personas dañinas.

Hey hey hey, ¿alejar personas dañinas? ¿Eso me considera?

—¿Y yo lo soy? —pregunto. Prefiero que lo diga ahora y acabar con esto.

—No quiero hacerlo así, Tonia. Me gustaría hablar contigo personalmente. He estado enojado porque ese jueves estaba muy mal. Las náuseas eran casi insoportables y tú me hiciste llegar eso en el momento que mi fuerza de voluntad estaba casi nula. La destapé tan rápido que se acabó mucho antes que lo normal. ¡Cielo santo! Te juro que sólo me pude levantar hasta el viernes en la

noche. Creo que caí inconsciente, así que un poco más y habría muerto, Antonia. Mis padres seguramente apenas me estarían encontrando. ¿Qué pensarías de eso? ¿Qué hubiera muerto por lo que tú muy amablemente enviaste?

Sollozo. No estaba preparada para un reclamo así.

—Mike... Hemos sido amigos por casi toda nuestra vida, ¿cómo te atreves a preguntarme eso? ¿Crees que no me afectaría tu muerte?

—¡Responde la maldita pregunta!

—No moriste ¿bueno? Estás aquí todavía.

—Eres incorregible —dice decepcionado.

—Eres un imbécil.

—Tú egoísta.

—Misógino.

—Inmadura.

—Engreído.

—Apática.

—¿Qué? Pues entonces tú eres un cerdo.

—Zorra—Siento que algo se rompe en mi interior.

—Pues esta zorra ha sido quien te ha llevado a rastras hasta alguna parte en que te dejen dormir, cuando no sabías ni tu nombre, idiota.

—Lo que te molesta es que quiera alejarme de lo que nos une, crees que vamos a dejar de hablar por eso. Pero te equivocas, vamos a distanciarnos por tu actitud. Tú forma de querer controlarme. Ya te dije lo que quiero hacer, ahora tienes que decirme si me vas a ayudar o te vas a alejar. Sólo tienes esas dos opciones... tómalo o déjalo.

—No voy a ayudar a que te mueras.

—¿Acaso no hablé claro? Lo que hiciste el jueves casi me mata.

—Te odio —digo entre sollozos. Nunca pensé que Michael me daría un ultimátum.

—Eso lo decide.

—Supongo que sí.

—Ten una buena vida, Antonia Nieto. —Su voz es triste, pero no me conmueve.

—Púdrete, Michael Rivera.

Cuelgo sin esperar que me responda. No hay nada más que hablar, él quiere cambiar su vida a algo que no comparto. Se supone que no íbamos a adaptarnos a la sociedad, ser rebeldes y seguir nuestros deseos. Pero ahora sólo piensa en Milly... *¡Oh Milly! Si no fuera por ti, esto nunca habría pasado. Tienes que pagar por esto.*

Capítulo 11

Empecé a seguir a Milly, había averiguado el nombre de su universidad y un par de sus rutinas. Necesitaba información para planear una dura venganza. ¡Ya vas a ver pequeña zorra! ¡Nunca debiste posar tus ojos en Michael!

Tenía que apurarme, las vacaciones estaban en la puerta lo que no era bueno para mis planes. Necesitaba que Milly estuviera rodeada de gente, su gente. Que se dieran cuenta que clase de persona es. Aún no tengo nada, no tengo idea qué decir. He estado evaluando mentir un poco, exagerar. Sin embargo, el impacto no será el mismo si invento algo a la realidad. La verdad en este caso puede ser muy poderosa. La cuestión es ¿qué verdad?

Después de varios días me había dado cuenta que era casi perfecta, salía de casa, iba a la universidad, asistía a sus clases y volvía. Un ciclo que no cambiaba.

No voy a mentir. Tiene que ser algo real. Ella debe tener algún defecto.

—¿Te das cuenta de lo patético que es esto? —dice Maira mirando por los binoculares. Estamos cerca de la parada del autobús.

—Esto es una misión seria. Necesito que ella se caiga del pedestal en el que la tiene Mike.

Puja dejándome claro que me cree loca.

—¿Por qué no te inventas algo? Usa Photoshop para que se vea besando a otro tipo, ¿qué se yo? Cualquier cosa. Ya estoy cansada de seguirte este juego. La verdad ni siquiera me cae mal.

—Eres mi amiga, debería caerte mal. Si es mi enemiga es la tuya.

Deja los binoculares y me mira. De alguna manera la había ofendido.

—Cuando nos hicimos amigas, tú me dijiste que no te gustaba que los amigos fueran iguales. Que te gustaba la diversidad. Lo chistoso fue que en ese momento pensé que intentabas decirme que eras lesbiana.

Mi mandíbula se descuelga de la impresión. *¿Lesbiana?* Maira se ríe.

—Y ahora —continúa—, estás diciéndome que quieres que sea igual. ¿Qué tu odio sea el mío?

—Entiendo, y no quiero que eso pase. Me gusta que seas diferente y no soy lesbiana por eso. Pero... —tengo que apartar la vista de ella— ¿Podrías apoyarme en este proyecto?

—¿Acaso no lo estoy haciendo ya? —pregunta indignada.

—Sí, gracias por eso.

Por fin aparece Milly y la charla llega a su fin. Ambas miramos cada movimiento, esperando que tenga uno en falso.

—No creo que encontremos nada—dice pesimista—. Tienes que aceptar que ella es mucho mejor que nosotras.

A pesar que dijo nosotras, el efecto de su comentario no se sintió más leve. De alguna manera, eso me hizo sentir que la que actúa mal soy yo. La culpabilidad me invade pero gracias a años de práctica, rechazo aquel sentimiento debilitante.

—Deberíamos espiala de noche. Es claro que en el día no va a hacer nada malo.

—Ella es universitaria. Y tiene un aspecto de nerd. No creo que sea fiestera.

—Que sea fiestera no me sirve. Michael es fiestero. Necesitamos algo que lo haga voltear a otro lado. Que sea feo.

—Eso no va a pasar sin ayuda —dice Maira levantándose.

¿Estás loca? Te va a ver.

Me levanto enseguida, la alcanzo para tomarla de un brazo y caminamos hacia el lado contrario.

—¿Qué planeas, pequeña genio? —le pregunto.

—Pues... no tengo nada concreto. Y te juro que yo nunca lo consideraría si no fuera para ti. Pero antes que espiarla, debes considerar que cosa haría a Michael dejarla.

Esa es una buena pregunta.

—Bueno... Michael es mujeriego pero le gusta que su chica sea exclusiva.

—Sí, pero eso va a ser difícil. Necesitaríamos a un amigo guapo que intente coquetear con ella. Y asumiendo que ella caiga en esa trampa, mostrarle fotos. Pero, creo que esa no sería mi primera opción.

—¿Entonces?

—Se supone que tú eres su mejor amiga. Piensa.

Piensa Antonia. ¿Qué haría a Michael dejar a una chica en medio de un mar de lágrimas? Bien, tampoco un mar de lágrimas. Tal vez un poco de drama, reclamos y muchas cámaras de vídeo grabando la escena.

—¿Y bien?

—No lo sé.

—¿Y te haces llamar a ti misma su mejor amiga?

—No me provoques —le advierto. Mis orejas han empezado a calentarse.

—Piensas mejor cuando estás enojada.

—No me digas —le digo sarcástica.

Me alejo un poco y camino de un lado a otro. No puede ser tan difícil, casi todo mundo tiene un lado sensible.

—¿Odia la mentira! —digo más emocionada de lo que quería.

—Sí, la odia y sobre todo odia la hipocresía.

Cierto, le disgustaba que alguien predicara y no aplicara. Uno de sus más sonados dichos era «Si lo dices, lo haces». Lo cual es un poco irónico porque él vive en un mar de mentiras internas.

—Hay que hacer que Milly haga algo que la deje en evidencia delante de Mike —dice Maira.

¡Santos cachorros! ¿Qué haría sin mi chica cerebro?

—¿Emborracharla? ¿Qué haga un gran espectáculo?

—Algo así —dice con una sonrisa—. El único problema es que debes fingir que todo está bien. Que te comprometes a ayudar a Michael y que vas a tratar de llevarte bien con ella.

—¿Estás jugando? —digo asombrada.

—No. Es la mejor idea. Si tú le sigues declarando la guerra, la principal sospechosa serás tú. Pero... si creen que estás de su lado...

—Entiendo.

—¿Crees poder hacerlo? —pregunta con curiosidad. A pesar de tener ese tipo de ideas malvadas, en su vida personal y sobre todo conmigo, nunca tiene malas intenciones.

—Tendremos que averiguarlo.

Sonreímos con sorna y caminamos a casa.

Capítulo 12

Luego de hablar con Mike y casi rogarle su perdón, me encamino a la casa de Milly, de nuevo. Siento un *deja vú*, cuando su madre abre la puerta y me mira con superioridad. Como ya había pasado antes, estoy mejor preparada.

—¿Antonia? —pregunta Milly cuando me ve en su puerta a las nueve de la noche.

—Ajá, hola —digo levantando la mano como si fuera indio.

—¿Qué haces aquí? ¿Michael está bien? —me mira con preocupación.

—Está bien, más que bien —digo para tranquilizarla.

—¡Oh! Lo lamento, deberías pasar...

—No, es rápido. Además presiento que tu mamá prefiere que no pise su hogar.

El rostro de Milly refleja vergüenza. Como si su madre lo hiciera seguido.

—Ella es estricta y... se fija en las apariencias...

—Comprendo —la interrumpo—. Es difícil que me miren igual que a ti. Mi cabello alborotado y rojo; mis pantalones rotos y mis múltiples collares. Entiendo, de verdad. —*¡Vaya! ¡Si que sé actuar!*

Milly hace un puchero mimado y sonrío. No alcanzo a saber si está de acuerdo con lo que digo o le parece que no es excusa para despreciarme.

—Supe de tu pelea con Mike —dice cambiando el tema.

—Bueno... Me cogió desprevenida, ¿sabes? Simplemente me da miedo perderlo. Es mi mejor amigo desde los siete años.

—¡Mucho tiempo!

—Así es —asiento y ella insiste en que pase a su casa. Vuelvo a negarme, así que cierra la puerta y me guía hasta el primer escalón de la entrada.

—Pero siento que te juzgué mal —continúo—. Veo que quieres a Mike y esperas lo mejor para él. Pocas personas han hecho algo así por mi amigo. No sé si te ha contado sobre su familia.

—Algo, muy poco. Sólo sé que son problemáticos. Que no son unidos.

—Ajá. Es una de las razones por la que hace lo que hace. No te pido que lo entiendas ahora, porque bueno... veo que tu familia es diferente. Sólo dale el beneficio de la duda. He visto que desea cambiar.

—Tiene buenos amigos —dice con una cara tierna—. Lo quieres de verdad.

Claro que lo quiero, bruja.

—Por supuesto.

—Es un alivio escucharte decir eso, Antonia. Pensé que ibas a hacer una guerra contra mí. Y siendo la mejor amiga, tenía miedo.

—¿Miedo de mí?

—Miedo de lo que puedes influenciar. Miedo que no quiera mejorar. Que se rinda a la vida que lleva, llena de drogas y alcohol. Una a la que no puedo seguirlo.

Con esa frase me desarma un poco. Ella tiene buenas intenciones y cree que lo mejor es lo que plantea. De alguna manera, me hizo ver su punto y casi visalicé a Michael totalmente sobrio y

tratando de entrar a una universidad. Terminando la carrera, consiguiendo un trabajo y casándose con Milly. La burbuja de la felicidad llegó hasta esa última visión y tuve que usar todo mi auto control —que era poco— para mantener mi fachada de buena.

—Ambas queremos lo mejor para él. No veo problema en que hagamos un equipo.

—Gracias —dice con un hilo de voz. La estúpida parece querer llorar.

—¿Qué te parece si salimos el fin de semana para hablar un poco más? No quiero seguirte visitando de noche y que tu madre te castigue.

—¡Claro! —dice entusiasmada—. Tengo el domingo libre, ¿te parece a las cuatro?

—A las cuatro será —digo levantándome—. Te veo luego.

—Claro, nos vemos —dice y se despide. Entra a la casa enseguida.

Bien. Fase uno terminada: ambos creen que voy a ayudar. Ahora sigue la fase dos, seguir siendo una chica buena pero influenciar a Milly a cosas malas.

Maira me espera en casa. Estaba ansiosa por saber mi resultado de hoy. Le cuento rápidamente las conversaciones y celebra mis avances, pero no lo que pretendo. Sé que me ayudaría a ir al infierno y volver, pero en el camino me diría que estamos haciendo lo equivocado. Luego de hablar de Mike, me informa de la situación con Elena.

—Has quebrado el grupo, Tonia —me acusa.

—¿Elena sigue enojada?

—Por supuesto, ¿qué esperabas? ¿Qué te perdonara sin una disculpa de tu parte? Por cierto, Steve tampoco te perdona, creo que Ricardo está neutral. Pero Elena es una chica popular, media escuela va a estar de su lado.

—No me voy a disculpar, ella llamó...

—Ancla a Mike, lo sé. Deberías resolver lo que sea que sientas por Mike antes que media ciudad sea objetivo de tu venganza.

—¿Qué? —digo perdiendo la paciencia.

—Admite que lo amas de una manera más que amistosa —afirma. Sus ojos se ven seguros.

—Tonterías.

—Entre más rápido lo hagas mejor para todos. Así podrías ponerle nombre a lo que haces con Milly. No sólo quieres destruirla, esperas que se aleje de él. De verdad es bastante obvio.

—Necesito dormir —le digo echándola. Maira niega con la cabeza y se despide.

Cierro la puerta cuando se va y me tiro a mi cama. Mi mente juega con las palabras de Maira un rato... *¡Claro que no lo amo de esa manera!* Me gusta verlo pasar, porque tiene un torso de infarto y un rostro hermoso... pero ¿amor? Nahh... Antonia Nieto no sirve para el amor.

Capítulo 13

La mañana del domingo se me hizo eterna. Contaba los minutos para reunirme con Milly como si fuera mi novia o algo parecido. *¡No puede ser! Milly nos está cambiando a Mike y a mí.* Aunque la emoción por verla no era por el placer de su presencia, tuve que repasar mi atuendo varias veces, no quería seguir mi propio estilo; los pantalones rotos y blusas cortas no van con la ocasión. Me decido por un enterizo de pantalón que mi madre me regaló en navidad, esperando que tuviera algo decente que ponerme. Nunca lo usé así que esta es una excelente oportunidad. Al ponérmelo me doy cuenta de lo bien que me queda, acentúa mi cintura y de alguna manera mi trasero se ve fenomenal... sin mentir.

Maira me había llamado en la mañana para recordar el plan. Ser amigable. Algo que iba a tomar más que un buen traje. Tenía que sonreír... ¡rayos! ¡Sonreír! Ese es un arte que me cuesta dominar. Por lo general, cuando me cae mal alguien se me nota en cada expresión. Si mis poros tuvieran voz, harían un coro diciendo «aléjate zorra».

Llego diez minutos antes a la heladería gourmet del centro comercial. No era fan de este tipo de sitios y mucho menos si querían cobrarme el doble de lo usual por una copa de helado. Pero una chica como Milly, tiene otros estándares.

Veó la silueta delicada de Milly a los cinco minutos. Lleva un vestido estampado, con cuello alto y pequeñas flores. Su aspecto me hizo recordar a Kate Beckinsale cuando interpretó el papel de enfermera en Pearl Harbor, dulce pero con la capacidad de engañar. No es que ella sea igual a Kate. No, no tiene esa suerte. Principalmente porque es rubia y sus facciones son del norte de Europa. Sin embargo, tengo que darle crédito a que el vestido le queda bien. Bueno, más que bien. Varios hombres no pudieron disimular al verla y giraron sus cuellos casi ciento ochenta grados.

—¡Antonia! —me saluda efusiva. Nunca había odiado tanto la forma en la que alguien dice mi nombre como lo hago ahora.

—Hola Milly, luces genial —le digo porque es verdad.

—Gracias... La verdad no sabía cuál era el plan. Así que decidí usar este viejo vestido.

Claro... viejo vestido. Desde los cinco pasos que nos distancian, puedo oler lo nuevo que es.

—Bueno, yo tampoco sé cuál es el plan. Supongo que quieres helado, ya que estamos aquí.

—Sí, claro. Me encantaría probar la ensalada de aquí. Hace casi seis meses que no pruebo algo dulce.

—¿Bromeas? ¿Seis meses? —mi tono sale un poco más sorprendido de lo que quise. Milly se sonroja, parece apenada.

—Mi madre es estricta, creo que eso ya lo sabes. Uno de sus mayores logros es mostrar a sus hijas siendo unas señoritas decentes y bien presentadas. Sus amigas siempre están en la casa cotilleando quien ha subido una libra o quien la ha bajado. Sería vergonzoso para mi madre si alguien le dice que he ganado peso. Sé que es raro... Créeme no me agrada. Amo el helado.

¿En serio alguien puede vivir orgulloso por el peso de un hijo? Siento un poco de simpatía por su situación. Tengo que admitir que yo no como dulce en exceso, pero que alguien te lo prohíba porque eres su trofeo a mostrar, me hizo dirigir mi ira hacia su madre.

—Entonces, es hora de mandar a la mierda a las amigas de tu madre —le digo en tono gracioso, pero su rostro se descompone—. Lo lamento, no quise ofender a tu madre o a alguien que conozcas.

—No es eso —dice con una sonrisa falsa—. Sino que nunca había salido con alguien que dijera algo así y le pareciera correcto.

Eso se llama alguien sincero, querida.

—Me agrada —dice al fin. Mi reacción es tardía, Milly se da cuenta que no estaba preparada para esa respuesta y prefiere guiarme hacia el local.

¿Qué acababa de pasar? Dijo que le agradaba que alguien que dijera lo que piensa. Supongo que por su posición social, mantiene rodeada de personas que fingen todo el tiempo. Aunque si soy justa, yo estoy haciendo lo mismo.

Milly pide una ensalada con helado. En su mayoría es fruta con una diminuta bola de helado. Ella no quiere tentar su suerte, algo más grande le haría subir de su peso ideal. Por mi parte, al ver los precios, me di cuenta porque la gente rica pide platos tan pequeños. ¡Es excesivamente costoso! ¿Quién en su sano juicio compraría un helado que tiene el mismo precio que el almuerzo para cuatro personas? Mi familia no pasa dificultades ni nada, es más, tengo forma de ahorrar —aunque ahora mismo mis ahorros se redujeron por la heroína que le compré a Mike—, pero no lo suficiente para frecuentar este lugar.

Al final, compro el helado más pequeño que encuentro. Tengo que admitir que el sabor es diferente a los que estoy acostumbrada. Como si se esmeraran más en sacar algo delicioso. Me lo como con tanto ímpetu que no hablo hasta terminarlo.

—Es delicioso ¿no es cierto?

—Sin duda. Nunca había probado algo así.

Chica lista, me ablanda con dulce... ¿Cómo no lo vi venir?... Contrólate Antonia, debes parecer amigable pero no convertirte en su amiga, no realmente.

—¿Cómo está Mike? —le pregunto tratando de dejar de pensar en ese helado.

—Bien... De hecho, le dije que saldría contigo.

—¿Qué dijo? —pregunto curiosa.

—Bueno, voy a citarlo así que no te enojas conmigo. Dijo «ten cuidado, es mi mejor amiga pero en tu caso, no debes confiar en todo lo que te diga».

Mike siempre tan dulce... ¡Imbécil!

Me había costado demasiado llegar hasta aquí, así que no pienso rendirme y darle la razón a Michael. Iba a seguir con mi plan hasta que Milly se pareciera a mí y no viceversa.

—Se nota que me quiere.

—Pues sí que te quiere... En cada conversación te menciona por lo menos una vez.

¡WTF!

—¿Cosas malas?

—Todo lo contrario. Dice que no ves tu propia belleza, que quieres parecer ajena a la vida de los demás pero que eres un dulce osito de felpa por dentro.

¿Osito de felpa? Voy a matar a Michael Rivera.

Me remuevo en mi asiento incómoda, ¿quién se cree Mike para hablar de mí con su novia? No entiendo la razón. Si está en una relación, debería entablar temas de conversación que gire en ese ámbito. Nada de mejores amigas. Porque siendo sincera, no hay mucho que hablar sobre mí, sino es del intenso tono rojo de mi cabello. ¿Por qué me enoja que hable de mí con ella? ¿O no es enojo?

—Pues no me conoce. Yo no soy una chica dulce.

—Hmmm, la verdad te daría razón si me lo hubieran preguntado después de la primera vez que nos vimos. Pero ahora... no lo sé. Creo que eres una buena persona, bajo varias capas de situaciones que te han cambiado. Tal vez necesitas nuevas experiencias...

Ahí está de nuevo, la Milly salvadora. No puede evitar tenderle la mano al caído.

Aprieto mi puño, haciendo que mis uñas hieran mi palma. Eso me quita un poco las ganas de abofetearla. Me levanto con prisa sin medir mis movimientos, lo que genera que el plato de Milly, que aún tenía algo de fruta y restos de helado caiga directo a su vestido. No espero su reacción, ni le ofrezco una disculpa, simplemente salgo de ahí, huyendo.

No, Milly. No vas a usarme como tu proyecto de caridad.

Capítulo 14

Recibo varias llamadas de Mike. No las respondo. Estoy harta de recibir regaños de su parte, como si tuviera derecho a corregirme. A pesar de que internamente me siento bien al haber derramado el helado en el vestido de Milly, también me siento algo extraña porque mi plan no va a ningún lado. Ya no sé qué hacer sobre ellos. Tal vez debería olvidar mi misión y dejar que Michael sea feliz con Milly.

El sonido del timbre de mi casa me despierta. Son las once de la noche. Ningún amigo de mis padres se atrevería a aparecer a esta hora, así que sólo puede ser para mí. Asomo la cabeza por la ventana para ver de quien se trata. Reconozco inmediatamente la chaqueta negra de Michael y el corazón se agita un poco. Me digo a mi misma que siento temor de lo que va a decir, pero en el fondo sé que no es sólo eso.

Bajo las escaleras y abro la puerta. Michael me mira con curiosidad. Olvidé que ya estaba lista para dormir. Mi pijama negra, es muy reveladora. Incluso algo transparente.

—¡Wooooow! —exclama cómo si nunca hubiera visto mi ombligo.

Ruedo los ojos.

—¡Oye! ¿Te das cuenta la hora que es? —digo cruzando los brazos.

—Es tarde, lo sé. Pero al no contestar mis llamadas, pensé que debía venir a asegurarme que seguías viva —dice sin despegar la vista de mi pecho.

Mis ojos están arriba, imbécil.

—Lo estoy. ¿Puedes irte?

—¿Por qué estás molesta conmigo? —pregunta imitando mi posición. Cruza los brazos y se recuesta al marco de la puerta.

—No estoy molesta contigo. Simplemente no quiero hablar con nadie por ahora.

—¿Qué te hizo Milly? —pregunta ignorando el hecho que lo estoy echando.

—¿Qué?

—¿Qué te hizo? Algo debió pasar para que le arrojaras helado al vestido. No creo que haya sido algo sin razón. Más bien estoy intentando darte el beneficio de la duda y preguntarte personalmente para saber la versión de ambas. Ya oí la de Milly y tengo que decirte que está muy afectada, ella cree que tiene la culpa también. Así que, aquí estoy.

Trago grueso. De alguna manera Michael Rivera todavía creía en mí.

—Bien... Estábamos hablando normal, comimos un helado delicioso...

—Ajá.

—Todo iba bien... No sé qué ocurrió pero terminamos hablando de que ella no me consideraba mala persona, que eran las circunstancias de la vida las que me había vuelto así —me señalo a mí misma. Mike hace un gesto travieso.

—Entonces, ¿te molestó que creyera que eres buena persona?

—No, me molestó que ella dijera que debo tener nuevas experiencias, diferentes a las que tengo ahora.

—¿Eso es malo?

¡Santa cachucha! Los hombres nunca leen entre líneas.

—Me está diciendo que debo cambiar también. Quiere hacerme su proyecto, igual que tú lo eres en este momento.

—¿Crees que está experimentando conmigo? —pregunta a punto de reír.

—¿Qué es tan gracioso?

—Pues... yo considero que soy el experimentador, no el experimento.

—¡Oh! Pobre de ti. —Tengo que contener mi risa. Este hombre está alucinando si cree que él es el que está a cargo.

—En serio. Quiero saber si soy capaz de cambiar con una motivación pequeña.

—Espera. ¿Qué me estás diciendo? —Cambio mi peso a un solo pie, y me acomodo mejor. Ya me estoy cansando de estar aquí sosteniendo la puerta.

—No estoy enamorado, Tonia. Ella tiene buenos sentimientos y es genial. Pero tengo que decir que no cumple todos mis requisitos.

La sensación de alivio me embriaga. De alguna forma, eso me quita un gran peso de encima. La intención de destruir a Milly se quiebra y me hace feliz. De verdad feliz.

Michael mide mi reacción, se queda en silencio para observar mis gestos. Alza una de sus comisuras y se acerca a besar mi mejilla.

—Supongo que eso resuelve nuestros problemas ¿no es así?

—Supones bien.

—Nos vemos mañana entonces —dice despidiéndose.

—Espera —lo detengo poniendo mi mano en su hombro—. ¿Por qué viniste a decirme esto hoy?

—Bueno, eres la persona más cercana que tengo. No quiero más malos entendidos. Además, venir a esta hora tiene sus recompensas —dice mirándome de arriba abajo, deteniéndose bastante tiempo en mis pechos y piernas—. Sabes que tengo mi lado perverso y aun así te presentas de esa manera.

Ja... Ahora es mi culpa.

—Tú te apareces a las once de la noche. ¿Qué esperas? ¿Que use un camisón?

—¡Dios! No. Antonia Nieto no se pondría un camisón nunca.

Me agrada cuando habla de mí en tercera persona.

—Hablando de tarde... te importaría dejarme dormir aquí. Seguro que tu cama es grande —dice con un tono lleno de coquetería.

—Tienes novia, ¿recuerdas?

—See... Pero allá no puedo dormir. En cambio aquí... Ya sabes, tu madre me considera un hijo.

Sí, el encanto de Michael llega hasta mi madre. No estoy orgullosa de ese hecho en particular.

—¿En serio Mike? ¿Necesitas dónde dormir?

—Sería agradable no volver al infierno que es mi casa, sí —dice en tono jocosos, pero sus ojos no muestran la misma expresión.

—Bien. Pero no hagas ruido —abro completamente la puerta para que pase.

Subimos a mi habitación en puntitas. Estoy segura que si le dijera a mi madre, ella no tendría problema con esto, pero mi padre... ese es otro asunto. Es mejor que no se enteren.

Como él había adivinado mi cama es grande, pero no estoy segura de querer compartirla con él. Extiendo una colcha en el piso y le paso una almohada. Hace un puchero, pero lo acepta.

—Soy tu mejor amigo y me vas a dejar dormir en el suelo.

—También podría acomodarte en el sillón de la sala. Pero ya sabes... si se despierta mi padre,

podría confundirte con un ladrón.

—Ja ja... No gracias. No quiero agujeros en el cuerpo.

—Buenas noches, Mike —digo acomodándome en mi cama.

—Buenas noches, mi pelirroja favorita.

Michael se queda en silencio instantáneamente. El hecho de tenerlo en mi cuarto, de noche y a unos pocos metros de mí, me pone tan ansiosa que el sueño se me esfuma. ¿Qué pasa conmigo? Estoy acostumbrada a su presencia, me siento cómoda con él. ¿Por qué estoy sudando entonces?

Volteo varias veces y no encuentro la posición correcta. ¡No puede ser! ¿Está haciendo tanto calor? Me levanto y abro mi ventana. Tal vez necesito aire. Una ventisca pega contra mi pecho y de repente me siento fría. Definitivamente el ambiente está frío, es mejor cerrar la ventana.

Cuando volteo para arrojarme a la cama de nuevo, Mike ya está en ella, arropado hasta el cuello.

—¿Qué haces? —le pregunto.

—No me dejas dormir con tus vueltas. Tal vez un poco de calor humano puede ayudarte.

—Bien... pero si me llegas a tocar el trasero o el pecho te aseguro que te dejo sin descendencia.

—Sin manos. Te lo prometo.

Me meto entre las sabanas y él me abraza por los hombros. Lo gracioso de todo esto, es que esa era la posición para dormir.

Capítulo 15

—¿Dormiste con Michael? —me pregunta Maira mientras me hala del brazo para apartarme del grupo.

¿Qué?

—¿Quién te dijo eso? —le pregunto con impaciencia. Sea quien sea voy a matarlo.

—No me lo dijeron, lo oí. Dime que no es cierto.

—Michael durmió en mi casa, pero de dormir... nada más. Quien sea que haya dicho eso, es un maldito chismoso.

—Puede que sea yo el maldito chismoso —dice Mike acercándose a nosotras.

Veó su postura relajada. Sus ojos intensos dirigidos a mí como si le pareciera una gran idea lo que acababa de hacer. Inmediatamente la ira me nubla la vista y tengo que empuñar mis manos. Maira ve mi reacción y se acerca a mí para evitar que mi matrícula condicional no se convierta en expulsión.

—¿Qué pasaba por tu cabeza al decir eso? —lo confronto a pesar de que Maira se queda en la mitad de nosotros.

—Para empezar, tenía que darte un pequeño escarmiento por tu comportamiento anterior: tratar mal a Milly en el café, ser una loca y mandarme la droga a la casa. Me parece que eso no es nada comparado a lo que has hecho —dice con un tono desenfadado.

¿Escarmiento? Hijo de pu...

—¡Eres un imbécil! —grito.

Oigo los murmullos a mí alrededor. Veo las caras de mis compañeros llamándome con apodos odiosos. No es que no tuviera algunos ya, pero adicionar a eso que me había acostado con Michael... va a enterrarme.

—Lo sé —responde cínico—. Tengo que admitir que me gustaría que fuera verdad... pero siempre te has negado. No entiendo por qué. Tal vez podrías explicarme, al fin y al cabo, no eres una virgen y yo soy tu tipo.

—¿Qué demonios, Mike? —dice Maira exaltada. Ella tiene que estar muy enojada para decir una palabra así.

—No tengo nada que explicarte. Tú no eres mi tipo y se supone que soy tu mejor amiga. No se le hace algo así a tu mejor amiga.

—Tú me mandaste droga a pesar que dije que iba a dejarlo. ¿Por qué? ¿Ah? Se supone que soy tu mejor amigo.

Nos quedamos ahí, mirándonos con furia. Él es un gran chico unos días y al siguiente, un completo idiota. Maira me aparta de él pero yo me salgo de su agarre.

—Esto te va a salir mal, Mike.

—¿Por qué lo dices, preciosa? —su tono sarcástico me hace enfadarme más.

—Porque tienes novia, y si mal no escuché, acabas de engañarla.

El rostro de Michael pierde la alegría. Todo atisbo de diversión se esfuma y me mira con cara de pocos amigos. Se acerca un poco más, invadiendo mi espacio vital y susurra en mi oído.

—Ella me perdonará. Pero a ti... bueno... no lo creo. Además disfruta el chismorreo de pasillo.

Dicho eso se aleja a grandes pasos.

Si antes me preguntaba porque no me gusta Mike... bueno, ya tengo una respuesta.

Si el día iba mal, el ver aparecer el rostro de Elena me hace pensar que estoy condenada. Steven va a su lado como si fuera su bastón. No entiendo por qué, nuestra pelea fue hace una semana y definitivamente no la dejé al punto de necesitar asistencia para caminar. Ella me enfrenta, se detiene justo al frente impidiendo que siga hacia la clase.

—¿A quién tenemos aquí? La chica que no le importa meterse en la relaciones de los demás. Buen trabajo intentando atrapar a Mike, perra.

—¿Cómo me llamaste? —escupo en su cara al decirlo con tanta indignación.

—Lo que eres. Una maldita perra.

Doy un paso al frente pero Maira se interpone de nuevo. Ella tiene una misión en su vida y esa es cuidarme.

—No, Tonia. Matricula condicional ¿recuerdas? —dice con su voz suplicante.

No digo nada, simplemente fulmino con la mirada a Elena, quien tiene esa sonrisa de victoria en su rostro. Steven se nota incomodo por la conversación pero no suelta la mano de su chica.

—¿Y tú? ¿Estás enojada porque me acosté con Mike por Milly o por ti? Lo siento Steven, cariño... ella está muerta por mi amigo.

La expresión de Steven se crispa cuando menciono ese detalle. De alguna manera él parece conocer que Elena, la chica por la que se tiraría a un tren, ama a otro.

—No me gusta Michael —dice ofendida.

—Ahora estamos juntos —dice Steven interviniendo en nuestro reto de miradas.

—Felicidades —dice Maira halándome. Quiere salir de ahí cuanto antes.

—Eso es algo que no conseguirás, perra —dice Elena de nuevo—. Ya toda la clase sabe lo que pasó y además, que Michael no te va a corresponder. Pobre tonta. Pensabas que el sexo haría que él cayera a tus pies. Eres una ilusa, estúpida.

Necesito que alguien se lleve a Elena ahora mismo o voy a acabarla a golpes. Maira empieza a temblar de una manera anormal. Ese hecho me distrae un poco de mi ira y la miro con preocupación. Steven se percata de lo mismo y extiende su brazo para sostenerla porque está a punto de derrumbarse.

—¿Qué pasa? —pregunto alarmada. Maira parece que no pudiera respirar.

—¿Quieres golpearla? —me pregunta. Me deja un poco confundida. ¿Acaso no está teniendo una convulsión?

—Por supuesto, pero tú pareces a punto de desmayarte... deberíamos ir a enferme...

—Déjame a mí —dice y sin esperar mi permiso, le da un golpe directo en el ojo.

Elena cae por la sorpresa más que por la fuerza. Se levanta rápido y busca la mirada de su nuevo novio para que la apoye. Steven duda. No puede golpear a Maira. Elena bufa con frustración y trata de atacarla de vuelta. Esta vez soy yo quien se interpone y siento el duro golpe en mi estómago. Me hace agachar de inmediato.

—¡Suficiente! —dice Steven, quien arrastra de manera poco cordial a su novia.

—Nos veremos después —grita Maira con tono retador.

Tengo que apoyarme en ella para recuperarme. ¡Cielos! ¡Esa chica tiene un ladrillo por mano! Suerte que hace una semana no dejé que me golpeará.

—¿Estás bien? —me pregunta al ver que sigo abrazando mi estómago.

—No.

—¿Aún quieres ir a enfermería?

—No.

—Deberíamos entrar a clase. Ya tenemos muchos problemas.

—Sí, vamos. No voy a volver a llevarte la contraria en nada. Por un momento pensé que te desmayarías y terminaste tirando al suelo a Elena. ¡Bravo!

—Bueno... me duele mucho la mano.

—Novata.

—Andando —dice ignorando mi comentario.

Capítulo 16

Michael

Cuando desperté en la casa de Tonia estaba bastante confundido. Había llegado a su casa con un objetivo y había terminado durmiendo en su cama. ¿Qué me pasa? Si bien no quería que siguiéramos peleando, necesitaba que ella cambiara su manera de pensar sobre mi decisión de dejar atrás mis adicciones. Pero a pesar de todas las oportunidades que le había dado, ella seguía con lo mismo. Incluso ahora quería meter a Milly en su venganza. ¿Qué le había hecho esa chica tan encantadora? Estaba seguro que Tonia no se acercaría a Milly si no tuviera un As bajo la manga y gracias a los años de conocerla, puedo asegurar que no es algo agradable.

¿Voy a dejar que suceda? ¿Qué le haga daño a Milly? Mi interior estaba confundido otra vez. Tonia es mi amiga y Milly mi novia—o por lo menos algo más que mi amiga, hasta que ella decida aceptarme de nuevo.

Fue ahí donde tuve la idea. Antonia Nieto necesitaba una lección. Algo que le enseñe que no es debido acercarse a alguien solo para destruirlo.

Salí de su casa con prisa porque no quería que sus padres me encontraran en mi caminata de la vergüenza y de alguna manera, mi venganza hacia Tonia no sería encaminada hacia sus padres. Ellos me agradaban.

Ahora que mi amiga se ha dado cuenta de lo que he hecho, ya no estoy tan seguro. Fue una estupidez haber divulgado eso con Elena. Sabía que ella se lo diría a todo aquel con quien cruzara, no importaba si lo conocía o no. ¡No sé si fue una buena idea!

Antonia Nieto era conocida en la escuela como la emo rockera. Tenía una gran personalidad y la gente respetaba su manera de ser porque no le importaba si otros hablaban de ella. Aunque tengo que agregar que su forma de vestir atraía a hombres pero no a mujeres. La mayoría la miraba con desdén cuando pasaba y la llamaban perra a sus espaldas. Sin embargo, con lo que acabo de hacer, los comentarios empezarán a ser frontales.

Eres un ser despreciable. Me dijo mi consciencia luego de enfrentar a Tonia y Maira.

Mi mejor amiga me había mirado de una forma que nunca pensé que sería merecedor. Se veía decepción y casi pude oír cómo se partía su corazón. Se sintió traicionada y eso también me conmovió.

Se supone que soy el chico que la defiende, que la apoye. No alguien que coja su reputación y la manche de esa manera.

—¿Cómo pudiste acostarte con Antonia? —pregunta una chica de mi clase. Siempre ha estado interesada en mí y ahora parece enojada por la reciente noticia.

—No sé de qué hablas.

—¿No es verdad? Todos lo están diciendo... pero si no es verdad, podría ayudarte.

Le sonrío y ella empieza a respirar agitadamente.

—No tienes que hacer nada por mí, hermosa.

Al oír la palabra hermosa, casi se desmaya.

—La verdad no culpo a Antonia, si fuera yo, estaría más que dispuesta.

Así que la chica inocente tiene garras.

—Bueno, me gusta tu entusiasmo... pero tengo novia.

—Chica afortunada.

—No siempre —le digo y me levanto. Necesito alejarme de esa chica antes que salte encima.

En el pasillo me cruzo con Ricardo. Él ha estado un poco alejado del grupo por la cantidad de trabajos que le ha tocado entregar. La mayoría de mi clase, tenía negocios con él.

—Mike, amigo.

—Ricardo, hace tiempo no te veía sin un bolígrafo en la mano —se apoya en mi hombro y sonrío.

—Dos semanas pesadas pero lucrativas. Deberíamos salir, yo invito.

—Claro. Aunque nada de lo habitual.

—¿En serio? ¿Eres Michael Rivera?

—No seas payaso, simplemente quiero alejarme un poco del alcohol.

—¿Por qué? ¿Por lo de Tonia? ¿Te acostaste con ella por estar borracho?

—No me acosté con ella —digo cansando. La verdad no sé para que lo hice si iba a estar negándolo después. Soy un idiota.

—Ya... Bueno ¿entonces por qué?

—Me estoy pasando con el alcohol y las drogas. No quiero llegar hasta el punto que no pueda volver.

—¡Por favor! —dice como si fuera un chiste—. No puedes salirme con eso. No eres alcohólico, claro que no. Puedes controlarlo, no seas maricón.

—Me vale lo que pienses —digo y sigo mi camino. ¿Cómo he sobrevivido con esos amigos?

Debería llamar a Milly. Creo que me he demorado mucho en hacerlo. De la forma en la que las noticias vuelan en este pueblo, ella ya debe estar enterada de lo que he dicho y seguramente con algunos detalles añadidos.

Su teléfono suena y contesta al primer timbre. Supongo que eso es una buena señal.

—¡Hey hermosa!

—*Hola Mike.*

—¿Cómo estás?

—*Bien, aunque bastante confundida.*

—¿Por qué, cariño?

—*En la mañana escuché un rumor y estaba muy enojada contigo. Pero luego, Antonia me llamó y me contó una historia muy difícil de creer. Pero por su tono, pude darme cuenta de lo destrozada que estaba. Que se sentía lastimada, que tú le habías hecho daño. Lo gracioso es que ella me llamó para que estuviera tranquila, para que no creyera el rumor, ni terminara contigo.*

—¿Qué? ¿Ella te llamó?

—*Sí, hace unas dos horas. Casi al mismo tiempo en el que yo había escuchado el rumor.*

—Lo lamento, yo no sé qué estaba pensando cuando lo hice. Aunque no te he contado mi razón principal... no estoy seguro si debería hacerlo.

—*Mira Mike. Yo... he estado pensando. La verdad creo que es mejor darnos más tiempo... Separarnos antes que me sigas haciendo daño. Y al parecer, que le hagas daño a tus amigos de toda la vida.*

—¡Espera! ¡Milly por favor! Fue un error estúpido. Estaba vengándome porque Antonia me mandó droga en los días que estaba tratando de dejarla. Y no pude aguantar. Por poco me mata.

—*Pensé que no te habías drogado en más de una semana. Que ibas bien.*

—No fue por decisión propia.

—*Lo lamento Mike, pero esta decisión es definitiva. Sin embargo espero que sigas tratando de dejarlo. Que lo hagas por ti y tu futuro.*

Me va a dejar y piensa que voy a seguir sus pasos. ¡Está loca!

—Nunca pensé que serías capaz de dejarme en la mitad del camino. ¿Acaso crees que podré controlarme ahora? —Uso mi último recurso: chantaje emocional.

Eso parece hacerla suspirar. Se queda callada un rato al otro lado de la línea.

—*Es tu vida* —dice sin titubeos y cuelga.

Me quedo mirando a mi teléfono como idiota, al darme cuenta que me había colgado. Ella era una chica dulce y la había convertido en alguien que le cuelga el teléfono a otro en la cara. ¿Puedo ser aún más porquería?

Doy media vuelta y busco a Ricardo. Al encontrarlo lo tomo del hombro. Me mira con sospecha pero relaja su expresión cuando nota mi estado emocional. Supongo que se ve mi ira en la expresión o la derrota en mis hombros. No lo sé. Pero Ricardo imita mi gesto.

—Acepto las cervezas —le digo.

—Bien, nos vemos a las siete —dice.

Capítulo 17

Ha pasado una semana desde que me enfrenté a Michael. Las burlas han cesado, supongo que alguien ha hecho alguna estupidez que ha desviado la atención. Gracias a estar lejos de mis amigos regulares, he mejorado mis notas y me anunciaron que no necesitaba quedarme en vacaciones. ¡De verdad que ahora mismo le haría una estatua a Maira!

Supe que Milly terminó con Mike. Eso me animó un poco, pero luego me entró cierta sensación de desasosiego como si hubiera cometido un error. Aunque si vamos a ser honestos, el mayor culpable de la situación fue Michael. Seguramente que no habría pasado eso, si él no inventa ese rumor sobre mí.

Dentro de una semana se acaba el curso. Habrá un gran baile de despedida que está organizando los de último año. Afortunadamente, no se necesita ir en pareja. Maira no es fanática de ese tipo de planes, pero no le queda más remedio al darse cuenta que sólo somos las dos contra el mundo.

—Tienes dos llamadas perdidas de Mike —anuncia mi amiga.

—Sigo ignorándolo. Parece que no se da cuenta.

—Tal vez quiere disculparse —aboga por él. Sus gestos me recuerdan a mi madre cuando intenta justificar mis acciones con mi padre—. Quizás si lo escucharas...

—Maira, tú lo escuchaste, dijo que me lo merecía.

—De cierto modo lo hacías —dice mientras se encoje esperando mi reacción.

Le doy la espalda furiosa. No merecía ser traicionada por él. Si bien, una chica normal que se metiera con Michael sabía su destino —ser usada y desechada—, no era lo mismo que fuera yo. Al final siempre he conocido el *modus operandi* de Mike. Si me acostaba con él, era por querer cambiarlo o podrían decir incluso que lo amaba. Aunque había otras versiones más crudas: Unos decían que no había más chicos comprometidos a los que conquistar. Otros, que estaba probando que Michael Rivera tuviera corazón pero que no lo había logrado. Y los más osados decían que Mike me tenía lástima y sólo quería aceitar mi máquina.

—Lo lamento, no quise decir eso —se disculpa al rato cuando se da cuenta que no le contesto.

—No te preocupes. Estoy acostumbrada a ser señalada.

—Puedes cambiar eso. No hay necesidad de ser la chica extraña de la escuela.

—¿En serio? Volverme igual que las putitas esas, que se pintan los labios color rojo ramera, usar faldas plisadas y blusas pastel ¿eso quieres?

—No, claro que no. Nunca serías así. Pero puedes ser alguien lejos de los rumores de pasillo.

—La verdad me gusta que hablen de mí.

—No es cierto. La semana pasada estabas que golpeabas al siguiente que se interpusiera en tu camino y te mirara con desdén. Tuve que rescatarte en varias ocasiones.

—Aprecio tu lealtad, en serio. Pero eso no desaparece quien soy. Necesito un poco de tiempo y las vacaciones serán un gran alivio para mí.

—Sí, es cierto. Deberíamos planear un viaje. Un poco de playa puede curar cualquier cosa.

Esa idea me entusiasma. Hace mucho tiempo no iba a la playa y mucho menos en compañía de un amigo.

—Me agrada tu idea.

—Haré los preparativos. Déjame eso a mí. Concéntrate en pasar el examen final y hablar con Michael.

—¿No te rindes? Ya te dije que no quiero hablar con él.

—Sí que quieres. Yo simplemente soy la chica que te empuja a hacerlo ya que eres demasiado orgullosa para reconocerlo por ti misma.

El timbre de mi casa suena. Mis padres no están y es raro que alguien venga a esta hora de la tarde. Me asomo por la ventana y veo que una figura masculina se tambalea en la entrada. Tiene que sostenerse de la pared para mantenerse de pie.

—¿Lo llamaste? —La acuso—¿Le dijiste que viniera?

—¿De qué hablas? —dice sorprendida. Se acerca a la ventana y ve a Mike.

—De él.

—Te juro que no he hecho nada que no me hayas autorizado. No haría eso. Sabes que no saltaría tu opinión en esto. Primero haría que tú lo aceptarás.

—¿Qué hago? —La verdad no quiero dejarlo afuera pero hablar con él es una mala idea.

—Debes ser su amiga. Se ve muy mal, Tonia —dice sin apartar la mirada de la entrada.

—Vienes conmigo —tomo su mano—. No voy a enfrentar esto sola.

Bajamos la escalera. Los pasos de Maira parecen ser forzosos, casi la estoy arrastrando y ella hace la fuerza contraria como si quisiera correr hacia el otro lado. Abro ligeramente la puerta y veo a Mike tratar de enfocar su atención hacia mí. Pasa un segundo más y aún no parece reconocerme.

—¡Sálvame, Tonia! —dice y cae al suelo.

Capítulo 18

Juego con mis dedos mientras espero en la sala del hospital. El ambiente es triste y el aire es pesado. No me gustan los hospitales y menos ser la persona que espera a que le traigan noticias. Pero no pude evitar ayudar a Michael cuando se presentó en mi puerta a punto de colapsar. No estoy segura si estaba ebrio o drogado o ambas, pero se desmayó y sus iris se ocultaron.

Maira me ayudó a parar un taxi y meter el cuerpo inconsciente de nuestro amigo. El taxista casi nos hace bajar al pensar que estaba muerto, pero luego de un gran soborno, cerró la boca y aceleró a fondo.

Había llamado a sus padres, pero media hora después, quienes llegaron fueron sus hermanas. Ambas enojadas por la situación. Me preguntaban cada cinco minutos si ya iban a dar noticias o si se podían ir. Al final ya no contestaba, era inútil.

Maira no se había podido quedar. Era tarde y tenía que ser niñera de su hermano. Se despidió dejándome con ese par de arpías.

—Te das cuenta que el idiota ese siempre arruina nuestros planes —le dice la gemela malvada a la gemela zorra.

—Ni lo digas, mi novio estaba esperándome en el bar y tuve que cancelar. No puedo creer que mamá tenga que trabajar hoy.

—Si no lo mata la sobredosis, lo matamos nosotras —dice una de ellas divertida.

—Te apoyo.

Y así, siguieron diciendo babosadas por un rato hasta que el buen doctor sale por la puerta y llama a los familiares de Michael Rivera. Me levanto como un rayo en su búsqueda, lo que no hacen sus hermanas, ellas se demoran su tiempo, se acomodan el peinado y le sonríen de forma coqueta al doctor.

—¿Es usted familiar de Michael Rivera?

—No, soy su mejor amiga. Quien lo trajo al hospital.

—Lo lamento, señorita. Sólo puedo informar la condición del señor Rivera a familiares.

—¡Nosotras! —dice la gemela zorra—. Nosotras somos sus hermanas. —Usa un tono provocador que el médico ignora.

—Vengan conmigo —les dice el doctor y entran por la puerta.

Genial, esperar a que esas brujas vuelvan y me cuenten lo que pasa.

Pasan casi veinte minutos antes que vuelvan a aparecer con una sonrisa socarrona en sus rostros. Se sientan a mi lado pero no dicen nada.

—¿Cómo está? —pregunto con urgencia.

—Ha despertado. Está bien.

—¿Sólo eso? Pasaron allá veinte minutos.

—Nos dejó verlo. Está bastante deprimido porque le han puesto citas con el psiquiatra.

—¿Psiquiatra? —pregunto con asombro.

—Sí, debe asistir para determinar que le sucede. De ese hombre depende si sólo necesita apoyo psicológico o debe ir a rehabilitación. Aún es menor de edad, así que necesitan a nuestros

padres. Ya los llamamos, deben estar aquí pronto.

Eso me cae como un balde de agua fría. Michael está en una posición difícil, puede irse a otro lugar por sus adicciones. ¡Maldita sea! Él lo quería dejar y yo no le ayudé. Ahora pueden llevárselo y dejaré de verlo.

Me levanto y voy hacia la enfermera que está sentada frente al computador. Ella me mira con diversión o casi como si le recordara a alguien.

—¿En qué le puedo colaborar?

—Quisiera ver a un paciente, me dijeron que ya despertó.

—Ohh —dice mirando la pantalla—. No creo que sea posible, el horario de visita termina en diez minutos.

—Yo lo traje, estaba inconsciente... por favor. Necesito saber que está bien.

Ella sopesa mis razones un momento y asiente.

—¿Nombre?

—Michael Rivera.

—Sí, el señor Rivera. Puede pasar. Tenga —me pasa un carnet—. Está en el cuarto 120.

—Gracias.

Camino con rapidez pasando la puerta tras de mí. Busco el número de la habitación y entro con cautela. Me encuentro con sus ojos opacos. Se ve como si se le estuviera yendo la vida. Su gesto parece una sonrisa y eso me ayuda a dar un paso hacia adelante.

—Tonia —dice con dificultad.

—¡Mike! ¡Qué susto me has dado! Te prohíbo que vuelvas a hacerme eso.

—Tan fugaz como siempre —se burla.

—Es en serio, Michael Rivera.

—Hmm sólo usas mi nombre completo cuando estás enojada conmigo.

—Pues debería estar enojada por esto. Me hiciste cargarte hasta un taxi y traerte al hospital. Por cierto, el taxista pensó que estabas muerto y creyó que lo podían inculpar. Creo que ve muchas series de asesinatos. En fin... ¿Cómo te sientes?

—Genial —dice rodando los ojos—. Nunca antes mejor.

—Ja ja —me burlo de él.

—Y ¿me manoseaste un poco o sólo me salvaste la vida?

—Hmm no lo recuerdo. Pero tengo que admitir que ahora sé la diferencia entre niños y niñas. Ya sabes, tu llevas algo diferente entre las piernas —le digo siguiendo su juego.

—Veo que has vuelto. Necesitabas que yo estuviera al borde de la muerte para volver a ser mi amiga.

Lo miro con sospecha y me alejo un paso.

—No me digas que lo hiciste a propósito.

—Bueno... —empieza y siento como mis mejillas se incendian de ira— Debía hacer algo. Tú estabas enojada porque yo fui un idiota al decir ese rumor y estás en lo cierto, no debí. Lo lamento. No esperaba llegar hasta el hospital, pero me dije a mi mismo que los borrachos y los niños siempre dicen la verdad, así que probé eso y pensaba ir a disculparme, ya sabes, para que supieras que lo sentía de verdad.

—No cambias.

—No. Supongo que eso es lo que te gusta. Que no cambie. Te has vuelto una lunática desde que dije que quería dejar el alcohol y la droga. Pero me doy cuenta que prefiero no dejarte a ti.

Oigo sus palabras y trato de interpretarlas. Eso puede tomarse de muchas formas, pero rechazo automáticamente cualquiera que involucre un sentimiento profundo. Prefiero pensar que soy una

amiga invaluable y nada más.

—Si te digo que sí quiero que estés sobrio ¿me creerías loca?

—¿Es en serio? Me vas a volver loco. Un día sí, otro no. En el siguiente juegas a hacerte la amiga de tu enemiga. Me tienes mareado.

—Pero así te agrado ¿no?

—Cierto, soy un masoquista.

Alguien se aclara la garganta en la puerta del cuarto. Una enfermera se asoma y me avisa que debo irme. El horario de visita ha terminado.

—Te veré luego —le digo con un gesto reconfortante. Algo que sólo guardo para situaciones especiales.

—Por supuesto, mi pelirroja favorita.

Capítulo 19

Esa noche fue tormentosa. No pude pegar un ojo y por si fuera poco, me llegaban mensajes de Milly preguntando por su estado. No paró de escribirme hasta que le contesté.

Milly: *Por favor, Antonia. Necesito saber que le ocurrió. 22:01*

Milly: *Sé que no te caigo bien del todo, pero no me dejes así. Sólo dime que está bien. 22:17*

Milly: *Antonia no es un juego. Yo quiero a Mike y eso debería alegrarte. Por favor, dime la situación. 23:10*

Milly: *¡Esto es absurdo! Me doy cuenta que lees mis mensajes pero no quieres contestar. Michael es mi novio, tengo derecho a saber. 23:29*

Michael no me dijo que hubiera vuelto con Milly.

Milly: *Bien, no te necesito. Llamaré directamente al hospital. 23:50*

Milly: *Nadie me dice nada. La enfermera que contesta no sabe el estado de Mike. ¡Dios! ¡Antonia! ¡Dimeeeeeee! 01:30*

Milly: *¿Por qué me haces esto? :(De verdad eres malvada. 01:53*

Antonia: *Okay ¡Eres desesperante! ¡Mike está recuperándose! ¡Déjame dormir! 01:57*

Milly: *¡Estás viva! Gracias. Sólo quería saber si estaba consciente. 02:00*

Antonia: *Ya lo sabes, ahora cállate. 02:01*

Milly: *¿Sabes el horario de visita del hospital? 02:02*

Antonia: *No. 02:02*

Milly: *Está bien. Te dejo dormir. 02:03*

Antonia: *¡Aleluya! 02:04*

Por supuesto después de esa conversación, se me esfumó el sueño y tuve que empezar con los métodos que conocía para adormilarme. Ninguno funcionó, desde contar ovejas hasta tomar leche tibia. Estaba totalmente espabilada.

Abro los ojos y miro el reloj, ya es de mañana así que al final si pude dormir. Ya no tengo que madrugar, oficialmente estoy en vacaciones y eso me deja sin nada que hacer. Por el contrario, Steven y Mike deberían seguir asistiendo a la clase de recuperación, pero en su estado, es posible que no lo haga. Así que salgo de mi cama, aún con sueño y me alisto para hablar con el señor Hernández. Tal vez si le aviso ahora, Mike tenga más posibilidad de pasar el año.

Cuando paso las puertas de la institución, me dirijo a nuestra aula. El señor Hernández ya había empezado clase con un total de tres alumnos. Lo llamo y le pido un minuto. Él duda, los demás me miran con sospecha.

—Señorita Nieto. Pensé que le había dicho que usted alcanzó a pasar. Por pocas décimas, pero no necesita estar aquí.

—Lo sé, señor Hernández. Vengo a avisarle sobre la situación de mi amigo Michael. Ahora mismo está en el hospital y no sé hasta cuándo. —Intento persuadirlo con mi actitud de niña buena.

—¿Qué le sucedió al señor Rivera?

—No estoy segura, señor. No soy familiar y no me dan información. Su familia no me ha querido decir el diagnóstico —miento. Sé muy bien que aquello fue una sobredosis, pero si se lo decía al profesor, lo que estaba haciendo se vendría abajo.

—Hablaré con la directora. Muchas gracias señorita. Le daré tiempo a el señor Rivera, pero debe presentarse en cuanto salga o que me llame. ¿Puede decírselo?

—Sí, señor.

—Volveré a clase, entonces. Qué tenga un buen día, señorita Nieto.

—Usted también, señor.

Salgo de la escuela con prisa. No quiero gastar mi tiempo allí, sobre todo ahora que no estoy confinada obligatoriamente por mis malas notas. Aunque, si no subo mi promedio, es difícil que pueda ir a la universidad. No estoy segura si quiero, pero debería mantener mis opciones abiertas. No quiero quedarme en casa de mis padres por siempre, ni vivir en medio de este pequeño pueblo. Estoy aburrida del chismorreo, de que todos los padres se conozcan y que sus hijos estén condenados a relacionarse con las mismas familias por generaciones. Ansío una gran ciudad, con edificios altos y llena de personas que no te conocen, ni te saludan al pasar. Sí, necesito eso. Y de la única manera decente que puedo irme, sería una universidad... o ganar la lotería —lo que ahora mismo es más factible que la primera opción.

Llego hasta el hospital y me dejan entrar a verlo sin problema. Mike está vestido y listo para irse. De alguna forma le dieron los papeles de salida sin la cita con el psiquiatra.

—¡Tonia! Ya estoy saliendo, no tenías que venir por mí —dice cuando me ve en el umbral de la puerta.

—No sabía que te habían dado de alta.

—Hmm pues sí. Soy libre.

—¿Y el psiquiatra?

—Ya me vio, ya habló con mis padres. Creo que tengo muchas cosas que arreglar pero que mi condición puede ser tratada desde casa. No necesito internarme, solo debo asistir a reuniones de AA. Además, le dije que tengo una materia por recuperar y salvar mi año o voy a ser el estudiante más viejo sin graduarse.

—¡Vaya! ¿Y eso lo convenció? Aunque debo decir que me alegra que no te lleven lejos.

—Sí claro —Mike sonrío de forma coqueta. Me indica que me acerque y me abraza con ternura— ¡Oye! ¿Qué te parece si vemos una peli en mi casa?

—Me gustaría Mike, pero sé exactamente qué haces cuando ves películas en tu casa. Podrías llamar a Milly, está como loca, ayer no me dejó dormir.

Su sonrisa incrementa a carcajada. Se tiene que apoyar en el marco de la puerta para contenerse.

—Es cierto. No resistirías mi encanto.

—Ajá, no lo resistiría —respondo sarcásticamente.

—No tienes nada de qué avergonzarte.

—¡Cállate, Michael! —le digo exasperada.

—En serio, pelirroja.

—Eres imposible —siento como la sangre sube a mis mejillas así que cambio de tema—. Por cierto, hablé con el señor Hernández sobre tu visita al hospital. No le dije el motivo obviamente. Pero te conseguí algo de tiempo. Espera tu llamada cuando estés mejor.

—Eres un ángel, ¿te lo había dicho?

—No, no lo habías hecho. Supongo que tiene que ver con el hecho que estoy más cerca de ser una diablita que un ángel.

—Te subestimas.

—Claro que no.

—Claro que sí. Eres una gran chica disfrazada de diabla. En el fondo eres un osito de felpa.

Cierto, eso me lo dijo Milly. Debo matarlo.

Me acerco y golpeo su hombro. Se queja pero vuelve a reír con fuerza. Intento nuevamente pero una mirada asesina me frena. Una enfermera se aclara la garganta justo atrás de nosotros y nos indica el camino de la salida. Michael toma sus cosas, sus medicinas y demás papeles que le dan y sale conmigo a la calle.

Una vez fuera, continúo el ataque. Se defiende poniendo las manos de escudo y luego cuando siento que mis golpes son más duros, me abraza por la cintura y apresa mis manos. Empiezo a resistirme y a retorcerme pero me tiene bien agarrada. Su respiración cambia, se vuelve lenta y ya no está riendo. Sus ojos me miran directamente mientras yo intento evitar su mirada. Es tan posesiva que si cayera ahí, sería como un agujero negro que me llevaría a un lugar indeseado. Nos quedamos en silencio por un tiempo, él intentando que lo mire y yo mirando al cielo, la tierra, la calle, a cualquier sitio que no sea ese rostro hermoso.

—Antonia Nieto, ¿acaso te pongo nerviosa?

—No, la verdad estás invadiendo mi espacio vital.

—¿Te molesta?

—Un poco. —En cierta forma no me molesta, me hace cuestionar un poco nuestra amistad.

—¿Y ahora? —Se acerca más, oprimiendo mi pecho contra el suyo.

Una voz nos interrumpe, y el abrazo se rompe de inmediato devolviéndome mis manos.

—¿Michael? ¿Antonia? —pregunta Milly.

Capítulo 20

Milly no esperó una explicación. Una vez nos vio y dijo nuestros nombres, dio media vuelta y corrió hacia el lado contrario. Mike tuvo el impulso de seguirla, pero se demoró mucho en tomar la decisión y ella era rápida. Pronto había volteado en una esquina, perdiéndola de vista.

—¿Pero qué mosco le picó? —pregunta Mike con recelo.

Si me ponía en los zapatos de Milly, se puede pensar que vio a su «novio» muy abrazado con otra chica. Suficiente para dudar.

—¿Crees que pensó que tú y yo...? —No termina la pregunta por lo extraño que suena.

Una imagen de Michael y yo besándonos invade mi mente. Tengo que alejarla para poder contestar.

—Pues... No estoy segura.

¡Santos cachorros! Mike y yo juntos... No no no, ¡Sal imagen horrible de mi cabeza!

Michael sonrío como si supiera lo que pienso o quizás es por la cantidad de gestos que estoy haciendo para dejar de ver cosas en mi mente. Cierro los ojos con fuerza, inclino mi cabeza y golpeo mi oído derecho como si estuviera sacando agua del oído contrario. Hago de todo y la imagen sigue.

¿Qué me está pasando?

—¡Vaya! Estoy metido en un buen lío. —A pesar que su frase indica expectativa de problemas, no deja de sonreírme. Vuelve a abrazarme, esta vez sin sujetarme los brazos y acerca peligrosamente su nariz a la mía.

—Entonces deberías ir a hablar con ella. No dejes que se haga ideas confusas —le digo mientras siento que pierdo el control de mi estabilidad. Mis piernas empiezan a temblar como si fueran de gelatina.

—Sigues nerviosa, quisiera saber por qué —dice de nuevo sin alejarse.

—No es momento para esto, Mike. Ve y reconcílate con tu novia. No quiero ser quien se mete en medio de una relación.

Ante mi frase, Michael eleva una de sus cejas.

—Bien... —digo aceptando que ya lo he hecho— No quiero estar en medio de ustedes.

Se queda junto a mí otro minuto antes de alejar su rostro. Cuando veo la distancia suspiro de alivio y me atrevo a mirarlo a los ojos. Me arrepiento de inmediato, debí seguir mirando al horizonte.

—¿Te he dicho lo particularmente hermosa que eres? —dice gesticulando muy bien cada palabra. Una parte de mí, siente una descarga eléctrica y me retuerzo en sus brazos.

—¿Particular? —pregunto con el poco aire que me quedaba en los pulmones.

—Sí, particular. De ese tipo de belleza que siempre está ahí y no se le aprecia hasta que puedes perderla. Eres como el sol, que siempre nos quejamos por el calor, pero en los días de lluvia lo anhelamos.

¿Acaso está diciendo un poema? Esto es un sueño, debo estar soñando... sí, eso es... me pellizcaría pero me temo que alguien me está abrazando. ¡Por favor! Esto no es un sueño.

Sabía que no debía confiar en todo lo que saliera de su boca. Era un experto para confundir, atrapar y enamorar a sus víctimas. Aunque no quiero pensar que Michael esté enamorándose, no, él simplemente está admirando las cosas que se puede perder si muere. Además, ahora mismo su organismo debe estar lleno de medicamentos que lo dejan más desinhibido.

Al no contestar, se echa a reír como si alguien le estuviera haciendo cosquillas en todo el cuerpo. Lo miro asombrada y sin palabras. Ya me tiene bastante perdida.

—Tranquila, Tonia. Sólo estoy puliendo mis movimientos. Contigo es fácil practicar y no tengo que preocuparme que te llegues a confundir.

Proceso un poco su frase y a pesar que suena exactamente como él, no es igual de convincente que lo que había dicho anteriormente. Lo dejo pasar porque ya estoy muy incómoda.

—Pero la parte que dije que eras hermosa, es en serio —dice mientras pasa su mano por el cabello—. Quizás si te vieras menos emo, podrías tener una vida social más completa.

Vestirme diferente, no gracias.

—No te lo tomes a mal, pero guárdate tus comentarios sobre mi ropa. Y sobre mi vida social, tú ya la mantienes muy activa.

—¿Sí? A mí me gustaría mantener activa otras partes de ti —dice el típico comentario con doble sentido que lleva su firma.

—Ve a descansar, ¿quieres? —digo mientras ruedo los ojos.

—Bien, lo haré —dice divertido—. Descansaría mejor contigo pero te haces la dura. Tal vez deba llamar a Milly, ella es más comprensiva.

No sé por qué, pero cuando dijo su nombre mi sangre empezó a hervir y mi buen genio se acabó. Me alejo de él tomando el primer taxi que pasa y una vez dentro levanto mi dedo corazón hacia él. Su reacción es la esperada, otra risotada que retumba en el silencio de la calle. Me guiña un ojo cuando el taxi empieza a moverse.

¡Michael Rivera va a dejarme emocionalmente muerta!

Capítulo 21

Estas vacaciones han sido particularmente aburridas. Ya no tengo a Elena que llenaba los vacíos de la conversación con anécdotas de cualquier conocido, ni a Steven que le encantaba llevarnos a ver cualquier deporte, y por cualquiera quiero decir hasta el más desconocido. Una vez nos llevó a ver algo que le llamaban Tejo. No es entretenido, consiste en tirar un tejo a una pequeña montaña de tierra que contiene pequeños explosivos que suenan si el jugador acierta. Me aburrí hasta morir pero Steven estaba emocionado.

También extraño a Maira, ella está pendiente de mí pero no puede verme. Su madre necesita mucha ayuda ahora que su hermano pequeño no tiene que ir al jardín de niños y ella tiene que trabajar. Así que mi amiga se convierte en la ama de casa/niñera. Nunca le había dado las gracias a mis padres por no haberme dado hermanos. Aunque si tuviera un hermano, por lo menos tendría alguien a quien gritarle y no estar sola. La casa estaba quieta, no se oía ni un sólo movimiento y yo quería desaparecer. Se supone que en vacaciones, teniendo diecisiete años debería estarme divirtiendo. Ir a pasear con amigos, tomar cerveza hasta reír por cualquier estupidez, bailar, ir a la playa. Cualquier cosa. Pero no. Estoy confinada por no tener con quien salir gracias a mi estúpida actitud de los últimos meses.

Michael no me había hablado en días. Estaba muy ocupado con las clases de recuperación y convenciendo a Milly que la amaba a ella. ¡Cuánto la envidiaba en este momento! Necesitaba la atención de alguien.

¡Sal tu sola! Eres una mujer independiente y fuerte. No necesita a nadie que te lleve.

Me levanto de la cama decidida. ¿Qué puede salir mal? Necesito un respiro. Caminar por algún sitio, conocer a alguien y tal vez convencerlo de acompañarme.

Hmmm para eso necesitaría verme bonita.

No es que me considere fea, no. Pero me veo diferente a las chicas a las que un chico le hablaría con intención de conquistarla. Rebusco en mi armario por algo que no esté roto, no sea negro y tenga un largo decente.

Cuando finalmente salgo el sol se empieza a ocultar. No tengo un plan a seguir ni siquiera un sitio al que ir. Pero como ya es tarde y necesito comer algo, decido que un pub es la mejor opción. Preparo mi identificación falsa, camino con confianza y entro por la puerta. Quien me abre me mira por dos largos segundos pero decide que ya tengo edad para beber sin revisar. Me acomodo en la barra porque no quiero parecer aburrida en una mesa, o que alguien piense que espero a otra persona. Ya tengo suficiente al estar haciendo esto por mi cuenta.

El chico de la barra me mira con brillo en los ojos, le pido un vodka con jugo de naranja — porque necesito ir despacio. El lugar aún está vacío, sólo hay una pareja en el fondo y un grupo de hombres treintañeros al otro extremo de la barra. Uno de ellos es simpático, ojos oscuros y cabello corto y perfectamente alineado, sus rasgos son agradables y viste de forma formal, podría ser ejecutivo en alguna oficina.

Una mano toca mi hombro y tengo un escalofrío desde la coronilla hasta la punta de mis dedos.

—¿Antonia? —la voz de Milly me asusta. Ella no es quien me sostiene del hombro, pero va

fuertemente agarrada de la mano de Michael, quien me está mirando maravillado.

—Hola. —Es lo único que alcanzo a decir antes que Milly de un paso hacia adelante y me abraza con cariño.

—Lo lamento tanto. Sé que empezamos mal pero yo no te he tratado bien, no sé en qué te ofendí ese día en la heladería, pero quiero disculparme. Además, ya Mike me explicó que pasaba en el hospital. Me alegra que tu no tengas que recuperar, pero sobre todo que hayas ido a hablar con el profesor para que lo excusara. Fue tan amable. Eres una gran amiga. —Siento que está a punto de llorar y me estremezco. No me gusta ver cuando la gente llora, no sé cómo reaccionar. No soy buena consolando o diciendo las palabras correctas y tampoco me simpatizo por su dolor.

—No tienes que disculparte.

—Si debo. No sabes todo lo que pensé en ese momento.

—No te preocupes.

Le sonrío con desgana y ella vuelve a su posición al lado de Michael.

—Estás diferente. ¿Acaso has seguido mi consejo? —dice demandante. Me molesta un poco la forma en la que me mira como si fuera un mono de circo disfrazado haciendo un acto.

—No sabía que ponerme y utilicé lo primero que vi —respondo casual esperando que cambie de tema.

—¿Viniste sola? ¿No estás con Maira?

—Estoy sola, Maira tiene que cuidar a su hermanito.

—Cierto. ¿Quieres sentarte con nosotros? —pregunta Mike. Al instante suceden tres cosas, Milly lo mira con cara de «¿Qué te pasa?», yo siento un corrientazo por mi columna como si eso fuera una propuesta indecente y el chico del bar nos interrumpe y pone una bebida a mi lado.

—Lo envía el señor del fondo —dice y se retira.

Evalúo la situación y entiendo que lo mejor es declinar la invitación. Milly es una chica dulce pero interponerme en una cita, debe ser un delito grave en su escala de maldad. Y ahora mismo no me encuentro de humor para dañar su relación. Prefiero aventurarme con el hombre que acaba de enviarme un trago.

—Bueno, no quiero interrumpir. Además creo que tengo un admirador.

Michael pone mala cara y mira con enfado hacia el fondo, hacia el hombre. Cuando vuelve a mirarme, niega con la cabeza y toca mi brazo.

—Sabes que eso es peligroso, Tonia. Es mucho mayor y está alcoholizado. No me gusta para nada.

—Sé cuidarme, Michael —le digo en tono cansado. Él está con su novia, ¿Qué diablos le importa?

—¿Tienes tu celular?

—Sí.

—Me llamas si pasa cualquier cosa. Y si no también. Hazme saber cuándo llegues a tu casa sana y salva.

—Sí, papá —digo mientras ruedo los ojos.

Sus ojos me fulminan pero Milly sale a mi rescate apretando su mano. Suaviza su expresión y me suelta. Ella sonrío de manera forzada y hala a su novio hacia su mesa.

—Estaremos por acá —dice dos octavas más alto de lo necesario. Haciendo que todos en el pequeño bar giren al oírlo.

—Adiós.

Me giro y veo la bebida que me han enviado. Es rosa, no estoy segura qué tipo de cóctel es, pero debe ser dulce y yo no soy buena para ese tipo de bebida. Además, prefiero ir despacio con

el sujeto, quiero que venga a saludar antes de probar lo que envié.

Empiezo con mi vodka. Pasan dos minutos exactos y oigo que la silla del lado suena mientras el hombre que me pareció atractivo se sienta. No volteo de inmediato, le doy otro pequeño trago a mi bebida y él hace un ruido para llamar mi atención. Acomodo mi cabello detrás de mi oreja y hago un movimiento lento y seductor mientras él sonrío galante al creer que ya ha ganado el juego. Se desabrocha el saco dejándome ver su torso. Se nota que va al gimnasio. Tiene hombros fuertes, pectorales y puedo apostar que su abdomen es plano y definido. Intento no babear porque sería de mala educación y me reprendo a mí misma para no perder el juicio.

—Soy James —dice con una voz ronca seductora—. Puedes decirlo en español o en inglés.

—Antonia —digo extendiendo mi mano—¿Cuál te gusta más a ti? —pregunto mirándolo directo a los ojos. James no se sonroja, ni se pone nervioso. No es un adolescente lleno de hormonas, así que debe saber exactamente lo que quiere.

—En español, así me llamaba mi madre y me gusta honrar su memoria.

—Bien, James. Gracias por el trago.

—Si no te gusta ese puedo comprarte lo mismo que tomas. Veo que eres de las chicas que toma vodka. No lo habría adivinado desde lejos.

—¿Las chicas que toman vodka te desagradan?

—No, para nada, creo que ahora me agradas más.

Sonó un poco forzado pero lo dejo seguir.

—No te preocupes, hoy no quiero excederme en tragos—le digo declinando su oferta.

—Claro... Eres encantadora, ¿te lo habían dicho?

—No recientemente.

—Así que no tienes novio —deduce por mi respuesta.

—No, soy mala para las ataduras.

—¿Ataduras? ¿No se supone que a tu edad las chicas quieren tener novios y experimentar el amor?

—Puedo experimentar el amor sin tener novio, ¿no te parece? —le digo alzando una de mis cejas.

Él traga grueso y pide la cuenta.

—Hay una fiesta a la que debo asistir, ¿quieres acompañarme? Te aseguro que habrá mucha diversión.

—¿En serio? ¿No es una fiesta de gente estirada? ¿De esas que sirven bocadillos y la gente puede hablar porque la música no es bailable ni está a un volumen alto? —pregunto escéptica. Definitivamente James no tenía pinta de chico fiestero.

—Créeme, no es nada parecido. Hay baile, alcohol y creo que contrataron a un DJ.

—Me convenciste —le digo burlándome un poco de él. Tengo que ver eso con mis propios ojos.

—Andando entonces.

Capítulo 22

Me despido de Mike y Milly alzando mi mano. Él mira con desconfianza a James y me hace una señal que lo llame cuanto antes. Lo ignoro. No quiero que mi acompañante piense que tengo algo que ver con mi amigo.

Fuera del pub, James me dirige a su auto. Un Mercedes-Benz blanco impecable. Me detengo en seco cuando lo desbloquea y me abre la puerta. No estaba acostumbrada a la caballerosidad, mucho menos a que alguien me tratara como una princesa. Supongo que de vez en cuando es bueno sentirte apreciada y bonita.

Doy un paso adelante, tomo su mano y entro despacio. Es enorme y espacioso. Todo parece ser de cuero. Tiene algunos detalles en madera que parecen ser trabajo manual. Tengo que admitir que estoy un poco asombrada. Intento controlar mi expresión mientras James da la vuelta, abre su puerta y entra al auto.

—¡Es un carro hermoso! —le digo el espacio que nos separa. Donde está la caja automática.

—Bueno, no está mal —dice restándole importancia.

—Se ve costoso —digo y me arrepiento inmediatamente. No quiero sonar impertinente.

—Bueno, no es económico. Pero mi trabajo me lo permite.

Me quedo en silencio un rato mientras enciende el motor y pone el auto en marcha. Lo miro de reojo, se ve mucho mejor de perfil.

—Déjame adivinar, ¿abogado? —pregunto con voz cantarina.

—Casi, soy corredor de bolsa —dice con una sonrisa—. Aunque si estudié derecho además de negocios internacionales.

—¡Vaya! Un hombre con varias carreras. —Acabo de conocer a alguien que no ha tenido vida social en la juventud y voy a una fiesta con él. Definitivamente voy a aburrirme mucho.

—¿Y tú? —dice mirando a la carretera— ¿Qué estudias?

Por lo menos cree que soy universitaria. Si le digo mi verdadera edad va a botarme de su auto antes que lo acusen de abuso de menores.

—No pude entrar a la universidad —digo intentando parecer acongojada—. Mis padres no cuentan con los recursos, así que estoy tratando de conseguir un trabajo para pagarla yo misma. Aunque no creo que sea una costosa.

—Entiendo. Es una pena que no hayas podido cumplir tu sueño.

¡Claro! Mi sueño.

—No te rindas ¿de acuerdo? Algún día verás que todas las cosas por las que pasas hoy te forjarán un carácter en el futuro.

—Cierto —afirmo, aunque no pienso lo mismo. Él ya habla como un hombre maduro y no estoy acostumbrada a recibir lecciones de otras personas que no sean mis padres.

De lo único que soy consciente es que salimos de la ciudad; prefiero no protestar o preguntar nada, pero algo en la actitud de James me desconcierta. De repente se detiene, aparca el auto y se baja. No veo una casa, ni oigo música. El lugar está en ruinas; es una propiedad vieja que tiene

demolida la mitad de la casa y el resto parece que se fuera a caer en cualquier momento, además hay mucho espacio verde y árboles en la parte de atrás. James da la vuelta y abre tendiéndome la mano. Se la extiendo temblorosa, me resisto a pensar que quiere hacerme daño. Es un corredor de bolsa, tiene dinero, no creo que vaya a arriesgar todo eso por alguien como yo.

—¿Dónde estamos?

—En la fiesta, te dije que sería divertido.

—Aquí no hay ninguna fiesta —la desconfianza crece en mi interior.

¿Qué clase de chica se sube a un auto con un extraño que le compra un trago en un bar? Empiezo a mirar a mí alrededor con angustia, este parece ser un buen lugar para matar a alguien y quedar impune.

—Sígueme —dice y me ofrece su mano—. Es una sorpresa.

Mi corazón bombea a mil por hora. Debería mandarle un mensaje a Michael, él podría rescatarme si algo pasa. Saco el celular de mi bolso y le envío mi ubicación a Mike. Sólo por si pasa algo, necesito que alguien sepa dónde encontrarme. Lo guardo antes que James vea lo que hago.

James me guía hasta el lugar demolido; está oscuro, lleno de escombros y con un fuerte olor a húmedo. Suelta mi mano y se adelanta dos pasos. Se agacha y abre una escotilla que hay en el suelo. De inmediato escucho la música estridente. Se oyen gritos de júbilo y una mezcla muy buena. Me tranquilizo un poco al saber que la fiesta es verdadera y que ese treintañero sabe divertirse. Me ayuda a bajar por la escalera y luego lo hace él cerrando la escotilla.

Un grupo de personas lo recibe con abrazos y me presenta a todos. Todos los hombres lucen trajes aunque ya están completamente desarreglados. La corbata va para un lado, mientras sus camisas lucen abiertas y el pantalón a punto de caerse. Yo que pensaba que después de estudiar una carrera y empezar a trabajar te volvías un aburrido. Bueno, quizás eso sólo aplica a los que se convierten en padres.

James me lleva a bailar inmediatamente, el DJ hace una mezcla con canciones de música electrónica que no me son familiar y de todas formas, las deja tan poco tiempo para pasar a la siguiente que no las reconocería así las escuchara en su formato original.

La paso genial. Supongo que esta fiesta va a ponerle un estándar muy alto a la de la escuela en dos días. Los amigos de James me invitan a sentarme en la mesa con ellos mientras hablan a todo pulmón de algo relacionado con las piernas de Jessi. No sé quién es Jessi pero al oír las opiniones de ellos me di cuenta que era su musa. Uno de los amigos, uno que era considerablemente más joven que James, tal vez unos veinticinco años, me invita a bailar. James lo mira con mala cara pero no dice nada—además no estamos saliendo—, así que me levanto encantada y me acerco al chico que dijo llamarse Brandon. En comparación con James no es tan atractivo, pero su ánimo y su sonrisa son fascinantes. Bailamos con energía mientras él intenta hacerme preguntas.

—¿Cómo conociste a James? —pregunta con curiosidad y sus ojos se centran en los míos.

—En un pub. Me compró un trago.

—Interesante, él no te mencionó antes.

—Porque me acaba de conocer —le digo en su oído. Se estremece y se retuerce de manera imperceptible. Lo disimula al mover la cabeza de un lado para otro.

—¡Chica aventurera! —exclama.

—Sí.

Deja de hablar y la canción se acaba. Volvemos a la mesa ante la mirada interrogante de James. Brandon se despide de mí con un beso en el dorso de mi mano y me siento.

Miro la hora en el celular y me doy cuenta que ya es bastante tarde. No quiero que mis padres se vuelvan locos al no encontrarme. Les mando un mensaje de texto explicando que salí a una fiesta pero que volveré pronto. Espero que no hayan llamado a la policía aún. Veo que tengo diez mensajes de Mike pero no los leo, tengo la cabeza revuelta. Llamo la atención de James y le digo que necesito irme. Él me mira ceñudo y niega con la cabeza.

—Es muy temprano, apenas son las doce —dice pero ya se empieza a sentir sus palabras alargadas. Está borracho. En esas condiciones no va a poder conducir.

¿Qué voy a hacer? No estoy segura en donde estoy, ni tampoco como salir.

—¿Podrías ayudarme a salir? Llamaré un taxi.

—¿Eres cenicienta? No, claro que no. Quédate. Esta fiesta va hasta mañana en la mañana.

—¿No tienes que trabajar? Mañana es viernes.

—No trabajo los viernes en la mañana.

Genial, simplemente genial.

—Por favor indícame la salida.

—No —niega con la cabeza y empieza a enojarse. Toma mi brazo y me lleva al fondo, a una habitación que estaba vacía.

—¿Qué haces?

—No podía escucharte allá. Además, no quiero que te vayas. Quiero conocerte.

Dicho eso se aproxima a mí y veo la intención. Gracias a que no tiene equilibrio me desplazo hacia la derecha y él no logra alcanzarme, cae al suelo ruidosamente y no parece ser capaz de levantarse de nuevo. Lo rodeo y vuelvo a la pista de baile. Alcanzo el hombro de Brandon y le pido que me acompañe a la salida, accede y se levanta con una sonrisa. Me lleva a otra salida, una puerta que tiene una escalera. Parece que esta era el acceso desde la casa antigua al sótano.

—Gracias —le digo a Brandon.

—¿Volveré a verte? —pregunta.

—Quizás.

—¿Me darías tu número?

—No ahora, creo que un hombre con tus medios puede investigar un poco y encontrarme.

Sonríe. Veo en su expresión que ha aceptado el reto y eso lo hace excitarse. Se despide con un beso en la mejilla y cierra la puerta.

Al principio, estoy desorientada; está oscuro y ésta parece ser la parte trasera de la casa. La sensación de sordera me impacta y me hace sobarme los oídos hasta que dejan de pitar. Cuando por fin he rodeado la casa, siento una presencia entre las sombras, una mano me toma del brazo arrastrándome hacia la zona boscosa. Quiero gritar pero me lo impide.

¿Qué me hace? ¿Qué quiere de mí?

Capítulo 23

Estaba helada. Mi cuerpo no me respondía por el terror que experimentaba. Debí haberme negado, no era seguro ir a una fiesta de un desconocido en medio de la nada.

No soy buena orando, pero en un momento como este de necesidad, puede que lo único que tenga de mi lado sea un ser superior.

¡Por favor que no me haga daño! Seré mejor persona, hasta dejaré de interferir en relaciones ajenas. ¡Dios!

Retira la mano de mi boca e inmediatamente grito agudo. Me zarandea un poco y me hace girar para verle la cara.

—Oye, lo lamento tanto. Sé que te asusté, pero no puedo dejar que te vayas sola —dice James aún con la mirada perdida.

—¡Serás imbécil! —grito de nuevo y golpeo su mejilla con mi mano abierta. Fue un impulso pero estoy segura que lo merecía—. Pensé que me estaban secuestrando.

—Bueno, si te hace sentir mejor en cierta manera quiero secuestrarte.

Me alejo dos pasos y entonces noto que me ha alejado de la fiesta.

—Tengo que ir a casa. Dejemos lo demás para otra ocasión. —No habrá una próxima ocasión, ese tipo me asusta.

—Estamos muy lejos, déjame llevarte.

—Estás ebrio. No me subiré a tu auto. Aprecio mucho mi vida. —Aliso mi ropa.

—Por aquí no pasan taxis, soy tu única salvación —dice dando un paso y agarrando mi brazo toscamente.

—Puedo llamar a mi padre. Sólo dame la dirección—miro el agarre que parece estarme obstruyendo el paso de sangre por mi brazo. Es entonces cuando estoy segura que estoy metida en un lío.

Su carcajada me eriza la piel. El miedo sigue creciendo cada vez que me toca. Aprieta su agarre haciendo que salte de dolor e intente zafarme.

—¡Suéltame! ¡Déjame ir! —grito mientras forcejeo con él.

Es una pérdida de tiempo. James es un hombre adulto de unos ochenta y cinco kilos. No hay forma que yo me zafe o que logre que me suelte. En este momento me arrepiento de no haber tomado esas clases de defensa personal que mis padres insistían que hiciera.

James usa su cuerpo y me tira al suelo fácilmente, siento el terreno pedroso chocar contra mi cabeza y mi espalda. En un parpadeo se encuentra sobre mí, intentando tomar ambas manos en un solo agarre. Se lo pongo difícil, pataleo y lo golpeo mientras grito pidiendo ayuda. Es imposible que la gente de la fiesta me oiga. El ruido allá es ensordecedor y acá no se escucha ni el sonido de los grillos.

Cuando por fin logra tomar mis manos, usa la que tiene libre para subir mi blusa hasta mi cuello. Se detiene a admirarme como si esto fuera consensuado.

—¿Por qué te resistes? Dijiste que no te gustan las ataduras y yo te quiero dar una relación libre de ellas. Hoy estaremos juntos y mañana no sabrás nada de mí.

Mis lágrimas empiezan a caer al sentir la impotencia. James intenta besarme pero evito que toque mis labios. Siento un golpe fuerte en mi mejilla que me quita la visión por un momento, por poco me desmayo pero mi instinto de supervivencia me ayuda a seguir consciente.

—Esto es lo que haremos. Tú serás una chica dócil y yo no te trataré mal. ¿Trato?

Lo escupo con desprecio. ¡Será dócil tu madre!

Otro golpe en mi rostro hace que chille de dolor. Siento sangre, no estoy segura de donde sale pero el líquido viscoso desciende por mi mejilla hasta tocar mi oído.

—Mira lo que me hiciste hacer. ¡Maldita sea!

A continuación, alarga su mano hasta mis pantalones halando la correa. Cierro los ojos, no quiero verlo, no quiero ver sus ojos de satisfacción cuando logre su cometido. Desliza su mano en mi entrepierna con rudeza, apretando mis partes con lujuria. Eso me hace abrir los ojos y tratar de gritar de nuevo, pero él se me adelanta y me golpea en el abdomen. Me doblo de dolor, mientras comprendo que no tengo la fuerza para evitar que me haga daño.

Por más ruda que haya sido estos años, por más intocable me creyera, estoy totalmente indefensa.

De pronto siento que todo su peso es removido con violencia, ya no está sobre mí. Intento entender que ocurre forzando a mis ojos a enfocar en la oscuridad, reconozco a Michael, quien siempre lleva su chaqueta de cuero y luego a Steven, por su porte musculoso. Es ahí donde me doy cuenta que ellos me lo quitaron de encima y lo están golpeando. Milly llega hasta mi posición y se agacha a mi lado, habla rápido y no puedo escucharla, no puedo pensar en otra cosa que no sea que Mike ha venido en mi rescate. Milly me acomoda la blusa y me levanta, me lleva hasta un auto color cereza, que me imagino es de ella. Me pasa un pañuelo y limpio mi rostro de la sangre.

Aún no me siento a salvo, pero de alguna manera mi organismo se relaja lo suficiente para empezar a llorar a borbotones. Mi pecho se queja e incrementa el fluido de mi llanto. Milly se sienta a mi lado y me consuela. Ella se estremece al verme tan indefensa.

Mike y Steven vuelven. Milly se aparta y toma el asiento del conductor, Steven se hace en el de copiloto y Mike se sienta a mi lado y me abraza. Arranca el auto y nos dirigimos al pueblo de nuevo.

—Está en shock —le dice Milly a Mike.

—Lo sé. ¿Qué hacemos?

—Lo mejor será llevarla al hospital. Su rostro está amoratado y está sangrando. No sabemos cuánto daño pudo haber hecho esos golpes.

—Nooo —grito—. Al hospital no. Estoy bien. Si alguien sabe esto, me van a acusar a mí. Me señalarán de nuevo.

Sabía lo que la gente diría. «¿Qué hace una chica con un hombre de treinta años?» «¿Qué hacía con esa ropa?» «Ella se lo buscaba» «Eso le pasa por buscona». La mirada de Michael me dice que tengo razón, toma mi mano y la besa. Ese gesto me hace sonreír, algo que me causa más dolor en este momento.

—Si te llevamos a casa, tus padres harán preguntas —dice ella.

—No, a casa no. Déjame quedarme contigo Mike. Mañana podremos decirle a mis padres que me golpee y me quedé en tu casa.

—Sabes que mi casa es un infierno. Si mis hermanas te ven, igual se va a difundir. No podría saber qué dirán, pero algo inventarán —dice Mike apenado.

—No me mires a mí, yo ni tengo cuarto propio —dice Steven ante la mirada de Milly.

—Maira —dijo Milly—. Pídele a ella refugio.

—Es muy tarde para pensar en Maira —dice Michael—. Te quedarás en mi casa.

No estaba de humor para pensar en los celos que sentía Milly en este momento, ni en deleitarme en su ira. Así que me dejó abrazar por Mike hasta que llegamos. Nos despedimos de ellos y Milly promete llamarlo en diez minutos para saber cómo nos había ido.

La llamada de control.

Me hace un par de advertencias antes de entrar e introduce la llave en la cerradura con suavidad. La puerta no hace ruido; entramos despacio, en puntas de pie. Llegamos hasta la escalera sin problemas y luego hasta su cuarto. Una vez dentro cierra con llave y suspiramos de alivio.

Me ayuda a sentarme en la cama y mira mi rostro. Trae algo para el dolor.

—Toma, esto te ayudará a dormir. Voy a traer hielo.

—Pero ¿y si te atrapan? —digo preocupada.

—Tranquila, tengo pies sigilosos.

Vuelve con una bolsa con hielo y me ayuda a colocarla en mi rostro. Después de unos minutos me siento mucho mejor. La pastilla y el hielo están ayudando.

—Gracias —digo al fin. Algo que debí haber dicho en el carro a todos.

—No lo digas. No pienses en eso ahora. Estás a salvo aquí.

Lo miro con cariño por no juzgarme. Él más que cualquiera podría estar sobre mí diciendo que es culpa mía. Que era una tonta por irme con alguien desconocido y por no haberlo llamado mucho antes, cuando me sentí en peligro. Pero no lo hizo.

Fue ahí donde mi corazón lo supo. Michael no sólo era mi mejor amigo, era mi razón de seguir caminando, él que me hacía sentir. ¿Cómo podía ser tan ciega tanto tiempo?

Las lágrimas amenazan con volver a salir, el chillido de mi pecho alarma a Mike, quien se retira un poco dándome espacio. Busca algo que decir, pero no lo encuentra, entonces se gira y saca una camisa grande y me la extiende. Esa camisa había sido un regalo. Yo se la había comprado para su cumpleaños dieciséis. Le había quedado grande y me dijo que la cambiaría, pero no lo hizo, aquí está.

—A veces la uso para dormir. Te puede servir a ti hoy.

—Gracias —vuelvo a decirlo. Es mi récord personal de decir gracias tantas veces en menos de una hora.

—Es lo menos que puedo hacer, Tonia. Tengo que cuidarte.

—¿Por qué?

—Bueno, para empezar, eres mi persona favorita del mundo.

Mi corazón se hincha de entusiasmo. Aquellas palabras acaban de encender una luz que creía que no tenía.

«Mi persona favorita del mundo»

Capítulo 24

Michael

Un movimiento brusco me despierta. Tonia está luchando con el aire y gime con angustia, el sueño se estaba convirtiendo en una pesadilla. Me apresuro a abrazarla para que no haga más ruido y no despierte a mi endemoniada familia. Ella abre los ojos asustada y trata de alejarse de mí, pero luego de unos segundos, se da cuenta que soy yo y rompe en llanto.

Podía contar con los dedos de una mano las veces que había visto llorar a Antonia. Y cuatro de esas cinco apenas éramos unos niños. Ahora, aquella chica forrada en rudeza se había quebrado en mis brazos. El dolor era inmenso. No podía imaginar siquiera que hubiera pasado si ella no me hubiera mandado ese mensaje. Si yo no hubiera decidido ir, a pesar que a Milly no le gustaba la idea. Allá, pasamos casi una hora buscando el sitio porque al parecer era una propiedad desocupada y no se escuchaba ni un suspiro. Estábamos a punto de irnos cuando un grito nos alarmó e inmediatamente reconocí la voz de Tonia. Nos apuramos a llegar, pero ese hijo de puta ya la había golpeado y estaba forzando su pantalón. Cuando lo retiramos de encima, mi instinto asesino se liberó y lo golpee hasta que mis nudillos empezaron a sangrar. Esperaba que tuviera un daño interno, pero no iba a esperar a comprobarlo, debía sacar a Antonia de ese lugar y ponerla a salvo.

Sus ojos se centran en los míos y deja de llorar por un momento. Le regalo una sonrisa esperando que se calme y ella deja de respirar. Oculta su rostro en mi pecho y escucho que exhala ruidosamente tratando de parar el llanto. Tomo una de sus manos y entrelazo sus dedos con los míos, siento una fuerte electricidad que recorre mi brazo y pasando hasta mi columna. Ella parece sentir lo mismo y sonrío.

—¿Te desperté? —pregunta con curiosidad.

—No importa, sólo quiero que estés tranquila. Voy a seguir abrazándote hasta que vuelvas a dormir.

—Gracias —me dice susurrando.

Beso su frente con cariño y ella oculta su rostro de nuevo. Sé que quiere evitar que vea el lado golpeado, pero es imposible no verlo. Su ojo ya está rodeado de un moretón oscuro y que en unas próximas horas va a extenderse a la mitad de su cara.

Mi celular suena, ha llegado un mensaje. Estiro mi brazo libre y lo alcanzo.

Steven: *Ya Ricardo averiguó los datos de ese malnacido. Su nombre es James A. Gaviria, abogado e inversionista. Trabaja en Grupo Sanzs. Es hijo único y nunca se ha casado. Tiene dos acusaciones de secretarias por acoso sexual. ¿Qué vamos a hacer?*

Steven se había comprometido a averiguar todo lo que pudiera, pero había sido Ricardo, nuestro genio en computadoras, quien había logrado todo eso.

Michael: **Debemos hundirlo. No sé cómo, pero lo haremos. Primero que todo voy a convencer a Antonia.**

Steven: *Lo mejor sería llevarla al hospital. Ellos llamarían a la policía...*

Michael: **Tienes razón.**

Cuando dejo a un lado mi celular, Tonia me está mirando fijamente. Aún se nota la vergüenza y la decepción en sus ojos.

—¿Qué pasa?

—Necesitamos llevarte a un hospital, pelirroja. Tu cara combina con tu cabello y estoy asustado, no quiero que te pase nada malo.

—Pero, Mike... ¿qué va a pensar la gente?

—¡Que se pudra la gente! Ese tipo te asaltó, te golpeó e intentó violarte. Debes denunciarlo por ti y por las potenciales víctimas si esto queda impune.

—Todo va a caer en mi contra, Mike. Tiene dinero y puede contratar un buen abogado. Al final sacará todo lo feo de mi pasado y él saldrá sin rasguños.

—Bueno, linda. Digamos que él tiene más muertos en su armario que tú —digo para darle valor.

—¿Qué? ¿Cómo lo sabes?

—Ricardo —digo su nombre y ella entiende inmediatamente la situación.

—Es rápido, sólo han pasado un par de horas.

—Tres horas y veinte minutos para ser exactos. —Enciendo la luz de mi reloj para ver la hora, aún no amanece.

—Bien, llévame al hospital y cuéntame todo lo que tienen.

Nos vestimos de prisa mientras le digo lo que Ricardo encontró. Ella no muestra emoción alguna, pero sigue alistándose para ir al hospital. Salimos de casa con el mismo sigilo con el que entramos y detenemos un taxi.

Cuando llegamos, una enfermera que estaba en la entrada se sobresalta y nos hace seguir sin pasar por recepción. Tonia se encoge por llamar la atención, pero no se queja. Sigue sollozando cuando piensa que no la veo, pero lo que no sabe, es que siempre tengo un ojo vigilando.

La enfermera me hace salir de la sala, luego que Antonia le cuenta lo sucedido. Ella alarmada llama a recepción para pedir la presencia de la policía. Me dice que espere mientras la revisa y llegan los oficiales que seguro estarán ansiosos por mi versión de los hechos.

Le mando un mensaje al grupo de amigos: Steven, Elena, Maira y Ricardo, y luego otro a Milly. Cuando estoy por escribirle a los padres de Antonia, me doy cuenta que eso no puede decirse en un texto. Me armo de valor para marcar su número y respiro lento mientras se conecta la llamada.

—*Hola* —dice la mamá de Antonia con voz de sueño.

—Señora Nieto, soy Michael, amigo de Antonia.

—*¡Oh! Hola querido, ¿por qué llamas a esta hora? ¿Está bien mi niña? Me dijo que se quedaría contigo.*

—Sí señora, ella se estaba quedando conmigo, pero no está bien.

—*¿Qué?... Antonio cariño, levántate, algo le pasó a Antonia* —dice la señora al otro lado de la línea—. *Mike ¿estás ahí? Dime cariño, ¿qué pasó?*

—Bueno, esto es difícil de decir. Antonia fue asaltada por un tipo hace unas horas, está golpeada pero yo llegué a tiempo antes que pasara algo más. Ella no quería venir al hospital, pero luego de unas horas y descansar un rato, la he convencido y acá estamos. En el hospital San Jorge. Ya han llamado a la policía, así que supongo que ella los necesita a ustedes aquí antes que esto se sepa.

—*¡Oh, Dios mío! ¿La golpearon? ¿Iba a pasar algo más? ¡Dios! No me digas...* —solloza—. *No puede ser. Vamos para allá, querido.*

—Los espero.

—*Gracias Michael* —dice y cuelga.

Sus padres llegan en menos de quince minutos, aún con rostros adormilados, pero con una angustia que destila por los poros. Sus miradas vagan perdidas hasta que me encuentran en el pasillo. La mamá de Antonia me abraza entre jadeos y me pide que le explique lo que sucede, su padre pone su mano en mi hombro y me agradece por lo que estoy haciendo.

—Ya sabemos su nombre y donde trabaja —les digo luego de relatar mi versión de la noche.

—Voy a llamar a mi abogado, ese hijo de puta no va a salir de esta. Me aseguraré que se pudra en la cárcel —dice el señor Nieto mientras toma su celular y se retira de nuestro lado.

La señora Nieto se queda en silencio, apretando sus manos y orando con los ojos cerrados. Me quedo a su lado sin saber qué más hacer.

Los siguientes que llegan son Steven, Elena y Maira. Esta última aún con poca información y más alterada que todos juntos. Cuando se acerca a mí, ve a la señora Nieto en un profundo dolor, sus nervios la traicionan. Empieza a temblar y a llorar como si tuviera un ataque. Tengo que agarrarla y sentarla para que pare.

—Dime que está bien —demanda Maira.

—Lo va a estar, todos estamos aquí por ella.

—Debí estar para ella estos días, he estado tan ocupada en mi casa.

—Esto no es tu culpa, Mai.

—Lo sé, pero es mi mejor amiga, ¿lo sabes?

—Compartimos a nuestra mejor amiga, suerte que no soy mujer o estaríamos en medio de una rivalidad —digo intentando tranquilizarla.

—No es momento para bromas, Mike.

—Cierto, lo lamento.

Luego de unos minutos, el médico sale y llama a los familiares. Sus padres se levantan abrazados y lo interrogan. Alcanzo a escuchar que dice que están esperando a las autoridades pero que Antonia está bien, su nariz no está rota, ni ningún hueso de la cara, pero tiene grandes hematomas en las muñecas que le impedirán hacer algunos movimientos por algunos días. Fuera de eso, parece que todo está bien. En algún momento en la conversación, su madre me señala y el médico se acerca.

—Joven, me han dicho que usted es testigo de los hechos. ¿Está dispuesto a declarar cuando llegue la policía? —pregunta el doctor en un tono muy formal.

—Por supuesto, señor. Haría lo que fuera por Antonia.

Esa declaración me deja un poco atónito, pero no pierdo la compostura. Sé que Tonia es la chica más asombrosa que he conocido y que lleva muchos años aguantándome, pero si busco en mi interior, puedo decir que hay algo más. Mucho más.

Capítulo 25

Michael

La noticia corrió rápido. Eso era parte de lo que odiaba de este lugar, todos sabían lo que le pasaba a cualquiera del pueblo.

La policía me interrogó a mí, a Antonia y a Steven. Todas nuestras versiones coincidían, pero teníamos un punto débil. Todos éramos menores de edad y tanto Tonia como yo estábamos en un pub tomando licor. La única autorizada a entrar sería Milly, pero ella no ha contestado mis mensajes ni llamadas. El establecimiento iba a tener problemas, dejar entrar a niños —palabras de la policía, no mías— estaba totalmente prohibido.

Capturaron a James a las diez de la mañana cuando se disponía a salir a desayunar. En medio de una seria resaca alegaba que no conocía a nadie llamada Antonia y que no iba a hablar sin un abogado presente. Sin embargo, no podía negar que alguien lo había golpeado y gracias a que no oculté esa información, no tuvo escapatoria.

La prensa se volvió loca, intentaron entrar al cuarto de hospital de Tonia, trataron de comunicarse con James, y acosaron a las antiguas secretarias que lo habían denunciado. Para las cuatro de la tarde, lo que le había pasado a mi amiga se había convertido en un circo.

A las cinco de la tarde, luego de una reunión de los padres de Antonia con su abogado y el abogado de los Gaviria, sus rostros no demuestran la expresión que yo esperaba.

—¿Qué pasó? —le pregunto a el señor Nieto.

—Los malditos tienen la forma de saltarse la justicia. Dicen que si acusamos al señor James Gaviria por asalto y agresión, harán lo mismo contigo.

—¿Eso los detiene? Adelante, no importa lo que pase conmigo. Soy menor de edad, no me llevarán a la cárcel.

Pone su mano en mi hombro y su mirada cae al suelo.

—También está el hecho que esos cargos sólo dan dos o tres años y la tentativa de acceso carnal violento está por comprobarse. Aunque... ya hallaron su ADN en las uñas de Antonia que coinciden con las marcas de sus brazos.

—¿Entonces?

—Bueno, el dueño del negocio donde se conocieron está intentando que la denuncia se desvanezca antes que su negocio quiebre. Quieren ofrecer un trato.

Niego con la cabeza sin poder creerlo.

—¿Qué dice Tonia? ¿Qué quiere?

—Si ha dicho dos palabras desde que llegamos es mucho. Ya sabe lo de la prensa y ha escuchado las noticias. Una estúpida periodista la llamó frívola adolescente que quiere sacar provecho de un hombre respetable.

—¿Hombre respetable? ¿No se supone que los medios no emiten opiniones? ¿Qué solo informan?

—No me lo digas a mí, ya estoy furioso. Nuestro abogado quiere esperar a que las pruebas finalicen para saber si hay algo más. Ya veremos. Supongo que si la justicia no nos ayuda,

buscaremos otros medios... —dice con la voz rota. Se percibe la impotencia y sus deseos de venganza.

Se aleja por el pasillo del hospital con los hombros caídos. La frustración me invade, no logro entender como las personas hacen juicios sin saber los hechos y tampoco entiendo al dueño del bar. Sé que le cerrarían el negocio y que en parte es culpa nuestra, pero una chica fue agredida y eso no lo conmueve.

Me escabullo por los pasillos intentando que nadie me vea y entro al cuarto de Antonia. Necesito verla, saber lo que piensa realmente. Se ve sorprendida al verme pero en un segundo se recompone y me muestra una leve sonrisa para que me acerque. Llego hasta su cama y acaricio su frente, evitando tocar el área vendada.

—Pelirroja.

—Mike.

—Sigues viéndote sexy a pesar del vendaje y la ropa de hospital —le digo con picardía. Ella me saca la lengua y rueda el ojo que tiene libre.

—Gracias, me alegra saber que no todo está perdido.

—¿Qué está perdido? —le pregunto curioso.

—Bueno, en primer lugar, mi buen nombre. No sé si has escuchado, ahora soy una mentirosa caza fortunas.

—Me parece ilógico que tú te encuentres en el hospital con media cara vendada y los medios digan burradas. Todo huele a corrupción.

—Te lo dije, es adinerado. Van a hundirnos.

—No lo harán mientras nos mantengamos unidos, pelirroja. ¿Sabes que ya hablaron con el muchacho del bar? ¿Quién te llevó el trago del pervertido ese?

—¿Qué dijo? —dice mientras juega con sus manos.

—Confirmó que te lo envió y que se fueron juntos. Además, dijo que no era la primera vez que lo hacía y que luego no volvía a escuchar nada sobre la chica con la que se iba. Parece que las amenaza y ellas terminan por irse antes que las destruya. La policía va a ir tras ese rastro, tal vez alguna cuente su historia y tengan más cargos para imputarle.

—¡Odio esta situación! ¡Quiero irme de aquí!

—Pronto, Tonia. No creo que los médicos te mantengan aquí por mucho tiempo. Además, necesitas prepararte para la fiesta de mañana.

—No iré a ninguna parte, Mike. Ya tengo suficiente con las miradas de lástima de las enfermeras. ¿Te imaginas aparecer en el instituto? Algunos serán hipócritas y se acercarán para escuchar la historia y otros simplemente cotillearán desde lejos.

—Te distraerá. Será bueno para ti.

—No, prefiero dormir Mike. No quiero que los periodistas tengan más de que hablar o que me aborden en medio de la escuela. ¡Eso sería tan vergonzoso! ¡Quiero estar sola!

—¿Quieres que me vaya? —pregunto sin mirarla. No quiero que su respuesta me afecte y que mi cara me traicione. Pongo mi escudo y veo que ella se da cuenta.

—Sólo un tiempo, ¿bueno? No puedo alejarme de ti porque ¿qué pasaría si necesito que vuelvas a rescatarme?

—Cierto, es bueno que nos quedemos juntos, ya sabes, para mantenerte a salvo.

—Sí —dice decidida—. Creo que nunca te lo había dicho, Mike, pero te quiero.

Mi mundo se sacude de pronto. Supongo que ella no lo dijo de la manera en la que yo lo interpreté, pero de igual forma, casi me da un infarto. Nunca, cuando una chica decía esas dos palabras me había dado semejante reacción y menos el deseo de querer decírselo de vuelta.

—Oye pelirroja —le digo abrazándola—, yo también te quiero.

Nos quedamos ahí por un tiempo indefinido, tan sólo dos personas que no podían separarse porque dolía.

Capítulo 26

El mundo ha perdido un poco su color. No es que yo fuera una persona que viera el vaso medio lleno siempre, es más, tampoco lo veía medio vacío. Prefería pensar que hasta ese nivel sería mi vida y no debía esperar ni más ni menos. Sin embargo, ni en mis sueños locos pensé que sería atacada de esa forma. Eso sin duda, me traería algunos traumas. La depresión empezaba a asomarse como pidiendo permiso a que la dejara entrar, hasta cierto punto, la resistía. No quería ser vulnerable. Odiaba que me miraran con pesar. Así que estar deprimida haría que mis padres buscaran ayuda, exponiéndome a otro ser humano con título de psicología para que tratara de extraer mis pensamientos aunque yo no se los quiera decir. Así que, con todo el dolor, tanto físico como emocional, prefiero apropiarme de lo que siento que hundirme y ser otra pobre chica que fue violentada.

Es más fácil decirlo que hacerlo.

Esa noche del viernes, el médico me deja salir con la condición que, si presentaba cualquier mareo o dolor de cabeza volviera inmediatamente. Además, tengo que estar en reposo por al menos dos días. Michael sólo se fue cuando me vio en el asiento trasero del auto de mis padres y se despidió de mí besando mi mano.

Al llegar a casa, mi madre no quiso cocinar así que pedimos comida. Ambos se sentaron a mi lado a esperar en silencio. Hasta que sonó el timbre, ninguno pareció moverse. Mi madre puso la mesa y comimos con prisa. No mencionan el incidente y lo agradezco. No quiero seguir pensando en que va a pasar de ahora en adelante.

Me acuesto ante la mirada preocupada de mi madre que me da un tierno beso en la frente y se va. Apaga la luz y eso me sobresalta. Me siento en la cama con angustia; mi respiración se agita y mis manos empiezan a sudar. Creo que alcanzo a gritar pero no soy consciente. Me levanto y prendo la luz. Eso me tranquiliza pero no me quita la sensación de persecución que se siente como una roca que oprime mi pecho.

Mi puerta se abre y veo los preocupados y profundos ojos de Michael. No sé porque, pero la roca se quita y vuelvo a respirar de forma regular.

—Tonia ¿estás bien? —dice mientras se acerca hasta donde estoy.

—Estoy bien, sólo que no quiero tener la luz apagada. Sé que suena muy infantil, pero estoy aterrada. Pienso que vendrá en la oscuridad y volverá a tomar mis manos y tapar mi boca —la imagen en mi cabeza hace que me maree. Mike me atrapa antes que me caiga.

—Nada de lo que sientas es infantil. Si quieres dormir con la luz prendida, lo harás. Y nada te va a pasar de ahora en adelante, voy a vigilarte como un halcón, bueno, quizás exagero un poco, pero estás a salvo.

—Gracias —le digo mientras me sonrojo. Hemos sido amigos por muchos años pero nunca habíamos tenido un nivel de intimidad que me permitiera contarle mis miedos.

—Intenta descansar.

—¿Te quedarás? —pregunto con timidez.

Dentro de mí crece la esperanza que él quiera quedarse a pesar de haberme visto en uno de

mis episodios más vulnerables. No quiero que me tenga lástima, no podría soportarlo.

—No lo sé, si quieres... podría decirle a tus padres que me dejen quedar en la habitación de huéspedes.

—Claro que no. Prefiero que te quedes aquí, conmigo.

Se detiene antes de hablar y me lanza una mirada que no logro descifrar.

—Igual tendría que decirle a tus padres.

—¡Papá! ¡Mamá! Mike va a quedarse en mi cuarto mientras duermo ¿está bien? —alzo la voz para que ellos alcancen a escuchar mientras Michael mira hacia afuera.

—Está bien. Le llevaré otra cobija —responde mamá.

—¿Ves? No hay problema. Creo que ahora eres el chico favorito de mis padres —le digo mientras hago espacio en mi cama.

—Es bueno saberlo, podría sacarle ventaja a eso —bromea. Se sienta en la cama y se quita los zapatos. Luego se recuesta con ambas manos en su cabeza y observa el techo de mi habitación —¿Sabes? Podría acostumbrarme a dormir con compañía.

—Parece agradable —le digo mientras me acerco a él y cierro los ojos.

Rápidamente me relajo; algo en él me hace sentir que no tengo que temer. Quizá es el hecho que fue quien me rescató o tal vez es solo porque es Mike y punto. Su contacto no me causa repelús, ni su cercanía temor. Mike me da un beso suave en la frente con cariño y yo me doy fuerzas para no derramar lágrimas. Poco a poco, siento que todo el esfuerzo por mantener en una pieza cobra factura y mis ojos empiezan a cerrarse.

En la mañana, me despierto asustada al sentir que mi cama se mueve. Los grandes ojos de Michael son lo primero que veo. Me ofrece una sonrisa y luego me pasa una pastilla con un vaso de agua.

—Buenos días, pelirroja. Tu madre te trajo esto, es para el dolor.

—Gracias —digo tomando la pasta y un gran trago de agua—. No escuché entrar a mi mamá.

—Fue muy cuidadosa. Por su expresión creía que no íbamos a estar presentables —dice divertido y ese rostro hermoso mejora al sonreír.

—¿Cómo crees? Es una mamá. Las mamás no piensan eso de sus hijas —le digo sobresaltada.

—Se nota que no hablas con la mía. Ella intuye cada vez que mis hermanas están poco presentables en la casa. A veces hasta lo predice en su ausencia. Ellas creen que es vidente o algo, yo pienso que simplemente las conoce demasiado.

—Bueno este no es el caso, para ella soy una niña.

Mike se tiene que agarrar el estómago y la boca para no dejar salir la carcajada que mi frase le ocasionó. Lo golpeo por payaso y me levanto para buscar algo de ropa.

—Sólo quiero distraerte un poco, no lo digo en serio. Tu madre entro en silencio, pero se veía inocente.

—No tienes que aclararlo, lo sé. Yo la conozco.

—Es que... —dice y se sienta con la mirada gacha—. Quiero que sigamos siendo los mismos, que esto no nos cambie. Tengo tanto miedo que estés usando tu fachada de dureza mientras te derrumbas por dentro. Necesito saber qué piensas y que sientes. Lidiaremos con eso, te ayudaré en todo. Simplemente no me dejes por fuera.

Me acerco a él por instinto, pongo mis manos en sus mejillas y levanto su rostro para que me mire. ¿Por qué parece él quien está más afectado?

—Estás aquí ¿no? Estás en mi vida y no te estoy dejando por fuera.

—Lo sé, pero en este momento se supone que deberías estar llorando y maldiciéndolo.

Quejándote por lo que te hizo y desconfiando de los hombres. Pero ayer me pediste que me quedara contigo.

—Desconfío de él y de todos aquellos que quieran acercarse a mí de ahora en adelante, pero no puedo desconfiar de ti, Mike. No lo sé, no sabría cómo explicarlo, simplemente eres tú y me alegra que estés conmigo —le digo con sinceridad.

Incluso me sentí extraña con los doctores y otros miembros del hospital cuando alguno quería examinarme. Pedí cambio para que me atendiera una mujer. Pero, con Mike es diferente.

Es cierto que debería estar sacando esos sentimientos de mi interior; tal vez llorar me ayudaría a descargar la furia que siento hacia James. Pero algo en la presencia de Michael me hace sentir protegida y no necesito desahogarme.

—¿Entonces soy especial? ¿Confías en mí a pesar de todo? Ya sabes que soy adicto...

—No lo serás más —lo interrumpo.

—Y mujeriego.

—¿Eso que tiene que ver? —pregunto a la defensiva.

—Bueno, pensé que te molestaba en algún grado —su mirada es sugerente. Como si estuviera comprobando algo dependiendo de mi respuesta.

—No lo sé. Supongo que no es bueno que seas así, pero... —me callo al ver sus ojos descender a sus manos.

¿Qué pasa? ¿Está decepcionado de mi respuesta? ¿Quiere que le confiese que me hierve la sangre cada vez que lo veo con otra? ¡Claro que no!

—Pero, ¿qué?

—Bien, no me agrada —digo rodando los ojos.

—¿Por qué?

—¿Cómo que por qué? Eres alguien muy cercano a mí y te quiero.

—¿Y? —alza las cejas con mejor ánimo.

—¿Qué respuesta estás buscando? —pregunto cansada.

—No tengo una específica, pero puedes confesar cuando quieras que estás enamorada de mí.

Ja... No gracias. Por lo menos no seré la primera en decirlo.

—Estás loco —digo mientras le pellizco una de sus mejillas intentando desviar el tema—. Me has dicho eso tantas veces que no recuerdo la cuenta —miro hacia el reloj—. ¡Oh cielos! ¿Esa hora es? Debo bañarme. Tú puedes usar el baño del pasillo.

Alza una de sus comisuras mientras pone una mano en mi cintura.

—O podría bañarme contigo —dice cómplice.

—En tus sueños, cariño.

—Soñar es gratis —responde mientras se levanta y se dirige a la puerta de la habitación—. Volveré por la tarde, tal vez hayas replanteado el asunto de la fiesta y quieras ir.

Abre y cierra la puerta sin dejarme oportunidad de contestar.

Capítulo 27

Luego que Michael sale de mi habitación, vuelvo a sentir el peso del incidente caer sobre mis hombros. Respiro con dificultad y siento ganas de volver a mi cama, envolverme en la cobija y no salir jamás.

Oigo que mi amigo abre la puerta principal y algo lo embiste. Me asomo por mi ventana y me percato de la cantidad de periodistas y cámaras que se encuentran en mi entrada. Ellos también me ven y dirigen sus obturadores hacia mi cara. Me escondo entre jadeos por la sorpresa. ¿A qué vienen? ¿En serio creen que quiero hablar con cualquiera de ellos luego de la forma en la que me llamaron?

Mi madre abre la puerta y me encuentra en posición fetal en la cama. Se acerca hasta mí y acomoda mi cabello. Luego se acerca a mi ventana y la cierra, y cubre con la cortina.

—No te preocupes, cariño. Esto no durará, se cansarán de estar ahí sin nada que hacer —su voz suena acongojada. Sé que me mira con amor, pero a su vez me trata como un objeto quebrado y no quiero serlo.

—Lo sé. Estoy bien mamá. Sólo quiero quedarme en la cama, sola...

—Si necesitas cualquier cosa, me llamas. Siempre voy a estar pendiente de ti, mi niña. —La veo dudar si acercarse y abrazarme o salir de una vez. No hago ningún movimiento, ni asiento sobre lo que acaba de decir.

Decide salir despacio, echándome una última mirada esperando que dijera algo. La verdad no tengo ganas de moverme, ni de sentir, ni de ver a mi alrededor.

El timbre de mi teléfono me despierta, no sé qué hora es, pero desde la mañana no me he movido ni he comido. Veo el nombre en la pantalla y suspiro de alivio.

—*Amiga* —dice la voz agitada de Maira.

—Hola —le digo mientras me estiro un poco. Tengo los músculos agarrotados de tanto dormir.

—*¿Cómo puedo entrar a tu casa? Hay una multitud enfurecida. Y si paso por ahí van a atacarme y no tengo deseos de morir.*

Ruedo los ojos.

—No van a atacarte, pero si tratarán de entrevistarte. Mientras no digas nada estarás bien. No te van a secuestrar ni nada.

—*¡Qué no! Si estuvieras viendo a los gorilas que están al frente de tu casa estarías igual de perpleja que yo.*

—No son tan grandes.

—*¡Son gigantes!*

—Intenta no exagerar. Simplemente camina hasta la casa, le diré a mamá que te abra.

—*Bien, lo haré* —en su voz puedo notar el pánico que le produce—*¡Oye! ya me están mirando. Ya vienen.*

Le grito a mamá que Maira está al frente para que la deje entrar.

—*¡Corre!* —le ordeno.

Maira corta la llamada y pronto escucho que la puerta se abre y un montón de gente habla al mismo tiempo. Luego se cierra con violencia y el sonido cesa.

La sudorosa y pálida Maira abre mi puerta con cautela. Ella me mira y parece comprobar que no estoy muriendo. Se demora un tiempo en su escrutinio mientras yo me muevo incomoda por la forma en la que sube y baja sus ojos.

—¿Qué? —pregunto al fin.

—Lo lamento, es que pensé que no querrías verme o hablar. O tal vez que estarías en tu fase violenta y podrías tirarme algo a la cabeza, ¿ya sabes? La vieja Antonia de siempre.

—Estoy bien, si no quisiera verte, no te habría dejado atravesar el mar de reporteros. ¿Por qué todos quieren que esté llorando o maldiciendo? —digo alzando los brazos con molestia. Estoy siendo un poco dramática—. Y para que quede claro, nunca digas mi nombre y «vieja» en la misma frase.

—No lo sé, si fuera yo estaría sumida en la depresión, llorando y pataleando. Le temería a todos y no querría hablar con nadie.

—Pero aquí estás haciéndome hablar ¿no? —digo con ironía.

—Bueno, es complicado. Soy tu mejor amiga, así que ese es mi trabajo. Si estuvieras deprimida debería ser capaz de alegrarte y si no lo estás, debo estar aquí para que sigas así.

¿Qué he hecho bien para tener a esa chica? Intento repasar mi vida para encontrar algo; tal vez fue la vez que alcancé a una niña que iba a pasar la calle descuidada y un auto venía a toda prisa. Incluso podría ser por no convertirme en una princesa Disney y así ahorrarles una fortuna a mis padres en decoración. Lo cierto, es que no tenía muchas buenas acciones en mi historia para merecer tal lealtad de Maira.

—Tengo que admitir que quiero estar sola pero me aterra estarlo. ¿Eso tiene sentido?

—No para mí, pero supongo que para un psicólogo sí lo tendría —responde con honestidad.

—No iré con un loquero—indico con firmeza antes que ella haga un plan sobre eso. No tengo el deseo que alguien remueva mi pasado y conecte puntos para determinar que me llevó a aceptar la invitación de un hombre como James Gaviria.

—Lo sé. No me atrevería a decírtelo, sólo te informaba de un hecho. Recuerda que valoro mi vida y quiero tener experiencias tranquilas.

—¿Experiencias tranquilas?

—Sí, de esas que puedes contarle a tu mamá. Y definitivamente, llevarle la contraria a Antonia Nieto no es algo seguro. Puedo salir lastimada —dice esforzadamente. Maira no es muy buena con la ironía y menos cuando trata de ser graciosa. No le queda. Siempre he apreciado su capacidad de decir la verdad sin tapujos, algo que la mayoría de personas encuentran ofensivo, pero ella logra hacerlo sonar normal.

—Veo lo que quieres hacer y no tienes que esforzarte. De verdad estoy bien.

—¿Segura? A pesar de la venda puedo ver tus mejillas moradas.

Ahí está. La verdad.

—Estoy harta de esta cosa, ayúdame a quitarla —le digo y ella se apresura a quitar el gancho que sostiene la venda.

La tela cae al suelo y yo cierro mis ojos esperando la reacción de mi amiga. Ella permanece en silencio. Cuando la miro, veo que tiene los labios apretados como si quisiera retener las palabras que amenazan con salir. No tengo deseos de mirarme al espejo, no quiero ver los daños en mi piel. Sé que no tengo nada grave pero ver mi rostro, haría más real el ataque y no quiero derrumbarme.

—¿Así de mal? —pregunto con cautela. Llevo mi dedo hasta la zona afectada y toco. Duele un

poco pero nada que me haga retirarlo.

—Bueno, nadie se ve atractivo luego de dos golpes en la cara.

—¡Maira! —exclamo—. Dime algo.

—Estás hinchada y morada. Es mejor que te mires al espejo, yo soy mala describiendo.

—No, gracias —digo mientras me tiro a la cama.

—Supongo que con mucha base y polvos, podría cubrirse.

—¿Sí? ¿Lo harías? —le pregunto con esperanza.

—Bueno, yo no. Soy pésima con el maquillaje, pero puedo llamar a alguien. ¿Qué dices?

—Depende.

—¿De qué?

—De si es confiable —digo como si fuera algo obvio. No quiero alguien extraño que empiece a hacer preguntas de más. Ya he tenido bastante con la policía y mis padres.

—Es Elena. Ella es confiable.

—Elena me odia, no haría nada por mí ahora. Recuerdas que la golpeé... y que tú la golpeaste. Además, le contaría a todos.

—Tonia, ya todos lo saben —dice con tristeza. Sus ojos se apagan y se acerca hasta la cama, sentándose.

Suspiro fuerte tratando de calmar mi genio. Sentía ese fuego crecer en mi interior, ese que me controla cuando las cosas no salen como quiero. Aprieto los puños con rabia y veo retroceder a Maira.

¿Por qué tenía que pasarme esto a mí? ¿De verdad soy tan culpable como los medios piensan?

Capítulo 28

Elena me maquilló sin decir una palabra. Aún estaba enojada conmigo, pero debido al ataque accedió a venir y ayudarme. Maira se disculpó por golpearla y eso le mejoró el ánimo aunque no lo suficiente para que volviéramos a ser el grupo de otras épocas.

Maira persuade a Elena para que se quede otro rato, pero ella alega que debe arreglarse para la fiesta. Steven estaba preparando una sorpresa para ella y no se perdería nada de eso por estar con nosotras.

—Gracias —le digo cuando veo que se levanta para salir—. La verdad no tenías que hacerlo, sé que estás enojada conmigo.

—Ya eso no importa ¿o sí? —dice sin voltear a mi mirarme. Se encuentra de espaldas, estática, como si mi voz la hubiera dejado petrificada.

—No soy buena para disculparme...

—No lo hagas —dice cortante—. No te disculpes. Yo lo entiendo, fui grosera y tú fuiste tú. Eres impulsiva y algo agresiva, así que no debes disculparte.

—Eso no tiene sentido.

—Si lo tiene. Además, luego de esa pelea, te deseé todo el mal que fueras capaz de soportar. Deseé que te pasara algo realmente feo —dice mientras da media vuelta, sus ojos derraman lágrimas y ella trata de limpiarse—. Cuando Steven me contó, yo... bueno, me sentí muy culpable. Nunca una mujer debería desearle algo así a otra.

Lo dice como si ella hubiera hecho que James me atacara. Eso es absurdo.

—No tienes la culpa por lo que me pasó.

—Lo entiendo, pero no logro sacarme de la cabeza eso.

—¡Ohh! ¡Ven acá! —la llama Maira y ellas se abrazan en medio de sollozos.

Estuve a punto de levantarme y unirme, pero los abrazos de grupo no son lo mío. Eso sólo me ayudaría a llorar y no quiero estropear el trabajo de Elena.

No necesito llorar, no llores...

Un portazo nos hace saltar a las tres. Mi padre entra hecho una furia a la habitación y enciende mi televisor. Pone el canal de las noticias y nos hace una señal con los ojos para que lo veamos.

—... información nueva del caso de agresión. Un testigo ha dado declaraciones que abre otras hipótesis. Los investigadores ponen en duda la versión de la agredida, la señorita Antonia Nieto. Según la declaración, la señorita Nieto estaba dispuesta a cualquier experiencia que un hombre mayor, como lo es el señor James Gaviria...

—¿Quién pudo haber dicho tal cosa?—grita mi padre.

—La única testigo esa noche es Milly —digo al aire.

—¿Quién rayos es Milly? —pregunta mi padre exaltado.

—Es la novia de Mike —digo. Un dolor se clava en el pecho. No entiendo porque ella le diría eso a la policía. ¿Qué tenía que ganar? Ella estuvo ahí, vio a su novio quitarme de encima a James, oyó mis gritos.

—¡Así que la gatita tiene garras! —dice Elena—. Tenías razón después de todo, Tonia.

Ahora mismo no me importa tener razón. Es más, preferiría mil veces estar equivocada.

Milly había aprovechado su oportunidad para hundirme. Ella con su actuación de niña buena y con muchos modales, había logrado que la subestimara a tal punto, que abandoné mi plan de separarlos.

—¿Qué va a pasar ahora?

—Llamaré al abogado. Esto es malo. Ahora todos van a pensar que tú lo sedujiste y no fue un intento de violación.

—¿Qué pasa con los golpes en su cara? ¿Son sólo una demostración de cariño? —pregunta Maira angustiada.

—No creo que pueda librarse de los cargos de agresión, pero esto nos debilita —responde mi padre y sale de la habitación.

Siento un espasmo en mi pecho. El dolor crece y empiezo a derrumbarme. Lo sé porque las lágrimas asoman en mis ojos y una vez sale la primera, el resto se desata sin restricción. Elena y Maira me rodean y sin decir nada, me toman en sus brazos y se balancean. Me hacen sentir como un bebé que necesita calmarse.

Pasa media hora hasta que me calmo. Elena se disculpa por tener que irse pero se le ve aliviada que me sienta mejor. Maira me trae algo de comer y me anuncia que Michael está afuera hablando con mis padres.

—¿De qué hablan?

—No lo sé, pero estoy segura que algo relacionado con el testimonio.

En eso, Mike entra a la habitación y le pide a Maira que nos deje solos. Maira pide permiso con la mirada y yo le hago una señal para que se vaya.

—Acabo de enterarme —dice serio. Pocas veces he visto a Michael enojado, pero cuando lo hace, el primer síntoma es lo cortante que se vuelven sus frases.

—Bueno, ya salió en televisión.

—Ella sigue sin contestar mis llamadas o mensajes. No entiendo que le pasa, se supone que es una buena chica. Y por alguna razón había visto que se llevaban mejor. Llámame loco —dice agarrándose el cabello con fuerza y tirando con desesperación.

Me duele verlo así. Es angustiante que parte de mí porquería ahora le esté salpicando a él.

—No podría saber que pasó, Mike. Pensé que venías a decírmelo. Se supone que es tu novia.

Su mirada se oscurece.

—Tú y yo sabemos que ella volvió conmigo porque ingresé al hospital medio muerto. Se sentía culpable. Así que considérame soltero de nuevo —sus palabras suenan tan frías que todo el ambiente se torna tenso.

—Pues, lo que acaba de hacer no me dice lo mismo. Ella me quiere fuera del camino, me considera una amenaza.

—¿Amenaza? ¿De qué tipo?

—No lo sé —miento. Ella cree que voy detrás de Michael o quizás adivinó mi plan de separarlos. De cualquier manera, esas dos opciones son motivación suficiente para manchar mi nombre y entorpecer mi reclamo de justicia.

—Intenta llamarla —me dice—. Pregúntale tu misma.

—Mala idea, ahora todo lo que haga puede ser usado en mi contra.

Mike se acerca en dos grandes zancadas y me toma de los hombros para ponerme de pie.

—No quiero que sufras más.

—Soy una chica fuerte y tu dijiste que venceríamos si nos manteníamos unidos, ¿no? —trato

de tranquilizarlo. Ahora mismo no me siento fuerte pero necesito que él no haga locuras.

—No te hagas la ruda, pelirroja —dice con un tono suave. Veo un brillo en sus ojos—. Déjame protegerte.

—Pensé que ya habíamos acordado eso —digo mirándolo fijamente.

Entonces, sin previo aviso, corta el espacio que nos mantenía separados y une sus labios violentamente con los míos. No hay pasión en el beso, lo único que puedo encontrar en ellos es adoración. La forma en la que se mueve —bueno, nos movemos—, es para que sepa que soy suya y que él es mío.

Capítulo 29

—¿Cuándo pensaban decírmelo? —pregunta con irritación el abogado.

Hace una semana de mi ataque y los cargos contra James cada vez se vuelven más lejanos. El abogado estaba investigando a todos los testigos del caso y cuando llegó a Michael, casi se va para atrás. Mi amigo había pasado varias noches en la comisaria por estado de ebriedad o por escándalo público. Además, que oyó los rumores de drogadicción y los muchos problemas escolares que estaban en su hoja de vida. Nada de eso ayudaba a la credibilidad de su testimonio.

—No creí que podría afectar —me excuso. Mi padre me mira enfadado. Ellos no estaban al tanto de todos los defectos de Mike.

—Esto es fundamental. Si llegamos a juicio, y lo llamo al estrado, van a destrozarlo. No van a preguntarle nada de tu ataque, van a asumir que estaba tan drogado o borracho, que lo inventó todo y culpó al señor Gaviria.

—Pero también está Steven, él respaldará la versión y no tiene ningún problema de salud.

El abogado respira profundo como si quisiera calmarse antes de contestar. En este momento no soy su persona favorita.

—El señor Sánchez ahora es esencial para el caso. Intentaremos dejar por fuera a el señor Rivera.

¿Dejar por fuera a Mike?

Se levanta incómodo y llama a mi padre aparte. Se van a discutir a su despacho mientras yo me quedo ahí sentada esperando que todo salga bien.

Las heridas físicas han sanado, mi cara ha recuperado su tamaño normal y mi piel sólo le queda unas pequeñas líneas rojas que casi no se ven. Por otro lado, mi parte emocional tiene sus días buenos y malos. Aún no puedo dormir con la luz apagada, me aterra salir de la casa sola y los lugares con árboles altos me producen vértigo. Cuando siento que voy a hiperventilar, empiezo a pensar en Mike, en el beso, en lo que dijo.

Hace dos días que no lo veo y no ha vuelto a besarme desde ese día. No sé si se ha arrepentido. Aunque tampoco se ha alejado emocionalmente; simplemente me trata con demasiado cuidado, como si estuviera en el filo del abismo y no quisiera hacer un movimiento en falso.

—¿Qué quieres decir con dejarme por fuera? —Michael empuña sus manos.

—El abogado prefiere que no declares. Ahora lo hará Steven.

—¿Por qué? —empieza a caminar de un lado a otro.

—Tú sabes por qué.

Se detiene y toma mi mano. La lleva a su boca y la besa como un caballero de la antigüedad. Se le ve enfadado, pero no quiere decirlo.

—Mi presencia lo complica todo ¿no es cierto? —pregunta con los ojos fijos en los míos.

—No es tu presencia, Mike.

—Lo entiendo. Soy un alcohólico y drogadicto. ¿Quién creería cualquier palabra que salga de mi boca? No un jurado de gente mayor y estirada.

—Lo lamento —le digo y me aproximo a abrazarlo.

Me deja hacerlo pero no me lo devuelve. El ambiente se torna frío y lo veo alejarse. Cuando está por abrir la puerta lo alcanzo. No quiero que se vaya, si tuviera la oportunidad lo amarraría a mi cama y no lo dejaría moverse.

Bueno, tampoco así. Sí lo dejaría moverse.

—No te vayas, Mike.

—Es lo mejor, Tonia. El que esté tanto tiempo en tu casa no te beneficia. Te van a atacar a ti por estar rodeada de gente con vicios. Ya tienes suficiente de que preocuparte como para esto. No quiero que mis problemas influyan en tu caso. Te quiero y no voy a dejar que ese hijo de puta se salga con la suya porque no me fui a tiempo.

Lo tomo con fuerza de sus mejillas y beso sus labios. Solo los uno por un segundo porque Mike se aleja de mi con tal prisa que pronto escucho que sale de mi casa corriendo.

Me quedo estupefacta, como si tuviera los pies clavados en el suelo. Lo siguiente que siento es como mi corazón se parte y siento el vacío desgarrador. Caigo en la cama intentando mantener mis pedazos juntos, pero rápidamente escucho el quejido de mi pecho y me percato que las lágrimas han invadido mis ojos. Ni siquiera el ataque me había hecho sentir aquello, ni nada de lo que alguna vez hubiera atravesado.

Los lamentos alertan a mi madre, quien aparece con cautela y sin acercarse demasiado se sienta a mi lado sin decir nada y se queda conmigo toda la noche.

Capítulo 30

Los titulares de mi incidente aún se ven en el noticiero. Ya no son tan frecuentes como hace dos días, pero algunos periodistas mantienen el interés, ya que, los Gaviria son una familia poderosa y quieren sacar todos los trapos sucios que encuentren.

Me siento mejor. Por lo menos puedo dormir sin pesadillas y poco a poco salgo a la calle sin compañía. Aún no he hecho trayectos largos ni de noche.

Dato curioso, esta semana ha sido el mayor tiempo sin tomar un trago. No me hacía falta, no del modo adictivo. Lo recalco porque ese episodio negativo de mi vida está haciendo cambiar mi rutina. No sé cómo me siento sobre eso, pero aún no es momento de intentar volver a ese camino.

No he hablado con Mike desde ese día. Me molesta que él haya tomado esa decisión sin consultarme. ¿Qué podrían decir que ya no lo hubieran dicho? Las cartas estaban sobre la mesa y que se alejara no iba a cambiar ningún resultado. Me inclinaba a pensar que no sabía que hacer conmigo. Si bien el primer beso fue cosa suya, yo había respondido mucho mejor de lo que esperaba. Los siguientes fueron por mi iniciativa y él cada vez se veía más cohibido. Mi cabeza tiene un mar de preguntas que no van a ser contestadas a menos que hable con él y que sea sincero. Dos cosas que parecen ser lejanas bajo estas circunstancias.

Me reúno con el abogado y mi padre en el despacho. Ya había pasado veinticuatro horas desde que hablaron por última vez con el acusado y parece que se acababa el tiempo para reunir pruebas. Mi padre seguía furioso. Hay tantas razones en este momento que me da miedo preguntar cuál es la que genera esa mirada asesina.

—Señorita Nieto, ¿cómo se siente hoy? —pregunta mientras estira su mano para que la estreche.

—Mejor que ayer, gracias por preguntar.

Una de sus comisuras se eleva dándole algo de gracia a su rostro. Sin embargo, se recompone de inmediato.

—Tengo noticias —declara con pesimismo. La forma en la que pronuncia esas palabras me advierte para lo que viene.

—¡Vamos! ¡Dilo! —lo reta mi padre.

—Medicina legal acaba de dar el reporte con todas las pruebas que le hicieron a la señorita. Me temo que no pueden determinar que sea intento de acceso carnal violento. Son inconclusas y por lo tanto no nos sirven. Hemos quedado con el cargo de agresión, pero podemos aprovechar para anexar problemas sociales. Ya sabe... agresión contra una mujer. Eso nos traería apoyo por parte de la comunidad y tendríamos oportunidad de ganar. De lo contrario, bueno...

—¿Qué tantas posibilidades tenemos? —pregunto cabizbaja.

—Más del cincuenta por ciento. Sin embargo, dependemos de lo que diga el juez. La sentencia podría ser de ocho a quince años.

—¿Ocho a quince años? Pensé que era menos.

—Bueno, puede ser menos. Pero si luchamos por los derechos de mujeres golpeadas, podrían ser esa cantidad. Tenemos que estar atentos, apenas agregue esos cargos, sus abogados van a

querer un trato. ¿Están dispuestos a aceptar un trato?

—¿Qué traería un trato? —pregunta mi padre.

—Depende de que tanto los asustemos. Podrían ofrecer dinero como pago de daños o confesar su culpabilidad con tal que sea un delito menor. Le darían dieciocho meses en vez de ocho años. ¿Entienden?

Ambos movemos la cabeza afirmativamente. Mi padre se queda callado por un rato, sus pies se mueven con impaciencia y empiezo a sentirme incómoda. El abogado parece más tranquilo ahora, espera a que mi padre se pronuncie con los dedos cruzados.

—Haz lo que tengas que hacer para que se asusten. Luego analizaremos lo que suceda. Por mí, seguiría con el caso hasta que lo metan a prisión pero esto es decisión de Antonia —dice mirándome fijamente.

Tengo las manos llenas; tratar de mantenerme a flote, reflexionar sobre mi culpabilidad y ahora escoger si metía a ese idiota a la cárcel o recibía su sucio dinero. Ninguna de las dos cosas me traería de vuelta. Siempre sería un recuerdo de la chica que solía ser antes. Entonces, ¿qué me beneficia más? ¿Qué James se pudra en la cárcel o recibir efectivo? Sin duda, necesito consultarlo con mi almohada.

—Bien, yo decidiré cuando sea el momento—respondo sin convicción.

—Entiendo, voy a proceder —dice serio. Se levanta y sale del despacho. Mi padre lo acompaña a la salida y yo vuelvo a mi habitación con prisa.

—Antonia, cariño —dice mi mamá desde afuera de mi habitación —. Hay una chica afuera que te busca.

—¿Una chica?

—Dice que necesita hablar contigo.

—¿Quién es? —pregunto mientras me levanto y acomodo mi salvaje cabello.

—No la conozco.

—¿Y no le preguntaste su nombre? Podría ser una periodista que desea una exclusiva.

—No lo creo, es muy joven. Dijo que es amiga de Mike.

Eso me hace saltar. Salgo y bajo las escaleras en menos de dos segundos sin decirle otra palabra a mi madre. Cuando llego a la puerta, veo la tensa figura de Milly.

Algunas personas tienen mucha osadía.

—¿Qué haces aquí? —pregunto con brusquedad.

Su aspecto se ve fatal. Tiene unas grandes ojeras, casi negras. No sé cuántas noches se necesita para llegar a ese estado, pero ni siquiera yo que fui la atacada me vi de esa manera.

—Necesito hablar contigo, Antonia.

—Habla —pongo mi mano en mi cadera y levanto una ceja. Ella baja la mirada y abre la boca, sin embargo, no salen palabras —. Milly, ¿quieres entrar? —Hay algo en esa chica que me desarma, siempre voy con malas intenciones y termino sintiendo simpatía hacia ella.

Asiente entre sollozos y la guío a la sala de estar.

—Cuéntame.

—Mis padres son amigos de la familia Gaviria —dice entre jadeos.

Sé que quiere explicarme algo, pero esto va a tomar mucho tiempo si no puede decir más de una frase sin llorar.

—Ajá —la animo a seguir.

—Ellos me dijeron que tenía que... —vuelve a parar y por el rabillo de mi ojo veo a mi madre con un pañuelo en la mano. Voy hacia ella y le agradezco. Se lo paso a Milly con delicadeza. Ella

lo toma y su llanto se intensifica. *¡No puede ser!*

Le toma otro minuto recomponerse.

—Tenía que desacreditarte —dice despacio cada palabra—. Que pareciera que te estabas aprovechando de un hombre adinerado.

—Entonces lo lograste —le digo sin ninguna emoción. Debería estar enojada. Ella se dejó comprar por los amigos de sus padres.

—Lo sé —lleva el pañuelo a su nariz y se oye un sonido espantoso. Tengo que alejarme un poco.

—¿Qué quieres que te diga?

—Nada, sólo quiero disculparme por hacerte eso.

Intento mirarla a los ojos para saber si miente. No soy un prodigio que sabe cuándo le mienten, pero he reunido algo de experiencia. El problema con Milly es que evita mi contacto visual y prefiere mirar el piso.

¿Debo creerle?

—Aún puedes hacer lo correcto y declarar la verdad en el juicio.

—No puedo, ellos están amenazándonos. Estoy poniendo a mi familia en peligro por estar aquí a tu lado.

Me echo hacia atrás de la silla para procesar esa información. ¿Puedo usarla para mi beneficio? La verdad, no me importa lo que le pase a Milly o a su familia. Pero tenerla aquí me dice que está en desacuerdo con lo que hace y si tan sólo tuviera forma de grabar esta conversación sería una prueba contra ellos.

¿Dónde pongo mi grabadora? ¡A verdad! No tengo. Nota mental: comprar una grabadora.

—Ve a la policía y denuncia —le digo un poco más alto de lo que debí.

—¡Antonia! ¡Estamos asustados! Ellos quieren que esta investigación se acabe y no llegue a juicio. Si son capaz de amenazarnos a nosotros que somos amigos, ¿qué crees que puede pasarte a ti o tu familia? ¿A Michael?

Buen punto.

—¿Crees que puedes volver mañana? Esto le interesa a Mike y necesito decirle —le digo con la esperanza que pueda tener la grabadora cuanto antes.

—Sí, creo que sí —su respiración se calma—. Oye, no vayas a decirle por teléfono —me advierte.

—Bien, le diré que venga y se lo diré en persona. Pero te necesito aquí mañana.

—Bueno. Aquí estaré.

Capítulo 31

—Espero que esto sea bueno —dice Mike cruzando por la puerta.

Ni saludo ni beso. Esto se está volviendo incómodo.

Ayer lo llamé luego de la conversación con Milly. Le dije la importancia de que estuviera en la reunión pero no mencioné nada sobre ella, ni amenazas o cosas del caso. Michael insistió un poco pero se dio cuenta que tendría que venir para que yo dejara de insistir. Fue bueno que lo hizo en los primeros quince minutos, habría sido humillante tener que rogarle por su presencia.

—Pues yo igual. Creo que puede beneficiarnos para el caso.

—Pensé que querías hablar de mí o de nosotros, no sobre el caso. Ya te dije que debo alejarme de eso.

—¿Quieres hablar sobre nosotros? Espera... ¿Hay un nosotros? —Su actitud me tiene bastante confundida. Un día me besa, luego se aleja, ahora quiere hablar y dice nosotros. ¿Qué es lo que ocurre en su mente? Quisiera poder leer sus locos pensamientos.

Su mirada se vuelve traviesa. Ese cambio me hace sonreír un poco y luego él posa una de sus manos en mi cintura.

—Sigo esperando que me digas que estás enamorada de mí —dice sonriente. En un movimiento rápido acerca su pecho al mío y nos quedamos quietos mirándonos.

—Creo que vas a tener que decirlo tu primero. Ya que, fuiste tú quien me besó.

Suspira largo y profundo. Acerca su rostro al mío y pienso que me va a besar, pero se desvía hacia mi cuello haciendo que mis vellos se ericen. Mis piernas empiezan a perder fuerza, las siento blandas y sin equilibrio. Tengo que apoyarme en él para evitar caerme — o derretirme, ese término es mucho más descriptivo en esta situación.

—No puedo hacerlo todo yo. Por lo menos ya di un paso gigante. Sigue mi ejemplo.

Sigue soñando, cariño.

Me separo lentamente y le señalo un asiento. Me mira con diversión y asiente. Se acomoda en el sofá de la manera más sexy que alguna vez haya visto; sus hombros erguidos, su abdomen tenso y esas piernas trabajadas un poco abiertas, como si me estuviera invitando.

¡Antonia! ¡Concéntrate! Recuerda: Milly, las amenazas, el caso...

Suspiro resignada y borro esa agradable imagen mental. Me siento a su lado y le cuento un resumen de lo que me dijo su exnovia. Veo como se oscurece y deja de ser el chico alegre que era hace unos momentos. La palabra amenaza retumba por la habitación. Sus puños se aprietan y tiene que dejar de mirarme. Se levanta dos veces; la primera para maldecir y acto seguido se vuelve a sentar, y la segunda para pasear por mi sala en silencio.

—Vendrá en cualquier momento —le digo para romper su concentración. Ya me tiene bastante tensa.

—¿Le crees? —pregunta mientras mueve las manos de su cabeza a sus piernas.

—Bueno, no confío en ella, si esa es la pregunta. Sin embargo, ella parece estarse arriesgando para decirme esto...

—¿No te preguntas por qué? —pregunta ceñudo.

—¿Te refieres al momento? ¿Por qué ahora?

—No, pero eso también. Me refiero a por qué sentir culpa. Ella es de su clase social, van a los mismos lugares y sus familias son amigas. No tiene ningún sentido que la amenace.

—No lo sé. Ella parece noble... Demasiado buena para ti.

Pensé que iba a enojarse, pero una risa retumbante invade la sala y tengo que unirme un segundo después, cuando siento que es seguro.

—Creo que pensábamos lo mismo, pero ahora creo que ella es una maldita oportunista y esto es otro truco.

¡Vaya! Cualquiera pensaría que esa línea la diría yo, no él.

—Bueno, mantendremos la mente abierta y veremos qué pasa. Sin creerle demasiado y corroborando lo que diga—le digo calmada.

Mike hace un puchero de aceptación y se acomoda a mi lado. Me abraza con fuerza y desacomoda mi cabello. Intento alejarme pero me sujeta para que no huya. En algún momento del juego, me doy cuenta que me ha dejado inmobilizada. Sostiene mis manos para que no me defiendan y él pueda despeinarme con comodidad. Lo que no entiendo es el siguiente grito de terror que mi garganta produce. Michael salta de inmediato con expresión de miedo y alza sus manos como si se estuviera rindiendo a la policía. Yo miro de lado a lado, intentando visualizar mi entorno y siento pisadas entrar a la sala.

—¿Qué ha pasado? —pregunta mi padre. Su voz es lejana como si fueran kilómetros y no metros lo que nos separa.

—No lo sé, señor Nieto. Estamos jugando, sólo la estaba despeinando y ella empezó a gritar.

Alguien se acerca hasta mí y trata de hacerme reaccionar. Me zarandean con cariño y luego pasa un brazo por mis hombros para calmarme. Me arrulla un rato hasta que reconozco a mi madre a mi lado y luego me doy cuenta que estoy en casa.

—¿Qué me pasó?

Estoy segura que vi el rostro de James y no de Mike. Casi como si una película de terror estuviera pasando a cien cuadros por segundo, sentí que volvía a ese helado bosque en donde estaba totalmente indefensa. Mi cuerpo tiembla ante ese pensamiento y me agarro más fuerte de mi madre.

—Creo que entraste en shock, linda. ¿Quieres ir a descansar?

La verdad estoy cansada y bastante alterada pero debo esperar a Milly, grabar su confesión y tener algo más en contra de James Gaviria.

—Estamos esperando a alguien, mami —le digo mientras miro a Mike.

Le extiendo mi mano y él la alcanza con cuidado. Vuelvo a ver esa mirada de lástima en su rostro, algo que odio con intensidad.

Mis padres se retiran no sin antes dar un par de advertencias a Michael, quien las acepta con la cabeza gacha y sin replicar nada. Sé que se siente culpable por mi reacción, pero si vamos a ser justos, ni yo estoy segura cual fue el detonador. Podría ser la inmovilidad o que apreté mis manos. Es difícil saberlo en concreto.

—¿A qué hora dijiste que venía? —pregunta impaciente.

—A las ocho, creo.

Miramos el reloj. Son las ocho y cuarenta.

—¿Estás pensando lo mismo que yo? —pregunta con su voz llena de decepción.

—No lo sé, me he dado cuenta que soy pésima leyéndote.

—Primero, me conoces mejor que muchas personas, incluso que mi familia. Y segundo, creo

que no va a venir.

Chasqueo la lengua.

—Lástima, ya tenía lista la grabadora.

—Chica lista —dice mientras toma mi mano y la besa en el dorso.

—Gracias —me sonrojo por el cumplido y lo miro a los ojos.

—¿Ya te sientes mejor? —La culpabilidad lo está carcomiendo.

—Mucho mejor. Gracias por no huir cuando empecé a gritar.

—¡Claro que no! ¿Qué clase de amigo/enamorado sería si lo hiciera?

Eso me hace toser. No estoy segura que se me atravesó en la garganta pero por poco lo baño en baba. Su risotada me sorprende. Tiene que agarrarse el estómago. La ira me invade y le propino un golpe en su hombro. Golpe que me dolió más a mí.

—Calma, bonita. No sabes si lo estoy diciendo en serio.

—Entonces dime, ¿es en serio?

—Creo que ya estipulamos que el siguiente paso es tuyo, pelirroja —A veces odio su sentido de diversión a mi costa.

—Entonces no será hoy —le digo cruzando los brazos.

Me lanza una mirada pervertida y un beso. Se levanta para despedirse de mis padres y lo veo salir por la puerta ondeando su mano.

Una vez sola, el peso de todo el día cae sobre mí y de pronto, anheló un baño de burbujas para poder relajarme y dejar de pensar en lo que pudo beneficiarme la confesión de Milly o lo que podría desencadenar si le dijera a Mike lo que siento. Ya es innegable. El problema es que tampoco quiero aceptarlo y hablar sobre sentimientos.

Capítulo 32

—Supongo que el viaje a la playa se cancela —dice Maira con decepción.

—Bueno... estamos a punto de entrar a juicio. No es buena idea salir de la ciudad.

—Lo sé.

—¿Qué pasa? —Ella ha estado ausente. De alguna manera se siente culpable por todo lo que pasó. He intentado quitarle eso de su cabeza. Pero es bastante testaruda.

—Mis padres se han unido para decirme que no quieren que testifique en tu juicio. Creen que no soy necesaria y que traería atención no deseada hacia mí y hacia ellos. Dicen que yo no estuve ahí y que no me necesitas. Me están comprando con un viaje para esa fecha.

Suspiro tranquila por su confesión. Realmente esperaba algo más sangriento que irse de paseo.

—¡Oye! No estás obligada a declarar. No estuviste ahí. Deberías ir a divertirte. Que mi ataque no te detenga.

—¿Cómo crees? Debo estar contigo. ¿Qué diría de mí si me voy en pleno juicio? Sería la peor amiga de la historia.

—Bueno es por recomendación de tus padres. Si yo no le veo problema, no creo que alguien lo vea.

—¡Ay cállate! ¿Te cuesta tanto trabajo decirme que me quede? —dice sobresaltada
¿Qué?

—Dime que me necesitas, que soy indispensable para ti.

—Eso suena como si fuéramos novias y no me siento cómoda diciendo eso.

—¡Tonia! No quiero irme. Dime eso para que mis padres no insistan.

Ruedo los ojos. No hay necesidad que yo lo diga pero ella es así.

—Bien. No puedes irte. Eres esencial para el juicio y mi vida.

—Gracias. Te veré después —dice y corre hacía su casa.

No voy a mentir. Tiene cierta gracia que ella no pueda inventar lo que yo dije y me amenace para que le dé una excusa. ¿Quién prefiere ir a un juicio a ir a la playa? Yo no por lo menos, estaría dichosa de saltar ese próximo capítulo en mi vida.

El abogado pasa por mi casa para preparar mi interrogatorio. Me hace varias preguntas sobre el incidente y trata de encaminar mis respuestas para que no sean ambiguas.

Las declaraciones de cargos serán en dos días. Ahí se determinará si se iba a juicio o se podría descartar por falta de pruebas. Lo cierto es que el abogado estaba confiado. Teníamos muchas pruebas y apoyo de nuestra parte. Sin embargo, no hubo ningún tipo de propuesta por parte de los abogados de Gaviria. No surtió efecto nuestra táctica. Ni se asustaron, ni ofrecieron tratos. Eso me ponía algo nerviosa, pero no iba a echar para atrás después de tanto esfuerzo.

Mis testigos serían Steven, Elena y Maira. Mike sería utilizado si era estrictamente necesario. Elena y Maira declararían los hechos en el hospital y serían las encargadas de contar sobre mí. Por otro lado, Steven explicaría los hechos de esa noche; como llegaron al lugar, su intervención,

lo que vio.

También yo subiré a ese estrado. Contar lo que pasó iba a ser un reto. No soy buena para abrir mis pensamientos al público y menos si había tantos ojos mirándome.

Mi celular vibra. Lo saco del bolsillo y miro el remitente: Mike.

Michael: *Ya sé que le pasó a quien esperábamos ayer.*

Antonia: *¿Qué pasó?*

Michael: *Voy para tu casa.*

Me inquieta que no lo haya dicho por el mensaje. Aunque yo misma le había dicho que no podíamos hablar por teléfono cosas importantes en este momento. Quién sabe si estarán escuchando o espiando lo que enviamos.

Michael llega en menos de diez minutos. Saluda a mis padres y me toma de la mano y caminamos hasta mi cuarto. No logro descifrar su expresión. Algo entre enojado y asustado que cambia constantemente.

Cuando llegamos, cierra la puerta y se sienta en la cama soltando un poco de aire.

—Me estás asustando, Mike —le digo mientras me siento a su lado.

—Pues estoy asustado, Tonia. Esto es malo.

Mira sus palmas como si quisiera memorizar sus líneas. Pongo mi mano en su hombro y luego acaricio su mejilla. Él toma una gran respiración, veo su pecho inflarse y sostenerlo por mucho tiempo. Cuando por fin exhala, me mira a los ojos y sé lo que viene.

—Milly está hospitalizada —susurra. En sus ojos hay rabia, impotencia y hasta puedo notar lo destrozado que está por la noticia.

—¿Qué? ¿Hospitalizada? —Si ella está hospitalizada, quiere decir que las amenazas no son en vano.

Se toma un largo minuto para continuar.

—Hoy fui a tratar de convencerla de volver a nuestro lado. A tu lado. Ya sabes, ella puede confirmar lo que ese desgraciado se proponía. A ella le creerán mucho más que a Steven o a mí.

—Ajá.

—Su madre estaba bastante extraña. Pero luego de mucho insistir me informó que Milly había presentado síntomas de envenenamiento. Y la tuvieron que llevar de inmediato a urgencias. Allá le lavaron el estómago y salvaron su vida. Aún no saben si fue ella misma o alguien más.

—Sabemos que no fue ella. No tiene un hueso de suicida.

—Sí, ella no lo haría. Lo que me molesta es que sea verdad. Que esa gente sea capaz de intentar matar a la hija de sus amigos.

—Si son capaz de eso, podrían venir por nosotros.

—¿Por qué no lo habrán hecho? Han tenido tiempo, esto se ha alargado más de lo que imaginé. Si te quisieran hacer daño...

—No es conveniente ahora mismo —respondo antes que termine—. Si me hacen daño, eso apuntaría directamente a ellos. Pero con ella, simplemente puede ser una intoxicación por comida o que ella misma lo hizo. Quién sabe...

—No debes salir de la casa. No hasta que sea la hora de ir para el juicio. No más aventuras tratando de saber si puedes hacerlo —su tono es desesperado.

La verdad ya estoy bastante cansada de ver las mismas cuatro paredes.

—Ellos no van a atentar contra mí.

—No me importa.

—No puedo vivir en una burbuja.

—¡Claro que puedes! Simplemente hazme caso.

—¡No eres mi padre! No puedes prohibirme salir de la casa. Se supone es que él quien debe estar privado de la libertad, no yo.

—Es por seguridad, Antonia. ¡En serio! ¡No salgas!

—Mira, Mike. Si he salido cinco veces desde el ataque ha sido mucho. Y en realidad nunca lo he hecho sola. Estaré bien.

Además del hecho que no tengo nada que hacer en los próximos dos días, pero eso no tiene que saberlo.

—Pues estás acostumbrada. Tú sigue aquí, mientras yo trato de hablar con ella y con sus padres. Podría aprovechar el momento, su lealtad debe estar flaqueando y podrían declarar en tu favor.

—Te estarás poniendo en peligro. ¿Te das cuenta?

—¡Qué importa! Mientras no seas tú.

—A mí me importa, no vas a arriesgar tu vida por mi estúpido caso. Si pierdo no pasa nada, viviré con eso. Pero te necesito a mi lado.

—¿Cómo sabes que vivirás? —dice con los nervios a flor de piel. Se nota que no escuchó la última parte de mi respuesta.

En serio está asustado. Nunca pensé que diría algo así.

—¿Piensas que podrían matarme luego?

—¿Qué los detendría?

Bueno, para eso no tengo respuesta así que prefiero pensarlo un momento.

Capítulo 33

Afuera de la sala de audiencia, estamos Mike, Maira, Steven y mis padres. Nos habían dejado esperando en un pasillo angosto y lleno de personas que pasan con afán. Veo algunos abogados atareados con papeles y otros hablando tan fuerte por teléfono que se puede saber lo disgustados que están. Es muy estresante.

Veó aparecer a mi agresor a lo lejos. James Gaviria viene acompañado de su padre y su amigo Brandon. Quien seguramente va a declarar lo buen muchacho que es su amigo y lo caballero que se portó conmigo a pesar que vio la forma en la que me cogió y luego, mi deseo de salir corriendo de ese lugar.

Su aspecto es muy pulcro; un saco y pantalón a juego, con una corbata rosa. No sé si ese pequeño gesto es para mostrar su lado femenino o simplemente no había otra corbata disponible. A pesar que lo miro, él no se gira hacia mí. Sé que es consciente de mi presencia pero se escabulle entre la gente y se sienta en un espacio en el que no puedo verlo. Parte de mí quería ver su expresión, saber desde antes de entrar si va a jugar al chico bueno. Por el contrario, me quedo con la duda.

Nuestro abogado llega y revisa unos papeles. Nos da otra explicación rápida sobre lo que va a ocurrir hoy y nos dice que debemos respetar la corte. Sin intervenciones no autorizadas.

Hoy sólo van a escuchar a los abogados describir los cargos y la situación. El juez decidirá si vamos a juicio o una multa. Por supuesto, estamos seguros que va a ser la primera opción.

—¿Estás lista? —pregunta el abogado mirándome directamente.

—Lo estoy. Entra y acaba con ellos —le digo para infundirle coraje. Espero que cuando me toque declarar a mí, él haga lo mismo.

La puerta se abre y entramos. Para mi sorpresa, no fuimos los únicos en hacerlo. Toda esa muchedumbre que estaba en el pasillo, se aglomera en esa gran sala. Un señor canoso se sienta en el frente, en el estrado. Se ve autoritario y nada paciente. Desde ya, estoy temblando.

Nos sentamos en la mitad de la sala, mientras una joven se levanta y llama un número de caso. No es el mío, así que toca esperar.

Pasan veinte minutos. Han pasado casos sencillos, como multas de tránsito con algún herido leve o conflictos familiares. También otros de agresión. Cada vez esto se convierte en una pesadilla.

—Caso número 3289430: Agresión y asalto. Acusado James Gaviria —dice la chica esforzando su voz.

Al instante nos levantamos y pasamos al frente. Lo mismo la familia Gaviria y su abogado.

Primero le toca al nuestro contar lo sucedido y explicar los cargos contra el acusado. El de ellos hace un cambio radical de historia y hace énfasis que su cliente es un joven que respeta las leyes y un ejemplo en su comunidad. No tiene antecedentes, ni historial violento.

—Tenemos pruebas contundentes de su ataque. Además, dos de nuestros testigos lo ubican en el lugar e invitando a la señorita Nieto. Luego, otro testigo puede declarar la escena del crimen porque gracias al señor Sánchez, no podemos declarar que el acusado haya cometido acceso

carnal violento —responde mi abogado ante el defensor.

—El señor Gaviria no niega invitar a la señorita Nieto a una fiesta. Sin embargo, él no la atacó de manera sexual. Eso está fuera del caso.

—Tal vez —responde luego de una larga respiración—. Pero es claro que su cliente fue el artífice del ataque.

—Mi cliente se declara inocente —dice el abogado de los Gaviria ante el juez.

El juez, quien no había intervenido antes, usa ese pequeño mazo que amaría saber cómo le llama. Seguro que le tiene un nombre especial. Llama la atención y me saca de mis pensamientos.

—Bien. El juicio empieza en quince días. El 22 de julio. Pueden retirarse.

Como había pensado, sin paciencia.

Salimos todos de prisa sintiendo una leve descarga de emoción. Había empezado. Ya no hay marcha atrás.

Capítulo 34

Quince días más de espera.

Nuestro abogado está entre feliz y perturbado, lo que es una combinación confusa. Por un lado, está contento con el hecho que no se libraron tan fácil de la situación, pero no está de acuerdo con todo el tiempo que les dieron. Para él, debieron priorizar este juicio, una semana era mucho tiempo y dos era excesivo.

Si los Gaviria no tenían ya su defensa armada serían descuidados. Así que ¿para que todo el tiempo que les dio? O el juez estaba muy ocupado o desinteresado. Ninguna de las opciones es agradable.

—Háblame de Brandon —me dice mi abogado. Su nombre es Francisco Solís. Por fin me lo dijo, luego que tuve que dirigirme directamente a él y no sabía cómo decirle. Un poco desinteresado de mi parte, pero tengo la excusa que tengo varios traumas por el ataque.

—Bueno, James me lo presentó cuando llegamos a la fiesta. También a otro par de chicos y chicas pero todos estaban muy ebrios y no recuerdo sus nombres.

—Bien —dice mientras apunta todo lo que digo.

—Me invitó a bailar y fue amable. Incluso podría decir que estaba interesado en mí. Me pidió mi número.

—¿Eso fue antes o después de ver cómo te arrastraba el señor Gaviria fuera de la fiesta?

—Después —digo asintiendo de manera involuntaria—. De hecho, fue a él a quien le pedí ayuda para salir. Estaba un poco alterada porque James intentó besarme. Para ese entonces no me imaginaba que él podría tomarme por la fuerza.

—Bien, esto es bueno. Puedo llevar a su amigo a contar esa parte. Forzarlo y esperar que cuente tu verdadero estado emocional cuando le pediste ayuda. Cuando te interrogue, recuerda que ya estabas asustada porque él te agarró muy fuerte, te llevó a una habitación apartada y trató de sobrepasarse. No vayas a mencionar que no pensabas que podría atacarte. Su abogado podría jugar con esa declaración y es especulativo. ¿Entiendes?

—Claro, entiendo. Sin especulaciones, sólo los hechos.

—Exacto. Además, si vas a llorar intenta que sea convincente —dice sin apartar la vista de sus apuntes.

Ese hombre es bastante frío. Bueno, para ser abogado penalista debes tener un corazón duro, pero decirle a tu cliente hasta como debe llorar, es tan extraño.

—No sé si llore. Supongo que no quiero hacerlo.

—Ellos te van a atacar, así que, si no muestras algo de daño seguro que el jurado no verá tu argumento válido. No lo sé, es difícil. Las pruebas de ADN están de nuestra parte, igual que tus heridas y la marca en su mano coincide. Hay pocas posibilidades que perdamos, pero tengo que ser cuidadoso.

—Como quieras, una lágrima.

—Excelente. ¿Qué pasó luego que te ayudó?

—Hmm me llevó hasta otra salida, unas escaleras. No había usado esa puerta para entrar, sino una escotilla del otro lado. Así que ahí nos despedimos y me pidió mi número. Le dije que no se lo daría pero que él podría buscarlo, «porque era un hombre con recursos».

—Así que coqueteó con él —afirma Francisco sin inmutarse.

—Lo puede llamar como quiera.

La palabra coquetear me molestó. Tal vez había dicho las cosas de una manera coqueta, pero al final lo que quería era largarme de ese sitio cuanto antes. Sin embargo, Brandon había sido gentil conmigo, así que, ¿para qué hacerle pagar por los errores de su amigo? Simplemente, evadí su petición haciendo que me buscara luego. Tal vez en otra situación, menos estresante, no me negaría a verlo o realmente darle mi número.

—No puedes contestar así —me regaña. Esta vez levanta la vista para que la amonestación fuera aún más seria.

—No lo hice conscientemente. No le quería dar mi número, pero tampoco cortar una posible relación con él.

—Esa respuesta tampoco es buena.

—¿Por qué?

—Primero porque ya van a saber que estaba sola en un bar, accedió a acompañar al señor Gaviria a una fiesta, bailó con él, le presentó a sus amigos. Y luego se muestra interesada en uno de ellos. Se ve mal.

—¡No estaba saliendo con James Gaviria! Si ese fuera el caso no estaría pasando por esto —digo un poco más alto de lo que esperaba.

—Señorita Nieto, si se sobresalta de esa manera en el juicio, va a afectar la decisión del jurado.

—Sólo dígame que debo decir.

—Por ahora omita la parte que le dijo que la buscara. Si ellos lo usan, que no creo, admita que lo hizo para deshacerse de él y correr a su casa. Nada sobre que esperaba volver a verlo.

—Bien —digo mientras ruedo los ojos. ¿Cómo pueden vivir entre tanta basura?

La reunión concluye un poco después y el señor Solís se despide de mis padres con temple. Ellos le muestran admiración y lo acompañan a la puerta.

—Creo que debemos ir a visitar a Milly —dice Maira mirando como entrecruza sus dedos. Un juego para ganar agilidad motriz. Mientras, yo intento borrar todas las publicaciones que gente indecente ha hecho en mi Facebook. Oprimo rápidamente el mouse de la computadora y borro todo.

—¡Me encantan tus planes! Para la próxima podrías adicionar un par de cervezas y palomitas —le digo sarcástica. Ella se acerca hasta mí, deja el juego y se sienta en mi cama.

—Es en serio, Tonia. Ella de alguna manera se arriesgó a decirte parte de la verdad. ¿Puedes culparla? Estaba asustada.

—Espera... ¿Parte de la verdad? —levanto una ceja interrogante y ella se cruza los brazos como si me estuviera perdiendo de algo.

—No pensarás que vino y te dijo todo. Hasta el último detalle.

—Pues si es parte verdad, significa que sigue mintiendo.

—Por seguridad. Imagínate, estuvo hospitalizada. Algo debió guardarse ya que no está muerta.

—Oye, Maira. Estás viendo mucha televisión. Lo dices como si esto fuera una clase de conspiración.

Su postura me dice que acabo de darle al blanco.

—¿Qué? ¿En serio lo crees? —pregunto.

—Los Gaviria tienen dinero y poder. ¿Crees que van a dejar que su heredero pase por prisión?

Maldita sea.

—Tienes razón —le digo pensativa.

—¿Me crees?

—No del todo, pero creo que tienes razón. Debemos ir a visitar a Milly.

Ella me lanza una almohada como si de alguna manera la estuviera molestando. Y eso es lo último que haría.

—Vamos entonces.

—Tenemos que avisarle a Mike, prometí no salir de la casa.

—¿Qué? —protesta Maira y le cuesta encontrar las palabras—. Me estás diciendo que tu... que prometiste... ¿Cómo pasó?

Oh cierto... no le he contado.

Me levanto y paseo por mi cuarto ante su mirada insistente. Siente la curiosidad por mi reacción, pero conociéndola, va a esperar hasta que quiera contárselo.

—Okay, tengo algo que confesar—le digo mientras llevo uno de mis dedos a la boca y muerdo un poco mi uña.

—¡Oh por Dios! —dice adelantándose a la conclusión.

¿Acaso es tan evidente?

—Michael se ha portado muy bien conmigo, ha sido atento y cariñoso —empiezo a decir, ignorando que la pobre está a punto de hiperventilar—. Uno de esos días que vino... ¡Ah! El que te dijo que salieras...

—¡Lo besaste! —grita emocionada.

No sabía que Maira estaba tan interesada en que Michael y yo estemos juntos.

Una leve sonrisa sale de mis labios mientras recuerdo el momento. La forma en la que entrelazó sus manos en mi cuello y me atrajo hacia él con prisa. Como se deslizaron sus labios en los míos.

Un golpe en el brazo me saca de esa imagen y vuelvo a la realidad con una ansiosa amiga que tiene problemas de respiración. La verdad ya me empieza a preocupar, primero los ataques y ahora el asma. Debería ir al médico y revi...

—¡Antonia!

—Bueno, sí y no. Realmente él me besó primero.

—¡Oh por Dios! —vuelve a decir esta vez mucho más lento—. Entonces ¿están juntos? ¿Van a esperar hasta que se acabe el juicio para anunciarlo?

Creo que el espíritu de Elena ha invadido a Maira.

—Eee tú conoces a Michael, no es tan sencillo en cuanto a relaciones. No sé en donde estamos ni hasta cuándo.

La decepción invade su expresión y deja caer sus manos. También conoce a Mike así que no dice nada más.

—Entonces sí está esperando hasta que termine el juicio—declara.

Capítulo 35

—Ya Tonia me contó —habla Maira por teléfono con Mike. Ella insistió que quería hablar directamente con él. A veces parece mi hermana mayor.

No alcanzo a escuchar la respuesta de Michael, pero la cara de Maira se entenece y lanza un suspiro sonoro.

—Eso es tan lindo de tu parte.

¿Por qué la dejé a ella hablar con Mike? Pude haberme negado.

—Por cierto, tengo que amenazarte. Si la haces sufrir te las verás conmigo... ¿Qué?... Si yo sé que soy tu amiga también... ¿Qué quieres decir?... Claro que lo apruebo... ¡No estoy enojada! ¿Por qué me molestaría?... Eres tan bobo, no sé cómo te encuentran irresistible.

Con esa última frase Maira se pone pálida y luego de todos los colores. Michael debió decirle algo muy propio de él.

—Supongo que si eres atractivo... ¡Ay cállate!... Sí, está acá a mi lado... No sé, se ve confundida, ¿puedes culparla?... Bien, yo se lo digo. ¡Mike! Por cierto, necesitamos salir. Vamos a visitar a Milly... Es mi idea, no de ella. No está feliz pero creo que puede ser bueno... Bien, te esperamos.

Cuelga eufórica y me informa que tenemos que esperar a Michael.

—¿Que te dijo? —le pregunto.

—No te puedo decir todo pero en general, que no se arrepiente de nada y que eres lo mejor que tiene en la vida.

Es mi turno de sonrojarme. No esperaba que él hubiera dicho algo tan romántico.

—¿Eso es lo que dijo que me dijeras?

—Oh no, ese fue el resumen. Mike me dijo que debías saber que tú eres la irresistible.

Tengo que buscar una silla antes que me desmaye. Mi corazón palpita fuerte contra mi pecho, tengo la sensación que hasta Maira lo escucha. Ella se sienta a mi lado y toma mi mano. No me abraza, sabe que soy mala con las grandes demostraciones de cariño, sin embargo, se muestra complacida con la situación. La miro con cautela esperando que diga que es una broma, pero veo el brillo de la verdad en sus ojos. Además, Maira no es de las que bromea y menos con algo como esto.

¿Soy irresistible? Eso quiere decir que de verdad le gusto, que ese beso no fue sólo porque estaba angustiada o porque él quería protegerme. ¡De verdad le gusto!

—Di algo—susurra Maira inquieta.

—¡Vaya! No esperaba eso.

—¿Estás feliz? ¿Te haría feliz estar con él?

Su pregunta tiene ese toque de preocupación y sinceridad que la caracteriza. Ella no se deja llevar tanto por las emociones hasta que comprueba que efectivamente eso será bueno para mi vida. Aunque tengo que decir que estuvo a punto de dar saltitos de emoción cuando se enteró, pero se recompuso y decidió hablar con Michael. Me dio un poco de risa cuando lo amenazó. Ella es singular sin duda.

—Creo que sí. Aunque al mismo tiempo me aterra pensar que él siga siendo igual. Que sea un número en su lista.

—Más le vale que no. Podría sufrir una muerte lenta —dice ella con expresión seria.

—¿Quién? ¿Tú? ¿Le darías una muerte lenta? —controlo mis ganas de reír porque ella se muestra imperturbable.

—¡Por supuesto! Nadie se mete con Antonia Nieto y sale ileso.

Algo tuve que haber hecho bien en la vida... tengo que saber que fue.

Bromeamos por otro rato hasta que escucho que mi madre abre la puerta y Michael la saluda. Tan sólo oír su voz me inquieta a nivel celular. Maira lo nota y sonrío de manera cómplice. Tengo que frenar mi impulso de abrazarlo cuando cruza la puerta de mi habitación. Él, a quien la naturaleza le regaló esa belleza masculina, se acerca unos pasos hasta mí y pone sus labios muy cerca de los míos. No sé si se contuvo porque estaba Maira o porque quiere provocarme una convulsión instantánea. Lo cierto es que me dejó temblando de nuevo y ni siquiera me había besado.

—Señoritas —dice haciendo una venia.

—Mike, tan sólo bésala. Yo cerraré los ojos—dice Maira llevando sus manos al rostro.

Mike sonrío mientras mira entretenido la reacción de mi amiga. Pero a pesar de la intimidad que nos estaba ofreciendo, no quiso besarme.

¿Por qué? ¿No dice que soy irresistible?

—Lo haremos en otro momento. Por lo general cuando empiezo, no me gusta parar. ¿Entiendes?

Sus palabras me dan un poco de esperanza, pero Maira no se lo traga y deja caer sus brazos mientras bufá audiblemente.

—Bien, ¿nos vamos?

—Andando.

Siento un escalofrío ante la decisión de salir de la casa por algo que no es absolutamente necesario. Allí, en mi cuarto, me he mantenido segura desde el ataque y es algo que aprecio desde ese día. Sin embargo, tengo que verla. Saber si ella va a ser un problema o puede ser mi solución.

¿Cuán extraño sería que aquella chica que desprecié en la cafetería, pueda ayudarme en mi caso?

Una completa ironía.

Capítulo 36

Una guardia armada nos sorprende al frente de la casa de Milly. Por lo menos cinco guardaespaldas nos detienen y registran antes que podamos tocar la puerta. No son delicados y sus rostros demuestran ansiedad todo el tiempo. Como si esperaran encontrar una razón para meter una bala en mi cerebro. Afortunadamente, no encuentran ninguna y nos dejan seguir. Los tres, suspiramos con alivio cuando la madre de Milly abre la puerta.

Como siempre, me lanza su mirada de superioridad, repasando mi aspecto y mi ropa. Creo que es en mí en quien pasa más tiempo examinando. Tal vez su radar de madre estirada puede detectar la gran cantidad de problemas que atraigo.

—Michael, cariño. Sabes que estamos en una situación delicada con nuestra hija. Sus defensas son bajas y no puede recibir visitas. No sabemos que bacterias puedan traer en sus manos. —Esa última parte la dice mirándome exclusivamente.

Muerdo mi lengua para no decir algo de lo que me arrepienta. Además la mano de Maira llega hasta mi hombro, lo aprieta fuerte y ese dolor me hace evitar que el vómito verbal salga.

No te lo puedo decir, pero eres una hija de puta.

—Nadie consigue guardaespaldas si sólo fuera por proteger a Milly de bacterias, señora. Lamento incomodarla, pero debemos verla.

—¿Eres consciente en el peligro que nos pones? —dice ella angustiada—. Necesito que salgan de mi propiedad.

Un par de guardias se nos acercan y tenemos que verlos hacia arriba. ¡Sí que son grandes! Ellos nos intimidan llevando una mano hasta su cinturón, en el que llevan una pistola.

Me adelanto un paso hasta la madre de Milly, la guardia reacciona igual.

—Sé que no le agrado, y eso no me importa en realidad. Pero su hija presencié un ataque, mi ataque. Ella puede condenar al maldito que lo hizo, su testimonio lo hará. No sé cómo es su relación con los Gaviria, pero si son capaz de tratar de matarla ahora, ¿por qué se detendrían con tal de guardar el secreto? Su mejor arma ahora es decir la verdad. Dejar que la justicia los proteja —le digo alterada.

—¿Usted confía en el sistema judicial? —me pregunta seria—. ¿De verdad cree que alguien como James Gaviria será condenado? ¿Qué pasa si contamos la verdad y él sale libre?

Hmmm buena pregunta. Meto la mano a mi bolsillo y aprieto el botón de mi grabadora para que empiece a registrar. No pensaba hacerlo desde aquí pero si ella nos da algo, no voy a desaprovecharlo.

—No lo sé, debería decírmelo usted ¿Qué les pasará si declaran que James Gaviria es culpable? ¿Qué Milly lo vio todo? Porque usted y ella saben que ese tipo me atacó, me golpeó y trato de violarme. Mi amigo Mike, Steven y su hija lo impidieron. Dígame ¿no merezco justicia?

—Lo lamento señorita. Sé que pasó, y lo siento mucho. Su posición es difícil pero no es asunto de mi familia. De verdad deseo que ese hombre pague por lo que hizo, pero no dejaré que mi niña se vea involucrada, no después que intentaron matarla.

—Entonces ¿es consciente que fue la familia Gaviria? —vuelvo a preguntar, esta vez con más

ansiedad.

—¿Quién no? Ella los desobedeció, fue a hablar con usted. De haberse quedado en casa, no habría sido envenenada y estos hombres de aquí—dice señalando a los guardaespaldas —, no serían necesarios.

¡Eso es! ¡Sigue hablando!

—¿Quiere vivir siempre con miedo?

—Antonia, creo que debemos irnos —dice Maira a mi lado. Su tono demuestra su inconformidad con las respuestas de la madre.

—Todos le tememos a algo. Y le ruego a Dios que usted no tenga que temerle nunca a la familia Gaviria —dice ella enfurecida.

—No ruegue más, señora. Ya le tengo miedo.

Michael me agarra por la cintura y me hala hasta que llegamos a la calle. La puerta de la casa se cierra y los hombres de negro, vuelven a sus posiciones y no nos pierden de vista.

—¡Oye! —me llama Mike—, no era necesario desquitarse con su madre. No vamos a lograr nada si ella no nos deja entrar.

—Es cierto, Tonia. Si hubieras sido amable, ella podría haberse ablandado. Ahora perdimos la oportunidad.

Los dejo seguir despotricando por un rato, diciéndome todo lo que perdimos porque mi sentido de sensibilidad está muerto. Cuando ambos se quedan mirándome con recelo porque no les estoy poniendo atención, saco la grabadora de mi bolsillo, retrocedo la cinta y le doy reproducir.

Me miran anonadados y con sorpresa en sus ojos. Me siento un poco ofendida. Ellos eran conscientes que quería grabar la conversación. Bueno, ellos estaban pensando en la conversación con Milly, pero la madre resultó aún más comunicativa.

—¡Oh por Dios! —exclama Maira.

—La verdad nunca desconfié de ti, pelirroja —dice atrayéndome hacia él y dándome un suave beso en mis labios.

¡Claro! Lo demostraste muy bien.

Me separo de él juguetonamente. Me quedaría en sus brazos si él no me hubiera regañado por cinco minutos.

—No sé porque les sorprende. A esto veníamos ¿no?

—Bueno, yo quería convencerla de declarar —dice Maira.

La miro con desdén.

—Y yo igual. Pero tú siempre tienes otros planes, ¿no es así?

—Se debe ir un paso adelante, chicos.

—Pues esto nos da como unos veinte pasos adelante. Debes mostrárselo a tu abogado —dice Mike.

—Eso es lo mínimo que voy a hacer.

Ambos me miran con sospecha. Michael agarra mi mano y me sostiene para que lo mire.

—No es hora de hacer locuras, pelirroja. Tenemos esa ventaja, no pongas toda la apuesta en una sola carta.

Okay, un refrán de apostador.

—Bien. Primero al abogado, luego lo que él nos recomiende.

—Exacto. Vamos a casa. Empiezo a sentir que alguien nos observa —dice Maira.

La verdad es que si nos observan. Esos gigantes que Milly tiene por guardaespaldas. Ya nos hemos alejado lo suficiente de su territorio, pero aún parecen sospechar que vamos a rodear y entrar por una ventana.

No es una idea descabellada.

—Está bien, vamos a casa —concedo. Desecho la idea de allanar una morada. Ya tengo bastantes problemas como para anexar un delito por entrar a esa casa tan resguardada.

Lo primero que haré al llegar es llamar al abogado. Esto tiene que saberse. James Gaviria tiene que pagar.

Capítulo 37

El abogado se mostró entusiasmado por mi hallazgo. Sin duda, la mamá de Milly había confirmado que sabían la verdad, además de acusar a la familia Gaviria del envenenamiento de su hija.

Inmediatamente se puso a trabajar en una nueva estrategia en el caso y me agradeció varias veces por mi aporte. Luego llamó a mi padre al despacho y pasaron ahí unas dos horas. No sé la razón por la que hablan tanto en privado, ni siquiera me ha dicho si es sobre mi caso o sobre otra cosa. Trato que eso no me perturbe, ya tengo mucho en que pensar.

Elena, Steven y Maira se ofrecen a acompañarme a mi siguiente cita con el médico. Un control para revisar mi ojo, sobre todo. Mis muñecas curaron sin problema, de vez en cuando alguna traquea de manera dolorosa, pero no parece ser algo que durará en el tiempo.

—Señorita Nieto, ¡Que placer verla de nuevo! ¡Se ve muy recuperada!—dice el hombre. Me caía bien el médico. Tenía cierto exceso de positivismo, pero debido a mi situación, me sentía agradecida por eso. Tal vez si lo hubiera conocido antes de ser atacada, sería diferente.

—Me siento mucho mejor, doctor.

—Su rostro se ha recuperado —dice acercándose y analizando mi cara. Sus dedos estiran mi piel un poco y me examina con una linterna—. Ya sus moretones son sólo unas manchas amarillas. En un par de días desaparecerán por completo.

—Es un alivio—le digo. Ya estoy cansada de mantener mi rostro maquillado. Elena se ha divertido cambiando mi aspecto todo el tiempo, pero a mí, me ha parecido una experiencia estresante y que ponía a mi cara a sudar.

—Me enteré que el juicio empieza pronto.

—Así es —respondo sin dejar de mirar la luz de la linterna.

—Es bueno. El culpable debe pagar.

—Estoy de acuerdo con eso —responde Maira.

—Mi abogado tiene confianza—digo.

—Tienen muchas pruebas. Además, me llamó como testigo. Debo declarar los resultados de tus exámenes y hacer un diagnóstico.

—No lo sabía —le digo con sorpresa. Supongo que esto es parte de lo que habla el abogado con mi padre—. Se lo agradezco, de verdad.

—No es nada. Es lo menos que puedo hacer —dice mientras se aleja y toma un portarretrato de su escritorio—. Es mi familia —señala. Veo a tres sonrientes jóvenes y a su esposa abrazándolas—. Una de ellas fue atacada, mi hija menor, Ángela —su voz se quiebra convirtiendo el ambiente triste—. No hubo testigos y nunca se pudo condenar al maldito. Ella pasó por muchos especialistas de salud, incluso del área psicológica. Pero no pudo soportarlo. Luego de un año, la encontramos con las muñecas abiertas en diagonal en la bañera.

»No voy a dejar que algo como eso le pase a otra joven. Estoy obligado moralmente a hacerlo, a ayudar a cuantas chicas se pueda al no poder proteger a la mía. Es una culpa que tengo que

cargar y que va a ser difícil de expiar.

Nos quedamos en silencio ante su historia. Veo lágrimas en los ojos de Elena y Maira mientras Steven abraza a su novia. Me retuerzo incómoda. Me conmueve pero me rehúso a dejar que me afecte. Necesito mantener fuerte. Si dejo entrar más dolor a mi corazón voy a explotar y es algo que no necesito ahora.

—Su hija va a estar orgullosa de usted, doctor —le dice Maira entre sollozos.

—¿Usted cree?

—Oh sí. Además, estoy segura que ella no lo culpa.

—Gracias, niña.

Volvemos al silencio. El doctor examina mis manos, mi corazón y la presión. Dice que estoy normal. Que mi cuerpo está reaccionando muy bien al tratamiento.

Se despide dándome una última cita de control. Salimos del consultorio y volvemos a mi casa. Ya empezaba a sentir la ansiedad por estar fuera de mi zona segura.

—Es muy triste lo que le pasó a la hija del doctor—recuerda Elena.

—Así es —trato que no siga alargando el tema.

—No parece un asunto cerrado para él. Sigue persiguiéndolo —continúa.

—Eso no le va a pasar a Tonia. Vamos a resolver esto. Vas a obtener justicia —dice Steven.

—Gracias chicos. Estoy en deuda con todos por seguir siendo mis amigos en esta situación. No cualquiera estaría aún conmigo, con todo eso del juicio. Y por eso mismo, les pido que no hablemos de mi ataque, ni de lo que contó el doctor. Estoy harta de cosas tristes. Necesito olvidar y esas charlas no me dejan hacerlo.

—Lo lamento, tienes razón —dice Elena.

—Hablemos de cosas buenas —dice Maira. Tengo la sensación que va a mencionar algo indiscreto—. ¿Qué dices, Tonia?

Elena capta el mensaje y me mira con sospecha.

—¿Qué ha pasado? —pregunta con mucha curiosidad.

—Maira —le advierto.

—¿Qué? Yo no he dicho nada.

—¿Qué hay que decir? —vuelve y pregunta.

—¿Saben qué? Deberíamos ayudar al doctor a buscar al culpable —cambio de tema esperando que olviden la imprudencia de Maira.

—No voy a caer en eso —dice Elena rodando los ojos. Luego mira a Maira con intensidad—. ¿Qué pasa Mai?

—No puedo contarle. Pregúntale a Tonia.

Elena rota su mirada de Maira a mí como si estuviéramos jugando un partido de tenis.

—¡Que alguien diga algo! —dice desesperada.

Hasta cierto punto me divierte la ansiedad por información de Elena. Se sonroja y mira a Steven buscando apoyo. Él se encoge de hombros y trata de convencerme para que hable con esa mirada de súplica.

—Aún no hay nada que contar —le digo—. Una vez se confirme todo, no dudaré en decirlo.

—Dame una pista—insiste.

—No me siento cómoda diciéndolo. Eres mala guardando secretos.

—¡Vamos! Prometo no decirle a nadie —empieza a dar pequeños saltos.

¡Como si nunca hubiera escuchado eso!

—Sabes que no va a parar hasta que le digas ¿cierto? —interviene Steven.

—Ya lo sabe Maira. ¿Cuál es la diferencia que yo lo sepa?

A ver, déjame pensar... ¡MUCHA DIFERENCIA!

Mis ojos me delatan y ella se aleja ofendida. No sé porque se enoja, ella es consciente que tiene poca habilidad para mantener la boca cerrada.

—Bien —digo exasperada—, Michael y yo queremos estar juntos.

Elena casi se desmaya. Distingo en su expresión un rastro de traición y enojo.

—Después de todo, yo tenía razón—su voz denota indignación.

—Supongo que sí. De alguna manera tú lo supiste antes que yo.

—¡Claro! ¿Sabes por qué? Porque sé leer a las personas —dice y toma la mano de su novio. Lo arrastra un poco sin mucha simpatía. Steven se resiste, pero luego cede y se alejan juntos. Azotan la puerta de mi casa y oigo el grito asustado de mi madre.

Maira se acerca desconcertada.

—Lo lamento, nunca podría imaginar que Elena haría esa escena frente a Steven. Pobre.

—¿Qué sobre mí?

—Bueno, también. No pensé que te dijera esas cosas. Lo lamento.

—No te preocupes, sé que la amistad con ella siempre fue endeble si ponía a Mike en medio.

La verdad no la culpo; estar tantos años a nuestro lado con su corazón volcado hacia el chico más sexy que haya conocido y esté condenada simplemente a ser la amiga, es duro. Al menos, mis sentimientos hacia Mike son relativamente nuevos y no he estado sufriendo en silencio.

—Ella tiene a Steven.

—Pero quiere a Mike.

—¡Qué complicadas son las mujeres!

—Tú eres mujer.

—Lo sé, me incluyo.

Soltamos una risotada y volvemos a temas más relajados.

Capítulo 38

Mi celular vibra. Son las 3:00 de la mañana. Una hora en la que ni mi mejor amiga está autorizada para escribir. Lo alcanzo con torpeza, lo desbloqueo en medio de una maldición. La luz del celular me molesta y tengo que ponerlo de lado para irme adaptando.

Desconocido: *Como habías dicho, soy un hombre de muchos recursos, perra.*

Si antes no me había despertado, aquel mensaje lo logra. Paso mis manos por mis ojos para enfocar y releo. No sé de quién es el número, pero en el único que puedo pensar que le haya dicho eso, es a Brandon.

Me siento en mi cama y tecleo rápidamente la respuesta.

Antonia: *¿Brandon? ¿Qué quieres?*

Desconocido: *Me he tomado muchas molestias para encontrarte y ¿sólo preguntas que quiero?*

Antonia: *Bueno, sí. Eres amigo de James, así que no pienso hablar contigo. Y mucho menos si me dices perra. Idiota.*

Desconocido: *¿Estás enojada por eso? Si mal no recuerdo eras una chica aventurera que fue a una fiesta con un hombre que acababa de conocer. Vale, te daré el beneficio de la duda. Pero no puedes esperar mucho de un hombre como yo, si eres tan fácil.*

Suspiro profundamente para no estrellar mi celular contra la pared.

Antonia: *Vete a la mierda, Brandon.*

Desconocido: *Tranquila nena. Aún después de todo este lío, creo que podemos salir y divertirnos. Preferiría hacerlo después que cumplas los 18, pero... ¿Que se le va a hacer! Tienes cuerpo de una de 20. Así que no espero que tu kilometraje esté en 0.*

Antonia: *Eres un enfermo hijo de puta. No voy a salir contigo. ¿Qué demonios te pasa?*

Dejo mi celular en la mesa de noche. Sigue sonando varias veces y con cada nueva notificación me encojo en la cama. ¿Qué le pasa? ¿Cuál es su problema? ¿Acaso esto es una prueba? Saber si soy capaz de encontrarme con un hombre del que no sé nada, que su amigo es un asno y que ambos estamos en medio de un juicio. ¿Qué lograría?

Tomo de nuevo el celular, ignoro los mensajes y llamo a Mike. Supongo que es el único que puede calmar mis nervios.

Recuerdo lo tarde que es cuando no responde mi llamada. Entonces, me recuesto y trato de borrar de mi mente la conversación. Sin embargo, es imposible. Me enfurece que se haya tomado tantas molestias para insultarme. En algún momento, pensé que él era un buen chico, el que me ayudó a salir de la fiesta cuando James no quiso. Aunque ahora, pensándolo mejor, todo eso podría ser una táctica. Un plan para que confiara en él cuando su amigo se ponía inestable, y así llevarme a la salida más despejada. Una trampa.

Contengo el espasmo de mi pecho, estoy segura que va a darme un ataque de pánico. Respiro profundo y aprieto mis puños contra la sabana. Tengo que hacerlo por lo menos diez veces antes de volver a respirar con normalidad.

La curiosidad puede con mi fuerza de voluntad. Sabía en el fondo que ver los demás mensajes no iba a mejorar mi estado —el cual ya estaba bastante desequilibrado—, ni ayudarme en el caso. Enciendo la pantalla y leo.

Desconocido: *No seas aguafiestas.*

Desconocido: *Vamos nena, contesta. ¿Qué hay de malo en salir tú y yo? Sabes que tienes ganas. Yo me portaré como un caballero, hasta que tú me digas que sea un poco más salvaje. Porque yo sé que te gusta lo salvaje.*

Desconocido: *Que te niegues ahora, no quiere decir que no vaya a tomar lo que me prometiste.*

Del susto suelto el aparato y empiezo a sollozar. Pocas cosas me hacían perder el control de esta manera, y lo peor, es que nunca imaginé estar en una situación similar. Sé que en algún grado es mi culpa. ¿Por qué le dije aquello? Ya había estado con su amigo, que era un patán, no hacía falta mucha imaginación para saber que todos eran de la misma calaña.

Una llamada interrumpe mis lamentos. Veo que es Mike y eso me calma un poco.

—Mike —le digo con ansiedad. Mi voz debe estar pastosa por el llanto.

—*Pelirroja, ¿qué sucede? ¿Por qué estás llorando?*

—Es el otro tipo, el amigo de James. Tiene mi número, es un idiota... no sé qué quiere... me ha estado insultando... quiere verme... dice que le debo algo —digo entrecortado.

Es posible que no le haya dado una información veraz porque se queda mucho tiempo en silencio.

—Hola—tengo que llamarlo ante tanta pausa.

—*Escuché, Tonia. Estoy tratando de asimilarlo y saber qué hacer. Mi primer impulso fue investigar donde vive e ir a darle una paliza. Pero, eso no te ayuda a ti en tu juicio.*

—¿Crees que es una prueba? —pregunto para confirmar que piense lo mismo.

—*No logro ver otro propósito. Es más, esa clase de mensajes lo expone. Así que no entiendo lo que hace.*

—Tengo miedo. Me acaba de amenazar—le digo y siento que otro espasmo se acerca.

Mis emociones parecen luchar por salir. Tanto tiempo amarrándolas, sometiéndolas y tratando de ocultarlas, me caen de repente. Oigo a Mike desesperado en la línea, tratando de llamar mi atención, sus palabras son suaves y luego empieza a subir el tono de desesperación. De igual forma permanezco muda. Me quedo inmóvil, midiendo mis respiraciones y sintiendo que ya no puedo mantener el control.

Vuelvo a llorar y esta vez, un alarido sale de mi garganta. Voy a despertar a toda la cuadra. Reviso el celular y me doy cuenta que ya no está la llamada en curso. Lo tiro lejos y me pongo en posición fetal.

De lo siguiente que soy consciente, es de unos grandes brazos que me rodean. Sé que es Mike, su olor lo delata. Ese aroma que atrae y tranquiliza.

Está aquí, ha venido por mí.

Capítulo 39

Michael

Desde esos mensajes, Antonia ha estado inestable. La poca confianza que había conservado o simulado que mantenía, se ha evaporado. Se siente temerosa de esos hombres, ya no sólo del imbécil de Gaviria, ahora tenemos que añadir a Brandon. Hasta hace unos días, ella consideraba que él podía contar la historia real, que declararía que ella lo buscó desesperada por irse y él la llevó a la salida. Sin embargo, luego de esos mensajes, todo es confuso.

La verdad, nunca debió poner su esperanza en eso.

No estoy seguro que es lo que me mantiene tan preocupado por Antonia; si es por el reciente cariño que ha crecido en mi corazón o si siento tanta culpa por haberla dejado ir con quien, claramente, tenía un aspecto de sinvergüenza. Yo lo deduje, supe que no era confiable. ¿Por qué ella no me hizo caso? Debí obligarla a que se sentara en mi mesa. O en el caso, debí ofrecerme a ir con ellos. Cualquier cosa. Pero no, me enojé y decidí que ya no era una niña para estarla siguiendo.

Estúpido, estúpido.

—Esto es una pérdida de tiempo, Mike—dice Ricardo sin despegar la mirada de su computadora. No estoy seguro que es lo que mira, para mí, es una pantalla negra con letras.

—¿Qué pasa?

—Ese número está a nombre de Rosita Milán. Propietaria de una tienda en el oriente del pueblo. Ese número lo tiene para vender minutos. Muchas personas tienen acceso a él y cualquiera pudo haberlo tomado. No vincula a Gaviria, ni al otro.

—¿No hay forma de saber quién robó la tarjeta? Tuvieron que haberla robado. Estoy seguro que la señora Milán no abre a las tres de la mañana.

—La tienda no tiene cámaras. Lo único que podría hacer es hackear las de tránsito. Y no estoy muy entusiasmado para hacerlo. ¿Por qué no hablas con el abogaducho? De pronto le interesa y emite una orden. En este caso, conviene que sea todo legal.

—Sí, sí —le digo tomando el celular de Antonia.

—¿Cómo está ella? —pregunta y se aleja del computador rodando en su silla de oficina. Hace un sonido extraño, parecen oxidadas.

—No sabría describirlo. Es una montaña rusa. Unos días se ve bien, hasta sonrío. Luego, pasa algo desagradable y se cierra en sí misma.

—¿En qué estado está ahora?

—Creo que puedes adivinarlo. Ayer le mandaron estos mensajes, amenazándola. ¿Qué crees, genio? —digo un poco disgustado.

Sé que Ricardo no tiene la culpa, pero me enfurece el poco tacto con el que maneja las cosas. Supongo que por eso es bueno con las máquinas y no con las personas.

—Hmmm. Lo lamento. Yo he sido un poco desconsiderado y no he ido a visitarla.

—¿Por qué no has ido?

—Bueno, no somos tan cercanos. Y ella es tan rara. Podría gritarme por cualquier cosa y no

estoy de ánimo para eso. Qué descargue sus frustraciones en otro.

—Ella no está gritándole a nadie.

—¡Oh por favor, Mike! Ella es muy buena manipulando. Mira a la pobre Mai, la sigue como si fuera su perro. No parece tener voluntad —dice convencido.

Ese comentario es el tope. Lo último que puedo soportar.

—¡Cállate! ¡Si no vas a ser útil, simplemente cállate! —exploto y doy un paso amenazador hacia él. Se desliza en su silla hacia atrás con los ojos como platos —. ¡Nunca vuelvas a decir eso de Antonia o de Maira en mi presencia! ¿Te queda claro?

—Oye, amigo. Cálmate. Esto es una charla entre nosotros. No es como si fuera a publicarlo...

—¡Ella fue atacada! Tiene derecho a sentir lo que quiera, así que no me digas que esto es una charla entre amigos, porque es nuestro trabajo estar de su lado.

Sé que todo eso sale de mi boca, pero no soy consciente de cómo lo hizo. No pensé en nada, simplemente dejé que mi lado primitivo gobernara y le callara la boca a Ricardo.

—Lo lamento. Entiendo lo que dices y en serio no quiero pelear.

—Bien. Es mejor que me vaya —digo cogiendo mi cabeza que parece que da vueltas de la rabia.

Siento calor en mi pecho y veo mi reflejo en la puerta antes de salir: Estoy colorado y con expresión de querer asesinar a alguien. Por suerte, soy mejor controlándome a mí mismo de lo que Ricardo controla su lengua.

—Hay dos problemas con esos mensajes —dice el abogado —. Uno, no podemos demostrar que haya sido Brandon. Ella lo pregunta, pero él no confirma. Además, sólo dice su primer nombre y hay muchos Brandon. Sin un nombre completo o sin algo que lo identifique a él, como su voz, no nos sirve. Y dos, como bien sabes, el número es público y a nombre de una mujer de un barrio ubicado al otro lado del pueblo. Cualquiera pudo haber mandado eso. Sin embargo, me preocupa la amenaza, es directa y sin escrúpulos. Sólo alguien que haya interactuado con la señorita Nieto podría hacerlo.

—¿Entonces?

—Lo investigaré. Tendré que pedir una orden para registrar cámaras —dice con expresión seria. No estoy seguro si le agrada la idea o lo considera un encargo más que tiene que hacer.

—Gracias.

—Seguro. ¿Algo más, señor Rivera? —pregunta mientras guarda sus documentos en el maletín y se dispone a irse.

—No, señor.

—Bien. Me pondré en esto de inmediato. Usted no se meta en problemas. Necesitamos que todo sea tan limpio como sea posible. Si encuentran un paso en falso, todo el juicio se vendrá abajo ¿lo comprende?

—Fuerte y claro, señor —digo alto y en forma militar. Era en forma de burla pero el abogado lo toma de buena manera y se retira de la casa de los Nieto.

Me quedo un rato en la sala mirando las escaleras, indeciso si subir o irme. Algo me dice que ya es imposible negar lo que ha estado pasando con Tonia, no podía ignorarlo o tratar de que pensara que nunca pasó. Tenía que hacerme cargo de mis acciones.

¿Pero cómo?

No estoy seguro si quiero estar en una relación. Antonia es asombrosa, fuerte, sus pensamientos son rebeldes, pero nada que otro no haya pensado antes. Quiere vivir antes de encerrarse en un cubículo con un computador y teléfono, o en efecto, nunca tener que pasar por

eso. Nada de jefes, ni vida estresante. Es inspirador, pero algo idealista.

No puedo negar que eso me gusta... pero ella... ¡Aghh! ¡No lo sé! Creo que sí me gusta y en mi interior quiero que ella me ame. ¿Cuán confuso es eso?

Por otra parte, siento que soy mi propio enemigo en esto. ¿Puedo tratarla como ella lo merece o seré el mismo cabrón que juega con todas?

Un fuerte ruido me saca de mis pensamientos. Algo pasó en la habitación de Tonia. Soy apenas consciente que mis piernas empezaron a correr y subieron de dos en dos la escalera. Abro la puerta sin tocar y me encuentro a mi amiga/amor con la mirada hacia la ventana y vidrios rotos al lado de la cama.

—¿Qué pasó? —Tengo que encontrar otra forma de preguntar cuando entro a su habitación. Siempre parece que mi expresión es demasiado preocupada.

—Nada —dice entre labios.

—Dime, pelirroja —me acerco un poco, pero no paso la barrera de los vidrios —¿Estás bien?

—Michael, de verdad no quiero hablar.

—¿Quieres que me vaya?

—Puedes hacer lo que quieras mientras obtenga silencio.

Bien. Puedo quedarme. Aunque soy malo para sentirme cómodo en el silencio.

—Estaré aquí si me necesitas.

—Bueno —dice como un robot. Sigue mirando por la ventana y cuando oye que cierro la puerta, lleva sus rodillas hacia arriba y abraza sus piernas.

Veo su espalda detenidamente. Puedo contar sus costillas. Pensándolo bien no he visto comer a Tonia desde hace un tiempo.

—Traeré algo de comer, pelirroja—le digo mientras tomo el picaporte.

—Necesito helado —susurra—. Mucho.

—Por supuesto. Ya vuelvo.

Me he ido acostumbrando a sus cambios, sus pequeños tics con los labios o con su ojo derecho. Ella lucha por no derrumbarse de una manera poco común, como si estuviéramos juzgándola si se sentara a llorar. No sé si yo sería la persona correcta para escucharla si ella decidiera abrir sus pensamientos, pero al mismo tiempo, estaría dispuesto a estar junto a ella. Y si lo que necesita es ahogar las penas en dulce... dulce va a tener.

Capítulo 40

—¿Cómo te sientes? —me pregunta mi padre en la mañana antes del juicio.

—No lo sé... ¿Aterrada? —respondo levantando los hombros.

—Es normal, pero todo va a estar bien. Vamos a pelear contra ese bastardo.

—Lo sé. Es hora de irnos —le digo mirando el reloj de la sala.

—¡Querida! ¡Es hora! No necesitas ir maquillada al juicio —grita mi padre para que mi mamá escuché en el segundo piso.

De alguna manera, mi accidente los había vuelto a unir. No había escuchado una pelea, ni desacuerdo entre ellos. Es más, parecían querer estar juntos todo el tiempo que pudieran. Era tierno. Siquiera algo bueno salió de esta situación.

—¡Voy enseguida! —responde mamá.

Cuando mamá baja, salimos de la casa y entramos al auto, no sin antes, escabullirnos entre cámaras y reporteros que querían saber en primicia lo que iba a suceder hoy.

Mala suerte, señores.

El recorrido fue corto. Afuera del edificio, más reporteros nos esperan. Mi padre sale del auto primero y llega hasta mi puerta. Usa su cuerpo para protegerme de los flases y de los incautos que intentan acercar su micrófono demasiado. Siento un nudo en la garganta ante tanto espectáculo. ¿Por qué convertir algo tan malvado en un circo? Lo único que espero es que se dediquen a difundir los hechos y no den descabelladas opiniones sobre mí. Ya estoy harta de eso.

Atravesamos la muchedumbre con prisa y agachando las cabezas. Ahora es cuando entiendo porque se necesitan guardaespaldas, unos hombres inmensos que te abran paso. Tal vez debí pedirle uno prestado a la mamá de Milly.

Sí claro, como si ella fuera muy cooperativa.

El abogado nos intercepta cuando cruzamos la puerta. Nos lleva hasta un pasillo en el fondo y nos invita a sentarnos ahí. Veo aparecer a Michael, Steven y Maira con cara de fastidio. Ellos saludan a mis padres y Maira me abraza. Mike se queda mirándome demasiado tiempo y luego toma mi mano y besa el dorso.

—Te ves bien —dice con tono coqueto.

Por lo menos su humor sigue intacto.

—No me siento así.

—Todo saldrá bien—dice Steven.

—¿Dónde está Elena? —pregunto mirando alrededor.

Su rostro se descompone. Veo un profundo dolor que se derrama en sus ojos y tengo el impulso de ir a abrazarlo. Lo freno antes que haga alguna tontería. Steven aclara su garganta y se sienta a mi lado.

—Soy un tonto.

—¿Qué quieres decir? —frunzo el ceño y él agacha la cabeza.

—Tuvimos una gran pelea. En principio fue por lo que le contaste y por su reacción. Luego ella quería desistir de declarar en tu juicio y después quería convencerme que no lo hiciera

tampoco. Cuando me negué, se puso como loca diciendo que yo también prefería a Antonia sobre ella.

¿También?

Mis padres ven esa escena y piden excusas para retirarse. Dicen algo como baño o retocarse. No lo sé. Estaba muy pendiente de Steven para escuchar.

Mike pone su mano sobre el hombro de su amigo.

—Hiciste lo correcto. Ella lo entenderá, además no eres el tonto aquí.

—Sí lo soy. Le pregunté porque decía eso, insistí para que me dijera que significaba.

—¿Qué te dijo? —pregunto preocupada.

—Dijo que siempre le tocaba conformarse con lo segundo mejor. A pesar de todos sus esfuerzos, siempre perdía lo que anhelaba. En cambio, tú, sin ningún tipo de sacrificio, obtenías todo lo que querías.

—¿Qué? ¿Yo obtengo todo lo que quiero?

¿Quién puede pensar algo así sobre mí?

Me arrepiento luego de dos segundos de haber formulado esa pregunta. No porque no quisiera saber lo que Elena piensa, sino porque debí haber dicho algo sobre la primera parte. Ser menos egoísta con el chico que se siente acongojado a mi lado.

—Lo lamento, no respondas eso. No eres tonto y tampoco lo segundo mejor.

—Soy tonto porque lo sabía desde antes. Y no me importó. Pensé que podía manejarlo, pero es imposible vivir a la sombra del amor de su vida.

¿Elena considera a Mike el amor de su vida? Chica, haz la fila.

—No va a venir, ¿es eso? Nos va a abandonar ahora —dice Maira con desazón.

—Eso creo —responde Steven.

—No importa. Los tengo a ustedes. Maira puede hablar con más detalle de lo que vivió esa noche que Elena.

Maira trata de elevar sus comisuras, pero se ve muy forzado. Mike no me mira, sino que aprieta el hombro de Steven, quien se ve bastante derrotado. Él es mi testigo estrella, y no puede darse el lujo de estar en peor condición que la demandante.

—Steven, te necesito —le digo acercándome a él. Tomo su mano y él levanta su rostro—. Eres quien va a declarar los hechos, quien puede encerrar a ese idiota. Te necesito tranquilo y confiado. Que nada te afecte. ¿Puedes hacerlo?

Se levanta de un tirón y arregla su camisa. Pasa la mano por su rostro, borrando cualquier prueba de sufrimiento y su mirada cambia. No se ve feliz, pero tampoco puedo ver lo que lo aflige.

—Soy tu hombre, Nieto.

Buenooo... Yo esperaría que esa frase la dijera Mike. Pero por hoy, lo acepto.

El aludido esboza una sonrisa genuina y le da un manotazo en la espalda de Steven. Supongo que es algo cariñoso entre hombres, se ve doloroso pero sincero.

—Ja, ¡miren quien está aquí! —dice Maira mirando hacia el otro extremo del pasillo.

Todos nos giramos, siguiendo su mirada. Me demoro unos cuantos segundos en saber de quién se trata. Luego que dos hombres robustos se quitaron de mi camino, vi el cabello rubio de Milly. ¡Cuánta desfachatez! No va a apoyarme y se propone estar en mi contra.

Michael se pone furioso. Creo que resopla por la nariz como si fuera un toro. Steven tiene que agarrarlo porque estaba empezando a caminar hacia ella.

—¡Suéltame! —le dice aunque parece más una amenaza.

—Oye, no vale la pena. Hoy no es día de enfrentar a las lunáticas exnovias —le dice Steven

con calma. Me sorprende que haya cambiado del sufrimiento a la cordura en menos de dos minutos.

Me acerco a él y toco su hombro. Ese toque me crea una sensación eléctrica que se expande por toda mi mano, llega a mi brazo y pecho. Algo como si estuviéramos conectándonos de forma natural. No sé si fue eso, pero Mike se calma y me mira. Esa mirada posesiva que tiene cuando quiere hacer desaparecer su alrededor y centrarse en mí. Amo esa mirada.

Steven lo suelta. Mike asiente y agradece por detenerlo. Vuelve a mí y pone un suave beso en mi mejilla.

—Lo lamento —dice de manera seductora—. Hoy todo tiene que ser sobre ti, no sobre mí.

—Tranquilo. No es que yo no quiera arrancarle el cabello.

—Yo no iba a hacer eso.

—Lo sé. Tú eres más de puños.

—Tampoco la iba a golpear.

—Lo sé. Eres más de hablar.

—A gritar seguramente —dice sonriente.

—Pensé que eso era lo mío —le digo de forma burlona.

Amplía su sonrisa y se acerca a mí con decisión. Veo la intención de besarme de nuevo. Ese fuego consumidor que lo posee cuando estamos cerca. Deseo tanto que lo haga que hago un pequeño movimiento hacia él. Lo toma como invitación y completa mi movimiento. Me besa despacio al principio y luego lo intensifica.

Pierdo la noción de lo que ocurre alrededor. ¿Qué se supone que hago aquí? No lo sé. Simplemente estoy fundida con Michael Rivera.

Alguien se aclara la garganta. Ese ruido nos saca de nuestro mundo de felicidad y me devuelve al lugar en el que estoy a punto de entrar a una sala llena de personas prejuiciosas, que me van a mirar como una niña estúpida o como una perra. Ninguna era buena. Además, que tengo que enfrentar cara a cara al misógino que puso sus manos sobre mí.

Al principio pensé que era Maira. Pero la odiosa voz de Milly es la que nos interrumpe.

—¡Vaya! ¡Así que no me equivocaba contigo después de todo!

Su postura refleja superioridad, lleva las manos en la cintura como si estuviera esperando una explicación.

Y pues... nadie te va a dar una.

—Supongo —digo con una sonrisa falsa—, las de nuestra clase nos reconocemos.

Capítulo 41

Todo se torna tenso. Ya la mirada de Milly sobre mí me estaba haciendo enojar, pero en el momento que entramos a la sala —esta vez sin tantas personas—, mi ansiedad empieza a tocar el cielo.

El abogado nos indica donde sentarnos. Mis amigos deben quedarse atrás, mientras yo tengo que acompañarlo al frente. En la silla de los demandantes. Aún no ha llegado el juez, ni el jurado. Solamente hay una chica menuda en la parte de adelante con una vieja pero muy conservada máquina de escribir.

Un muchacho se levanta y anuncia al juez. Una puerta se abre y el hombre entra con su túnica negra. Se ve autoritario y enojado. No sé si así debe verse, pero da miedo. Y eso que yo no soy la acusada. Le sigue el jurado. Un conjunto mixto de personas que no parecen tener muchas cosas en común; puedo ver que la mayoría son mujeres, todas de diferentes razas y edades. Unas se visten formal, mientras otras tienen un estilo moderno. También hay hombres, cuento cinco. Todos parecen padres de familia, no hay ningún joven alocado.

Supongo que eso me beneficia.

—Buenos días, señores. Vamos a empezar con el juicio. Nieto contra Gaviria. Puede proceder señor Solís—dice el juez.

Mi abogado se levanta y asiente. Se aclara la garganta y llama al primer testigo. El chico que atiende el bar. No lo recordaba bien, ese día llevaba su uniforme de trabajo que no le hacía justicia. Hoy, con ropa normal, un jean oscuro y camisa azul claro, no tengo duda que el chico logra destacar. El abogado dice su nombre con confianza: Sergio Montes.

El cantinero se levanta y pasa hasta el estrado. Un guardia se le acerca con la biblia para hacerle jurar que todo lo que diga es verdad. Supongo que es tradición porque si vamos a ser honestos, nadie parece cumplir lo de cien por ciento.

—Señor Montes —empieza mi abogado—. ¿Reconoce a mi cliente? ¿La señorita Antonia Nieto?

—Sí, señor—responde mientras me mira y asiente.

—¿Reconoce al acusado? ¿El señor James Gaviria?

—Sí señor, es un cliente regular.

—¿Vio a mi cliente y al señor Gaviria el día 30 de junio del presente año? —pregunta de nuevo.

—Sí señor, ambos estaban en el pub en el que trabajo.

—¿Llegaron juntos?

—No, señor. El señor Gaviria llegó una hora antes con un grupo de amigos. Personas de la oficina. La señorita Nieto llegó sola y se sentó en la barra.

—¿Qué pasó luego?

—El señor Gaviria me llamó aparte. No quiso que sus amigos escucharan la conversación. Me dijo que le enviara un Daiquiri de fresa. También me preguntó si sabía quién era o si conocía a sus padres. Negué ambas preguntas porque era la primera vez que la veía.

—Continúe.

—Sí, bueno. Unos amigos de la señorita llegaron al pub cuando yo preparaba la bebida. Noté cierta familiaridad, pero me sorprendió que no se sentaran juntos. Estuve a punto de volver donde el señor Gaviria para pedirle indicaciones, ya que, el joven parecía muy cercano a la señorita. Sin embargo, noté que la otra chica era la novia del joven y no la señorita Nieto. Así que me acerqué y le entregué el cóctel, diciéndole que se lo enviaba el señor del fondo.

Trago grueso al repasar toda la situación. Era muy incómodo escucharlo desde la perspectiva a otra persona.

—¿Y luego de que le entregara el trago?

—Ella no lo rechazó pero tampoco se lo tomó. Lo dejó a un lado. Sus amigos se fueron a sentar a una mesa cercana y la seguían mirando. Sobre todo el joven. El señor Gaviria se acercó unos minutos después y se presentó. Yo me moví un poco para evitar escuchar su conversación. No me gusta oír lo que no debo. Además, que por mi trabajo debo mantener pendiente de todos los clientes.

—Entonces ¿ellos siguieron conversando hasta que se fueron de su bar?

—Sí, al poco tiempo, de hecho. El señor Gaviria me solicitó la cuenta y ambos salieron del pub, juntos. Él la llevaba guiándola con el brazo en su espalda. Sólo alcancé a ver que el señalaba el auto y le abría la puerta, ella entró y luego se fueron.

—Muchas gracias, señor Montes. No más preguntas —concluye mi abogado.

El juez le hace una señal al abogado de los Gaviria.

—Su testigo, señor Larra—le dice.

El señor Larra se levanta con una sonrisa maliciosa en sus labios. No sé porque parecía complacido por la declaración del cantinero. Se organiza el traje y camina hasta que se encuentra justo al frente del interrogado. Veo que el chico interpreta lo mismo que yo y arruga su frente. Las líneas de expresión ya estaban bastante marcadas en su piel así que no parecía tan joven.

—Señor Montes, ha declarado que mi cliente se acercó a la señorita Nieto. ¿No es así?

—Sí, señor.

—Dígame, ¿fue cortés?

—¿Disculpe?

—El señor Gaviria —dice y lo señala— ¿Fue cortés al acercarse? o ¿fue un patán?

—No lo sé, se veía amable —responde confundido por el curso del interrogatorio.

—En su opinión, ¿la señorita Nieto accedió a ser llevada a otro lugar?

—Bueno, sí. Ella parecía dispuesta a ir con él.

—¿Detectó algún síntoma de peligro para ella? —alza las manos y mira al jurado.

Mi abogado, el señor Solís se levanta de golpe y bufando.

—Objeción, especulativo —dice y el juez niega.

—Lo mantendré. Señor Montes, responda la pregunta.

—No lo pensé. Pero soy consciente que las chicas que se van con el señor Gaviria nunca vuelven al pub.

El abogado Larra, se gira para darle la espalda al interrogado y hace un gesto de disgusto. Parece que no tenía planeado esa respuesta.

—No más preguntas —dice y se sienta.

El señor Montes estaba a punto de retirarse, pero mi abogado se levanta y pide permiso para volver a interrogarlo. El juez lo mira con mala cara pero accede.

—Señor Montes, hable de esas mujeres que se van con el señor Gaviria y no vuelven. ¿Es una conducta frecuente?

—Bueno, de las veces que yo he estado, he visto a cuatro mujeres, sin contar a la señorita Nieto que se van con él. Siempre las busca jóvenes. Casi niñas, igual que ella. Las chicas no vuelven, y sé de dos de ellas que se fueron del pueblo por rumores que atentaron contra ellas en sus trabajos. Hace unos meses hablé con una amiga de una de ellas. Me dijo que no podía volver porque estaba amenazada, no especificó nada, pero me dio a entender que una familia con poder podía destruirla si ella abría la boca.

El abogado Larra se levanta y protesta. No estoy segura qué término usó, pero el juez lo descarta también.

—¿Sabe su nombre? —sigue el abogado Solís.

—Lo lamento, no lo sé. Todo se sentía muy confidencial, estaba muy asustada por su amiga.

—No más preguntas, su señoría.

Se devuelve a su puesto y se sienta a mi lado con una mirada ganadora. Supongo que lo que había dicho era algo bueno.

—Puede retirarse, señor Montes—le dice el juez al cantinero.

Le sonrío en el momento en que me mira. Había sido valiente al contar toda la verdad, aunque estuviera desde lejos sirviendo tragos. No iba a olvidar a ese chico.

—Necesito un receso, señoría —dice el abogado Larra. Su mirada ya no era la misma. Se veía que lo habían agarrado desprevenido.

—Acabamos de empezar, señor Larra. Necesito una buena razón para concederle eso.

—¿Puedo acercarme, señoría?

—Abogados —dice el juez e invita a los dos.

Tanto Solís como Larra se levantan y se acercan. Veo que discuten y mi abogado se ve enojado por la pausa. Pero el otro parece intentar explicar lo que quiere. Al final, parecen convencidos y se alejan.

—Continuaremos mañana a la nueve de la mañana —dice el juez mientras golpea dos veces con el martillo.

Todos salimos de la sala con distintas expresiones. Mi abogado está molesto por el receso y feliz por el progreso de la interrogación. Mike me abraza en cuanto estamos afuera y me dice que todo va bien. Maira se muestra cohibida, pero me da una sonrisa de apoyo. Steven no dice nada y se disculpa mientras camina hacia la puerta.

—Creo que están asustados —dice mi abogado—. No esperaban que el cantinero fuera tan perspicaz. No estaban preparados para que lo relacionaran con otras mujeres que se van del bar con él y luego sus vidas se complican. No podemos probar nada, pero el jurado queda con la duda y esa duda nos beneficia.

—Gracias —le digo.

—Es mi trabajo, señorita. Vaya a descansar por hoy. Mañana será un nuevo día y tendrá que declarar. Espero que esté lista.

Espero estarlo. Debo estarlo.

Capítulo 42

—La fiscalía llama a Steven Sánchez —dice mi abogado.

Steven se levanta y veo que se acomoda la camisa con nerviosismo. Pasa por la división entre el público y el área de abogados y se dirige con prisa al banco de interrogatorio. Jura decir la verdad sobre la biblia y espera a que el señor Solís empiece.

—Señor Sánchez. ¿Qué relación tiene con mi cliente?

—Hemos sido amigos desde hace cuatro años —su frente empieza a perlarse de sudor.

—¿Cómo la describiría? —pregunta el abogado. No sé a qué quiere llegar así que aguardo la respuesta de Steven.

—Bueno —empieza y hace una pausa para sonreír un poco—, ella es decidida, independiente, le tiene confianza a las personas, aunque tiende a enojarse con facilidad.

¿Confianza a las personas? ¿Qué están tramando?

—Para usted ¿esa confianza que deposita en las personas fue lo que la hizo irse con el señor James Gaviria?

—Sí, ella no asume los riesgos de la misma manera que otras personas.

Ahora soy descuidada. ¡Genial!

El señor Solís pasea por la sala de lado a lado dando un poco de dramatismo a su interrogatorio. El señor Larra lo vigila como un águila y James no parece estar prestando atención a lo que dice mi amigo. Me molesta que no se sienta preocupado, como si esto fuera algo que no lo va a alcanzar nunca.

—Ahora, hablemos del día 30 de junio, ¿qué ocurrió? ¿Cómo llegó hasta el lugar de la fiesta? La propiedad Garrión de Gaviria.

Entonces esa propiedad era de él o de su familia. Interesante.

Empiezo a preguntarme porque mi abogado prefiere mantenerme en la oscuridad en algunos temas. ¿Qué podía afectarme conocer el nombre del sitio o que el doctor que me atendió va a declarar?

—Bueno, yo no estaba con ellos en el pub ese día. Era tarde cuando recibí una llamada de Michael... el señor Rivera —se corrige rápidamente. Es gracioso la forma en la que su boca se curvó al decirle señor a Mike—, me dijo que Antonia se había ido con un tipo mayor, y que luego le había mandado un mensaje con su ubicación. Él estaba angustiado. No sabía que significaba que ella le hubiera mandado eso. Me pidió que fuera al pub para ir a buscarla.

—¿Le dijo sobre alguna sospecha? ¿Creía que la señorita Nieto estaba en peligro?

—Bueno, no lo mencionó así. Pero a lo largo de nuestra amistad sé qué significa lo que dice sin tener que completarlo. Primero, Antonia no es de las que te dice dónde está si es agradable y no quiere interrupciones y segundo, Michael no se asusta por poca cosa.

—¿El señor Rivera estaba asustado? —pregunta mi abogado sin mirar a Steven.

—Es lo que percibí por teléfono.

—Bien. Continuemos. ¿Qué pasó al llegar al pub?

—Michael y su novia estaban afuera esperándome. De inmediato me mostró el mensaje. Era un

mapa señalando las afueras de la ciudad. En ese momento supe que Michael tenía razón en asustarse. Además, él le había escrito varias preguntas y no las había contestado, ni siquiera las había visto.

»La novia de Michael no estaba segura de querer ir a buscar a Antonia. Ella alegaba que estaba bien y que seguramente se estaba divirtiendo. Era tarde y no quería conducir hasta el otro lado del pueblo por ella. Michael tuvo que convencerla, fue difícil, tuvo que prometerle que haría algo lindo para ella si los llevaba hasta allá.

» Al llegar a ese lugar, tuvimos problemas. Era un área desierta. Se veía una casa pero estaba a punto de ser derrumbada, tan sólo le faltaba unas paredes y columnas para que ese fuera un lote. Lo cierto fue que pensamos que estaba equivocado el mensaje o que el GPS no estaba bien. Así que caminamos por la carretera por las propiedades de los lados para intentar encontrar el lugar.

»Pasó un rato sin encontrar nada. Michael estaba perdiendo la paciencia y su buen humor. Su novia intentaba llevarnos de vuelta al auto para irnos, porque todo parecía una búsqueda sin sentido. Sin embargo, el hecho que no encontráramos nada era aún peor. Que el lugar fuera despejado, lleno de árboles y algunos escombros, nos tenía intranquilos. Sabíamos que, si Antonia mandó ese mensaje, fue porque pensó que estaba en peligro.

Steven toma aire y hace una pausa. Por su expresión, sé que lo que está a punto de decir le cuesta trabajo. Que es complicado mantenerse inmutable al tener que contar desde su perspectiva el ataque.

—Tranquilo, tome su tiempo —le dice mi abogado mientras camina hasta nuestra mesa y toma unos papeles.

—De pronto —continúa Steven—, escuchamos un grito. Supimos inmediatamente que era Antonia. Corrimos por la carretera hasta el punto que nos había llevado la primera vez el GPS. Y ahí, un poco al fondo, por fin vimos algunos carros. Estaban escondidos por escombros. Luego escuchamos otro grito ahogado y supimos que había una confrontación. Michael se adelantó, él corre mucho más que yo, pero desde mi distancia pude ver a un hombre encima de Antonia Nieto. Vi que estaba golpeaba y escupía sangre. Ya estaba inmovilizada, aunque ella seguía luchando. En ese momento llegó Michael sobre él. Lo apartó de ella y se lo llevó unos metros. Lo empezó a golpear con ira y luego cuando yo llegué hice lo mismo.

—Entonces, ¿reconoce que ambos lo golpearon?

—Así es —dice agachando la mirada—. Fue una reacción visceral si me lo pregunta.

—¿En qué condición encontró a Antonia Nieto? —continúa el abogado sin profundizar en el tema de los golpes a James Gaviria.

—Ella estaba en shock. Su lado izquierdo del rostro se veía mal, había sido golpeada violentamente. Vi a la novia de Michael acomodarle la blusa. Que antes había estado sobre su cuello. Él —dice señalándolo con enojo— la estaba desvistiendo. Si no hubiéramos llegado...

—Objeción —se levanta el abogado Larra como un rayo—, este juicio es sobre asalto y agresión. Los cargos de intento de acceso carnal violento se han descartado.

—Pues no deberían —dice Steven antes que responda el juez.

El juez lo mira ceñudo y golpea dos veces con el martillo.

—Se borraré esa última intervención, señor Sánchez. Puede continuar abogado Solís.

Mi abogado se aclara la garganta y mira con vehemencia a Steven.

—Señor Sánchez, ¿reconoce al asaltante en esta sala? —dice confiado.

—Así es, está ahí. Sentado en la silla al lado del abogado defensor —dice señalando a James.

—Muchas gracias —le dice y se acerca al estrado del juez—. Estas son las fotos de los restos

hallados en la propiedad. Se encontró la sangre de mi cliente y también del señor Gaviria. Las pruebas forenses confirmaron que ambos sangraron el mismo día, en tiempos cercanos. Además, está la foto tomada a la señorita Antonia Nieto en el hospital. Queremos entregarlas como pruebas.

—Muy bien —responde el juez y mira los documentos.

—No más preguntas, su señoría—concluye mi abogado.

Llega hasta nuestra mesa, recoge algunos papeles y se sienta. Me lanza una mirada entusiasta, algo que no lo había visto hacer desde que todo empezó. Eso me da un poco de ánimo.

—Abogado Larra, su testigo—dice el juez.

El abogado se levanta y se acerca demasiado a Steven. Me da una mala sensación esa forma de enfrentarlo.

—Señor Sánchez, ¿cuándo ustedes llegaron la señorita Antonia Nieto ya estaba golpeada? —pregunta con un tono amargo.

—Así es, ella ya tenía el rostro golpeado.

—Pero nunca vio quien la golpeó —dice el abogado.

—No hizo falta...

La mano del abogado Larra se alza callándolo.

—La señorita Nieto, pudo haberse golpeado con alguna roca y mi cliente la estaba ayudando. No la estaba violentando. Simplemente la ayudaba a recuperarse.

La tos que esa frase me ocasionó hizo que todo el auditorio me mirara.

Sucia y vil mentira.

—Él no la estaba ayudando. La tenía inmovilizada y Antonia estaba gritando —dice Steven.

—Pero lo que sí pasó, es que usted y su amigo agredieron a mi cliente —dice ignorando a Steven—, lo que nos pone en una situación en la que podemos demandarlos.

—Estábamos defendiendo a nuestra amiga.

—Eso tienen que comprobarlo —dice desafiante—. No más preguntas su señoría.

El juez deja bajar a Steven y nos mira. No sé qué puede ser más humillante, que digan que me golpee con una roca o que soy muy fácil al irme con un desconocido. ¿Cómo pudieron decir que él me estaba ayudando en esa posición? ¿Acaso creen estúpidos al jurado?

A no ser...

Capítulo 43

—La defensa puede llamar a su primer testigo —dice el juez.

Eso me sorprende un poco, pensé que yo iba a ser la siguiente. El abogado Larra se levanta con aire de superioridad y lee el papel que tiene en la mano.

—La defensa llama a la señorita Mildred Santana.

Un pequeño espasmo me sobresalta, sé que este no es un buen lugar para reír, pero no puedo evitar saltar un sonido parecido a una carcajada. La disimulo tosiendo de nuevo. Nunca había escuchado ese nombre, pero es horrible, parece el típico nombre de niña rica que se lo ponen para hacerle honor a la abuela. Cuando veo de quien se trata, comprendo inmediatamente.

Milly se levanta y arregla su cabello. Lo lleva recogido con una trenza francesa. Además, se puso un vestido blanco que la hace ver inocente. Camina con las manos juntas adelante y evita a toda costa llevar su mirada hasta mí. Sabe que la estoy despreciando intensamente en este momento.

Se sienta en el banquillo y jura decir la verdad.

Lo que no saben es que ya está mintiendo.

—Señorita Santana, en la anterior declaración se refirieron a usted como la novia de Michael. ¿Es eso cierto?

—Así es. Yo era la novia de Michael en ese entonces.

—Pero ¿ya no?

—No, señor.

No sabes cuánto placer me hace escuchar eso.

—¿Puede decirnos por qué? —pregunta su abogado con un tono cómplice.

—Porque Antonia Nieto me lo quitó —dice imperturbable.

Bueno, para ser sinceros yo no se lo quité.

—¿Qué quiere decir? —ahora parece realmente interesado en eso. Mi abogado se mueve incómodo en su asiento y me mira como buscando una respuesta para eso. Alzo una ceja en respuesta y él frunce el ceño.

—Ella hizo todo lo posible para hacerlo. Es una manipuladora. Desde que me conoció fijó su objetivo en destruirme. Hasta intentó convertirse en mi amiga para acercarse y luego darme una puñalada por la espalda... figurativamente.

La Milly que pensé conocer no estaría haciendo esto. La Milly que estaba asustada por su vida, tal vez. Sé que no debería estarle dando el beneficio de la duda pero es casi imposible no hacerlo luego de saber lo de su envenenamiento.

—¿Qué planea? —le susurro al abogado.

—No lo sé —responde casi sin mover los labios. Revuelve unos papeles y encuentra la grabación. Eso parece calmarlo un poco—. Pero lo que sea que quiera, tenemos como atacarlos, no te preocupes.

Asiento y vuelvo mi atención al interrogatorio.

—¿Qué hizo la señorita Nieto contra usted?

—Se fue acercando a mí para hacerme daño. Una vez salimos y terminó tirándome helado encima. Una vez Mike estuvo en el hospital y los encontré abrazados muy tiernamente. La forma en la que la miraba era diferente a lo que ellos querían hacerme creer.

¿Qué tiene que ver esto con mi ataque?

—¿Y el punto es? —se levanta mi abogado, exasperado por el curso del interrogatorio.

—Señor Larra, ¿tiene una pregunta respecto al caso? —pregunta el juez.

—Sí, señor. La tengo —dice y se dirige a Milly—. Señorita Santana, en su opinión, la noche del 30 de junio, ¿vio los mismos patrones de comportamiento en Antonia Nieto? ¿El deseo de hacer lo que sea por ganarse a un chico?

¿Qué?

—Objeción, especulativo. La señorita Santana no es profesional en psicología como para ver patrones de comportamiento —dice mi abogado con indignación.

—Ha lugar —dice el juez.

—Lo cambiaré.

—Hágalo —dice el juez cada vez más impaciente.

—Señorita Santana, ¿usted vio a el señor Gaviria golpear a la señorita Nieto?

—No.

—¿Cuándo la acomodó vio signos de intento de violación?

—No.

—¿La señorita Nieto estaba en shock?

—Sí.

—¿Confundida?

—Sí.

Odio la forma en la que esto va.

—¿Pudo haber confundido su agresor?

—Totalmente.

—Gracias a esa confusión no sabría que el señor Gaviria intentaba ayudarla y no hacerle daño ¿no es cierto?

—Objeción —vuelve a decir mi abogado.

—Ha lugar. Señor Larra es la segunda vez.

El abogado defensor se calla y pasea un rato ante la mirada inquisitiva del juez. Merodea un rato y busca otros papeles pero parece rendirse.

—No más preguntas, su señoría.

—Su testigo, señor Solís.

Ve por ella, tigre.

Me río de mi chiste y veo que el juez me regaña con la mirada. Debo mantener la compostura, se supone que soy la víctima.

—Señorita Santana, supimos que estuvo ingresada en el hospital por envenenamiento.

—Fue por indigestión.

—¿En serio? —dice mientras busca un papel y se lo pasa a ella—. Lea señorita.

—Hmmm, la paciente presenta indicios de envenenamiento, no muestra síntomas de intento de suicidio —lee con desgana—. Eso era confidencial.

—Nada es confidencial en un juicio, señorita Santana. Además, debe recordar que está bajo juramento. Así que, ¿usted se envenenó? —pregunta mientras se recuesta en el estrado.

—¿Qué? No, claro que no —dice ella ofendida.

—Entonces ¿quién la trato de matar?

—Nadie tiene nada contra mí. Debí haberlo hecho yo misma por accidente.

—¿Usted misma? Tenía rastros de Sulfato de Valium en grandes cantidades. Alguien la quería muerta. Así que dígame ¿quién es?

Las manos de Milly empiezan a temblar, mira al juez y luego al otro abogado. También se fija en los rostros de los jurados que revelan el profundo interés que despertó esa pregunta.

—No lo sé —responde.

A pesar que no dice el nombre, acaba de admitir que alguien la quiere muerta. Veo el cambio de los rostros de todos integrantes del jurado.

—¿Está siendo amenazada?

—No.

—Señorita Santana, sus padres y los padres del señor James Gaviria son amigos ¿no es cierto?

Ella traga grueso antes de contestar: —Así es.

—¿Alguien le ha pedido que cambie alguna parte de su declaración? Porque déjeme recordarle, señorita Santana que usted y dos de sus amigos encontraron al señor Gaviria sobre la señorita Nieta y ésta gritaba. Y ahora usted nos dice que estaba confundida. Es muy sospechoso.

—Estoy diciendo lo que vi.

—Está diciendo lo que cree que pasó. No está contando los hechos, está prejuzgando a Antonia Nieto por haberle robado su novio.

Y eso fue como una explosión. La cara de Milly casi se descuelga del todo. Tuvo que recomponerse para cerrar la boca. El jurado se mira entre sí como si estuvieran aprobando la teoría del abogado.

—Tengo una grabación de la señora Santana admitiendo que están siendo amenazados y declarando la culpabilidad de la familia Gaviria.

Otra bomba. Me giro para verla. De inmediato la señora Santana se lleva las manos a boca y una lágrima baja por su mejilla. El señor Santana la abraza mientras los Gaviria los fulminan con la mirada.

El abogado reproduce la grabación. Las primeras reacciones son de completa quietud. Luego cuando termina y la señora Santana dice que está segura de quien fue, los murmullos inundan la sala y el juez tiene que callarlos a todos con su martillo. El señor Solís le entrega la grabación como prueba y el juez lo acepta con una actitud mucho más tranquila.

No estoy segura si es porque ya hay demasiado que procesar o porque ya considera que va a ser un juicio fácil.

Deja bajar a Milly y cierra la sesión por hoy.

Esperamos que todos los Gaviria y Santana salgan de la sala y nosotros salimos después. El señor Solís es el último en salir. Llama aparte a mis padres y a mí.

—Van a iniciar una investigación sobre el envenenamiento y amenazas contra los Santana. Sin embargo, se necesita que ellos presenten una denuncia apropiada para que el proceso pueda ser viable.

—Eso es bueno, pero ¿ayuda a el caso? —pregunta mi padre.

—Claro, prueba que los Gaviria son capaz de envenenar a la hija de sus amigos si se cruza en su camino. El jurado lo sabe y va a ser difícil que lo consideren inocente de ahora en adelante.

Mi padre me abraza. Me retuerzo incomoda y me alejo cuando pasa el tiempo necesario. Se ven aliviados. Mi madre corre a sus brazos luego que me suelta. Ella con más ímpetu que yo.

—Creo que este juicio será corto. Nos vemos mañana familia Nieto—dice el abogado con una sonrisa.

Supongo que es buen momento para dejarme contagiar de esa esperanza.

Capítulo 44

En la tarde, el calor se estaba volviendo insoportable. Me tiro al suelo esperando que la baldosa fría me ayude con mi temperatura corporal.

Tenía mucho en que pensar pero no estaba de humor para hacerlo en este instante. La buena noticia de todo lo que va del juicio es que sin duda vamos ganando. Creo que será difícil para ellos seguir con esa historia irreal que yo me golpee con una piedra. Era muy estúpida. Además, no esperaban que tuviéramos una grabación tan incriminadora como esa. Posiblemente no me ayude a mí, pero por lo menos las personas saben la calidad de personas que son los Gaviria.

El timbre suena. Esperanzada, me levanto de un salto. Veo a Mike un atuendo muy revelador. Parece que hubiera salido del gimnasio. Oigo que mi madre le abre y lo deja entrar, así que me preparo para su entrada a mi habitación.

—Pelirroja —canturrea desde afuera.

—¿Sí?

—Adivina que traigo —dice con voz graciosa.

Con que se traiga a él mismo es suficiente para mí.

—No lo sé. Dime.

—Adivina.

En eso caigo en cuenta. Trae helado. Desde hace una semana y media trae cada vez que viene. Yo sólo se lo pedí una vez, pero creo que se lo tomó en serio.

—¿Helado?

—Sí, creo que se está derritiendo. ¿Acaso es normal este calor? —dice apareciendo en mi puerta.

Si no hubiera estado preparada para verlo con tan poca ropa seguro me habría desmayado. Mi lado instintivo quiso arrebatar ese helado y untarlo sobre él. Supongo que así debe saber mejor.

Despierta Antonia.

—¿Qué? —pregunta inquieto por mi falta de respiración.

—Nada —le digo con el poco aire que tenía en los pulmones.

—Me vestiría así más seguido si hubiera sabido que tengo ese efecto —dice alzando una ceja. Ahí estaba su encanto.

—Bueno, a decir verdad, yo no pensaba en tu ropa.

—¿Con que no pensabas en mi ropa! —se ríe y deja el helado en mi mesa de noche—. Eso puede arreglarse.

¿Cómo lo va a arreglar?

Sin previo aviso, reproduce en su celular una canción de la película Magic Mike —por cierto, nunca pensé que Michael se la hubiera visto—, y empieza a quitarse su camisa. Eso me hace retroceder de inmediato, busco a tientas mi cama para evitar caerme de la emoción. Él empieza a bailar, moviendo su abdomen, sus hombros y esos exquisitos brazos. Tengo que darle crédito, el chico se sabe mover.

En un movimiento, se acerca a mi rápido; pasa su rostro por mi abdomen, pecho y llega hasta

mi cara. Me mira intensamente como si quisiera hipnotizarme. De alguna manera caigo en su trampa y estoy jadeando. Pone su rodilla en mi cama, por lo que tengo que echarme hacia atrás para que él pueda seguirse moviendo.

Cada movimiento de su torso me hace enloquecer, cada mirada furtiva me hace amarlo un poco más.

Se sienta a horcadas sobre mí y me besa con pasión. Con esa forma tan suya de hacerme sentir especial.

—¿Qué tal así? —dice con coquetería.

—Tengo que admitir que sabes lo que haces.

—Gracias —dice y vuelve a besarme suave.

Y no se detiene. Baja esos carnosos labios hasta mi cuello provocando un respingo que me hace responder a su abrazo. Olvido todo. Olvido mí alrededor, mi situación, mi dolor. Me concentro en tenerlo cerca, en que me quiere con él.

—Pelirroja

—¿Sí? —pregunto con lo último de mi consciencia.

—¿Quieres ser mi novia? —dice mientras se retira de mi cuello.

¡Por todos los cachorros! Se estaba tardando...

—Sí, Mike.

—¿Segura? —dice con diversión.

No respondo sino que señalo alrededor. Ambos en mi habitación, música de fondo, él sentado sobre mí sin camisa, besándonos. Creo que eso es bastante obvio.

—Te quiero, pelirroja —su rostro cambia y veo que quiero demostrar que habla seriamente.

Me ruborizo de solo escucharlo, así que lo beso en respuesta.

—Voy a ser mejor persona —dice escapando de mis labios—. No volveré a consumir esas porquerías.

Eso me pone a pensar.

—Hablando de eso... Hace mucho que no te veo tomar o drogarte.

—No lo he hecho desde tu ataque—dice con una sonrisa ganadora—. Tengo que estar sobrio para protegerte.

Bueno, es oficial. Me derretí.

Capítulo 45

Ahí estaba yo. En el dilema por estar tan feliz cuando atravesaba una situación estresante. Además, unos pensamientos dañinos me invaden al recordar que ahora tengo novio. ¡Madre mía! ¡Novio! Nunca he tenido un «novio novio», o sea si he tenido amoríos con chicos, pero siempre ha sido para pasar el rato o para hacer sufrir a alguna fulana. Pero ahora con Mike, bueno, no tengo ni idea que es lo que debo hacer.

—Mike...—digo después de un rato de silencio. Aún me estaba recuperando de ese mini striptease que me hizo.

—Dime bonita.

—¿Desde cuándo te gusto? —pregunto sin mirarlo.

—No estoy seguro —se rasca la cabeza y alza mi barbilla para que lo mire—. Pero estoy seguro que es muy fuerte.

—Sólo que... —me detengo. Tengo la duda que él ame mi antigua yo, esa chica fuerte que no le temía a nada. Ahora ella parece un fantasma.

—¿Qué pasa? —veo esos ojos intensos y me da una sensación de calma.

—Bueno, quiero saber si te gustaba antes del ataque o después. Si te gustaba mi versión anterior: Impetuosa, rebelde y sin miedo. Ahora mismo, me desconozco. Ya no parezco la misma. Le tengo miedo a tantas cosas que no puedo pensar en un futuro a largo plazo.

Se mantiene inexpresivo. No parece que se esté identificando con lo que acabo de decir. Se acerca un poco más a mí y lleva su mano sobre mis hombros. Hace fuerza hacia la cama y ambos caemos boca arriba.

—¿Crees que has cambiado completamente o que sólo es producto del trauma? —pregunta con una voz neutral.

Lo pienso un poco. Si bien sentía que eso me iba a marcar no podía permitir que manejara mi vida por completo. Tenía que superarlo, salir adelante. Así en este momento no tengo idea de cómo hacerlo.

—Quiero pensar que es temporal —digo mientras me giro para mirarlo.

Mike hace lo mismo y nos quedamos mirándonos por un rato. Fue tanto que descubro que sus ojos tienen destellos más claros.

—Entonces lo será, pelirroja. Y sé que me preguntaste sobre mis gustos, si estoy contigo por cómo eres o por cómo te comportas ahora, pero tengo claro que es justo en este momento en el que debo estar contigo. No me importa si eres determinada o miedosa, ni si tu agresividad ha bajado, aunque debo decir que me alegra que no me estés gritando —ambos reímos, es cierto que hace mucho no me altero igual que antes—. Lo que quiero decir es que, me gustas tú, la chica que siempre me ha apoyado, que dice las cosas como las piensa y aunque comete errores, aprende de ellos. Esa es la chica que me ha acompañado casi toda la vida y nunca me di cuenta del gran valor que poseía. Creo que fui demasiado ciego.

Sin siquiera pensarlo estoy llorando. ¿Quién iba a pensar que dentro de ese muchacho que se tambaleaba de lo borracho, vivía un romántico? Por lo menos yo no.

—Me tiene intrigada esa nueva faceta tuya.

—¿Cuál? —dice retirándose un poco y poniendo su mano en el pecho—. ¿También estoy cambiando?

—Pues esa —toco sus labios con las yemas de mis dedos—. Podría decir que es romanticismo o mucha consideración en tus palabras.

—Ohh —se ríe—. Créeme estoy igual de sorprendido.

Nos quedamos un rato más acostados hablando de todo y de nada al mismo tiempo. Es tan fácil hablar con él, podemos reír sin parar y sentirnos cómodos en el silencio. Es la primera vez que tengo una experiencia tan espiritual/intima con un chico y no tengo la necesidad de quitarme la ropa.

—¿Qué vas a hacer respecto a Elena? —me pregunta.

—Creo que no puedo hacer nada. Ella te quiere a ti y eso es algo que no está en discusión. Además, ya nada sería como antes, Steven parece muy afectado por terminar. Así que, no lo sé. Seguramente todo se arreglará con el tiempo.

—Ella recapacitará.

—Que haga lo que quiera, la verdad. Ahora sólo me importas tú.

—Y Maira —agrega Mike.

—Cierto, y Maira.

—Y Steven.

—Hmmm ¿debo incluirlo? —bromeo.

—Él declaró a tu favor en el juicio.

—Bien... Y Steven —digo con una sonrisa.

Mike se levanta lentamente y sé que debe irse. Siento esa necesidad de mantenerlo a mi lado y que no se aleje jamás, pero por ahora debo dejar que vuelva a casa.

Bueno, puedo intentar que no se vaya.

—Nos vemos mañana, bonita.

—Espera, ¿por qué te vas?

—Quiero descansar y mañana continúa el juicio. Quiero estar despierto. Además, mira el reloj. Son casi las diez de la noche.

—Puedes dormir conmigo —le digo con una sonrisa pícaro.

Mike entiende de inmediato, pero se echa para atrás.

—No sabes cuánto me encanta esa propuesta, de verdad. Pero quiero esperar un poco. Quiero llevarte a algún lugar especial a comer y viajar... No lo sé, hacer cosas diferentes a lo que he estado haciendo.

A pesar de la pequeña decepción por la negativa, mi corazón se enternece por lo que quiere hacer.

—Claro, me gusta ese plan.

—Bueno, es algo como una idea. Empezaré a planearlo ya que vi en tu mirada que te gustó.

—Eres un romántico.

—Lo sé. Nos vemos mañana, hermosa.

—Nos vemos mañana, Magic Mike.

Su carcajada es una de las cosas que me encantan de su personalidad. Es como si no le importara quien esté presente, eso lo hace tan confiado en sí mismo. Se acerca y me besa con cariño y sale por la puerta.

¡Oh, mi Mike!

Capítulo 46

La jornada del juicio de hoy fue bastante estresante. Declararon mi médico y el médico de los Gaviria. Ambos se contradijeron y presentaron pruebas que refutaba el testimonio del otro. No estoy segura que puede pasar luego de eso pero mi abogado no demuestra ninguna emoción.

El abogado se aparece en mi casa en la tarde con una cara que predice problemas. Mi padre le abre la puerta y se da cuenta de inmediato.

—¿Qué pasa? —dice mientras el abogado cruza la puerta.

Lo mira con tristeza y se sienta en el sofá de la sala. Coloca su maletín en el piso y unos documentos. Los mira por un momento sin importarle el ambiente de inquietud que está generando. Mi padre zapatea mirándolo fijamente, mientras yo trato de ver que son los papeles que tiene en la mano.

—Nos está asustando, señor Solís —interviene mi madre que va entrando a la sala.

—Lo lamento, es que no sé cómo comunicar esto sin que genere miedo —se detiene y pone las dos hojas en la mesa.

—Dígalo sin tanto dramatismo —dice mi padre con desesperación. A él le molesta cuando las personas toman demasiado tiempo en comunicar algo.

—Es delicado, señor Nieto. Hay que tomarlo como una advertencia.

—¿Puede decirlo de una vez? —le digo perdiendo la paciencia.

El abogado resopla y baja la mirada.

—¿Recuerdan al señor Montes? —pregunta con cautela.

—Sí claro. El joven del bar.

—Así es. Hace unas horas encontraron el cuerpo de su esposa y a él con la ropa empapada de su sangre.

Mi madre lleva sus manos a la cara de sorpresa y mi padre frunce el ceño. Por mi parte, me quedo como una estatua mirando al horizonte. Un pequeño dolor se instala en mi pecho al recordar a ese muchacho que trató de hacer lo correcto. Su vida se acaba de arruinar y es muy seguro que su participación y su declaración sean el factor de ese acto violento.

—¿Qué? —grita mi padre como si quisiera que el abogado lo repitiera.

—El señor Montes estaba desmayado al lado de su esposa muerta —sigue el señor Solís—. Es posible que la investigación lleve a imputarle cargos. Así que su testimonio en tu juicio puede ser invalidado. Todo es circunstancial todavía, pero tenemos que estar preparados para todo.

—¿Lo van a acusar de asesinato? —pregunto antes que mi padre.

—Por lo general, el primer sospechoso es el cónyuge. Y con más razón si se le encuentra en la escena del crimen.

Mis padres se dejan caer en el mueble al lado del abogado. Ambos atónitos por la noticia. Yo tengo que caminar un poco, respirar aire fresco. Me levanto sin decir nada y camino como un zombi hasta la puerta. Alcanzo a escuchar que mi madre me llama, pero estoy tan absorta que no le presto atención y sigo mi camino hasta que llego a la calle.

Luego de varias cuadras me doy cuenta de lo irresponsable que es caminar sola cuando es

lógico que acaban de matar a la esposa del cantinero que declaró a mi favor. Si ellos pueden hacer eso sin remordimientos, les sería fácil hacerme desaparecer. Siento el deseo de volver, refugiarme en mis cuatro paredes para permanecer a salvo.

—¿Qué haces aquí? —escucho una voz que irradia repugnancia.

Me giro para confrontarla y veo a la muy desarreglada Milly.

—Mildred —digo con desprecio—. ¿Acaso no puedo caminar por la calle?

—¿No te alcanza las de tu barrio? ¿Tienes que venir por el mío? —parece enojada. Lo cual no entiendo. Se supone que ella es la perra en esta situación.

—¿Hay alguna barrera invisible que estoy cruzando? —digo con sarcasmo.

Ella me fulmina con la mirada y me toma del brazo para atraerme hacia ella.

—No deberías estar aquí y mucho menos sola. ¿Acaso no te das cuenta en el lío que estás metida? ¡Vete ahora mismo antes que te vean!

—Puedo cuidarme sola —miento con descaro. Ya había comprobado que eso no era ni remotamente cierto. Pero claro, no iba a dejar que Milly supiera que ahora soy un manojo de nervios.

—Antonia, ve a casa.

—¿Por qué?

—Has hecho enojar a una familia rica. Nada bueno sale de eso.

—Puede salir algo bueno. Pueden ir a la cárcel.

—¡Vete a casa! —dice exasperada.

—No tengo que hacerte caso, la verdad —le digo con altanería.

—¡Jesús! ¿Acaso es tan difícil de entender? —me toma del brazo con indignación.

—¡Suéltame! y en todo caso, ¿a ti que te importa?

Ella me suelta y veo la duda en sus ojos. No entiendo porque parece afectarle.

Lo siguiente que escucho es el chillido de llantas de un auto al acelerar. El ruido atrae nuestra atención e interrumpe nuestra interacción. Oigo a Milly gritar algo incomprensible, y tratar de empujarme hacia un lado con su cuerpo; opongo resistencia porque no quiero que me toque, pero en ese momento, veo el brillo del arma siendo sacada por la ventanilla y mis músculos se quedan helados mientras la fuerza que hace Milly nos lleva a ambas a movernos, caigo sobre mi abdomen cubriéndome la cabeza. Dos impactos resuenan en aquella calle vacía.

El auto acelera; cuando he contado al menos diez segundos, alzo la cabeza para comprobar que no hay ninguna amenaza. Con la poca fuerza que tengo, gateo hasta la posición en la que está Milly, quien está arrodillada y con una mano apoyada en el asfalto. En cuanto me ve, su cuerpo cede cayendo en mi regazo. Grito por pura desesperación, grito al entender que esta chica tiene dos agujeros en su cuerpo y la sangre brota a borbotones. Ni siquiera soy consciente si estoy despierta, esto se siente como un sueño lejano, como un recuerdo nublado en mi mente.

—¡Madre mía! ¡Milly! —lloriqueo con gran temor.

Saco mi celular y marco para pedir una ambulancia. No sé si la operaria me entiende pero estoy segura que puede rastrear mi posición con la llamada.

Milly aún respira con dificultad. Sus ojos siguen abiertos pero no dice nada. Es como si estuviera tratando de mantenerse con vida.

Unas personas se acercan a nosotras y tratan de ayudarla. Uno de ellos dice que es médico, veo que oprime las heridas para evitar que se desangre. Me grita que pida ayuda y yo susurro que ya lo hice.

Pasan dos minutos antes que la ambulancia llegue, dos minutos que se me hacen como horas. Mis manos están cubiertas de su sangre, la consciencia de Milly va y vuelve, mientras el médico

trata desesperadamente de mantenerla con vida. Por momentos, puede respirar sola pero es poco el descanso que tenemos cuando exhala como si estuviera rindiéndose. Cuando la logran estabilizar y ponerle oxígeno, el buen samaritano se ve exhausto y con una expresión llena de preocupación, mira hacia mí y luego hacia el charco de sangre en el suelo, el cual, ya tiene un tamaño bastante alarmante.

Los paramédicos la suben a la ambulancia con prisa. Me quedo paralizada sin saber qué hacer. Estoy inmersa en mis pensamientos sobre cómo ella me sacó del medio, empujándome lo más fuerte posible para que no me hirieran, a pesar que le opuse resistencia y que no soy su persona favorita. Estoy tan absorta que prácticamente soy subida a la ambulancia sin tener consciencia de ello. Soy un cúmulo de miedos; miedo a que ese atentado fuera para mí, miedo a sentir un poco más por Milly de lo que debería y miedo a que ella se lleve la peor parte.

No quiero que muera. Me duele pensar que ella se sacrificó por mí cuando yo la estaba gritando antes. Después de todo, ella seguía siendo una chica buena.

Por favor que no muera.

Capítulo 47

Michael

¿Desde cuándo mi vida se ha convertido en un círculo vicioso? Estar entrando y saliendo el hospital ya me tiene mareado y agotado. Estoy furioso por todo. Por el ataque de Antonia, por dejarla ir con ese tipo, porque eso desencadenó lo que estamos viviendo, y ahora, como si no tuviéramos suficiente, el atentado que les hicieron a ellas. Dos mujeres que han cambiado mi vida sin lugar a duda.

Después de escuchar el relato acelerado de Tonia, me doy cuenta que ella piensa que Milly le salvó la vida. Cada vez crecían los interrogantes respecto a Milly. No la conocía del todo, pero desde que la vi, supe que era una chica decente y buena. Me confundió bastante cuando se hizo del lado de los ricos y nos dejó alegando un ataque mientras ellos decían que era un accidente con una piedra.

Por otro lado, tenía conocimiento que ella estaba amenazada por los Gaviria.

Me acerco a Antonia con sigilo y me siento a su lado. Ella se ha quedado muda y congelada. Aún lleva la ropa manchada de sangre, pero al menos sus manos y rostro ya están lavados. Me sorprende que no llore, ni grite, como lo hizo luego de su ataque. Simplemente está ahí, mirando hacia el corredor como si su vida dependiera de ello. Trato de abrazarla, pero parece una roca. No cede ante mi gesto, sino que todo su cuerpo se envara. Remuevo mi brazo y lo pongo en su pierna, ella baja la mirada por un momento y luego se gira hacia mí.

—Deberías alejarte de mí, Mike —dice con la voz rota.

—Oye bonita, este es el momento en que menos voy a alejarme de ti —llevo mi mano de su pierna a su mandíbula para hacer que me mire—. Esto me corresponde de la misma manera que te corresponde. Estamos juntos en esto, en el juicio, en la vida y en el futuro. No vuelvas a pedirme que me vaya.

Eso parece hacerla aflojar, así que lleva su cabeza hasta mi pecho y empieza a sollozar.

—¿Piensas que hay futuro? —susurra casi inaudible por estar pegada a mi chaqueta.

—¡Claro! Siempre lo hay.

—Hablo de ti y de mí.

—Lo estamos viviendo ahora, pelirroja —le digo con convicción y ella para de hacer sonidos con su nariz.

No estoy seguro si eso la hace sentir mejor. Pero tampoco iba a decirle cosas locas, como que nos veía casados y con hijos. *Ja, no.*

A pesar de mi poca aclaración, ella se conforma y sigue recostada en mi pecho hasta que sus párpados se cierran y se duerme. La acomodo con cuidado para que no despierte.

Los padres de Milly que anteriormente los había visto muy juntos y cariñosos, se encuentran cada uno en un extremo de la sala de espera. Se notaba la tensión en el ambiente y en su relación. Si me ponía a adivinar, podía apostar que el señor Santana culpaba a su esposa por esa grabación que los había puesto en riesgo. O simplemente no querían verse porque su hija podía morir.

También están varios amigos de Milly que se les ve angustiados y no paran de comerse las

ñas. Dos chicas y un chico se acercan al mostrador de la enfermera y ésta los hace volver a sentar con una frase bastante ofensiva. Parece que nada está bien adentro.

—Familiar de Mildred Santana—pronuncia un médico unos minutos después.

Sus padres se levantan y se acercan al hombre, pero entre ellos dejan una gran distancia. Como si cada uno apuntara al este y el otro al oeste. Su madre con las facciones demacradas, rompe en llanto cuando el doctor les habla. Se tiene que sostener de él, quien se le nota incómodo por el contacto. Sin embargo, la consuela y la lleva hasta los asientos. Su padre no parece tan afectado como ella, pero se sienta de todas formas y en su mirada puedo ver el dolor que está experimentando. Empuña sus manos con desesperación y se golpea una pierna.

—¿Qué podemos hacer? —oigo que pregunta su padre.

—Ya la pusimos en la lista de donantes urgentes. Ella puede sobrevivir por un corto tiempo hasta que el otro falle...—explica el doctor.

Me siento impulsado a ir a hablar con el médico para aclarar todo. Pero no puedo moverme sin despertar a Tonia. Me mantengo en mi sitio sintiendo como la frustración va a empezar a carcomerme.

Maira entra desesperada por la puerta de la sala de espera. Es casi como un *deja vú*. Corre hasta nuestra posición y mira con alivio a Antonia. Se sienta y toma mi mano. Veo que exhala todo lo que le preocupaba y respira varias veces antes de hablar.

—Sus padres me llamaron, casi me da un ataque cuando lo supe. Gracias a Dios que no le dieron a Tonia.

—Ella piensa que Milly la salvó, que puso su cuerpo como escudo —susurro.

—¿Por qué haría eso? Ellas se odian —explica Mai con un puchero en su rostro.

—No lo sé.

Es cierto. Desde el juicio, Milly se mostraba molesta con Antonia por mí. Además del inevitable roce que iba a generar que ella declarara que Tonia era una chica fácil y quería irse con el primer hombre que se le cruzara.

Algo que ninguna iba a olvidar por el resto de su vida.

Milly había perdido uno de sus riñones y para empeorarlo todo, había perdido el bueno. Los doctores se enteraron en medio de la cirugía para salvarle la vida que la bala le destrozó uno de sus riñones y que el otro no era capaz de hacer el mismo trabajo solo. Necesitaba un trasplante pronto o el defectuoso dejaría de trabajar y moriría.

Ninguno de sus padres podía ayudarla. No eran compatibles.

Es como si toda la mala suerte se hubiera concentrado en una sola familia. ¿Por qué?

Luego que sus padres entraron a verla, logro escabullirme por el hospital hasta entrar en su cuarto. Supuse que estaría dormida o sedada, pero me encuentro con sus ojos abiertos de par en par. Su cama está rodeada por aparatos y Milly está llena de tubos por todo su cuerpo. Veo que le hacen una transfusión y en el otro brazo está conectada la medicina intravenosa. Ella trata de acomodarse en cuanto me ve, pero hace un gesto de dolor que la devuelve a la posición inicial, así que levanto la mano para indicarle que se detenga. Su mirada podría asesinarme. Veo el resentimiento y la decepción que le he generado desde que me conoció.

—¿Qué haces aquí? —dice con la voz rasposa. Su garganta debe estar seca.

—Necesitaba verte —le digo intentado que mi voz sea suave y esperanzadora.

—¿Para qué?

—Fue muy angustiante saber de tu atentado. Pensé lo peor.

Suspira profundamente y su mirada se relaja.

—Yo no debí salir sola —empieza—. Pero vi a Antonia como una loca por mi casa. No creí que fuera a hacer nada malo, pero sabía que no era una buena idea caminar por mi barrio. Debí llevar a mis guardaespaldas, pero soy una tonta.

Cierto, guardaespaldas. ¡Qué mal trabajo de su parte!

—Tú no tienes la culpa. Ya sabes que tenemos que averiguar quién hizo esto para denunciarlo. Su rostro cambia a burla. Eso me indica lo que todos piensan.

—No hay necesidad de eso, Mike. Todos saben quién fue.

—Pero...

—¡Pero nada! ¿Acaso quieres más muertos?

—¿Qué?

—Entre más continúe el juicio, más personas morirán. Supongo que yo era la siguiente.

—O Antonia, ella dice que la salvaste. Gracias por eso —digo mientras me acerco a su cama otro paso.

—Yo no la salvé —dice mientras achica los ojos—. Simplemente la empujé a un lado mientras llegaba mi muerte. El atentado era para mí, no para ella. Yo era la amenazada ¿no?

Arrugo la frente ante su frase. A pesar de todo parece que dice la verdad, que simplemente Tonia estaba en el lugar equivocado. Sin embargo, el impulso para quitar de en medio a mi novia era suficiente para estarle agradecido.

—No importa para quien era, salvaste la vida de Antonia.

Ella desvía la mirada como si pidiera por paciencia.

—Bien, lo que digas. Simplemente adviértele que debe tener cuidado. Pueden buscar alguna excusa para hacerle daño o para evitar el juicio.

—Lo haré. Te dejaré descansar —digo y le regalo una leve sonrisa.

—Espera —me dice en un tono que parece una orden.

—¿Qué ocurre?

—¿La amas? —pregunta demandante—. A Antonia, ¿acaso la amas?

Capítulo 48

Michael

—Eso es algo que no te incumbe —respondo a la defensiva.

Ella no tiene derecho de preguntar algo así. No puede olvidar que ella nos traicionó en una situación que se agrava en cada paso.

Siento la ira envolverme. Hace mucho que no me sentía tan malhumorado con alguien. Casi que no me importa que esté postrada en una cama sin poderse mover. Casi.

—Me lo debes, Mike. No puedes simplemente dejarme y que luego me entere que era por ella todo el tiempo. Yo sabía, yo lo veía, pero no quería aceptar que la querías más a ella que a mí.

—¿Qué?! —espeto asombrado. Acaba de decir que yo la dejé—. Si mal no recuerdo, tú te pusiste en contra de nosotros. Sin importar que Antonia iba a sufrir por tus declaraciones. Tú me dejaste. Nos traicionaste.

Ella intenta abrir la boca pero se detiene.

—Me amenazaron y no quería morir —dice al fin.

—Pero aquí estas de igual forma —digo con ira.

El arrepentimiento me llega un segundo después. Esa frase fue desconsiderada y muy grosera. A pesar que Milly podría merecer mi desprecio, no voy a dejar que eso afecte su recuperación ahora.

Ella solloza por mi duro comentario. Trata de llevar una mano hasta su cara, pero los tubos no la dejan mover con facilidad.

—Lo lamento, fui un idiota.

—Así es, un total idiota —dice entrecortado.

—Lo lamento, de verdad. Sólo que no voy a contestar esa pregunta tan personal, Milly. Ya sabes lo que pasó entre los dos. Yo estaba dispuesto a cambiar por estar contigo, pero para ti, nunca fue suficiente. Siempre se podía mejorar. Eso es estresante y muy humillante.

—En cambio, para ella eres lo mejor del mundo —su tono es despectivo y veo como tuerce la boca como sintiera asco al pensarlo.

Sonrí por la frase. No me importa si ella lo ve como algo malo, a pesar de su tono, ese comentario es completamente acertado. Antonia me ve como lo mejor que tiene. Por otro lado, Milly piensa en mí como un proyecto de mejora.

—Así es. Soy lo mejor—mi sonrisa se amplía cuando lo digo en voz alta.

—¿Que no se te suba a la cabeza! Yo he comprobado que no eres ni la mitad de hombre que dices ser.

Aprieto mis puños para mantener la calma. Ella está hablando a través de la herida. Sin embargo, no voy a dejar que se meta con mi hombría.

—¡Ya basta! Creo que mejor te dejo descansar.

—¡Esto es tu culpa, Mike! —grita y sus ojos se ven desorbitados.

Me detengo, paso mi mano por la cabeza intentando multiplicar mi paciencia. No quiero caer en la trampa de preguntar por qué lo dice, pero irme sin saber la razón por la que me hace

culpable, no me dejaría dormir.

—¿Mi culpa? —digo despacio. Esperando que escuche el fastidio que me produce el hecho de tener que preguntarlo.

Ella se acomoda y hace una mueca de dolor. Espero a que se recomponga y me dirija una mirada cargada de resentimiento.

—¡Sí tan solo me hubieras hecho caso ese día en el bar, no estaríamos metidos en este lío! ¡Antonia estaría muerta y yo no estaría en esta cama!

Siento la efervescencia de la ira subir a mi cabeza; es como si todo en mi cuerpo dejara de funcionar para que incrementemente ese sentimiento de odio. Si Milly no fuera mujer, no estuviera en una cama o simplemente yo no tuviera una pequeña creencia de moralidad, habría explotado o la habría golpeado con fuerza. Frenar ese impulso me drena la energía que iba a usar en ella, así que tengo que retroceder y buscar el asiento que está al lado de su cama.

No puedo mirarla. Si la miro no voy a actuar de manera decente. Respiro con dificultad al imaginar que Milly prefiere que Antonia estuviera muerta a actuar de manera correcta. ¿Quién en su sano juicio diría algo así? No es excusa que tenga dos agujeros en su cuerpo, ni que esté muriendo. Es más, las personas cuando se ven en el lecho de muerte se vuelven más sensibles respecto a lo que han hecho con sus vidas. En vez de estar reprochando mi actuar, que salvó a mi novia, debería reivindicar sus comentarios y pedir perdón.

Me levanto con la determinación de salir de esa habitación y no volver nunca. No pienso perder tiempo en saber cómo sigue, ni en esperar que se recupere. Para mí, Milly está muerta.

Abro la puerta y me alejo a pasos furiosos. Azoto la puerta al salir y le doy una última mirada a ese rostro sin expresión ni arrepentimiento.

Busco a mi novia en la sala y le tiendo la mano para que me acompañe. Ella con una mirada de duda posa su mano en la mía y me sigue. Percibe mi estado de ánimo mucho antes que me detenga y hable. Lo sé, porque todo su cuerpo se ve tenso y me lanza miradas furtivas cada tanto.

Cuando por fin estamos fuera del hospital, me detengo y suelto su mano. Empiezo a caminar de un lado para otro, en un intento de despejar mí la mente.

¿Cómo le digo a Tonia lo que acaba de pasar? ¿Es buena idea hacerlo?

Sé que debo ser honesto y este asunto le afecta mucho más a ella. Ese deseo de mi ex de quererla muerta es extraño en el panorama que la alejó cuando pudo usarla para salvarse.

—Mike —interrumpe mis cavilaciones—. Me estás asustando. ¿Qué pasó?

—Acabo de hablar con Milly.

—¿Qué te dijo? ¿Le diste las gracias por salvarme? —me dice con ese brillo tierno que tanto me gusta en ella. Aunque debo admitir, que cuando tiene el brillo travieso es aún mejor.

Sacudo mi cabeza para concentrarme.

—No tienes nada que agradecerle, bonita. Ella es una persona desagradable.

Tonia frunce la frente con muchos interrogantes. Da un paso hacia mí y toman ambas manos.

—Cuéntame —su tono es conciliador. Me da la sensación que puedo contarle lo que sea.

Intento que el relato sea menos desgarrador para ella. Sin embargo, no encuentro la forma de decir esas palabras sin hierirla. Sé que no son mis palabras, pero al decirle voy a hacerle daño y es algo que me he propuesto evitar a toda costa.

—¡Vaya! Eso no lo esperaba de ella —dice con los ojos en el horizonte.

—¿No estás enojada? —pregunto confundido.

—Bueno, sí. Algo.

—¿Algo? —bueno, si ella no lo está, yo puedo enojarme por los dos.

—Pues, ella es tu exnovia. Siempre hay algo de odio entre mujeres que han estado con el

mismo hombre. Estoy acostumbrada.

—¿Te das cuenta que dijo que si tuviera que escoger, preferiría que estuvieras muerta?

—¿Y quién no? Le dispararon y perdió un riñón. Ella puede morir, Mike.

—¿Por qué estás tan considerada?

—Ella me salvó la vida. Diga lo que diga sobre eso, no voy a dejar de pensar que me quitó del camino. Que ahora tenga un poco de arrepentimiento por su estado, es normal.

Pongo mis manos en sus caderas y la atraigo. Su cercanía me relaja y la ira se va disipando. Respiro profundo y trato de ver su punto de vista.

—¿Te das cuenta lo buena persona que eres? —le digo cuando tengo sus labios tan cerca que ya puedo saborearlos.

—Supongo que tiene que ver las personas con las que me rodeo —su voz se torna divertida.

—No voy a aceptar ni negar eso—le digo cortando la distancia y besando esos labios delicados.

Ella se deja llevar por mi movimiento y responde con cariño. Se aleja un poco para respirar y me sonrío.

—¿Te he dicho lo deslumbrante y hermosa que te ves con esta luz?

Me golpea el hombro creyendo que es broma.

—Es en serio, pelirroja —continúo—. Eres hermosa.

Ella no dice nada más, simplemente respira con suavidad y suspirando cada vez que exhala profundo.

No me lo dice, pero sé que muy profundamente, más que destruirla, esta experiencia la está moldeando para bien.

Capítulo 49

Si para algo había servido el juicio es para cambiar de apariencia. Mi madre y el abogado insistieron que debía verme diferente. No podía ir con mi típica ropa rota que mandaba señales de rebeldía, según mi madre.

Por lo tanto, me ha tocado ser ingeniosa a la hora de vestirme. Combinar alguna de mis prendas para verme decente. O pedirle prestado algo a mi madre, quien se conservaba muy bien. Sólo tenía que lidiar con que los pantalones me quedaran amplios en la cadera. A pesar de los halagos por mi cambio, me siento bastante incómoda con blusas de botones y pantalones de tela. Me siento como una secretaria. Algo en lo que odiaría convertirme; no porque sea algo malo, sino porque no planeo que mi vida sea tan monótona y aburrida.

—Hoy pienso llamarte al estrado —me dice el abogado mientras entramos en la sala del juicio.

Respiro profundo. Los nervios se apoderan de mí, haciendo que mis piernas tiemblen. Michael me mira para darme fuerzas, así que suspiro y continúo caminando hasta mi asiento.

La sesión empieza como siempre; el hombrecillo delgado anuncia al juez, quien entra seguido del jurado. La mujer de la máquina de escribir, digita a toda prisa cualquier cosa que se digan y los guardias de seguridad traen al acusado hasta su silla.

Esperaba que mi abogado fuera el primero en llamar a un testigo, pero para mi desgracia, la defensa tiene el turno. El señor Larra se levanta y se ajusta el saco, el cual luce costoso.

—La defensa llama a James Gaviria—dice con voz serena y confiada.

El murmullo de la sala se eleva. Es como si nadie pensara que ese hombre se atreviera a dar testimonio. Pero ahí estaba, caminando con la cabeza erguida hacia el estrado de interrogación. Su actitud me deja sin palabras. Parece creer que esto sigue siendo un juego. Su apariencia es otra cosa: lo dejan usar un traje azul oscuro que se nota que fue hecho a medida con una corbata gris de rayas que le queda perfecta. Su cabello con un corte elegante pero a la vez moderno, luce bien peinado y muy pulcro.

Eso me hace preguntarme qué tipo de celda está usando. O si no está en una celda. Quizás el lugar de reclusión es más grade y lujoso que mi casa.

Jura decir la verdad y queda a la expectativa que el abogado defensor empiece el interrogatorio. Sus ojos siguen a su abogado fijamente. Me ha sorprendido que él no se fije en mí, es como si yo no existiera o que este juicio no le importara. No lo sé. El hecho es que, a pesar de estar varias horas en un mismo lugar, James Gaviria no ha volteado en mi dirección ni una sola vez. Ni siquiera de soslayo. Es intrigante ya que esperaba algún tipo de reacción; así sea ira, desesperación, deseos de venganza, pena o arrepentimiento.

¡Por favor, Antonia! ¿Arrepentimiento? Ese tipo es un enfermo.

—Señor Gaviria, ¿Puede describirnos los sucesos del día 30 de junio? —empieza su abogado.

—Por supuesto. Ese día fui al pub después del trabajo. Habíamos salido temprano gracias a que había cerrado un trato enorme. Estábamos celebrando con mis compañeros cuando vi llegar

a la señorita Nieto. Se veía bastante joven pero la forma en la que caminaba era ejemplar, no había visto tal confianza ni en conocidas que poseen dinero. Sin lugar a duda era bella, tenía el cabello rojizo suelto y arreglado. Se veía como una ninfa. Fue hipnotizante.

Trago saliva ante su descripción. Intento hacerme la imagen de un personaje del bosque caminando en un bar. No lo logro.

No sé qué quiere lograr con esa descripción, si ganar algo de simpatía con el jurado o crear un personaje fantasioso con intenciones más nobles de lo que en realidad tenía. Mi abogado no le quita los ojos de encima y veo que las mujeres del jurado se miran unas a otras.

—Tenía que conocerla. Me era indispensable. Sin embargo, no sabía lo loca que podía estar —dice y su expresión se torna triste.

¿Loca?

—¿Por qué lo dice?

—¿Por dónde empiezo? —Eleva uno de sus dedos hasta su boca y mira hacia el techo—. Principalmente porque me interrogó de una manera que pocas lo han hecho. Supo sobre mi madre, lo que hacía, como me gustaba que me dijeran, mi trabajo, mi familia, mis pasatiempos, donde vivía y que pensaba hacer el resto de la noche. Supuse que todo eso era por lo interesante que me veía, pero ahora sé que es para sacar provecho de mí.

—Objeción —se levanta furioso mi abogado—. Especulativo.

—Ha lugar —dice el juez con el ceño fruncido—. Señor Gaviria, cuente la historia sin juicios. De eso me encargo yo.

—¿Qué pasó después? —continúa el defensor dándole la espalda al juez.

—Le conté sobre la fiesta y ella se invitó sola. Dijo que ella no buscaba nada serio y que a pesar de ser tan joven no creía que tuviera que estar amarrada a alguien para tener placer.

Escucho el suspiro del auditorio. Como si eso fuera una declaración que le permite hacer lo que quiera conmigo. En parte es mentira por supuesto, yo no me invité a su fiesta pero tengo que admitir que en mi juego de seducción pude haber dicho que estaba dispuesta. ¿Eso le da derecho a sobrepasarse? ¿A golpearme y creer que sus deseos eran más importantes que los míos? No lo creo. Sin embargo, el ambiente cambia y varios del jurado se inquietan.

Es como si en pleno siglo XXI las mujeres todavía no se pudieran referirse a sus necesidades naturales. *¡Oh no, es un pecado!*

—Continúe —le ordena el abogado.

—Salimos del bar y la llevé en mi carro. Ella estaba sorprendida del costo y me estuvo preguntando por mis finanzas. Luego de eso se comportó aún más coqueta conmigo. Cuando llegamos a la fiesta, ella ya estaba sobre mí como si yo fuera a escapar. Se me sentó encima toda la noche, pero cuando notó que mi interés empezó a decaer, fue a bailar con mi amigo Brandon para intentar ponerme celoso.

El abogado señala al amigo del acusado y el jurado lo mira con una expresión neutral. Me molesta que no demuestren lo que están pensando.

—Así que, me cansé—chasquea su lengua y se detiene para mirar con seriedad al jurado que lo observa con detenimiento—. Le dije que la llevaría a casa y que no quería saber nada de ella. No tenía tiempo para niñitas malcriadas que sólo pretenden llamar la atención y manipular a hombres.

Contengo el aire al sentir el impacto de esa mentira. El imbécil está diciendo que me botó. Que se quería deshacer de mí. No sé qué es más doloroso, que diga que soy una chica fácil o que soy tan loca que lo espanté.

—No le gustó para nada. Empezó a hacer una escena en plena fiesta así que tuve que

llevármela a una habitación lejana para que se calmara. No lo logré y ella salió corriendo hacia mis amigos y le pidió a Brandon que le señalara la puerta. Él la ayudo pero yo salí detrás para hacerla entrar en razón. Estábamos en la mitad de la nada y no podía dejarla sola. Pero ella no escuchaba lo que decía, empezó a gritar y tuve que sostenerla. Sin embargo, se zafó y por el impulso fue a dar al suelo, en donde se golpeó con una roca. Se quedó extendida ahí por un momento, así que tuve que agacharme para ayudarla. No sabía si estaba inconsciente.

El abogado me mira impresionado, yo hago lo mismo sin poder creer lo que estoy escuchando.

—Sus amigos llegaron después y supusieron lo peor. Así que me sacaron de encima y me golpearon sin poder explicar la situación.

Suelto todo el aire que estaba reteniendo. Ahí en ese momento, James voltea a mirarme con una sonrisa de superioridad. Con esa expresión macabra que indicaba que no estaba ganando, que él tenía las cosas bajo control. Esos ojos oscuros se apoderan de mi mente con facilidad y al instante me congeló. Siento miedo. Vuelvo a revivir lo que pasó ese día, lo que verdaderamente pasó, no esa versión encantadora que acababa de testificar.

—Señor Gaviria, ¿usted golpeó a la señorita Nieto? —pregunta el abogado pronunciando cada palabra como si la señora de la máquina de escribir necesitara una pausa.

—No, yo no atacé a Antonia Nieto.

—¿Uso fuerza desmedida para agarrar a la señorita Nieto?

—No, pero ella usó sus uñas para lastimarme cuando quería irse.

—En su opinión, ¿su conducta con la señorita Nieto fue decente y civilizada?

—Así es.

¿En serio?

—No más preguntas, su señoría —termina el señor Larra.

El juez asiente y toma una nota. Luego le indica a mi abogado que puede continuar.

—Señor Gaviria —empieza el señor Solís mirando al suelo—, según su relato, le era indispensable conocer a mi cliente, ¿no es así?

James se acomoda en el puesto y frunce el ceño como si le disgustara que repasaran su declaración.

—Así es.

—Si la señorita Nieto se hubiera negado a ir con usted, ¿eso lo habría detenido?

—Objeción —salta el señor Larra—. El abogado Solís está inventando una situación.

—Denegada—interrumpe el juez—. Conteste la pregunta señor Gaviria.

—No —dice con confianza. Sigue con su actitud de hijo de papi intocable—. Habría conseguido que lo hiciera.

—Entonces la señorita Nieto no se invitó sola, usted la invitó —dice mi abogado y gesticula con las manos.

James se da cuenta de su error y abre los ojos como platos. Traga grueso y baja la mirada.

—Señor Gaviria ¿usted es el actual vicepresidente de la compañía Grupo Sanz?

—Sí, así es.

—¿Reconoce estás dos demandas por acoso sexual en su contra por parte de dos ex secretarias de vicepresidencia?

El señor Solís le extiende dos pedazos de papel y James los mira con desprecio. Como si quisiera alejarlos de su vista.

—Sí. Juliana Bermúdez y Eliza López. Ambas fueron mis secretarias en el año 2014.

—Así es. ¿Puede leer la declaración de la señorita López?

Con un puchero de disgusto, James toma uno de los papeles y lee a regañadientes.

—«El señor James Gaviria, vicepresidente de la Grupo Sanzs, ha usado su cargo para acercarse a mí con propuestas sexuales. Al principio, las he rechazado con educación, pero el señor James Gaviria no ha hecho caso a mi negativa. Su comportamiento empeoró y empezó a portarse grosero e incluso agresivo. Una vez trató de propasarse conmigo en su oficina, cuando pensó que no había nadie en el edificio. Para mi fortuna, una señora pasó por la oficina y tocó la puerta. No estoy segura que habría pasado si ella no lo hubiera hecho. Por esta razón, denuncié al señor James Alberto Gaviria por acoso sexual y solicito una orden de restricción de no menos ochenta metros.»

Mi abogado le quita los papeles y se los da al juez.

—Anexamos estos documentos a la evidencia, señoría.

—¿Qué prueba eso? —pregunta exaltado James. Con sus ojos desorbitados.

El abogado lo ignora y vuelve al interrogatorio.

—Otra cosa, ¿sabía que mi cliente es menor de edad?

—No. Ella entró a un bar y pidió una copa. Además, ella no luce como una colegiala —su rostro se vuelve indescriptible. Veo su estrategia, pero a la vez le divierte encontrar adjetivos para degradarme.

—Dígame señor Gaviria, ¿Qué le pasó a sus manos esa noche? Hemos entregado evidencia que usted tenía evidencia de haber golpeado algo. Sus nudillos estaban inflamados.

—Pelee con los amigos de la señorita Nieto —dice rápidamente.

Oigo a Michael bufar.

—A usted lo golpearon, señor Gaviria. Pero ni el señor Sánchez o el señor Rivera recibieron un golpe suyo. Por otro lado, la señorita Nieto tenía un patrón de golpe correspondiente a un puño. Y ese puño coincide con su mano. ¿Es consciente que está bajo juramento?

—Soy consciente de donde estoy, abogado. Y no, yo no golpeé a esa chica pelirroja.

—¿Entonces la roca tenía la misma forma de sus nudillos? —pregunta sarcástico.

Eso hace sonreír al público, pero al juez le molesta. Usa su martillo para establecer orden.

—Confíese, las pruebas están en su contra. Usted no iba a dejar escapar a la señorita Nieto tan fácil. Ella no sabía en el problema que se había metido al irse con alguien tan importante como usted. ¿Qué se creía al rechazarlo después de haberse ofrecido en el bar? ¿No es así? Ella tenía la obligación de hacer lo que usted pidiera, por el simple hecho de que usted lo quería. ¿Me equivoco?

—Eso no es una prueba. Es lo que usted piensa, abogado.

—Usted es un dios en su entorno, nadie puede negarle lo que quiere. El que se atreve no puede contarle después. Estas dos chicas han tenido que irse de aquí porque le temen demasiado. Ninguna está disponible para venir a juicio, ¿no le parece incriminatorio? Cree que por ser el hijo de un magnate de comercio internacional puede obtener lo que le plazca —el señor Solís pasea por toda la sala con una actitud confiada—. Entonces, llega una chica de diecisiete años a decirle que no quiere nada con usted cuando se dio cuenta de la clase de persona que es. Ella quería salir de esa fiesta cuanto antes, pero no podía permitir aquello. Ella sabría quién era James Gaviria. Dígalo, confíese. Usted atacó a la señorita Nieto.

—Objeción —grita el abogado Larra—. Acoso.

—Denegada.

El juez mira con cara de pocos amigos a James. Veo su expresión airada, esa misma que me demostró cuando me quería ir. Esa frustración cuando algo no sale como él quiere.

—¿Cómo podría dejarla ir? Si ella ya había visto la persona en la que se convierte cuando

alguien le dice que no. Ella se fue corriendo, pidió ayuda para salir de esa fiesta y corrió sola a pesar que estaba en un lugar desierto. ¿Espera que crea que estaba portándose como un caballero?

—La traté con...

—La manipuló, la llevó a un lugar alejado y se impuso por tener más poder tanto financiero como físico.

—¿Eso es una pregunta? —lo desafía con la mirada mostrando que el interrogatorio lo está afectando.

Mi abogado vuelve a pasear cerca de los jurados.

—Señor Gaviria, ¿usted se considera un caballero?

—Por supuesto.

—Entonces, ¿qué ocasionó que Antonia Nieto decidiera huir de usted a media noche, de una fiesta que parecía grandiosa y de su perfecta compañía?

—Como le dije, está loca.

Intento controlar mi ceño bajando la cabeza para que el jurado no pueda ver lo afectada que me pone esa palabra.

—¿De eso también acusa a sus exsecretarias? ¿De ser locas?

—Todas las mujeres que conozco lo son. Algunas en menos grado pero lo son.

Escucho el murmullo de los asistentes, así que levanto la vista hasta el jurado. Por lo menos la mitad de las mujeres están mirándolo con ganas de asesinarlo, la otra mitad están mirando sus manos o mirando a mi abogado con expectativa. El señor Larra se limpia el sudor de la frente y mira con rabia a su defendido.

—De nuevo, ¿usted atacó a mi cliente, la señorita Antonia Nieto?

—No.

—Según su relato, se golpeó con una piedra, y entonces se agachó a ayudarla. Lo gracioso es que lo hizo encima de ella, no a un lado o intentando ayudarle a despertar. Usted sujetó sus manos, ¿no es así?

—Intentaba ayudarla.

—¿A pesar de que ella estuviera loca? ¿Ella se merecía que fuera en su rescate?

Los ojos de James se pierden por un instante y aunque pienso que está recuperando su temple, su voz se quiebra.

—Esa perra no merecía ningún trato especial, ella debía hacer lo que yo le pidiera —su tono es despectivo y me mira directamente como si estuviera a punto de saltar y volverme a atacar.

El murmullo pasa a escándalo. Todos hablan al tiempo, tanto el jurado como el público. El juez se queda impactado con la declaración, que tiene que golpear ese martillo muchas veces.

Por mi parte, me quedo atrapada en esa mirada asesina. Me encojo en mi asiento al sentir el terror al estar expuesta de nuevo a ese acosador.

Sin previo aviso, James se levanta aprovechando el alboroto y se dirige hacia mí con las manos adelante. Me quiere estrangular. Me echo hacia atrás con miedo y alcanzo a caer con mi silla al piso. Mi cabeza se golpea pero mi cerebro no registra el dolor porque tengo a un tipo de unos 90 kilos casi encima mío.

Sin embargo, cuando estaba por alcanzarme, uno de los guardias lo agarra; lo toma por el cuello y lo inmoviliza.

Veo al abogado acercarse y a Michael intentar levantarme. Estaba tan aterrada que no me pude mover hasta que ellos quitaron la silla y me tomaron de los brazos. Mi cuerpo se resistía. Mis piernas no respondían. Eran como gelatina.

—Orden —grita el juez—. A raíz de la reciente declaración, el jurado va a entrar a deliberar

y se les avisará cuando esté la decisión —vuelve a golpear su martillo y dirige la mirada al guardia que tiene a James—. Lleven al acusado a su celda.

Se lo llevan con dificultad, no sin antes apuntar a mi dirección y decir algo entre labios. Me quedo petrificada cuando lo entiendo. Mi cuerpo cede y mi consciencia se pierde. Lo último que veo es a Michael atraparme en el aire.

Capítulo 50

Cuando abro los ojos vuelvo a sentir todas las emociones del juicio. Esa rabia por la mentira, la angustia por la última declaración y el terror por esa mirada asesina que iba dirigida a mí. El dolor en mi cabeza me hace quejar y llevar mis manos hasta ella. Dos personas se acercan y tratan de acomodar la almohada en la que estoy recostada.

Observo mi alrededor y me doy cuenta que estoy en un cuarto blanco e iluminado que luce como una enfermería. Una de las chicas que se acercó, me mira con alivio y escribe en su libreta. La otra se dirige a la puerta y llama a mi madre, quien entra con el rostro pálido y deja salir todo el aire que tenía retenido.

—¡Oh, cariño! —exclama entre jadeos.

—Mamá —le digo y extendiendo mi brazo para que ella lo tome—. ¿Qué pasó?

—Te desmayaste. El médico dice que tienes el nivel de estrés muy alto y que al ver a tu agresor intentar volverte a hacer daño, todos tus recuerdos se revivieron y tu mente intentó protegerte del dolor.

—Me duele la cabeza.

—Lo imagino, caíste de espaldas sobre la silla cuando intentabas huir de él. Sería bueno ir al hospital para que te tomen exámenes. Pero si puedes levantarte sin mareo, creo que estarás bien.

—¿No estamos en el hospital? —pregunto confundida.

—No cariño, esta es la enfermería del tribunal.

Bueno, eso tiene sentido. Asiento y la miro con cariño. Ella me sonrío y me ayuda cuando ve que intento levantarme. Lo hago despacio, primero girando mi cuerpo hacia la derecha para no hacer tanto esfuerzo en mi espalda. No siento mareo, así que doy un salto hasta el suelo. Las chicas se acercan y me revisan los ojos con una linterna. Parece que todo se ve normal, así que me hacen firmar una planilla y me dejan salir. Mi madre me guía por los pasillos del tribunal hasta que vemos a lo lejos a mi padre sentado en una silla.

—¿Vamos a casa? Necesito una ducha—le digo a mi madre quien se pega a mí como si fuera una pelusa en la ropa.

—Tu abogado nos ha recomendado quedarnos otro rato. Cree que el jurado no va a tardar mucho, ya que ese muchacho confesó.

—¿Se considera una confesión? —Al final James nunca dijo que me golpeó.

—Supongo que ya no es necesario que lo afirme.

En ese momento, el señor Solís aparece en el pasillo. Su caminar rápido nos llama la atención y todos acudimos a su encuentro. Veo el escrutinio en los ojos de Mike cuando está suficientemente cerca de mí. Trata de preguntarme algo pero el abogado le gana.

—El jurado ya decidió. Volveremos a la sala en diez minutos —declara con una sonrisa victoriosa.

—Estaremos ahí en un momento —dice mi padre acercándose a mí y abrazándome.

El abogado se retira y sigue el camino por el pasillo. Mike aprovecha que mi padre me suelta y va por su esposa, para tomar mis muñecas y atraerme hacia él.

—¿Cómo te sientes, bonita? —distingo el tono de preocupación en su voz.

—La cabeza me duele, pero sobreviviré —le digo soltando mis manos de las suyas y rodeándole el cuello.

La respuesta le hace gracia, así que me da un casto beso en los labios y se aparta para darle entrada a Maira, quien se veía sonrojada al vernos juntos.

—No tienen que parar por mí —dice con los ojos llenos de lágrimas.

—Sabes que quieres abrazarla—le dice Mike.

—Tonia no es buena con los abrazos—se limpia los ojos con sus dedos y hace un puchero.

Mike me mira sorprendido. No entiendo por qué, él debería conocerme.

—A mí me deja —dice él de nuevo.

—Suertudo —dice Maira. Ella no me había dicho que eso le afectaba.

Estiro los brazos para llamarla. No puedo acordarme de cuándo fue la última vez que la dejé abrazarme, quizás en su cumpleaños o alguna celebración. Es raro, se supone que es mi mejor amiga, alguien muy cercano, pero me cuesta dejarla entrar completamente. Ella da un paso tímido hacia mi gesto, pero cuando ve mi determinación, se lanza con premura. El impacto me hace dar un traspies, pero logro evitar la caída.

—Ahora entiendo porque no te deja abrazarla —comenta Mike con diversión.

Maira me suelta por un momento para sacarle la lengua.

—Deberíamos entrar a la sala. Quiero salir de esto cuanto antes.

Maira se aparta con una sonrisa. Se ve lo feliz que la hace que yo tenga ese tipo de gestos.

Empezamos a caminar por el pasillo cuando Mike me agarra el brazo con preocupación. Me quedo mirándolo, esperando que me diga algo, pero entonces se detiene del todo.

—¿Qué pasa?

—¿Qué te dijo?

—¿Quién? —pregunto confundida.

—¿Cómo que quien? El imbécil de Gaviria.

El recuerdo me impacta con fuerza. La forma en la que se dirigió hacia mí, sus ojos, sus manos con ansias de mi sangre. Me quedo paralizada y Mike me aprieta un poco más con desesperación.

—¿Y bien? —cada pregunta se oye más alto.

Las palabras retumban en mi cerebro. Me hace daño sólo recordar como sus labios se movieron y me dirigió esa amenaza.

—¿Pelirroja?

Trato de hablar, de repetir lo que dijo. No puedo, mi garganta se siente seca.

—¿Tonia? ¿Estás ahí? —sube sus manos a mis hombros y me mueve un poco.

Abro la boca y vuelvo a cerrarla. Me acerco hacia Mike y él me abraza. No sé si es buena idea decirle.

—¡Vamos, bonita! No puedes dejarme con esa intriga y mucho menos ahora que te veo tan afectada.

Suspiro para tomar fuerza.

—Bueno, pero prométeme que no harás ninguna locura —susurro en su oído.

—Lo prometo—dice de inmediato.

—Dijo: *Completaré lo que empecé y vas a morir* —digo palabra por palabra gesticulando de manera excesiva.

Omito el insulto. Supongo que no era necesario.

Michael empuña sus manos y veo como se le deforma el rostro. La ira lo consume por un momento y tengo que agarrarlo con fuerza para que no se vaya sin mí.

—Ese enfermo no va a ponerte un dedo encima, eso te lo prometo.

—Lo sé, va a ir a la cárcel. Pero es difícil hacer desaparecer el miedo.

—Espero que lo manden para allá y se pudra o él será quien muera —dice y me jala hacia la sala.

¿Qué quiere decir? Acaba de prometer que no va a hacer locuras...

Capítulo 51

Entramos con prisa a la sala. Mike porque estaba furioso y yo porque no podía pensar cerca de él y mucho menos si tenía esa expresión en su rostro. No quiero saber que está planeando, ni siquiera si de verdad podría cumplir esa promesa. Y si podía, es mejor que lo persuada para no hacerlo. Ya estamos metido es demasiados líos.

La sesión empieza y uno de los jurados se levanta y entrega algo al oficial. Este se lo entrega al juez.

—Vamos a empezar con la lectura de los cargos y su decisión —dice el juez, quien se ve sereno.

Parece que ya le agrada más el juicio que cuando estábamos en los interrogatorios.

—Por el cargo de agresión a la señorita Nieto —empieza el representante del jurado—, encontramos a James Gaviria: culpable.

Cierro los ojos con un mudo agradecimiento. El alivio me calma y miro a mi alrededor para ver los rostros de mis acompañantes. La mayoría esbozan una sonrisa.

—Por el cargo de asalto, encontramos al acusado James Gaviria: culpable.

El murmullo incrementa y oigo que algunos se toman de las manos con fuerza. Supongo que son mis padres.

—Por el cargo de violencia de género, encontramos al acusado James Gaviria: culpable.

Y ese último anuncia nos hace levantar y abrazarnos. Tres cargos y todos culpables. El abogado Solís me extiende su mano para que la estreche pero yo estoy tan emocionada que no me doy cuenta en el momento que lo abrazo. Fue raro, pero él hizo un buen trabajo.

El lado perdedor está en silencio, varios de ellos fulminándonos con la mirada. Sin embargo, el acusado, no demostraba ninguna emoción. Su abogado lo llama pero no responde.

—Con base en la decisión del jurado, sentencio al acusado James Alberto Gaviria a trece años de prisión de máxima seguridad. No se permite rebaja de pena porque el delito fue contra Antonia Nieto, menor de edad —anuncia y golpea su martillo para finalizar.

El oficial se acerca al acusado y le ordena extender las manos para que pueda esposarlo. James cumple la orden sin resistencia y el oficial ajusta las esposas a sus muñecas.

—Se concluye el juicio Nieto contra Gaviria, se cierra la sesión—dice el juez y se levanta. El jurado hace lo mismo y se retira.

La familia Gaviria es la primera en salir, no sin antes dirigir miradas amenazadoras a mis padres. Es como si esto no se hubiera acabado.

Mike me alcanza y me aparta de las felicitaciones de las personas de alrededor. No estaba feliz, por lo menos no parece estarlo. Quiero preguntarle que le sucede pero él me gana.

—¿Puedes creer? ¿Trece años? —escupe con desprecio.

—El abogado nos había dicho que podían darle quince años máximo con el cargo de violencia de género. Creo que estuvo muy cerca.

—¿Te das cuenta que es muy poco? —dice indignado.

—Lo sé —digo cabizbaja—, pero no se podía demostrar ningún otro delito. No estuvo ni

cerca de violarme...

—¿Estás diciendo que es mi culpa? —su piel se acalora y veo la furia en sus ojos.

No entiendo porque está redirigiendo su frustración hacia mí, pero que ni crea que voy a quedarme callada.

—¿Quién te está acusando? Te digo que no se podía demostrar médicamente que él estuviera intentando violarme.

—¿Porque llegué muy rápido, si me hubiera demorado otros cinco minutos sería diferente!

—¿Qué te pasa? ¡Ganamos! Eso es lo que importa ahora.

Él niega.

—La verdad, con trece años sigues estando tan desprotegida como ese día—dice y me da la espalda para irse.

¿Desprotegida?

Me siento abandonada en el momento que lo veo desaparecer por la puerta. Maira llega hasta mí y me ayuda a sentar. Supongo que alcanzó a escuchar la conversación.

—Creo que está estresado—dice Maira.

—Pero eso no excusa su comportamiento de idiota.

—No, claro que no. Tú lo conoces, es errático. No podemos dejarlo solo porque quien sabe qué puede hacer.

—Tienes razón. Vamos a casa —le digo con cariño.

Mis padres nos llaman y los acompañamos. No registro el camino a casa, mi mente está demasiado ocupada sintiendo la alegría que todo ese episodio acabó y la confusión de la reacción de Michael desde que supo de la amenaza.

Sólo espero que no vaya a hacer nada de lo que se pueda arrepentir.

Capítulo 52

Michael

¿Trece años? Aquello es un insulto.

¿Cómo podían condenar a ese bastardo tan poco tiempo? Se demostró que es un sociópata y que no tiene respeto por las mujeres. Tenía dos órdenes de restricción y todas las pruebas que lo situaban ese día en la fiesta golpeando a Antonia. ¿Trece años?

Como familia rica, ellos pedirán apelar la decisión. Seguramente se reevaluará su condena y se libre por lo menos de la mitad. Y luego, simplemente tendría que cambiar de religión, portarse bien y hasta trabajar en la biblioteca o escribir un libro, para que, en cuestión de meses, esté de nuevo en las calles.

Y encima de todo, Antonia ha estado tan relajada con el asunto, como si no viera la hora que terminara el juicio, así solo lo encerrarán un año. Entiendo que ha sido un proceso estresante y de mucha presión, pero estar satisfecha con tan poco tiempo es inaudito.

La dejo sola en aquella sala. No tengo la fuerza ni la paciencia para explicarle todos los pormenores de su situación. ¿Qué iba a pasar luego de la condena? El imbécil de Gaviria ya se lo había dicho, iba a buscarla y continuar con lo que empezó. Sin contar con el amigo que le envió mensajes...

Mi mente está enredada. Quiero pensar que esto puede ser algo bueno, pero a la vez, sé que ella no va a vivir tranquila de ahora en adelante. Y mucho menos cuando cumpla su corta condena. Ese hombre va a ser un fantasma que la persiga toda la vida o por lo menos lo que dure.

No puedo ni pensar lo que viene. No quiero ver esa imagen mental una y otra vez, pero ante tanta amenaza, no me queda otra opción.

Tengo que eliminarla.

Salgo del tribunal con prisa. Subo a un taxi y lo dirijo hacia mi antiguo lugar preferido. Aquel bar en el que desahogaba mis penas. A esta hora del día, no hay nadie interesante, pero no puedo ir a mi casa, ni a la de Tonia. Allá me haría cambiar de opinión y eso no va a pasar.

Espero en el vecindario toda la tarde, hasta que veo aparecer a Pedro. Me mira con curiosidad pero tensa su mandíbula anticipando problemas. Supongo que yo siempre se los daba.

—Mike, creí que nunca iba a verte de nuevo—su voz es firme. No parece estar drogado en el momento.

—Yo tampoco, pero tengo un negocio que puede interesarte.

—Soy todo oídos, entonces—dice y me invita a entrar al bar.

Capítulo 53

Algo en mi interior se retuerce cuando la sexta llamada a Michael llega a buzón. ¿Qué es lo que le pasa? ¿Dónde se ha metido?

Estaba furioso en la corte, si alguna persona que no hubiera asistido al juicio lo viera, podría decir que habíamos perdido. La verdad no entiendo su frustración, ganamos y van a encerrarlo mucho tiempo. ¿Por qué angustiarse ahora que apenas va a empezar la condena? Sí, es cierto que James Gaviria va a salir de la cárcel, seguramente cuando tenga unos cuarenta y ocho años. Quizás no es tanto tiempo, pero el suficiente para que yo rehaga mi vida y me largue de este pequeño pueblo olvidado.

¿Qué si pienso que va a cumplir su amenaza? Tal vez. Pero mientras esté en custodia no me preocupa tanto. Estoy segura que si es tan enfermo como para querer continuar el ataque, no va a mandar a otra persona a hacerlo, va a querer ser él. Y por el momento, no está disponible para hacerlo.

Contesta, Mike.

No sé qué está haciendo o que está planeando, pero mi corazón se encoje como si esperara peligro.

¿Por qué enredar las cosas? Acabamos de terminar una pelea, no hay razón para actuar anticipadamente.

¿Y si ha vuelto a consumir? Dijo que no lo había hecho desde mi ataque, pero...

Antonia, ¡cálmate!

Me rasco la cabeza desesperada. ¿Por qué me hace esto? Mike debería estar aquí celebrando junto a un gran grupo de personas que se acercó a mi casa. Puede que no le gustara del todo el resultado, pero es mucho más de lo que cualquiera pudo haber pronosticado. Los medios de comunicación han llamado a la decisión del juez: ejemplo de condena por violencia contra la mujer para dejar un precedente que las clases altas también deben cumplir con la justicia. Ya no me llaman caza fortunas, ni niña desubicada, lo cual es un alivio.

—*Supongo que no contestar ocho veces no es suficiente* —dice Mike contestando la llamada. Su tono frío me deja paralizada por un momento, pero recuerdo todos los sentimientos que me ha hecho pasar por estas horas.

—Eres un idiota, Mike. No sé lo que haces y no me interesa. Deberías estar aquí, conmigo.

—*Estoy resolviendo el problema* —contesta cortante.

—¿Cuál problema? No hay problemas... ¡Por favor! Ven a mi casa—lo último me sale como una súplica. Y si no accede, no va a escuchar ni una sola palabra mía de nuevo.

—*Ahora no puedo, tengo que revisar la situación y luego te comunicaré mi plan. No te preocupes, pelirroja* —esta vez usa su voz de persuasión.

—¿Qué situación? —pregunto demandante. No quiero ni pensar que está haciendo algo ilegal.

—*Elimino tus amenazas*—finaliza y cuelga.

¿Eliminar mis amenazas? ¿Quién se cree? ¿Jason Statham? ¿James Bond?

Suelto el celular con impotencia. Maira se acerca y deduce mi estado de ánimo. Se disculpa

con mis padres y me dirige rápidamente a mi habitación. No quería dejar mi celebración pero estar allí rodeada de personas y sintiéndome tan sola no estaba ayudando tampoco.

—Dime que no está borracho —dice Maira al ver que no digo nada.

—Su voz no suena a borracho, tampoco a drogado —aclaro porque ya sabía cuál era la siguiente pregunta.

—¿Entonces? —alza una de sus cejas y pone sus manos en la cintura.

—Dice que quiere eliminar mis amenazas.

—¿Qué? ¿Qué quiere decir con eso? ¿Acaso va a...?—deja su frase en el aire. Sus ojos oscilan de un lado para otro como si hubiera tenido una epifanía.

—¿Qué? —mi voz suena ansiosa. Maira mantiene la mirada fija en la pared.

—Tengo que sentarme —se dirige al borde de mi cama sin dejar de mirar al horizonte.

—¿Quieres parar? Me estás asustando.

—Es que... —se queda otro rato callada.

—¡Maira! ¡Por todos los cielos! ¿Puedes decirme que pasa por tu cabeza? —exploto.

Hace mucho que no tenía un arranque de ira y desesperación. Me muevo alrededor de ella esperando que reaccione pero su letargo me incomoda. Zapateo para que se apure.

—Si fueras Michael, y quisieras «eliminar amenazas», ¿a quién acudirías?

Buena pregunta. Michael siempre se ha movido en un medio de personas con poco respeto por la ley, seguramente debe conocer a alguno que tenga habilidades específicas, algo así como Liam Neeson en *Taken*.

—No lo sé, supongo que en el bar que frecuentaba podría tener contactos.

—Exacto, ¿y quién maneja la mayoría de los negocios en ese lugar? —vuelve a preguntar Maira alzando las cejas.

La verdad odio su juego, ¿por qué no me dice las cosas claras y ya?

—Pedro —respondo automáticamente.

Abro los ojos ante la conclusión a la que hemos llegado. No puedo creer que Mike piense enviar a matar a James Gaviria. Llevo las manos al rostro para evitar que las lágrimas corran por mis mejillas.

¡Está loco! ¿Cómo puede siquiera considerarlo?

Agggghhhh Tengo que evitarlo.

—Tenemos que ir, Maira —le digo mientras limpio mis ojos con el dorso de la mano.

—Entiendo que quieras hacerlo, Tonia, pero odio ese lugar. Es horrible. Si por mí fuera no me acercaría ni a cincuenta metros.

Leo el miedo en su expresión y por poco me asalta otro ataque de ira.

—No me dejes ir sola.

—Lleva a Steven, él te acompañaría sin problema.

—Vamos los tres —lo digo como si fuera una orden.

—No me hagas esto, Tonia.

—¡Por favor! ¿Quieres que Mike vaya a prisión también?

—Nooo —su respuesta sale inmediatamente y me doy cuenta que la he ofendido.

—Entonces, andando.

Se levanta refunfuñando y salimos de la habitación. Bajamos las escaleras que nos conducen a las personas que están charlando animadamente en mi sala. Todos se giran para mirarme y fruncen el ceño como si supieran lo que vamos a hacer. Encontramos a Steven en la cocina y le contamos de forma discreta lo que descubrimos. Él no puede ocultar su sorpresa y sin pensarlo, se alista para irnos.

—Anto, cariño —me llama mamá en el momento que intento salir por la puerta.

—Tengo que irme mamá, pero fue una fiesta hermosa—le digo en un tono tranquilo—. ¡Muchas gracias por venir, de verdad aprecio que me estén apoyando! —vocifero para que todos puedan escuchar.

Salgo sin esperar una respuesta y los tres corremos para detener a un taxi.

Todo el camino lo único que puedo pensar es que Mike no haya cerrado ningún trato. Que llegue a tiempo.

Capítulo 54

—Oye grandulón ya hemos estado aquí antes, sólo necesito pasar y sacar a mi amigo. No puedes cobrarnos por eso —le digo al guardia del bar. Un hombre que cada vez tiene los brazos más hinchados del gimnasio.

—Reglas son reglas. Dicen la clave y pagan por la droga o no entran—replica con el ceño fruncido y los brazos cruzados.

—Es de vida o muerte, necesitamos entrar.

—Y yo necesito mi empleo. ¿Qué deciden?

Miro a Steven y a Maira para que me den un poco de apoyo. Steven se adelanta y pone su mano en mi hombro, mira al guardia e imita su postura. A pesar de lo serio de la situación, tuve que contener la risa al ver a mi amigo tratar de enfrentarse a ese hombre. Sí, Steven tenía músculos gracias a su deporte, pero no se podía comparar.

—Amigo, sólo necesitamos cinco minutos. Entramos y sacamos a nuestro amigo.

—No —responde seco y su mirada me indica que empieza a perder la paciencia.

—Bien, podemos pagar la entrada pero no vamos a tomar la droga. ¿Qué tal? —sigue Steven.

El hombre relaja la expresión y se aclara la garganta. Nos hace un gesto y nos corremos dos pasos hacia la izquierda.

—Ustedes ganan. La entrada por favor —extiende la mano.

Le entregamos el dinero y él pretende que nos entrega un paquete. Fingimos que nos llevamos algo a la boca y se lo mostramos. Luego nos abre la puerta con una sonrisa extraña.

—Bienvenidos.

Maira da pasos inseguros a mi lado. Se detiene cada vez que ve a una chica medio desnuda contonearse a algún cretino que le está pagando o cuando algunos se quedan mirándonos como si estuviéramos en el lugar equivocado.

—No puedo creer que me hayas obligado a venir —dice ella enojada.

—Tú eres su amiga también —digo sin prestarle mucha atención. Intento buscar a Mike entre tanta gente.

Hace mucho que no veía este bar tan lleno. Bueno, bar es un modo decente de decirle. Lo cierto es que aquí se concentra mucha ilegalidad para ser tan pequeño.

Tengo que halar la oreja de Steven cuando lo veo dirigirse hacia la barra en donde una chica lo llamaba. Estamos aquí por Michael, no por diversión.

—Allá está —señala Maira hacia el fondo.

Odio esa parte de este lugar, era una zona VIP o lo que sea. Así que nuestra entrada no va a ser tan fácil.

—¿Tenemos que pasar por otro grandulón? —pregunta Maira con recelo.

—Sí, y este por nada del mundo nos dejará pasar si Pedro no lo autoriza—respondo.

—¡Genial! —exclama Steven imitando el tono de Maira.

Nos acercamos hasta el guardia de la sección VIP. Nos mira de arriba a abajo midiendo nuestra intención. Parece que no logra deducirlo y entonces nos pregunta lo que queremos.

Tenemos dos opciones: decir que queremos escoger compañía para la noche (aunque esta opción sólo aplica para Steven) o admitir que necesitamos hablar con Pedro. La primera es sencilla, pero solo dejarían entrar a Steven y la segunda, bueno, es impredecible.

—Queremos hablar con Pedro —digo al fin.

—Específicamente con Michael —dice Maira.

Me llevo las manos a la cara ante su metida de pata. ¿Por qué no puede evitar decir la verdad?

—Esperen aquí —dice con la expresión neutra.

Sorprendentemente, el guardia no nos rechazó. Se dirige hasta la mesa en la que están ellos hablando. Nos señala y Pedro tiene que quitarse sus anteojos oscuros para poderme ver. Los ojos de Mike se dirigen a mí con vergüenza o sorpresa, no lo sé, pero veo que niega con la cabeza indicándole al guardia que no nos deje pasar.

Será imbécil.

Cuando vuelve nos trae el mensaje que ya conozco.

—El señor Michael Rivera dice que no pueden pasar. Están en medio de un negocio. Dice que lo esperen en la barra quince minutos.

Esperará su madre.

Le haga una señal a Steven para que entretenga el guardia y yo me deslizo por un lado. Él se da cuenta pero Steven lo arrolla y ambos caen al suelo. No creo que sea sabio para mi amigo ponerse a pelear con ese hombre, es demasiado grande. Luego de ese segundo de preocupación por Steven, recuerdo la situación y corro hasta la mesa en donde Mike se ha levantado por el gran alboroto que estamos causando.

—¿Qué haces aquí? —le digo dejando un espacio entre nuestros cuerpos. Así no puede usar sus encantos para desviar la atención.

—Ya te dije, pelirroja —trata de tocarme el brazo—. Eliminar la amenaza.

—¿Qué tiene que ver Pedro en esto?

Pedro vuelve a bajarse las gafas para detallarme. No estoy segura si me recuerda.

—Necesitamos sus contactos, su gente —responde Mike sin mirarme.

—¿A qué costo? —cada vez mi tono va ascendiendo más. Los ocupantes de las otras mesas VIP se giran para mirarnos.

—Al que sea, bonita. No voy a dejar que esa amenaza se cumpla.

—¿Y tu mejor idea es matarlo? —llevo mis manos a mi cabeza por la ira que me genera tener que estar aquí tratando de evitar algo que nunca debió empezar. ¿Cómo podía creer que es una buena idea?

En ese momento, Pedro me toma del brazo con fuerza. Me atrae hasta él y su mirada perdida por la droga me impacta.

—Este negocio es discreto, señorita Antonia. Si va a empezar a gritar sobre asesinatos voy a tener que echarla de aquí.

Me retuerzo de su agarre. Me suelta con una mirada de advertencia y veo que mi brazo va a quedar amoratado donde sus dedos me tenían aprisionada.

Busco la mirada de Mike pero él está enfrentando a Pedro. Lo toma de su camiseta y lo tira hasta la pared más cercana. No alcanzo a escuchar lo que le dice porque la música está alta y las personas se levantaron para ver la pelea.

El guardia llega con Steven agarrado, sin embargo lo suelta para ir a ayudar a su jefe. Cuando por fin quita a Michael de encima, lo golpea tan fuerte en el abdomen que mi novio se tiene que coger de un asiento para evitar caerse. Me apresuro a alcanzarlo e interponerme entre él y el

guardia.

—¡Váyanse de mi negocio ahora! —grita Pedro sin dejar de arreglarse. Mike le partió el labio y le dañó sus estúpidas gafas de sol—. Y no hay trato, Mike. Lárgate y no vuelvas o vas a desear no haber nacido.

Llegan otros tipos del mismo aspecto que los guardias y nos levantan. Tiran de mí sin delicadeza y nos llevan a la salida. Mike le grita que no me toque, pero nadie le hace caso. Una vez en la calle, los hombres nos tiran como si fuéramos trapos viejos. Caigo en las rodillas y el dolor se esparce por toda mi pierna. Reviso los recientes raspones y me sacudo para levantarme.

—¡Maldita sea! —grita Mike luego que los hombres se van.

—¡Eres imposible! ¿Cómo pudiste venir aquí a pedir ayuda? —inconscientemente empiezo a llorar. Ya no soporto la ira.

—¡Tengo que protegerte! —dice mientras camina de un lado a otro para no tener que hacer contacto visual.

—Michael, ganamos. Y quizás tienes razón que es poco tiempo, pero de aquí a que salga, ya tendré una vida diferente, seguramente lejos. ¿Por qué preocuparme por lo que puede pasar en trece años?

—Porque no serán trece años—me quedo perpleja ante su conjetura.

—El juez dijo que no tiene derecho a rebaja de penas.

—Pero ellos pueden apelar.

—¡Por todos los cielos! ¿Te das cuenta que estás hablando de algo que ni siquiera ha pasado? Cuando estemos en esa situación buscaremos los medios necesarios para protegernos. Pero nada ilegal, nada que tenga que ver con ese hombre de ahí dentro. Ya te tuvo atrapado mucho tiempo con sus porquerías para que vengas a proponerle un trato.

Mike no responde de inmediato. Pasa sus manos por el rostro y agacha la cabeza. Se acerca hasta mí a paso lento. Trasmite arrepentimiento.

—Soy un tonto —dice e inspecciona mi brazo que ya debe tener la marca de Pedro.

—Así es.

—Perdóname —dice y me abraza—. No sé en qué estaba pensando.

En eso tiene razón.

Mi cuerpo se relaja ahora que ha entrado en razón. Por lo menos ha sido más fácil de lo que imaginé que sería nuestra primera pelea.

Acerca su mano hasta mi cara y planta un beso tímido en mi mejilla.

—Te perdono —sonríe. No puedo creer que no pueda estar enojada con él mucho tiempo.

—Vamos a casa.

—¡Aleluya! —exclama Maira desde atrás. Había olvidado completamente su presencia.

Reviso a Steven, quien recibió la peor parte de la pelea. El guardia lo había maltratado bastante. Su ojo seguramente tendrá un bello morado y su mejilla izquierda luce hinchada. Además, que sostiene su brazo como si fuera un bebé.

—¿Te encuentras bien? —le pregunta Mike.

—Creo que me partió algo —dice con dolor. Maira se acerca hasta él y lo ayuda a apoyarse en ella.

—¿Cómo qué?

—Mi ego —hace una mueca y luego sonrío descaradamente.

—Eres un tonto —digo aliviada. Puede que tengamos que ir al hospital de todas maneras pero por lo menos no tiene nada roto.

—Y así me soportas.

¿Por qué lo soporto? Ni que fuera Mike.

Ruedo los ojos ante mi pensamiento y los invito a ir a casa. Ya hemos tenido muchas emociones por un día.

Capítulo 55

Al día siguiente, todo parecía un sueño. Aún siento la alegría de ganar el juicio pero también está el desasosiego por el riñón que necesita Milly, los golpes que recibió Steven, la pérdida de la amistad con Elena y las múltiples amenazas que tanto Mike como yo hemos recibido.

Supongo que no todo podía ser felicidad en mi vida.

La noche anterior, Michael me había prometido llevarme a la primera cita oficial como novios. Ya que el juicio nos había robado los primeros días y luego no había asistido a mi fiesta de celebración, así que me la debe en grande. Estoy tan ansiosa por saber lo que está planeando que acabo con mis uñas.

¡Ay no! Las necesito para esta noche.

Reviso mi armario en busca de algo bonito unas mil veces. Me siento tan desorientada en esto de las citas, es como si tuviera doce años o algo así. Se supone que a esta edad ya debería tener experiencia en este tipo de salidas. O por lo menos en mi caso que he estado con varios chicos. Sin embargo, ninguno fue tan gentil para llevarme a algún sitio especial, o por lo menos a cenar a un restaurante decente.

Después de tener toda mi ropa sobre mi cama me doy cuenta que necesito un consejo femenino. Así que agarro mi celular y le marco a Maira.

—*Hey Tonia, pensé que estarías ocupada con Mike*—dice apenas se conecta la llamada.

—Lo estaré, pero tengo un problema.

Al contarle se ríe de mí por cinco minutos. Tengo que hacer uso de toda mi paciencia para no colgarle, sobre todo porque necesito de su ayuda.

—*Bien, lo siento... ¿Qué te parece el vestido rojo?* —su tono aún se escucha como si fuera a seguir riéndose—. *Casi no lo usas porque dices que te combina con el cabello, pero a mí me parece que te luce.*

—Jum no lo sé... no tengo ánimo para usar vestido.

—*¿A dónde te va a llevar?* —pregunta con curiosidad.

—No lo dijo. Lo único que mencionó fue que iba a usar un pantalón de vestir.

—*¿Qué?! Michael con pantalón de vestir... ¡Oh santa madre de todo lo prohibido! ¿Vas a verle el trasero con esa tela?*

La carcajada de ambos lados de la línea fue tan larga, que tuve que agacharme abrazarme e intentar parar antes que me duela el abdomen. La verdad no lo había pensado, pero sí que tenía razón.

—Seguro también usará camisa de manga larga o algo así.

—*Definitivamente ponte un vestido. Si no quieres el rojo, usa el negro. Ese tiene una espalda descubierta brutal. No entiendo como tienes ropa tan linda y no la usas. Estoy cansada de verte con esas blusas extrañas y jeans rotos.*

—Lo que sea —digo aburrida. Creo que todos mencionan ese punto cada vez que tienen oportunidad—. Tal vez te haga caso, el vestido negro está casi nuevo y se merece salir por una noche.

—Sí —chilla de emoción—. *Hazlo por todas las chicas y los vestidos que se quedan en casa un sábado en la noche.*

¡Ella es tan tierna!

Luego de colgar, busco el vestido entre toda mi ropa en la cama. Lo alzo para revisarlo y me convence. De alguna manera me visualizo a mí misma usándolo; un vestido en corte A que llega cuatro dedos arriba de mi rodilla, con la espalda en equis y descubierta en su mayoría, mucha piel para que Mike deje poco a la imaginación. Una sensación cálida me envuelve y tengo que aclarar mi mente para poder ir a alistarme.

A las siete en punto suena el timbre de mi casa. Esta vez no me apresuro a abrir sino que envío a mi madre a saludarlo. No sé quién estaba más nerviosa, ella o yo, ya que cuando lo ve, se le traban las palabras y al final solo le hace un gesto con la mano para que siga. Por mi parte, me ubico a la mitad de las escaleras como si fuera una princesa bajando a su fiesta. Supongo que he visto muchas veces *El diario de la princesa*.

Y ahí está, con su camisa formal de un tono claro que luce bastante ajustada a su dorso. Además, ese pantalón que lo hace ver increíble y elegante. Por poco trastabillo y caigo por las escaleras.

Debí esperar en la sala o un lugar plano.

Mike a su vez, me inspecciona de arriba a abajo y luce una sonrisa preciosa. Veo algo de orgullo en su mirada, se detiene y hace un gesto como si quisiera conservar ese momento por siempre. Me extiende la mano para invitarme a bajar y empiezo a caminar hacia él concentrada en poner mi pie en el escalón y no en el aire. Cuando lo alcanzo, rápidamente me atrae hacia su pecho y luego se retira un paso para hacerme una venia y besar mi mano.

Juro que casi chillo de emoción.

Mi madre se apresura a dejarnos solos con una mirada complacida en su rostro. Se despide de Mike y nos desea que tengamos una velada agradable.

—Bueno chicos, espero que se diviertan.

—Gracias, señora Nieto —dice Mike.

—Oh no querido, llámame Aurora. Ya casi somos familia.

¡Mamá!

Me ruborizo completamente al escucharle decir eso. Mike asiente con una sonrisa condescendiente y nos apresuramos a salir de la casa.

—Tu madre me adora —dice una vez estamos fuera de la casa.

—Lo sé. Creo que está más enamorada de ti que yo —digo a la ligera y cuando Mike se detiene en seco me doy cuenta de lo que he dicho.

Cierro los ojos reprochando a mi cerebro no conectarse cuando estoy cerca de él. Me da miedo girarme para enfrentarlo. Supongo que es bueno, pero no es algo que se dice en la primera cita y mucho menos si estaba tan reacia a aceptarlo.

No me hace falta moverme porque es él quien se ubica de manera que pueda escudriñar su rostro. Casi puedo escuchar las cosas que dice su mirada, esos ojos oscuros se ven felices y brillantes. Toma mi mano con suavidad y la acaricia.

—Sabía que algún día ibas a admitirlo —dice con galantería—. Sólo que creí que yo lo haría primero.

Es mi turno de sonreír y sentirme complacida. Nunca había sentido algo tan poderoso como saber que alguien te ama de esa manera y con tal entrega.

—Y estás hermosísima, por cierto —me da un beso en la mejilla—. Me quedé mudo al

verte —susurra en mi oído. Un estremecimiento cruza toda mi espalda.

—Gracias, y tú estás muy guapo y elegante. Me gustan esos pantalones —le digo mientras me acuerdo del comentario de Maira. Volteo a comprobar su teoría y me doy cuenta de que la vista es increíble. Voy a tener que vigilarlo esta noche para que ninguna arpía se atreva a mirarlo—
¿Vamos?

—Sí claro.

Al llegar al andén veo un carro fino estacionado al frente. Nunca lo había visto y sabía que mis padres no tenían compañía. Así que la única explicación es que...

—Lo alquilé —dice sacándome de mis pensamientos.

—Es lindo—exclamo al detallarlo —, y costoso.

—Todo lo mejor para ti, mi bonita. No te preocupes por el precio, estás en presencia del nuevo encargado de la bodega de la ferretería.

—¿Conseguiste trabajo? —pregunto admirada. Hace unos meses no lo hubiera creído.

—Sí, y además pasé todas las materias que debía.

¡Por Dios! ¿Quién es él?

Lo siguiente que siento son sus labios en los míos con suavidad. Deleitándose despacio en lo que es suyo. Porque a pesar de que no lo admitía, estoy intensa y completamente enamorada de él.

Capítulo 56

Me abre la puerta del pasajero y me ayuda a entrar en el auto. Le sonrío complacida y trato de mantener mis emociones controladas. Mi cara no puede estarse ruborizando cada vez que él haga algo parecido. Precisamente por eso no me puse el vestido rojo, ya es demasiado con mi cabello y mi cara.

Mike da la vuelta con prisa y se sube al auto. Arranca despacio y veo en sus ojos la concentración al manejar. Nunca lo había visto hacerlo así que debe estar nervioso por esto.

—Dime que sabes lo que haces y no vamos a morir —le digo con tono gracioso, esperando que el ambiente se relaje.

—Tengo licencia desde los dieciséis pero hace mucho que no conduzco. Además, no puede pasarle nada a este carro o tendré que vender un órgano para poder pagar. Sólo quiero tener cuidado.

Asiento y trato de no distraerlo para que lleguemos a salvo.

Michael se detiene en un restaurante pintoresco, adornado con velas y manteles blancos. El exterior se ve más rustico que fino, una embriagante sensación de bienestar me hace sentir como si estuviéramos en otro sitio, lejos de este pueblo.

Me doy cuenta que Mike pone más atención en lo que digo que incluso yo misma. Me trajo a un lugar que se diferencia de todo lo que acostumbro.

Le doy la mano a Michael para atraer su mirada, estoy maravillada de que ese muchacho que pasaba tanto tiempo perdiéndose a sí mismo, tenga potencial para ser un novio espectacular.

—¿Te gusta? —pregunta sin despegar su mirada y su tono demuestra la expectativa de mi respuesta.

—Es hermoso.

Estoy sonriendo como nunca en la vida.

—Espero que te guste la comida tailandesa.

—No lo sé, nunca la he probado.

—Ni yo. Pensé que era buena idea empezar a tener nuestras primeras veces, ya sabes, construir buenos recuerdos.

Dicho eso, me dejo llevar por el impulso de besarlo. Luego de unos segundos, escucho que alguien se aclara la garganta entretenido. Volteamos a mirar y es el *maitre* del restaurante que nos mira con amabilidad.

—Bienvenidos al restaurante Osaki, ¿tienen reservación?

—Sí, tenemos una reserva a nombre de Michael Rivera —dice él con una voz muy varonil.

Me dan ganas de volver a besarlo. Me contengo porque el *maitre* parece muy fisgón.

—Por supuesto, señor Rivera. Por aquí por favor —dice el joven asiático señalando el camino.

Nos lleva a una mesa de atrás que tiene algunos pétalos de rosa encima. Además de un hermoso ramo de flores en el asiento. Michael lo toma y me lo entrega con una sonrisa nerviosa. Mi cara debe ser una colección de colores porque casi siento que me desmayo. El joven *maitre* se

ofrece a tomarnos una foto, así que tengo que recomponerme deprisa. Acomodo mi cabello, el ramo en mis manos y atraigo a Mike. El flas de la cámara nos deja ciegos por un momento y luego el joven vuelve a tomar otra foto. Mike le agradece y ambos nos sentamos en ese lugar privado y hermoso.

La mesera nos trae la carta de la casa y se aleja para darnos tiempo de escoger.

—¿Sabes algo de este menú? —pregunto al ver nombres raros y que no me dan la menor idea de que es el plato.

—Soy tan nuevo como tú, pelirroja. Pero me llama la atención los rollos estilo thai —levanta la carta para mostrarme—, dice que tiene langostino, cerdo y vegetales.

Mmmm no estoy segura sobre las cosas de mar.

—¿Qué más hay?

—Bueno hay arroces, carnes, vegetales o sushi, si quieres algo que ya hayas probado.

—Supongo que parte de la experiencia es probar algo nuevo.

—Así es, pero no te sientas obligada.

Reviso de nuevo. Supongo que voy a empezar despacio con este lugar, así que me decido por el cerdo agridulce, que viene con zanahoria, mango y guisantes. Suena bien y no tiene nada que sea una sorpresa. Mike escoge los rollos que había visto antes.

Luego de pedir, nos introducimos en una conversación amena de nuestra infancia y de todos los dolores de cabeza que me ha hecho sufrir todos estos años.

—... admítelo, si no nos hubiéramos conocido en ese entonces, no nos habríamos convertido en amigos nunca—lo acuso.

—¿Cómo crees? No entiendo tu punto, bonita.

—Mi punto es que soy rara y tú eres popular.

Su sonrisa pasa a ser burlona.

—Creo que eres más popular que yo desde hace mucho, pelirroja. Los chicos babeaban por ti. A más de uno tuve que amenazar para que no se te acercara.

—¿Qué?

—Bueno, es que... —sus dedos tamborilean en la mesa—. No sé por qué, ni me preguntes, pero creo que pensaban que tenían que pedirme permiso a mí para intentar algo contigo.

—¿Qué?! —eso explica los pocos candidatos que llegaban hasta mí. Supongo que esa es la razón por la que solo me quedaban los que estaban comprometidos.

—Bueno, como te digo no sé por qué lo hacían. Tal vez lo veían como una muestra de respeto o sospechaban que nosotros teníamos algo oculto.

—Eso explica muchas cosas.

—Lo lamento —se muestra apenado, pero estoy segura de que no lo siente en realidad.

—Entonces, ¿los amenazabas porque te gustaba?

Esa pregunta lo coge fuera de base y tiene que aclararse la garganta para contestar.

—Si me lo pregunto ahora, tal vez diga que no. Es extraño la forma en la que me preocupo por ti y te quiero, es diferente. Tanto que no puedo explicarlo. Sin embargo, no puedo afirmar que te quisiera de esa forma cuando los alejaba de ti.

—¿Es reciente?

—No lo definiría así.

—¿Sino?

—Es creciente —sus ojos brillan y tengo el deseo de volverlo a besar.

¡Cálmense hormonas!

—Eso es muy romántico, señor Rivera —mi tono es insinuante.

—Bueno, saca lo mejor de mí, señorita Nieto —alcanza mi mano y la acaricia con delicadeza.

Al terminar la cena, que estuvo deliciosa valga la aclaración, un grupo de cuerdas se acercan a nuestra mesa y ofrecen su servicio. Mike asiente y ellos empiezan a tocar de una forma coordinada y singular. Uno de ellos toca el violonchelo, otro la viola y dos tocan el violín. Tengo que admitir que cuando terminan, tengo los ojos humedecidos por la bella melodía que pueden interpretar. No había letra pero se sentía como si te quisieran hablar, se podía sentir las sensaciones que transmitían.

Mike fue generoso con ellos, así que se ofrecieron a tomarse una foto con nosotros para su página de Facebook.

—Eso fue mágico ¿no crees? —le digo cuando los hombres se van.

—Fue muy bello.

—No quiero que esta noche termine—admito.

—No tiene que hacerlo —dice con una sonrisa que me deja muda—. Tengo otra sorpresa.

Ahí es donde me doy cuenta que he dejado de respirar.

Capítulo 57

Salimos del restaurante con calma y con los ojos puestos uno en el otro. Lo cierto es que la cena fue maravillosa, todo lo que una cita podía prometer. Fue amable, gentil, abierto a la conversación, esperó pacientemente que escogiera mi menú y sobre todo, escuchó cada palabra que dije como si apenas nos estuviéramos conociendo.

Vuelve a abrirme la puerta del auto con un gesto caballeroso. Se sube al carro y arranca con suavidad. Me sorprende un poco cuando empieza a salir del pueblo. Un cosquilleo extraño sube por mi pantorrilla hasta mis brazos. Esa sensación de ser llevada a lo desconocido. Tengo que parpadear dos veces y aclarar mi mente para darme cuenta que esta vez estoy con una persona de plena confianza y que nunca me haría daño.

—¿A dónde vamos? —pregunto ansiosa.

—Es una sorpresa —responde sin mirarme. Sus manos sujetan el volante con fuerza y se le ve nervioso. Supongo que no quiere despegar la vista del frente.

—Dame una pista.

—Eso arruinaría la sorpresa —dice divertido. Esboza una leve sonrisa que no le llega a los ojos. Estos siguen pendientes del camino.

—Algo general —insisto.

Soy curiosa, lo sé.

Frunce el ceño ante mi insistencia. No quiero molestarlo, ni empezar una pelea, así que cierro la boca y me distraigo con los avisos de la carretera.

Michael se desvía en la salida a la playa, lo que me genera una emoción que se instala en la boca del estómago. Esas maripositas que se alborotan cuando estás con la persona ideal en un lugar especial.

—¿Vamos a la playa? —pregunto entusiasmada.

—Algo así —dice sin poder ocultar su júbilo.

Cuando por fin se detiene, nos encontramos al frente de la playa en una zona turística, llena de restaurantes, bares y hoteles. Michael me ayuda a bajar y me guía hacia uno de los rompeolas. Allá a lo lejos, veo una fogata grande y varias personas que bailan alrededor.

—¿Me llevas a un ritual? —casi no puedo formular la pregunta porque un ataque de risa me invade.

—Es una fiesta—me dice ofendido.

Terminamos de llegar y oigo la música movida, es algo parecido a reggae. Las chicas bailan pegadas al pecho de los hombres, moviendo las caderas a un ritmo acelerado. ¿Acaso Mike está pensando que yo bailo de esa manera? Uno de los muchachos saluda a Michael con mucha efusividad y lo invita a tomar asiento en la arena.

Jum, no estoy vestida apropiadamente para esto.

—Mike, no te ofendas, pero no me pienso sentar en la arena. No con este vestido.

—Cierto. No te preocupes, tengo plan de respaldo—dice y se aleja de mi lado corriendo hacia otro de los chicos.

Trae dos sillas plegables y las acomoda a un lado del fuego.

—Son amigos de rehabilitación—anuncia.

—¿Rehabilitación? —pregunto con el ceño fruncido. No sabía que hubiera pasado por algo así. Se supone que el doctor le permitió seguir en la casa sin internarse.

—Desde tu ataque dejé la droga, pero no quiere decir que lo haya hecho por mis propios medios. Tuve que aceptar que era drogadicto y unirme a un grupo de apoyo. Además, el doctor me recetó algunas medicinas para controlar la ansiedad. Ellos son parte de mi grupo y han querido ayudarme con mi cita.

Sonríó ante su confesión. Estoy segura que no fue fácil de decir eso. Así que me acerco un poco a su hombro para poner mi cabeza.

—Tengo que admitir que estaba nervioso por decírtelo. Tenía la intención de dejar que pensaras que yo lo había logrado solo, pero sería una mentira. Además, parte del programa consiste en buscar toda la ayuda posible de las personas que tienes al lado. Y ya que espero que estés a mi lado por toda la vida...

Abro los ojos con sorpresa. *¿Había dicho toda la vida?*

Mike también se sonroja cuando ve mi reacción. Así que empiezo a hablar sobre lo que dijo antes.

—Pues si necesitas ayuda, siempre estaré para ti.

—¿Te asusté? —dice con la mirada fija en mis ojos.

—No —de alguna manera no es miedo lo que sentí al escuchar ese deseo de estar en mi vida siempre.

—¿Quieres bailar? —pregunta luego de un corto silencio.

Dudo un segundo. A pesar del titubeo, Mike se levanta y extiende la mano. No puedo resistir esa mirada de invitación y esa actitud tan confiada. Tomo su mano con más curiosidad que pena. Y en ese momento, todos los amigos de Mike se alejan de la fogata; agarran sus cosas y se dirigen hacia la zona de restaurantes.

Los veo irse embobada. *¿Esto es lo que iban a hacer para ayudarlo?*

Mike me atrae hacia él y posa su mano en mi cintura. Abre un poco sus piernas y empieza a menearse de derecha a izquierda llevando consigo mi cuerpo. Le dejo guiarme y trato de hacer un esfuerzo por llevar el ritmo. No puedo mentir, es lo más sensual que he hecho con alguien. Mike mueve su cuerpo con soltura y de una manera insinuante, mientras yo trato de seguir su ejemplo. En un movimiento rápido, me voltea para que mi espalda quede pegada a su pecho. Ajusta su cadera a la mía y me empuja un poco. Me alejo sorprendida y él ríe a carcajadas por mi reacción.

—¡Oye! —riño.

—Es parte del baile, pelirroja.

—Mantén tu entrepierna quieta —le digo entre amenaza y broma.

—¿Estás segura de eso? —dice mientras se posiciona de nuevo y pasa su mano por mi abdomen.

Ese movimiento me distrae a tal punto que no logro recordar la pregunta.

—¿Pelirroja?

—Dime

—¿No querías que me alejara?

—Creo que me gusta este baile —digo posando mi cabeza hacia atrás y Mike aprovecha para acariciar mi cuello con su otra mano.

—Lo sabía.

Nos quedamos en la playa hasta que la fogata se apaga. Ya eran casi las tres de la mañana, así que nos recostamos en la arena con una toalla que sus amigos le habían dejado. El mar está quieto y la oscuridad empieza a reinar. La mayoría de los negocios que tenemos en la espalda, ya han cerrado y sus luces han menguado.

—Mis padres no han llamado, ¿acaso hablaste con ellos?

—Bueno, tuve una conversación interesante con tu padre. Me aseguró que él tenía ojos y oídos en toda parte, así que si hacía algo indebido él lo sabría. Supongo que hasta que no pruebe lo contrario no voy a poder invitarte a mi casa.

No puedo resistir la risa que me produce esa amenaza de mi padre. Típico de él.

—Pues te confirmo que no es cierto. Eso es algo que le gusta decir pero si tuviera ojos y oídos en toda parte, no tendría la imagen de chica decente que tiene de mí.

La cara de Mike se tensa. Su mandíbula hace un movimiento extraño como si estuviera rechinando los dientes.

—No digas eso—dice serio.

—Conoces mi pasado, Mike —pongo mi mano en la suya. Él la aprieta.

—Sí, y no me parece que sea así como lo pintas. Si vamos a hablar de pasados, el mío es peor y nunca lo mencionas. Así que, dejemos eso donde está.

—Está bien —concedo.

—Ahora, vamos a esperar el amanecer —su voz me hace pensar que el tema ha sido olvidado.

—¿El amanecer? —¿Hay algo más romántico que ver el amanecer juntos?

—Así es.

—Pues lo haremos en el agua —me levanto de un salto y me alejo de su lado.

Bailo un poco para que me acompañe, llamándolo con las manos. Mike niega con la cabeza pero luce sonriente.

—No tienes más ropa, bonita. No quiero que te enfermes.

Cierto, no tengo más ropa.

Con rapidez saco mi vestido por la cabeza ante la mirada asombrada de mi novio. Eso si logra activar a Mike, quien hace lo mismo con su camisa y pantalón. Michael llega hasta mí y me levanta hasta que me pone sobre su hombro. Pataleo y grito para que me baje pero él entre risas me lleva hasta el agua. Cuando está a la altura de la cadera, me deja caer y siento el escalofrío del clima cuando el agua me empapa.

—¡Mikeee! —grito aturdida.

—Dijiste que lo esperaremos en el agua. No veo el problema.

—Eso dije, pero no especificué que tuvieras que tirarme. Me has mojado el cabello. Ahora si voy a enfermarme.

—¿Quieres salir?

¡Oh no! ¡Tiene que pagar por esto!

—No, ya estamos dentro. Disfrutemos un rato.

Cuando baja la guardia, me lanzo hacia él con la intención de hundirlo completamente. Para mi mala suerte, es mucho más fuerte de lo que parece. No logro hacerlo flaquear ni un milímetro. Así que lo salpico. Me agarra las manos para que me detenga y forcejeamos hasta que me canso.

Nuestros ojos se quedan fijos en el otro por mucho tiempo. Veo ese brillo, ese que amo. Michael besa mis labios con delicadeza y luego se desvía hacia mi mejilla, cuello y hombro. Todas mis terminaciones nerviosas se activan y olvido por completo el frío. Desliza sus manos por mi espalda y me atrae hasta que mi pecho se pega al suyo.

—Te amo, Antonia Nieto.

—También te amo, Michael Rivera.

Epílogo

Un año y tres meses después.

—¡Feliz cumpleaños! —grito y salto en su cama como si fuera una niña pequeña.

Michael abre un ojo y me mira con impaciencia mientras se apoya en los codos. Un bostezo gigante me hace recordar que apenas son las cinco de la mañana. No sé él, pero yo no he podido conciliar el sueño cuando algo tan importante está pasando.

—Pelirroja, es muy temprano para decir que son felices —murmura y se deja caer ante mi mirada entrecerrada.

—No se cumplen diecinueve todos los días. Además, oficialmente estamos empezando la universidad juntos. Son demasiados motivos para no dormir.

El compañero de cuarto de Michael se despierta enfurecido y entra al baño, no sin antes lanzar una maldición y despotricar por mi intrusión.

—Edward te adora —dice divertido.

—Me tiene sin cuidado —alzo los hombros con indiferencia y vuelvo a saltar en su cama.

Esta vez, Mike se levanta a regañadientes y recibe mi abrazo de cumpleaños. Además, le he comprado una colección de libros de filósofos famosos para que empiece con pío derecho su carrera.

La vida ha dado muchas vueltas en el último año. Primero, nos transformamos en personas maduras. Bueno, no tan maduras, pero por lo menos nos tomamos en serio el estudio y pudimos pasar de ser unos relegados académicos a las mejores notas. Así que llegado el momento no tuvimos problema en acceder a la universidad. Segundo, la familia Gaviria no pudo ganar la apelación y no hubo rebaja de penas, lo cual tranquilizó a Michael y a mis padres. Tercero, Maira había decidido no asistir a la misma universidad. Ella tenía sus ojos puestos en una especializada en tecnología de la información, así que se fue a otra ciudad que nos quedaba a ocho horas de distancia. Aún nos queda el skype y whatsapp, pero nada me devolvería a mi mejor amiga, mucho menos una pantalla. Steven por su parte, obtuvo una beca parcial por ser deportista en una universidad de una ciudad cercana pero su novia está aquí.

Aquí entiendo la buena suerte que he tenido.

Cuarto, Milly no había sobrevivido; su riñón malo no aguantó lo suficiente. No había conocido nunca a padres que perdieran un hijo, esa desolación que pude ver reflejado en sus rostros en el momento que les dieron la noticia y luego cuando asistimos al funeral. Ambos evitaron mirarme, supongo que de alguna manera me culpaban por el incidente y por mi ataque. No los culpé ni en ese entonces ni ahora. Me preocupaba más qué sentía en realidad Milly sobre mí, si murió pensando lo que le dijo a Mike o si muy en el fondo sabía que hizo lo correcto. Ella era extraña, altiva, algo inocente y quizás fácil de influenciar por sus padres o amigos de sus padres, sin embargo, nunca podría olvidarla. A pesar que evité que me cambiara, que me hiciera su proyecto de caridad, sus acciones lograron hacerme la persona que soy ahora. Eso y la ayuda de Mike. Siempre le estaré agradecida por salvarme la vida y por indicarme sin querer mis sentimientos por Michael.

Michael me saca de mi estado de ensoñación y toma un trago de agua de una botella que tiene al lado de la cama.

—¿Todo esto es mi regalo? —dice sorprendido por el tamaño de la caja que tengo a mi lado. Tuve que arrastrarlo hasta aquí por un largo corredor de cincuenta metros. Mis brazos van a doler mañana.

—Así es.

—¿Puedo abrirlo? —dice ansioso.

—Es tu cumpleaños, puedes hacer lo que gustes.

Esa mirada de picardía se enciende en su rostro. Se acerca a mí con agilidad y me hala hasta la cama, tumbándome ruidosamente. Se posiciona encima y empieza a besarme por toda la cara. Planta picos en cada pedazo de piel disponible y luego desciende por mi cuello. Un dulce calor se extiende por mis extremidades y una risa cómplice se instala en mis labios. Toma mi blusa y la levanta lo suficiente para que se vea mi sujetador y suspira mientras besa mis pechos.

El ruido del inodoro siendo utilizado me sobresalta. Recuerdo que no estamos solos.

—Detente, tenemos compañía —digo entre labios.

—¡Maldición! —le da un leve golpe a la cama y se desliza a un lado—. Supongo que a esta hora no puedo echarlo.

Niego con la cabeza. Es muy temprano.

Toma otro trago de agua y se levanta para mirar mi regalo. Abre la caja y se queda estático por un segundo, me preocupo porque pienso que no le ha gustado mi regalo. Sin embargo, luego de casi una eternidad, se agacha y toma el primer libro.

—¿Acaso has comprado todos los libros que tengo que leer en mi carrera? —se ve tan perplejo que tengo que evitar reírme para que no se enoje.

—No son todos. Pero fueron los que me recomendaron que todo estudiante de filosofía debe leer, ya sabes, lo básico.

—Lo básico —repite aún sin entender por completo si le estoy haciendo una broma o no.

Se agacha y toma el siguiente. Mira el lomo y tantea sus páginas como si fuera una caricia. Luego se ensancha su sonrisa, esa que me hace perder el hilo de mis pensamientos.

—Los caminos de la libertad de Jean-Paul Sartre —se lleva ese ejemplar a la nariz y aspira el olor a libro nuevo. Tengo que admitir que es una sensación genial.

—Hay muchos más, creo que hasta incluí a Platón y Aristóteles —me levanto para ayudarle a desempacar su regalo.

—Por supuesto que sí —dice como si fuera un requisito.

—Parece que te gusta.

—Me encanta, bonita. Es el regalo más pesado y considerado que alguna vez he recibido. Además, que tengo que darte puntos extra por ingenio. No estoy seguro si te dije a ti que eran demasiados libros y no podía conseguirlos todos por su precio.

—Bueno, no. No fue a mí. Pero tengo mis fuentes —alza una mano para interrumpirme—, y no te voy a decir quién es.

La baja resignado y sigue disfrutando de sus libros.

—Tengo que admitir que eres la mejor novia del mundo —dice mientras trata de leer la introducción de uno. Aún la luz del día no es suficiente para leer.

Me acerco al interruptor y enciendo la lámpara. Eso hace un gran cambio.

—Lo sé. Tengo una gran motivación porque eres muy sexy.

¿Quién iba a pensar que un par de renegados y rebeldes podrían terminar pensando en un futuro? Y no solo en el futuro académico, también en el interpersonal.

—¿Así esté acabado de levantar por una loca pelirroja que vino a saltar en mi cama?

—¿A quién llamas loca? —replico de inmediato.

—A nadie.

—Así me gusta —le saco la lengua.

—Ven acá —deja su libro en la caja y me embiste.

Volvemos a caer en la cama entre risas y miradas de amor. Sabemos que nuestro tiempo es precioso y debemos aprovecharlo al máximo. Dejar la forma en la que actuábamos en el pasado, esas malas compañías. Ahora éramos universitarios que queríamos disfrutar de la experiencia, hacer planes para el porvenir y convertirnos en la mejor versión de cada uno.

Estoy segura que a mi antigua yo le molestaría ese tipo de pensamiento porque ella era más sobre vivir el presente y ser alocado. Pero ¿quién le está preguntando a ella? He sido más feliz en un año con Mike, que en esos que me proclamaba libre de ataduras.

—Creo que debo volver a mi cuarto, así tu compañero puede volver a dormir —le digo para tratar de zafarme.

—Ni lo pienses. Me despertaste, pues ahora me arrullas. No pienso dormir solo en mi cumpleaños.

Ruedo los ojos.

—Bien, apaga la luz —agarro su cobija y la paso sobre mi cuerpo.

Mike salta hasta el interruptor y lo apaga. Regresa a la cama y se acuesta a mi espalda. Abrazándome desde atrás y pegándose todo lo humanamente posible.

—Descansa, cumpleaños —susurro.

—Descansa, hermosa que escucha conversaciones ajenas y compra libros para toda la carrera.

—Eso es muy largo —me quejo.

—Bueno, entonces descansa, amor mío.

Extra 1

Elena

—¿Te acostaste con Tonia? —exclamo alarmada ante la confesión de Michael.

¿Lo hacía para herirme? ¿Por qué venir a decírmelo? Yo era su amiga, pero no tan cercana como quisiera. Y si vamos a ser lógicos, esas cosas se las cuentan entre hombres.

—Así es, fue una locura. Fui para saber que le había hecho a Milly, ya sabes, le arrojó helado encima. Y terminé en su cama.

Esa es mucha perra.

Sabía que tenía novia y lo había seducido. ¿Qué tan bajo puede llegar una chica para conseguir lo que quiere? No es que me cayera bien Milly, es más, imaginaba que intercambiaba de lugar con ella. Ser rubia y adinerada, tener a Mike... ¡Dios! La vida es muy injusta.

—¿Por qué me lo cuentas?

—Por nada en especial. Supongo que necesito desahogarme.

—Y vienes a mí.

—Así es.

—¿Por qué?

—Quieres dejar de hacer preguntas. Es un simple hecho —dice exasperado.

Se aleja de mí a grandes pasos. Me quedo como una piedra mientras me regaño a mí misma por ser tan estúpida. ¿Acaso no puedo parar de hacer preguntas?

Esto no puedo dejarlo así. Tengo que difundirlo. Darle una lección por ser tan zorra.

Me acerco a un grupo de muchachos que están en la entrada del instituto. Ellos me miran de reojo cuando me acerco, dejan de hablar y me dan su total atención cuando les digo que tengo la última noticia de Antonia Nieto.

De alguna manera ella es popular. No de la buena forma; nadie le abre paso entre miradas de envidia o tiene una mesa exclusiva para sentarse, más bien, siempre la ven desde lejos para reírse o para analizarla de arriba a abajo con ojos deseosos. Me daban asco los segundos.

—¿Estás segura? —pregunta uno de ellos.

—El mismo Mike me lo dijo.

Hacen un ruido como si estuvieran festejando por él. Luego se acercan unas chicas y ellos son los que les cuentan. Ellas hacen cara de desagrado o envidia. Se ponen verdes y tienen que disimular por mi presencia.

—No puedo creerlo. Se supone que eran amigos desde siempre. La única chica con la que nunca se acostaría —dice una.

—¿Y quién la culpa? —dice otra, la única que no hizo gestos desagradables con la noticia, sólo se quedó sin expresión.

Todas sueltan una risita para apoyar ese comentario. Es cierto, cualquiera de nosotras estaríamos dispuestas a estar con ese bizcocho de Michael Rivera.

—Yo no —dice la primera—, si llegara a mi casa en la noche, haría lo mismo que ella.

—Pero —intervengo. El grupo me mira con mala cara—, ella es su mejor amiga, quien sabe

todo de su vida y conoce a su novia.

—¿Michael tiene novia? —la decepción de esa chica casi me hace conmové.

—Así es. Una universitaria.

Ruedan los ojos como si fuera algo obvio. Los chicos celebran con sus palmas arriba.

¡Cuánta inmadurez!

Me despido y sigo con el siguiente grupo. El club de fans de Michael. Puras adolescentes que no habían superado sus hormonas de la pubertad. Gritan cada vez que lo ven pasar o si las mira un poco más de un segundo.

—¡Nooooo! ¿Con la pelirroja? —se lamenta su líder.

—Esa misma—les digo.

—Tenemos que adicionarla a nuestra lista negra —dice otra mientras saca su libreta.

Eso me hace reír.

—Entonces, si alguna de ustedes logra algo con Michael, ¿entra en la lista negra de su club?

Mi pregunta las deja paralizadas. No tienen una respuesta para eso.

Lo gracioso del caso es que ninguna se ha puesto a pensar que tenga una mínima oportunidad con él.

—Debemos pensar en eso, chicas. No podemos odiar a alguna de nosotras si se acerca a nuestro ídolo.

¿Ídolo?

Debo hacer esto más seguido, así puedo conseguir artículos jugosos para el periódico escolar. Este grupo puede darme una gran primera plana.

—Cuando lo resuelvan, me dicen. Tal vez quiera unirme a ustedes.

—¿De verdad? ¿También lo amas? —dice una con cara de cachorro.

—Me gusta verlo pasar. Sobre todo, si está sin camisa.

Mi comentario causa hilaridad. Se abrazan una a la otra y tratan de hacer lo mismo conmigo, pero me aparto a tiempo.

—Las dejo.

—Nos reunimos después de clase en casa de Moni. Ella vive cerca de Mike y a veces lo vemos pasar por su calle.

¡Acosadoras!

—Seguro —les digo alejándome y sin saber quién diablos es Moni.

Desde lejos puedo ver como llaman a chicas desprevenidas y le cuentan deprisa la noticia sobre Mike y Tonia. Sonríe para mis adentros y me encamino hacia la puerta que ya está abierta. Antes de cruzar veo que agarran del brazo a Maira. Su rostro se crispa inmediatamente y se aleja de las fanáticas con repudio. Veo que no les cree y es obvio que va a ir corriendo donde su amiga para decirle.

La sigo hasta que encuentra a Tonia. Me quedo en una posición en la que no pueda verme y sea capaz de analizar sus expresiones.

Lo primero que veo es rabia. Su rostro se pone rojo y empuña sus manos como si necesitase golpear algo. En ese momento, Mike se le acerca. No puedo verle la cara, pero la de Antonia cambia a decepción justo cuando él interviene. ¿Acaso pensaba que él se iba a quedar callado? ¡Es el chico sexy de la escuela, querida!

Cuando él se aleja, veo mi oportunidad. Voy por Steven y lo dirijo a sus amigas. Es momento de dejar claro lo que pienso de ella. Ser la primera en decirle la verdad en su roja cara y que se dé cuenta lo sola que se está quedando.

Porque eso es lo que le pasa a toda zorra, es aislada.

Extra 2

Si alguien me hubiera preguntado sobre que sentiría el día de mi grado hace un año, seguro que le diría que no me importaba. Y aquí estoy, más nerviosa que cuando se me cayó mi primer diente y mi madre bromeó con que no volvería a crecer.

El instituto había terminado y ese último año fue el mejor. Tengo novio y gracias a Maira, mejores notas. ¿Quién iba a pensar que lograría el paquete completo? Yo, Antonia Nieto.

Nos habían citado una hora antes que a los acompañantes para hacer un ensayo de las cosas que iban a pasar durante la celebración. El orador tenía un repertorio que se repetía todos los años, así que fue fácil aprender cuando debíamos levantarnos, aplaudir y conocer nuestra ruta hacia el diploma.

Nos ataviaron con la toga y el birrete. Por lo menos este año, habían escogido un color oscuro y el cordón de un tono azul. Recuerdo que hace dos años, los graduandos les tocó usar una toga amarillo patito y los hicieron sentar en pleno sol de verano. Pobres, prácticamente alumbraban todo el escenario. Para nuestra fortuna, esta vez alquilaron un local grande, aireado y con buena iluminación y decoración.

Maira es la encargada del discurso de la mejor estudiante, cosa que la ha tenido ansiosa y casi al punto de un infarto. Ella odia con toda su alma hablar en público y hoy le tocaba hacerlo frente a todos sus compañeros y padres.

—Ya se me olvidó todo —me dice en el momento que el orador saluda. Nosotros aún no hemos entrado en el local.

—No se te ha olvidado, tienes una excelente memoria —replico y trato de animarla. Ella suda como si estuviese a cuarenta grados. La verdad es que está tan fresco como el polo gracias al aire acondicionado.

—Hay muchas personas —pasa su mano por la frente y veo como remueve parte de su maquillaje.

—Quieta. Estás haciendo un lío.

—¿Qué?

—Mira tu mano —le digo. Ella obedece y sus ojos se abren como platos. Sus labios hacen un puchero y parece que va a empezar a llorar.

La tomo por los hombros para que me mire.

—Eres la mejor estudiante y vas a estar sensacional allá arriba. Repite.

—Soy la mejor estudiante y voy a estar sensacional allá.

—Bien. Y no te quites el maquillaje.

Asiente mientras se ventea con el birrete.

Una de las organizadoras nos llama la atención y nos hace acomodar en orden alfabético. Maira tiene que ir adelante, mientras yo estoy atascada en la mitad sola. Veo a Mike y a Steven atrás charlando animadamente. ¿Por qué Maira no tenía un apellido cercano al mío?

Michael se percata que lo observo, así que me da su mejor mirada coqueta y me lanza un beso. El rubor no se hace esperar y pronto mi rostro está rojo. Bajo la cabeza antes que no pueda

controlar mis emociones y me lance a sus brazos.

—¡Demos la bienvenida a los graduandos de este año! —dice el orador un poco más alto que su tono normal para darnos la entrada.

La fila empieza a moverse y pronto tengo que avanzar hacia las puertas que nos separaban de los padres y acompañantes. Cuando el primero de nosotros entra, la iluminación incrementa, dando un ambiente de estrellas de Hollywood. Cada uno conocía su silla, así que los primeros veinte se giraron a la primera fila y los demás a la segunda. Mike y Steven estaban casi al final de la línea mientras yo estaba al principio. Me sentía tan extraña estando tan separada de ellos.

—¡Un aplauso para la mejor estudiante del año, la señorita Maira Alejandra Casas! Quien va a dar el discurso de final de curso.

Toda la tribuna se levanta con aplausos a bravear. Nosotros también aplaudimos, pero no nos levantamos. Me siento tan orgullosa de ella, tan tímida y franca, tan retraída e inteligente. Era una combinación de cosas que yo no tenía y eso era lo que nos unía tanto.

Sus pasos inseguros nos hicieron esperar mucho más de lo que el orador estaba acostumbrado, así que lo vi haciendo caras de disgusto, como si unos segundos de más fueran a dañar su horario. Cuando por fin llega hasta el micrófono, tiene que acomodarlo con nerviosismo y posa sus ojos en la hoja del discurso. Tartamudea al principio, pero una vez logra empezar, sus palabras encuentran significado.

—... Por eso debemos luchar por nuestros sueños. No sólo cumplir con las metas que nos pone la sociedad, sino inculcar en nuestro interior lo que queremos e ir por ello. No regirnos por lo que los demás quieren, sino buscar la felicidad interior. Amar cada pedazo que somos, y aceptar que cada uno tiene un talento diferente. Así es como encontraremos el camino, que seguramente no tenemos claro ahora, pero que en unos años, será la mejor recompensa por el esfuerzo.

El auditorio vuelve a aplaudir y mi amiga resopla agradecida por su reacción.

—Feliz graduación —dice un poco menos nerviosa.

Baja del escenario y busca mi mirada. Subo mis pulgares para felicitarla y ella se ruboriza.

Luego del discurso del rector, algún otro profesor y nuestra directora, el orador empieza a llamar por nuestros apellidos.

—Alvaréz, Tatiana... Baena, Alvaro...

Los alumnos de la primera fila van hacia el estrado y cuando reciben el diploma, le dan la mano al rector y esperan que el fotógrafo haga su trabajo.

—Casas, Maira —sube con agilidad y toma su diploma en medio de una sonrisa tal, que voy a llevar ese momento siempre conmigo.

Pronto todos van pasando y mi estómago empieza a retorcerse cuando siento la proximidad de mi nombre.

—Nieto, Antonia —camino con decisión y tomo el diploma que tanto despreciaba anteriormente y ahora parece un gran logro. En vez de mirar al fotógrafo, busco la mirada de Mike, quien tiene esa intensidad y tanta sensualidad en su porte que casi me caigo al bajar. Se veía orgulloso de mí y de nosotros. Mis padres también se ven complacidos y mi madre tiene sus ojos llenos de lágrimas de felicidad.

Nos hacen esperar a que la fila se despeje para volver a nuestros asientos, pero es justo a tiempo para ver como Michael recibe su diploma y luego de darle la mano al rector, lo eleva en el aire como si fuera un trofeo. Sus hermanas gemelas están en el auditorio, así que volteo para buscarlas, ver si lo vitorean. Sin embargo, la decepción me invade cuando su actitud es desinteresada y parecen estarse pintando las uñas.

¡Dios! ¡Debería mechonearlas!

También pasa Steven con su singular pose de deportista y lanza un puño al aire demostrando lo aliviado que está por terminar. Él fue quien más dificultades tuvo con las materias.

Cuando la ceremonia concluye, nuestras familias llegan rápido a nosotros, tanto, que no alcanzo a besar a Mike sin tener ojos encima.

—Agghhh asco —dice su gemela zorra—, ¿quieren hacerlo cuando no los veamos?

—No mires —la reta Mike y vuelve a besarme.

Mis padres llegan y nos abrazan a ambos con mucho entusiasmo. Y nos invitan a todos a cenar. Las gemelas se miran como si no tuvieran ganas de celebrar y se disculpan diciendo que ya tenían planes. Los padres de Maira, quienes cada uno toman un brazo de su hija como si quisieran partirla a la mitad, aceptan con la condición de ayudar con la cuenta. La madre de Steven también se apunta pero Elena se niega y por ende, Steven la sigue.

Suspiro sonoramente con frustración. Definitivamente no había nada que hacer con Elena.

—Somos nosotros entonces —anuncia mi padre, haciendo un gesto con su brazo.

—¡Vamos! —dice mi madre y nos encaminamos al parqueadero.

Mike toma mi mano con dulzura y me da un beso tierno en la mejilla. Se sienta a mi lado en el auto de papá y charlamos de trivialidades en el camino.

Nos detenemos en el mismo restaurante que Michael me trajo a nuestra primera cita. Ambos nos miramos con complicidad y acaricia el dorso de mi mano para asegurarse que sabe lo que pienso. Pide una mesa para ocho y los meseros nos ayudan con agilidad para acomodarnos.

Los padres de Maira se acomodan en los extremos lejanos de la mesa, como si les fuera difícil verse, así que el hermano pequeño tiene que acomodarse junto a Maira para que la familia no parezca tan segregada. Mis padres se hacen cerca del padre de Maira así que Mike y yo quedamos frente a frente. No sé si es mejor o peor que tenerlo al lado, ya que no voy a poder concentrarme mucho en la comida.

No oigo la conversación porque estoy tan inmersa en sus ojos que casi me cuesta respirar.

¡Dios! ¿Por qué es tan bello?

Se supone que la mujer debería ser la bonita en la relación, pero eso no funciona en nuestro caso. Mike sonríe mientras hala mi asiento con su pie para que quede más dentro de la mesa. Eso me toma por sorpresa, pero me recompongo rápidamente y acto seguido, empiezo a acariciar su pierna con mi pie. Pega un salto tal que interrumpe el hilo de la conversación de mis padres y todos lo miran como si le pasara algo.

Río por lo bajo y él me lanza una mirada mortal.

Desvío mi atención a su atuendo. Ese traje que tiene puesto le queda sensacional, ese cuerpo de él es digno de cualquier ropa ajustada que pueda ponerse. En cambio, yo uso un vestido normal que me marca la cintura y tiene flecos en la falda. Nada que parezca tan elegante.

—Cuidado, pelirroja —dice cuando ve la oportunidad—. No vas a querer que haga lo mismo. Te recuerdo que te delatas cuando te ruborizas.

Cierto. Yo no soy mala para disimular.

—Tal vez quiero jugar —susurro con la mirada fija en sus labios.

—Eso tendrá que esperar hasta después de la cena, bonita —dice él dejándome fría y expectante.



Agradecimientos

A ti lector por llegar hasta este apartado.

No puedo olvidar a las personas que tengo cerca, esas que ven el proceso de escritura como un espacio en el que estoy en otro mundo. Muchas gracias por su paciencia y por apoyar esos mundos locos que formo en mi cabeza.

Acerca del autor

Luz A Pinzón



Apasionada por las letras, Ingeniera de profesión. Supo desde siempre que crear historias la llenaba de felicidad y que compartirlas era su mayor miedo. Pero de eso se trata el arte: de liberarte para ser la mejor versión posible. Siguela en Instagram en [@luzapinzonescritora](#)